

Selecta

Lisa Aidan

Hotel Pacific



*La Cínica, el Guapo
y el Socorrista*

La Cínica, el Guapo y el Socorrista

Lisa Aidan

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

*No basta con ser joven. Es preciso estar borracho de juventud.
Con todas sus consecuencias.*

Alejandro Casona

Capítulo 1

Si había una sola palabra que pudiera definir a Debra Scott esa era PELIGRO. Y no era debido a la falta de control de su temperamento o por esa impulsividad por la que de tantos líos la había tenido que sacar. No. Lo era porque consiguió lo que ninguna otra chica había podido. Que él, Cédric Hunter, pasara todo un año deseando a que llegara el momento de volver a verla.

La primera vez que reparó en la chica tenía catorce años y, aunque él contaba ya con diecinueve, al término de aquel verano de hacía ya dos años, su cabeza estaba llena de ella, de la forma en la que el cabello se le enredaba en la mejilla, la sonrisa tímida, la forma almendrada de sus ojos y la manera de perderse en el vacío cuando estaba a solas. Pasó mucho tiempo convenciéndose de que aquello no tenía nada de extraño ya que, de algún modo, le tocó ser su cortafuegos; y ese y solo ese era el motivo por el que había tomado por costumbre prestar atención a los gestos y acciones que realizaba. Nada más.

Para cuando comenzaron las vacaciones del siguiente año y la vio de nuevo, esa chispa volvió a prender y en pocos días Debra ocupaba cada recoveco en su cabeza otra vez. Sin embargo, ella contaba entonces tan solo quince primaveras recién cumplidas y a sus veinte años eso lo hacía sentir como un auténtico viejo verde.

La imagen de ella en bikini, saltando y celebrando haber ganado un juego

propuesto por el hotel, lo asaltó una vez más. ¿Qué tenía esa niña que se le había ido metiendo por dentro? Ah, le gustaba esa forma de sonreír; parecía que le costara hacerlo y, sin embargo, tenía la sonrisa más bonita, pura y genuina que existía.

No obstante, en esta ocasión, estaría listo para ese momento en que regresara de nuevo a su vida; estaría prevenido y preparado a conciencia para evitar hacer o decir algo que pudiera delatarlo. En lo que a la adolescente se refería, él era una persona que veía apenas tres meses una vez al año; ella era la sobrina de su jefe, Pacey Abrams, dueño del Pacific, un hombre al que había llegado a admirar.

Claro que también tenía grabado a fuego en su mente el momento en el que la chica discutió con Pacey, su tío. Aquella explosión de carácter fue tan inusual en ella... Con tan solo catorce años estaba encarándose con el hombre, por lo que consiguió averiguar después, porque este la pilló dándose el lote con el hijo preuniversitario de un cliente extranjero.

Todo lo que llegó a saber de aquel incidente fue que estaban en actitud cariñosa, demasiado, cuando el director y dueño del Pacific los encontró. La discusión que presenció fue bastante acalorada. Y ahí, en ese momento, su forma de mirar a aquella chica fue distinta, muy probablemente debido a esa nueva faceta que descubrió por casualidad y que creó un verdadero y profundo impacto en él.

Ah, si tan solo fuera tan sencillo olvidar a Debra como meterse de lleno en sus estudios en la universidad. Tarde o temprano lo conseguiría, la haría a un lado; mantendría esa chifladura a raya por el bien de todos, aunque aún conservaba una última esperanza. Se aferraba a la idea de que cuando la viera en unos meses, todo aquello que había nublado su mente hasta el momento hubiera desaparecido.

¿Utópico?

Tal vez. Pero de veras que deseaba que así fuera. Eso haría que su trabajo, y su vida, fueran mucho más tranquilos.

—¡Mira! Es ella. Es la chica que está por Jace.

Los susurros y cuchicheos la habían acompañado desde poco después de que empezara el curso. Hacía ya dos años. Puso los ojos en blanco por dentro. Todavía no sabía por qué, ni quién había comenzado con aquella tontería.

Al principio le dolió y se avergonzó, por supuesto. ¿Quién no? Su secreto mejor guardado había quedado expuesto, ya no era algo solo suyo y, lo que era aún peor, habría llegado también a oídos del chico en cuestión. Sabiendo lo despiadados que podrían llegar a ser en el instituto decidió que, por propio instinto de conservación o tal vez por supervivencia, lo mismo daba, no demostraría a nadie que aquello le molestaba.

El problema era que el tiempo pasaba y no solo no se cansaban de especular, sino que cada vez eran más atrevidos y ya no era algo que la gente se limitara a comentar en privado; era *vox populi* y, por lo tanto, allí por donde fuera estaba en boca de todos cuantos la veían. Así que la esperanza de que se cansaran de hablar se agotó con el tiempo y simplemente lo asumió para descartar después cualquier sentimiento que la situación pudiera generarle.

No dejaría que los rumores ni las habladurías gobernaran su vida.

—Espero que no piense ni por un segundo que él pueda corresponderle — continuó la chica que advirtió a sus amigas del corrillo de tres de su llegada.

Como hienas famélicas la observaban sin quitarle el ojo de encima a cada movimiento que hacía mientras sus bocas seguían con el destripamiento. Las reconoció como unas más de los grupos de chicas chillonas que seguían a Jace a todas partes. Era irónico que justamente aquellas que sí conocían sus horarios, lugares de quedada con su grupo de amigos e incluso sus hábitos alimentarios tuvieran ese tipo de comportamiento hacia ella. Aunque solo ella parecía verle ese lado absurdo a la situación.

Poniendo solo un poco de atención podrían darse cuenta de lo falsos que

eran gran parte de todos aquellos rumores que había en circulación acerca de su persona. Jamás persiguió a Jace. Lo único de todo aquello que resultaba ser verdad era que Jace Reeve le gustaba y no iba a perder el tiempo en desmentir algo que era cierto, no se rebajaría de ese modo.

—¿Cómo iba él a hacerlo? —siguió otra de las poco discretas adolescentes.

—Tienes razón. Si yo fuera ella, desaparecería. Me moriría si todos hablaran de mí —sentenció la tercera.

—Y esa es solo otra de las diferencias entre nosotras —dijo Debra en voz alta para que pudieran escucharla sin girarse ni dirigir siquiera su mirada hacia ellas.

El grupo se cuadró al instante.

—¿Nos ha oído? —cuchichearon, esta vez sí bajando la voz.

Pues claro que las había escuchado, no es que fueran las personas más discretas. Las tres iban a un curso superior al suyo, el mismo en el que se encontraba Jace, el objeto de deseo de casi todas las chicas de por allí. Está bien, quizás no tanto, pero sí de un buen número. Todavía podía recordar el momento en que lo conoció, fue todo un impacto...

Era su primer día de clase en el instituto, en el primer año de secundaria, por lo que era una novata en muchos sentidos, casi todos. Sus padres le pidieron que entregara unos papeles que el director estaba esperando y los llevaba en la mano para que no se le olvidaran.

—¡No puedes hacerme esto! ¿El primer día de clase? ¿¡Es una broma!?

—¿Hubieras preferido que te enviara un mensaje? Porque yo no. He querido ser sincero contigo y hablar cara a cara. Creo que es mejor.

¿Una pareja discutiendo? Lo que era peor, ¿rompiendo? ¿Qué iba a hacer? Sus voces se escuchaban cada vez más fuerte conforme avanzaba hacia la oficina del director a donde debía acudir.

—¡Te has enrollado con otra! ¿Es eso? ¿Me has engañado?

—No. Mira, Tina; tú y yo comenzamos a salir casi al final del curso anterior. Nos vimos... ¿qué? ¿Un par de veces? Durante el verano me he dado cuenta de que no quiero esto. Y tú mereces a alguien que quiera de verdad mantener una relación.

La voz y las palabras del chico tenían sentido, eran sensatas, hasta sonaban agradables. Se detuvo al comprender que si continuaba andando interrumpiría y no quería que pensarán que había estado escuchando su conversación. Buscó un lugar para esconderse hasta que se marcharan.

—No lo comprendo. Si no querías salir conmigo... ¿Por qué aceptaste que fuéramos novios? ¿O por qué no cortaste conmigo antes de las vacaciones?

De acuerdo, se resignó, no había ningún sitio en todo el pasillo, debía continuar adelante, ¿pero cómo hacerlo? No quería que la vieran.

—Porque en aquel momento me apetecía salir un par de veces y ver qué ocurría, a dónde nos llevaría esto. Pero no voy a alargar algo que no existe solo para terminar haciéndote más daño.

—¡Genial! ¡Eres un imbécil! —La chica estalló en cólera. Si aquel era el sonido de su voz, no quería ni imaginar la cara que tendría en ese instante, pensó asustada—. ¿Sabes lo mal que lo he pasado este verano? Me he estado sintiendo fatal por haberme enrollado con un chico en la discoteca. ¡Un beso! ¡Y he pasado todo el verano odiándome por hacerte eso! Y ahora resulta que no tenía por qué.

¡Oh! La cosa se ponía mejor por momentos. ¿Ella le había sido infiel? Y encima parecía recriminárselo.

—Entonces deberías sentirte aliviada —repuso con el mismo tono de antes el chico.

—¡Aliviada! —gritó la chica.

—Por supuesto. Si besaste a otro es que tampoco querías estar en esta relación.

La lógica de aquel argumento era indudable. Eran palabras muy sabias para un muchacho de instituto, sonrió. Le caía bien ese chico y eso que todavía no

había visto su cara, ni lo conocía.

—¿¡Es que ni siquiera vas a enfadarte!? ¿O a ponerte celoso?

Oh, qué forma tan retorcida de ver el amor y las relaciones era aquella. Debra siempre pensó que era mucho más sencillo y sano para todos ser sinceros e ir de frente, con más motivos cuando se estaba en una relación.

—¿Porque besaras a alguien? No. Supongo que debería ser así, debería sentir celos, pero no lo hago, por eso sé que esto no es lo que quiero. Y cuando te tranquilices te darás cuenta de que tú tampoco.

—¡Aargh!

Escuchó el gruñido que puso en marcha de nuevo sus pies, debería pasar deprisa, quizás de ese modo no se dieran cuenta de que había estado allí. Luego se escuchó un ¡plac! y un golpe sordo, tenía pinta de haber sido una cachetada y un empujón, aunque no podía si no imaginarlo por los sonidos que le llegaban.

Caminó lo más rápido que pudo, pero al alcanzar la esquina se topó con algo y la tira de su mochila le resbaló del hombro, levantó la cabeza y el rostro furioso de una chica con el cabello rizado la asustó. Sus ojos echaban chispas; sin que le diera tiempo de hacer o decir nada, esta la empujó contra la pared sin miramientos, clavándole las uñas en los brazos. La lanzó con tanto impulso que se golpeó la cabeza contra el muro.

—¿Qué está pasando? ¿Qué haces ahí? ¿Estás bien? —La voz de un hombre retumbó en sus oídos. ¿De dónde había salido?—. ¿Eres Debra?

—Ha sido Tina, director Williams —intervino una segunda voz, la misma que había escuchado hacía solo un momento hablando con aquella chica—. Estábamos hablando, se enfureció y se fue.

Los ojos de ambos se encontraron y se quedó sin palabras. Un par de ojos azules la observaban de arriba abajo, nariz fina, delgada y pómulos altos, su cabello, evidentemente teñido de rubio, caía en un ángulo recto terminado en punta hacia un lado de su cara, por el otro lado, lo llevaba corto. Tenía dos *piercings* en la oreja que quedaba a la vista, dos aros plateados, finos, no muy

grandes.

—Es... Estoy bien —habló porque se vio impelida a decir algo, no quería parecer un pescado boqueando fuera del agua—. Sólo es un chichón.

Los dos se arrodillaron para recoger los papeles que se habían esparcido en el suelo junto a su mochila.

—Creo que esto era lo que venías a entregarme, ¿cierto? —preguntó el director mirando los documentos. Respondió solo con la cabeza, la voz se le había atascado debido a la larga mirada del chico que continuaba allí. ¿Se habría dado cuenta de que lo había podido escuchar todo?—. ¿Podrías acompañar a Debra a la enfermería, Jace? Avisaré a vuestros profesores. Enséñale luego donde está su clase, ¿quieres?

—Claro. Ningún problema, señor Williams.

Le mostró el camino y fueron en un silencio que hacía que su nuca se tensara.

—Menudo comité de bienvenida tenéis... —Trató de romperlo con una broma que no recibió ninguna reacción.

De ese momento hacía ya dos años y todavía se sentía como una completa imbécil. No solo por haberse quedado embobada mirándolo, sino también por aquel absurdo comentario por el que deberían concederle la medalla a la cagada más grande de la historia.

Si Alec hubiera estado con ella entonces se habría echado a reír sin parar, incluso era probable que se tirara al suelo y rodara, pensó recordando la forma que tenía él de reír. Pero no estuvo. Y Debra ya no podía escuchar su risa más, ni esos chistes malos que había aprendido de algún amigo en el colegio.

Lo echaba de menos. Su hermanito debería comenzar el instituto ese curso y sin embargo... Enterró la cabeza en su taquilla y secó una lágrima que notó rodar por la mejilla antes de que nadie más pudiera verla. Después de siete

años todavía se emocionaba al pensar en él, en lo que debería estar haciendo, en lo que diría o haría. Pero estaba muerto.

Lo echaría de menos toda su vida, aunque no le hablara a nadie acerca de él y no porque quisiera olvidarlo o mantener ese hecho en secreto, más bien porque no quería que le hicieran preguntas al respecto. Porque recordarlo dolía. Y cada vez que lo hacía su cabeza terminaba yendo invariablemente hacia ese momento, aquel en que todo cambió para siempre.

—¡Ey, Deb! —Su amiga Natalie saltó sobre su espalda y bajó enseguida—. Te fuiste tan temprano que te perdiste la verdadera diversión.

Nat era una chica de largo y asombroso cabello negro, sus rasgos asiáticos eran tan bellos como su personalidad que, para ser la hija adoptada de dos prominentes médicos, una reputada cirujana y un traumatólogo excelente, no respondía para nada con lo que cualquiera habría esperado.

Sus padres nunca le escondieron que había sido adoptada, tampoco la trataban entre algodones por eso; la querían muchísimo, podía percibirse a simple vista y los señores Roberts veían de lo más lógico y normal que Nat conociera sus orígenes o cuanto pudiera de ellos.

—Verdadera diversión...—repitió con sarcasmo—. Yo no diría eso de una tarde en la bolera —objetó.

—*Au contraire* —dijo Parker, el novio de su amiga, junto a su oreja al tiempo que le pasaba un brazo por el cuello y otro por el de su chica quedando él en medio de las dos. Esa era la forma habitual de caminar que tenían cuando los tres estaban juntos.

Parker era un chico grandote, jugador de waterpolo y alto, muy alto. A sus diecisiete años era tan alto como cualquiera de sus profesores, más que algunos, de hecho; y se esperaba que creciera más todavía. Además el entrenamiento al que se sometía hacía que su espalda se ensanchara, por lo que Nat y Debra a su lado parecían dos tildes perdidas en un texto mal revisado. Su amiga apenas llegaba al metro sesenta y ella lo rebasaba por unos pocos centímetros.

—¿Desde cuándo usa una lengua que no conoce? —preguntó a Nat doblando el cuerpo hacia delante para poder hablar con ella por encima del abdomen masculino ignorando al Gran Oso, como lo había bautizado tiempo atrás.

—Tiene un examen de recuperación —explicó Natalie a su vez.

—Dejad de cuchichear —protestó Parker acompañándolas hasta la puerta de su clase—. Y para tu información... —dijo dedicándole una mirada orgullosa—. ¡Estoy preparado!

—¿Preparado para qué? —interrogó Debra suspicaz.

—Para mi examen. —Alargó la a de forma deliberada—. Creo que voy a sacar un diez —afirmó convencido.

—Con que lo apruebes es suficiente —replicó.

—Seguro que sacas la mejor nota de toda la clase. —Nat se tiró al cuello de su novio y se besaron de forma fugaz.

—Esto me traerá buena suerte —dijo él antes de marcharse con una enorme sonrisa.

—O un herpes —comentó Debra en voz baja solo para sí.

—¡Deb! —Natalie le golpeó el brazo—. Cómo te pasas —murmuró molesta mientras la empujaba hasta sus asientos.

—¿Qué? —Gesticuló con las manos en señal de inocencia—. Es verdad. De hecho es la tasa más alta de enfermedad entre adolescentes —aseguró—. Pregunta a tus padres.

Dejó caer la mochila encima de la mesa que ocupaba situada junto a la de su amiga y la rodeó.

—Pues sí. —Escuchó una conversación de dos compañeras a sus espaldas—. Por lo visto lo sigue también los fines de semana. Siempre que puede.

Se había acostumbrado a la sensación en la nuca advirtiéndole de las miradas que recibía así como de los dardos y puñales verbales.

—Algunas tienen muy poca vergüenza.

Mantuvo la lengua bajo control para no responder, hizo cuanto pudo por no girarse y contestar del modo en que se merecían. Los oscuros ojos de su mejor

amiga echaban chispas fulminando al grupo de compañeras por encima de su hombro.

—¿Es que no te cabrea? —espetó Nat sin rastro del buen humor con el que había empezado el día.

Si no fuera por ella que la frenaba, Natalie arremetería contra la gente que lanzaba esos estúpidos rumores. Se encogió de hombros y comenzó a prepararse para la clase.

—Antes o después se cansarán —comentó como si no tuviera importancia.

—Pues ya iría siendo hora —dijo enojada lanzando relámpagos por los ojos a las chicas que ahora permanecían, sabiamente, en silencio—, llevan dos años inventando mierda sobre ti.

Lo reconocía, estaba en lo cierto. Era un asco. Y era agotador. Pero no podía dejar que alguien más se involucrara en sus asuntos o peleara sus batallas por ella. Había optado por tomarlo de ese modo y así seguiría.

—Tranquila, Nat. No merece la pena. Además, hiciera lo que hiciera eso solo les daría más carnaza.

—Tienes razón —suspiró contrariada—. Es que con solo escucharlas me dan ganas de decirles dónde pueden meterse la lengua.

El comentario cargado de enfado de su amiga le arrancó una carcajada.

—Debra Scott, al pasillo.

Lo malo de reír de aquella estrepitosa forma fue que la clase ya había dado comienzo y terminó siendo echada de ella. Otra vez. Por desgracia, no podía decir que fuera algo que ocurriera de forma puntual. En más de una ocasión había sido expulsada, reconocía que con sobrados motivos a veces y otras por culpa de terceras personas.

—¿Te han echado de la clase?

Escuchó una puerta cerrarse y al levantar la vista se encontró con un compañero de clase de Parker, Alan, que llevaba un papel en la mano. El muchacho era bastante bien parecido, pero su actitud de malote con las chicas, tan pasada, lo convertía en un imbécil. Tratándose de él, nunca podría

adivinarse si se dirigiría a los demás de forma normal o dejaría ir algún corte o una fresca sin venir a cuento.

No lo podía ni ver. Había tenido los suficientes desencuentros con él desde que comenzó su vida en secundaria y visto sus malos modos y abusos hacia otros como para que lo declarara persona *non grata*.

—No, he pensado que era más interesante ver la pintura desde este lado de la puerta —contestó con desgana y sarcasmo.

—Te crees muy graciosa, niña. —Alan se acercó tanto que quedó atrapada contra la pared, le cogió la barbilla con la mano libre y puso su cara tan cerca que pudo oler el chicle de hierbabuena que mascaba siempre que no estaba fumando. La mezcla del olor a nicotina que lo envolvía con ese otro le revolvió el estómago—. Cuidado con esa boca, puede que alguien te la cierre cuando menos te lo esperes.

—Ve a hacer tu recado y déjame en paz —respondió con la mirada asqueada fija en sus pupilas al tiempo que rehuía el contacto de su mano.

Era consciente de que tal vez debería callarse, pero había algo en ella y en él que se lo impedía y si eso la convertía en una suicida, que así fuera. Con tipos como Alan Fleet lo peor que cualquiera podía hacer era dejarles ver que la actitud que desplegaban apabullaba, asustaba, imponía o todo lo anterior junto.

—¿Y si no quiero? —desafió él con una sonrisa que la hubiera hecho retroceder si no fuera porque ya tenía la espalda pegada a la pared.

—Tú mismo. —Encogió los hombros aparentando calma—. Antes o después el profesor echará en falta sus fotocopias.

—No me refería a eso.

Había temido esa respuesta, la verdad, que no se estuviera refiriendo a la tarea que le había solicitado el profesor. Pero tampoco lograba comprender de qué iba, ni pensaba perder el tiempo en hacerlo.

Entendía lo que veían las demás en él, llevaba el cabello por los hombros, desgreñado, muy a lo Kurt Cobain; además, era rubio como el cantante por lo

que solía atraer a una buena cantidad de chicas. Imitaba el estilo *grunge* del famoso artista, solo que de una forma que hubiera hecho que a cualquier seguidor original de ese movimiento le dieran ganas de abofetearlo. Combinaba su atuendo con una chaqueta de cuero negra, como si fuera una especie de estrella del rock de los ochenta.

Pero sus ojos... Daban miedo. Azules como los de Jace, con quien solía juntarse como amigos que eran, aunque los suyos tenían un tono más oscuro; eran fríos, tan fríos que la ponían en alerta.

Algunas personas todavía se sentían atraídas por esos chicos que iban por la vida destrozando a los demás con su actitud pretenciosa, pero cuanto más lejos pudiera encontrarse Debra de ese tipo de gente, y de Alan en concreto, mejor.

—Lárgate de una vez —repitió con desprecio—. Ahora dices eso, pero cuando estás con tus amigos ni me diriges la palabra y si lo haces es para ladrar alguna estupidez.

Le recordó la actitud que solía mostrarle y el motivo por el que no se creía que tuviera interés alguno en ella. No más allá de ser desagradable e inoportuno como lo era para todos con cuantos se cruzaba.

—¿Molesta? —sonrió enderezando la espalda y cruzándose de brazos sin arrugar el papel que sostenía.

—En absoluto. Tus problemas mentales son cosa tuya, no me incumben —alegó.

—Cuidado. —Golpeó la pared detrás de ella por encima de su hombro con el puño—. Tus chorradas solo me hacen gracia hasta cierto punto —advirtió él.

Estaba asustada por el significado del golpe en la pared y tenía un nudo en el estómago, de hecho lo sentía cada vez que se lo cruzaba, aunque procurara ignorarle, pero no se amedrentaría por su superioridad física como Alan pretendía.

—Pues ve a hacer lo que te han pedido y no tendrás que soportarlas —

replicó decidida al tiempo que apretaba los puños dispuesta a recuperar su espacio personal, aunque tuviera que hacerlo a empujones.

El profesor salió a buscarla en ese momento para hablar con ella y al encontrarlos allí en esa posición le dijo a Alan que dejara de flirtear. FLIRTEAR. ¿En serio? Estaba segura de que la mayoría le aguantaban esa actitud porque sus rasgos eran lo que se podría definir como agraciados; si tuviera otra cara, no se lo consentirían.

Por su parte trataba de pasar inadvertida ante él, pero la mala fortuna quería que formara parte del grupo de amigos cercanos de Jace, cosa que no comprendía demasiado bien, porque no tenían mucho que ver ni en sus gustos ni en su forma de ser.

Capítulo 2

La vida en la pequeña ciudad en la que había nacido era tan aburrida como predecible, los días eran una sucesión de horas idénticas unas tras otras. Las actividades que se podían hacer por la zona eran las mismas que hicieron sus primos, sus padres y estaba convencido de que sus abuelos también las habrían hecho de haber vivido allí cuando eran jóvenes.

Estaba cansado de escuchar las mismas historias, de ir a los mismos sitios con la misma gente que llevaba viendo toda la vida y con los que no había nada nuevo que contar ni descubrir. Se conocían muy bien unos a otros. Demasiado. Su única posibilidad era ir a una universidad lejos de allí.

Pocas cosas emocionantes había por hacer en el rincón de mundo que ocupaba su pequeña ciudad; lo mejor eran las vacaciones. Cuando se iban fuera, claro, los años en los que le había tocado quedarse en casa fueron una auténtica mierda, como el que había terminado no hacía mucho. En ese sentido, sentía envidia de todos los que podían dejar aquel lugar atrás, aunque solo fuera por un mes.

Con diecisiete años aquel lugar hacía ya tiempo que se le había quedado pequeño, el hastío en su pecho lo dejaba claro. Así que mientras no pudiera hacer lo que de verdad quería, repetiría lo que tantos otros habían hecho antes que él: ir al instituto, estudiar, salir con los amigos y tratar de divertirse o, mejor dicho, de no morir de aburrimiento.

Dos cursos con sus veranos. Eso era lo que le quedaba por soportar antes

de poder largarse. Conocería a gente nueva, vería lugares que no había visto hasta entonces y su vida comenzaría a fraguarse lejos, tanto como fuera humana y físicamente posible.

Mientras tanto, continuaba allí, en las escaleras del instituto, con sus amigos de siempre, pasando el rato. Unos se daban el lote con la novia de turno como Phil y Yolanda, otros con la de toda la vida, Eric y Priscila, algunos como Alan y Stan fumaban y él... Él trataba de mantenerse cuerdo.

—Eh, mirad —comentó Alan, del que cada año soportaba menos esa personalidad despótica; sin embargo, de vez en cuando, todavía eran capaces de reír juntos como antes—. Es una de las admiradoras de nuestro Jacey —dijo señalando con la cabeza hacia la chica que subía los peldaños en ese momento y que no tardaría en pasar por su lado.

Vio a una morena con el cabello recogido en una coleta, caminaba sumida en sus pensamientos, mirando al suelo, con el almuerzo en la mano; lo más probable era que lo hubiera comprado en la cafetería minutos antes.

No había nada especial en ella, nada destacable. Vestía pantalones tejanos, zapatillas de punta redonda, camiseta Benetton roja de manga corta y llevaba la mochila colgando de un hombro. La conocía. ¿Cómo era su nombre? ¿Delora? ¿Debora?

—Dirás su acosadora —intervino Priscila dejando libre por un momento la boca de su novio y amigo suyo de siempre, Eric—. Se rumorea que lo sigue a todas partes —añadió.

—Eso no es cierto —repuso él algo molesto.

Con lo pequeño que era aquello y las zonas por las que se movían, la habría visto en más de una ocasión si eso fuera así, estaba convencido; del mismo modo que se daba perfecta cuenta de las chicas que se lo quedaban mirando o si lo seguían cuando se cruzaba con algún grupito mientras hacía la compra o salía a dar una vuelta.

Con el tiempo eso había llegado a resultar una verdadera molestia.

—La pequeña Debra Scott, convertida en una acosadora... Vaya —silbó con

malicia Alan.

Eso era, aquel era su nombre. Debra. Ciertamente, le daba igual; hacía tiempo que había dejado de fijarse en las chicas de por allí. Siempre era lo mismo, la misma historia; o querían echar raíces o largarse pitando, no sin antes llevarse un bocado de los muchachos de la zona.

Una vez conoció a una cuya pretensión era practicar con cuantos pudiera para satisfacer a su futuro marido que, decía, conocería en Venice Beach. Le deseó suerte en su empresa y dejó de verla en ese mismo instante. Por suerte no había llegado a acostarse con ella, no hubiera sido nada gracioso pillar una venérea...

—No sé, a mí me parece bastante normal —apuntó Eric echando un vistazo por encima del hombro de su chica; parecían siameses, siempre agarrados uno al otro.

Phil y Yolanda realizaron una especie de gruñido dando a entender que estaban de acuerdo con él. Phil no hablaba demasiado, era bastante callado, un tipo grande en estatura y envergadura, como un defensa de *football*, solo que él nunca había jugado.

—Divirtámonos un poco —propuso Alan.

Y su mirada decía que llevaría a cabo lo que fuera que tenía en mente tanto si los demás estaban de acuerdo como si no.

—¡Claro! —Priscila se sumó como lo hacía con todos los planes que cualquiera de ellos proponía.

Si no fuera por el respeto y el aprecio que le tenía a Eric le diría que no hacía mucho su querida novia le tiró los tejos estando él de vacaciones con su familia. Pero no quería ser quien provocara la infelicidad de su amigo.

—Eh, ¡tú! —Alan había cogido una piedra pequeña del suelo y la tiró sin fuerza en la dirección de Debra, que no los había visto todavía ya que estaban a un lado del camino que ella seguía.

Pensó que le daría hasta que ella se apartó de la trayectoria del objeto volador justo a tiempo para que no le golpeará en la frente. Levantó la cabeza,

paseó su mirada rápido por el grupo y fulminó al que había lanzado el objeto. Desde luego esa reacción era algo.

—¿No te han enseñado que no se tiran cosas? —regañó.

El ceño fruncido, el tono áspero, ahora comenzaba a recordar haberse cruzado algunas veces con ella dentro y fuera del instituto; sin embargo, no habían tenido una conversación de forma apropiada.

—¿No te ha dado, no? —manifestó Alan gesticulando con los brazos como si no tuviera más importancia.

—Solo porque me he apartado a tiempo.

La chica replicaba sin miedo al mayor abusón que el instituto y, con toda probabilidad, su pequeña ciudad conocían. Ahora comprendía por qué Alan había hecho aquella propuesta, podía ver ese peligroso brillo en su mirada, el que solía tener justo antes de hacer una gilipollez por la que podría terminar herido, amonestado o detenido.

—Sé lo que me hago, niña —repuso con chulería.

—Todos los burros piensan lo mismo —contestó ella al alarde de su amigo.

Respuesta que arrancó algunas risitas dentro del grupo que no agradaron demasiado a Alan. Aquella muchacha era en verdad una especie en extinción; decía lo que le pasaba por la cabeza sin importarle las consecuencias. Porque tenía que saber que sus palabras iban a cabrear al chico con pinta de músico que estaba de pie a su lado, ¿no?

Sin añadir nada más retomó su camino, y ya casi había pasado de largo cuando su amigo la volvió a increpar.

—¿Pero ya te vas? —La chica ignoró el comentario de Alan. Por dentro la felicitó por ello—. ¿No saludas a tu amorcito? —No podía creer lo que acababa de escuchar. Una pátina de vergüenza cubrió el rostro de Jace, trató de mantenerse impasible. ¿Por qué lo metía en medio de su ataque? ¿Y de verdad le gustaba a ella? Su mirada no había cambiado cuando recorrió el grupo, no fue distinta de la que le dedicó a Eric o a Stan ni se detuvo en él por más tiempo que con los otros, reflexionó—. Vamos, todos sabemos que te

gusta —continuó su amigo.

Comprendía demasiado bien su intención, quería avergonzarla, pero diciendo esas cosas lo incomodaba a él.

—¿Y? —preguntó ella sin encogerse, girando a medias el cuerpo con un pie en un escalón superior para encarar al rubio greñado que se había adelantado y ahora estaba casi en mitad de la escalera.

—Puedes saludarle. No seas tímida —respondió Alan con una sonrisa de superioridad.

—¿No lo niegas? —preguntó asombrado Stan, sentado detrás de él.

—¿Debería? —contestó ella con gesto aburrido ignorando a Alan—. ¿Por qué? —Se encogió de hombros—. Si lo niego nadie me creería; y si lo admito estaría igual que ahora. Haga lo que haga, no servirá de nada.

Y tras decir aquello continuó subiendo cada escalón de piedra dejando a todos los allí presentes anonadados excepto a su amigo Alan, que parecía más cabreado que antes. Ya no reía, él sin embargo sí que se había divertido con el intercambio verbal que habían presenciado. No por lo que habían dicho, de hecho se sentía incómodo cada vez que le decían que le gustaba a alguien, pero esa tal Debra...

Ella no reaccionó como ninguna de las chicas que conocía. La gran mayoría se habrían ruborizado por lo menos, encogido o echado mano de su cabello para retorcerlo; ella no. Eso le pareció interesante.

Necesitaba prestar la máxima atención a lo que estaba haciendo, soldar aquella parte de su proyecto era delicado.

—Ya está bien por hoy —anunció Michelle, la profesora de Tecnología, con ese tono suyo que dejaba claro que deseaba que desalojaran la sala lo antes posible.

Sus compañeros recogieron a toda prisa, deseosos de salir al patio para

tomar el aire, un merecido y necesitado descanso en mitad de la mañana.

—¡Deb! ¿No vienes? —preguntó Natalie desde la puerta.

¿Ya había salido? A esa hora estaban separadas en distintas clases, aunque en la misma planta del edificio y si no aparecía una, la otra iba a buscarla.

—Tengo que terminar esto —contestó devolviendo la atención a lo que tenía entre manos.

Michelle, su profesora de Tecnología, era una mujer de lo más amable, aunque por lo general uno no se daba cuenta de ello hasta que la conocía mejor; pelirroja, con el cabello recogido en un moño, vestía ropa de *sport* que solían ser tejanos y suéteres finos. Y llevaba la bata blanca que usaba siempre, abierta. La profesora caminó hasta la mesa que Debra ocupaba. Estaba junto a su taburete viendo lo que hacía.

—No te queda demasiado para terminar esa parte —afirmó.

Su comentario era lo mismo que recibir un halago, era difícil conseguir algo como aquello de su parte.

—No —respondió con una sonrisa de agradecimiento por sus palabras—. Quiero dejarlo hecho antes de ponerme con esa otra. —Señaló los planos de construcción que habían elaborado en clase antes de llegar a ese punto.

—Bien. —La profesora apoyó una mano en la mesa y dejó las llaves junto a los papeles del proyecto—. Cuando termines cierra y ven a la sala de profesores a devolvérmelas.

Sintió una súbita alegría burbujear en su interior.

—Claro. Gracias, profe.

—Entonces nos vamos, Deb —anunció su amiga—. Estaremos en la cafetería.

Al mirar en su dirección vio que Parker había llegado para acompañar a su novia, esos dos eran uña y carne. Por suerte él no era un completo gilipollas como muchos otros chicos y le caía bastante bien. De otra forma, sería difícil para ellas poder seguir juntas como siempre. Parker se había convertido con el tiempo en un buen amigo de ella también.

Al terminar recogió los materiales en su lugar y despejó la mesa. Dejó el proyecto en la caja asignada; cada alumno tenía una, y la depositó junto a las de los demás en la repisa destinada para ello. Ver el progreso de los trabajos que realizaban era algo que le fascinaba. Siempre le había llamado la atención aquello de destripar algún objeto, a poder ser piezas que contuvieran maquinaria, para ver cómo funcionaban.

Salió de la sala y cerró con llave, fuera del aula había una exposición de distintos trabajos de cursos anteriores, algunos tenían muchos años; todos ellos eran un recordatorio de calidad y trabajo bien hecho. Como siempre que tenía tiempo, se quedó observándolos con detenimiento, imaginando cómo se habían construido y qué materiales y herramientas habrían requerido.

Escuchó un sonido a su espalda, y al volverse hacia la puerta que cerraba ese trozo de pasillo se encontró con una mano que le cubría la boca al tiempo que otra le sujetó la nuca. El aliento se le trabó al darse cuenta de quién era el dueño de aquellas manos: Jace Reeve.

La arrastró hacia atrás de la puerta que había dejado entornada. Lo tenía encima, la apretaba con su cuerpo contra la pared y podía percibir su aroma con tanta intensidad que pensó que podría desmayarse de felicidad en cualquier momento.

La combinación del calor corporal, el tacto de sus manos, algo áspero, y ese olor que desprendía a desodorante masculino y a jabón de la ropa causaba estragos a sus rodillas, pero no tantos como los que sufría su cerebro.

—Perdona, lo siento. Solo aguanta un poco más —susurró él bajando la cabeza.

Estaba tan cerca que no estaba segura de si el roce que sintió en el pelo era debido a su aliento al hablar junto a su oreja o por el roce de su barbilla. ¿Tal vez ambos?

—Creí que lo había visto bajar...

—¿Estará en el baño?

Las voces de dos chicas hablando del otro lado de la puerta abierta apenas

un centímetro, muy cerca de donde se encontraban, provocaron que Jace se tensara y apretara todavía más su cuerpo contra el de ella. Si no ponía fin pronto a esa cercanía, terminaría convertida en un charquito a sus pies.

—Ve a mirar.

—Ve tú.

—Sí, hombre...

—¿Le esperamos aquí?

«No, por favor. Largaos de una vez», pidió mentalmente con cada molécula de su cuerpo. Si a alguna de las dos lumbreras les daba por comprobar aquel pequeño distribuidor al final del pasillo que había justo antes del aula de Tecnología y los encontraban allí, de aquella forma... tendría algunos problemas, eso seguro.

—A lo mejor ha ido abajo —aventuró una.

—O a la cafetería —terció la otra.

—¿Vamos?

Los pasos se alejaron por el hueco de la escalera, no estaba del todo segura de la dirección que habrían tomado, lo importante en aquel momento era que se alejaron. Jace retiró sus manos y se apartó para abrir una rendija la hoja de madera por la que poder mirar fuera y asegurarse de que ya no estuvieran.

—¿Por qué te escondes? —preguntó curiosa ante ese comportamiento poco habitual en él.

—Porque me persiguen —respondió como si eso explicara todo cuanto necesitara saber.

—¿Y por qué te persiguen?

El guapo moreno de ojos azules giró la cabeza para mirarla de reojo; ya no llevaba el cabello teñido de rubio como cuando lo vio por primera vez, lo había teñido de un castaño oscuro y lo tenía peinado al estilo de DiCaprio en la película *Romeo y Julieta* que tantas veces había visto.

Junto con los *piercings* en la oreja que habían aumentado en número, ahora llevaba una especie de extensión cruzando el arco superior de su oreja

izquierda con una bolita de acero en cada extremo, el tono oscuro de su cabello aumentaba la belleza de sus facciones combinando a la perfección con esos ojos de un azul tan límpido con los que, de encontrarse sola, se permitiría suspirar.

Él sonrió ante su escrutinio, se enderezó y metió las manos en los bolsillos traseros del pantalón mientras balanceaba el cuerpo sobre la punta de los pies al tiempo que parecía extender los codos hacia los lados como si quisiera ser observado, como si le gustara. ¿Se estaba pavoneando?

—No lo sé. Dímelo tú —contestó Jace con falsa modestia.

—No tengo ni la más mínima idea —replicó perpleja por el despliegue que daba lugar ante ella.

El muchacho se desinfló al instante y dejó escapar el aliento en un suspiro cansado.

—Pues, no sé, imagino que lo hacen porque les gusta y quieren salir conmigo.

—Aunque eso no lo sabes —puntualizó Debra. Vio la incertidumbre bailar en sus ojos—. Pues hazlo —resolvió.

—¿Hacer qué?

—Salir —contestó—. Con ellas —especificó un poco más—. Será mejor que esconderse de unas pobres chicas enamoradas.

—De pobres, nada —aseguró Jace—. Pueden ser muy persistentes. Creo que no se detendrán hasta que tenga novia.

Debra lo miró y parpadeó un par de veces buscando la lógica que encerraba esa afirmación y que no encontraba por ninguna parte. ¿En qué mundo podría eso tener sentido? Si a alguien le gustaba una persona no dejaba de hacerlo porque tuviera pareja, ¿o sí?

—Las épocas en las que he estado más tranquilo han sido mientras... —continuó reflexionando— ¡Eso es! —dijo de pronto chasqueando los dedos con entusiasmo—. Sal conmigo.

Si en ese momento el techo del edificio fuera arrancado por un gigante la

hubiera sorprendido menos que lo que el chico que le gustaba acababa de decir.

—¿¡Qué!?! —ahogó una exclamación.

—Si eres mi novia dejarán de perseguirme —expuso. Así, sin más—. Todo el mundo sabe que te gusto...

Alto ahí. *Stop*. De acuerdo, le gustaba. Y esa era una oferta tentadora, pero no podía aceptar de ningún modo. No había salido con un chico, lo que se decía formalmente, y no quería que la primera vez que lo hiciera fuera así; de esa manera no.

—Ese no es un motivo para salir con alguien —contestó frunciendo el ceño, molesta por su poco meditada propuesta.

—Pero yo te gusto —afirmó Jace.

¿Y eso que tenía que ver? Por mucho que le gustara, precisamente por ese motivo, jamás podría aceptar rebajar sus sentimientos y a sí misma a ser usada como un juguete que podría desechar en cualquier momento. Ese pensamiento hizo que respondiera de una forma un tanto más brusca.

—¿Te crees todos los rumores que se lanzan? —preguntó a la defensiva y deliberadamente ambigua.

Sin esperar a escuchar una respuesta de su parte, pasó junto a él y salió sin preocuparse tampoco de que aquellas merodeadoras pudieran verla. Es más, si se las cruzaba pensaba decirles exactamente dónde se encontraba el objeto de su deseo.

Capítulo 3

El ruido de la cafetería era el habitual, con las carcajadas, las charlas, las conversaciones a gritos, a media voz y los susurros en la oreja. Jace se encontraba con sus amigos Phil, sentado detrás de él en la otra mesa, y Stan, a su lado; aunque se encontraban espalda con espalda casi apoyados el uno contra el otro ya que este charlaba con unos chicos de otro curso acerca del último modelo de motor o algo así. No le interesaba demasiado. Eric y Priscila se estaban dando el lote a su otro lado, lo que los dejaba prácticamente morreándose en su cara, con ella sentada sobre el regazo de su amigo.

Jace tenía una pierna doblada sobre la silla y apoyaba el codo en la rodilla con desenfado mientras tomaba conciencia de cuanto le rodeaba.

La comida tampoco variaba demasiado. En su bandeja, un supuesto puré de verduras que había dejado a medias, un filete empanado del que había dado buena cuenta y una hogaza de pan que estaba terminando de comer; de postre había escogido una manzana porque la alternativa le daba grima. No soportaba las cosas que se movían como la gelatina. Solo de pensar en poner algo así en su boca le hacía estremecer.

Vio a Alan entrar y dirigirse hacia los que hacían cola para comprar el almuerzo. Fue directo hacia ellos, con paso decidido, al lugar en el que se amontonaban las bandejas. Lo siguió con la mirada y pensó en lo poco que había cambiado desde que se conocieron en la guardería. Cogió una e,

ignorando a los que habían llegado antes que él, fue por el lado de los que esperaban turno en fila de uno, pasando un brazo por delante de sus caras para tomar lo que quería.

Nadie le dijo nada a pesar de que podía ver la molestia que les ocasionaba solo observando sus rostros; cada uno de ellos, al ver de quién se trataba, mantenía la boca cerrada. Todavía no entendía qué diversión podía encontrar Alan en hacer lo que hacía. Lo vio llegar a la zona donde se encontraban los postres y detenerse, colocarse en la fila encarándose con una chica que dio un paso atrás al instante, intimidada, y con una sonrisa perversa se volvió hacia el frente.

Observó a su amigo cuyo rostro exudaba malicia cuando tocó el hombro de la persona situada justo de delante de él. Jace se recolocó en el asiento al reconocer a Debra; no la había visto hasta ese momento. Días atrás le había pedido que saliera con él. No sabía por qué lo había hecho, ni siquiera había pensado en hacer algo como eso hasta que las palabras salieron de su boca. Pero ella lo rechazó. De una forma bastante tajante, debía añadir. Lejos de parecer contenta con la propuesta, se enfadó.

¿Podría ser que todos los que decían que le gustaba a Debra Scott estuvieran equivocados? Al fin y al cabo, los rumores de que la chica lo perseguía eran falsos. Por otra parte, su profesor de Filosofía decía que cada rumor poseía una parte de verdad, del mismo modo que lo hacían las mentiras. O algo como eso, ¿no?

La vio girarse ante el contacto para comprobar su espalda, y al encontrar a Alan detrás negó molesta con la cabeza devolviendo la vista al frente al instante; su amigo insistió con un gesto en el rostro que no había visto demasiadas veces, en esa ocasión tiró de la punta de su coleta hacia abajo. ¿Qué coño pasaba con él? ¿Por qué era tan capullo?

Sin girarse, Debra sacudió con una mano el cabello que dejaba el recogido a su espalda como si una mosca la incomodara. Jace no pudo evitar sonreír ante su forma de tratarlo. Llegó el turno de la chica para recoger el postre y el

otro, sin darse por vencido, volvió a la carga; presionó el canto de la bandeja contra su espalda.

—Como me hayas manchado... —Debra se giró en redondo fulminándolo con la mirada.

No era que pudiera escuchar lo que decía desde tan lejos, sin embargo no era difícil entender lo que decía a Alan, sobre todo porque Jace miraba en esa dirección y ella resultaba ser bastante expresiva. Su amigo rió con regocijo y hasta se ofreció a revisar su espalda.

—¡Déjame en paz! —En esa ocasión sí pudo oír las palabras con claridad.

Él y todos en la cafetería. Girando la cara para evitar mirarlo, la chica pasó a su lado alejándose hacia la salida, pero Alan no la dejaría irse sin más y lo vio inclinarse hacia ella haciendo que sus hombros chocaran. Debra le clavó otro puñal con la mirada y continuó su camino sin detenerse.

Sin lugar a dudas esos dos no se soportaban el uno al otro; la chica parecía despreciarle y, de algún modo, eso le hacía sentir algo de simpatía hacia ella. ¿Lo convertía eso en mal amigo? Suponía que en más de una forma así era. No pasó mucho hasta que Alan ocupó el asiento del otro lado de la mesa delante de él.

—¿Qué ha sido eso? —Procuró mantener un tono poco interesado.

—¿El qué? —quiso saber él mientras se inclinaba sobre el plato y comenzaba a engullir como si no hubiera almorzado en una semana.

Alan siempre comía de aquel modo, suponía que se debía a la fuerza de la costumbre ya que tenía muchos hermanos y si no lo hacía deprisa se quedaba sin repetir.

—Lo de hace un momento —señaló los mostradores con la barbilla cuando su amigo alzó la vista para mirarle interrogante.

—Ah, tu acosadora... —dijo al comprender y pudo ver que trataba de contener una sonrisa, pero le fue imposible.

—Oye, basta con eso —censuró Jace.

—¿Con qué? —repuso Alan dejando de comer y dirigiendo su afilada

mirada hacia él.

—Con llamarla así —dijo sin tapujos—. Sabes tan bien como yo que esos rumores no son ciertos.

—¿Qué chorradas dices? —Alan observaba su rostro como si estuviera midiendo sus reacciones, elucubrando—. Si la gente lo va diciendo será porque la han visto —arguyó—. ¿Quién inventaría algo así?

No le gustaba nada el modo en el que le devolvía la mirada, como si lo desafiara a rebatirle. Durante mucho tiempo se había mantenido al margen de cuanto pasaba y de lo que sus amigos hacían o dejaban de hacer, pero era consciente de que si quisiera podría enfrentarse a Alan y vencerle, y suponía que él también lo sabía.

—Yo no me lo creería tan fácilmente —sentenció zanjando la conversación.

Las palabras que ella le dijo en aquel pasillo antes de dejarlo solo, escondido tras la puerta, junto al aula de Tecnología unos días atrás, resonaron en su cabeza con fuerza. Debra ni siquiera había buscado con la mirada por el comedor antes de irse; cogió su almuerzo y se fue. Nada más. No como hacían algunas otras chicas que buscaban entre la multitud y al encontrarlo reían o suspiraban con arrobos y cuchicheaban con las amigas mientras señalaban en su dirección con más o menos discreción.

Además, se dijo, si tanto le gustara habría aceptado salir con él cuando se lo propuso. ¿No? ¡Ah! Llevaba varios días dando vueltas a lo que sucedió y todavía no lo comprendía, no del todo. Ni siquiera sabía de dónde surgieron las palabras, solo dijo lo que le pasó por la cabeza en ese momento; aun así, ser rechazado por ella lo dejó perplejo al principio, molesto después.

Nunca una chica le había dicho que no, claro que solo le había pedido salir a una en toda su vida y eso fue cuando iba a primaria; Mindy fue su novia unos meses en primero. Hasta que rompió con ella porque otra chica, Samantha, le pidió que fuera su novio y le aseguró que podrían practicar besos como los de los adultos. Tal vez eso de ser un capullo no fuera solo cosa de Alan, razonó algo asqueado por su propio comportamiento pasado en el que hasta ese

momento ni siquiera había reparado.

De hecho, no recordaba haber pedido salir a ninguna de las chicas con las que había estado hasta entonces. Ellas se acercaban a él. Eso solo hacía más molesto el hecho de que una chica, que según todo el mundo estaba colada por él, le hubiera dado una rotunda negativa como respuesta.

Habían pasado más de dos semanas desde «el incidente» en la salida del aula de Tecnología, Debra recordaba cada detalle, cada sensación y cada palabra; y seguía sin comprender por qué le había pedido Jace que saliera con él. Por más que se devanaba los sesos no encontraba un motivo razonable para ello. ¿Fue una broma, quizás?

De ser así era de muy mal gusto y tenía poca o ninguna gracia. Tal vez se trató de un impulso, caviló recapitulando acerca de lo que ocurrió y lo que dijo cada uno. Cualquiera que fuese el verdadero motivo, las razones que le dio apestaban. Dudaba que nadie con dos dedos de frente hubiera aceptado ser la novia de alguien así, sabiendo que la otra persona no sentía nada por ella, que solo quería utilizarla como un método de alejar a las demás.

Bien, Jace Reeve podía pedirle a cualquier otra que hiciera eso. A ella no.

Si acaso algún día tenía algo como un novio sería porque los dos se gustaran y quisieran estar juntos. Por supuesto en alguna parte había escuchado aquello de que en una relación siempre había uno que quería más que el otro. De acuerdo, lo aceptaba, podría ser cierto o no; lo que tenía claro era que ni quería ni pretendía ser como los demás.

Debra anhelaba una relación entre iguales, equitativa, y por mucho que le gustara un chico, en especial Jace, dudaba de que algo así como salir con él, ser su novia o que fuera su novio, llegara a ocurrir en la vida real. En sus sueños, tal vez. Tenía que dejar de pensar en aquello, se dijo, dejar de repetir esas palabras para sí. Solo fue una broma. Un mal chiste, eso era.

—¿Vamos? —Parker apoyó el hombro en la taquilla junto a la suya y estudió su cara con el ceño fruncido.

—Sí, claro —respondió.

Cerró y echaron a andar por el corredor. Nat no había ido a la escuela ese día porque tenía fiebre y se quedó en casa para descansar hasta encontrarse mejor. Como siempre que estaban juntos sin su mejor amiga, Parker se abstenía de pasarle un brazo por el cuello, en señal de respeto hacia su chica, suponía, y se limitaban a caminar uno al lado del otro. Algo que le parecía bien, porque de lo contrario sería incómodo y muy, muy extraño. Por no mencionar lo que disfrutarían las malas lenguas.

—¿Vas a ir a ver a Natalie luego? —preguntó él.

—Sí —contestó—. ¿Y tú tienes entrenamiento esta tarde? —Se esforzó en recordar el horario extracurricular de su amigo.

—Sí —confirmó él—. La llamaré esta noche. Así podrá descansar.

Parker era tan atento con Nat que solo por eso ya debería adorarle, pero es que además le caía bien, era un chico cabal, honesto y se esforzaba en todo lo que hacía, aunque a veces el resultado no fuera del todo el que él querría.

—Se lo diré —prometió Debra.

—Gracias.

Detuvo sus pasos y levantó la cabeza para poder mirar a los ojos al chico que se giró intrigado hacia ella.

—Oye —habló buscando la forma más suave de decir aquello—. No tienes que acompañarme cuando ella no esté —manifestó con tacto.

—No lo hago por... —comenzó a responder. Parker dejó la frase inacabada y resopló de forma vaga, destensando los hombros, como si de pronto decidiera que era más adecuado decir las cosas de otro modo—. Somos amigos —afirmó—. Tanto si está Natalie como si no. Y los amigos se apoyan ¿no?

—Claro, perdona —comentó algo avergonzada por la respuesta directa, sincera y sencilla que le dio él. Se planteó que a lo mejor podía darle una

opinión igual de directa acerca de lo que le preocupaba—. ¿Puedo hacerte una pregunta? —añadió.

Retomó el paso y cuando estuvieron a la misma altura caminaron juntos de nuevo.

—Dispara —apuntó Gran Oso.

—Tú... —¿Cuál era el mejor modo de enfocar aquello?— Le pediste salir a Nat, ¿verdad?

—Eh... Sí —reconoció él rascándose la nuca como hacía cuando se sentía incómodo—. Lo hice.

—Ya... Tiene que gustarte mucho la persona, para hacer algo como... eso —articuló con torpeza—. Imagino.

Debra agachó la cabeza. Balbuceaba. No le gustaba ni un poco sentirse así de insegura. Pero en lo que a relaciones se refería no tenía experiencia; por supuesto, se había enrollado con algún que otro chico y quedó con alguno más de una vez, pero de ahí a considerarlo una relación... No. Nunca había visto a ninguno de ellos como un novio o similar.

—Sí, claro. ¿Por qué le pedirías a alguien que no te gusta que fuera tu pareja?

—Eso es lo mismo que yo me pregunto —murmuró.

—¿Qué has dicho?

El teléfono que guardaba en el bolsillo lateral de la mochila comenzó a sonar en ese momento, lo sacó y vio el nombre de su tío en el identificador de llamadas, una sonrisa automática acudió a sus labios y tras disculparse con gestos con Parker se dio la vuelta y desanduvo el camino que había recorrido en busca de un poco de intimidad para responder.

—Hola —saludó sin más, de forma directa—. ¿Ocurre algo? —Desvió sus pasos hacia la puerta de entrada del edificio.

—¿Así es como saludas a tu tío favorito? —recriminó la conocida voz desde el otro lado.

—De acuerdo... —pronunció arrastrando las palabras como si le fastidiara

—. ¡Pacey! —exclamó entonces llena de energía—. ¡Cuánto tiempo! No sabes las ganas que tengo de verte de nuevo. —Y no era ninguna mentira, lo hacía. Solo veía a su tío en verano—. Te echo de menos —fingió un puchero en esa última parte.

—Está bien, está bien... —Reía—. Mucho mejor, pero aun así no me he creído ni una sola palabra. Qué mala actriz eres...

Casi podía verlo recostar el sillón de su oficina hacia atrás mientras hablaba con una sonrisa en los labios.

—Tengo algo que dice todo lo contrario. —Se jactó del premio que ganó un par de años atrás por participar en una obra teatral amateur.

Su tío emitió una carcajada al otro lado y le arrancó una a ella a su vez. Pacey tenía algo que de verdad conseguía relajar a cuantos le rodeaban; incluso en circunstancias en las que otros perdían los nervios, él se mantenía firme. Era su roca.

—De acuerdo, de acuerdo, tú ganas. —Se rindió el hombre.

—Como siempre —respondió Debra con orgullo.

—Mira —comentó él modificando el tono, pasando a uno más sereno—, te llamaba porque sé cuánto te gustan estas cosas.

—¿El qué? —interrogó expectante.

—Dentro de poco comenzará un curso de formación para...

—¡Me apunto! —contestó sin pensar—. ¿Dónde? —preguntó incluso antes de que el hombre pudiera terminar de darle toda la información.

—Espera, Debra. Este es para mayores de dieciséis, no es como los otros que has hecho estos años —informó. Se desinfló; su cumpleaños no llegaría hasta que el año escolar estuviera a punto de terminar, a pocos días de que comenzaran las vacaciones de verano—. Este curso es para quienes van a trabajar como socorristas, de hecho es para conseguir la titulación —continuó su tío—. No obstante, como he inscrito a varios miembros del personal del hotel y tengo la suerte de conocer a la persona que va a impartir la formación y contactos con su superior... Después de mucho hablar he logrado convencerles

y han accedido a que acudas y realices el curso; siempre y cuando seas todo lo que les he asegurado que eres. Si lo haces bien, te ayudarán a conseguir la licencia en cuanto cumplas los dieciséis de forma oficial. Es todo cuanto he podido hacer.

Pacey sabía que se moría de ganas de trabajar con él, siempre dijo que al cumplir los dieciséis sería socorrista en su hotel, el Pacific, y cada año hacía un curso de primeros auxilios, buceo, submarinismo, o lo que pudiera para aprender distintas habilidades con tal de alcanzar esa meta. Pero la realidad era la que era y ya el verano anterior comenzó a darse cuenta de que no sería posible al menos hasta el siguiente año, que por entonces tendría diecisiete.

Ah, pero su tío siempre trataba de hacerla feliz y no había mejor forma que aquella.

—¿En serio? —Pasó del Infierno al Cielo en un segundo.

Estaba genuinamente impresionada y emocionada por lo que había hecho por ella, seguro que no había sido tan fácil de lograr como quería hacer ver.

—Sí.

—¡Eso es genial!

No pudo evitar que su voz dejara entrever sus sentimientos.

—Bien —habló Pacey de nuevo al cabo de unos segundos—, me alegro de que te guste la sorpresa.

—¿Bromeas? —repuso entusiasmada—. Me encanta.

—Los horarios de comienzo son después de tus clases, como siempre. Ya he hablado con tu madre. Mandaré a alguien a recogerte cuando comience la formación.

—Sí, gracias. Allí estaré —aseguró.

Colgó la llamada y no pudo evitar que parte de la alegría que sentía saliera en forma de gesto triunfal, como tampoco pudo esconder la sonrisa que la noticia de su tío le había dejado; podría tocar el cielo con las manos en ese momento. Caminó hacia atrás para regresar al interior del edificio y chocó con alguien. Se giró de forma automática a pedir perdón.

—Lo sient... o.

La disculpa murió en sus labios nada más comprobar con quién había topado. Alan.

—¿Ahora también te dedicas a acosarme a mí? —preguntó con desdén tras mirarla de arriba abajo sonriendo a medias.

Su escrutinio le tensó la parte de atrás del cuello.

—Ya te gustaría —espetó acompañando sus palabras con una caída de ojos y se alejó de allí tan rápido como pudo.

Antes de que pudiera volver a entrar, la puerta se abrió. El estómago se le encogió con ese sentimiento al que ya se había acostumbrado cada vez que lo veía; sin embargo, ahora tenía otro matiz, desde aquel día en el pasillo. Jace se detuvo en mitad del marco al verla y se ladeó hacia atrás para dejarla pasar, sin embargo el chico ocupaba la mitad de la puerta y lo hizo demasiado cerca.

Estaban en el umbral cuando él la saludó. Respondió con un murmullo de su parte, lo mejor que podía ofrecerle dadas las circunstancias.

—¿Tienes clase ahora? —preguntó él haciendo que se quedara quieta por un instante.

Estaban realmente cerca, aunque no tanto como aquella vez. Recuerdos de su cuerpo pegado al de ella la asaltaron de nuevo junto con otros, producto de su propia mente perversa, esos que le mostraban aquello que deseaba que hubiera ocurrido en realidad.

—¿Vosotros no? —consultó a su vez recordando con desagrado que acababa de tropezar con Alan, de su mismo curso, fuera y no había estado solo.

Avanzó para detenerse a un paso y medio de distancia, la presencia de Jace era como sentir la fuerza de atracción de un poderoso imán y cuanto más cerca estaba de él, mayor era la potencia. Lo mejor para su salud mental sería, sin duda, mantener cierta distancia con él, como un cordón de seguridad. Ese era uno de los motivos por los que siempre lo había observado de lejos y de

forma discreta.

—Más o menos —repuso el chico haciendo estragos en sus entrañas con esa forma de mirarla—. Oye... —habló de nuevo dejando que la puerta se cerrara a su espalda, Debra se lo quedó mirando fascinada mientras trataba de procesar que estaban en la entrada. Solos—. Lo del otro día...

—Tranquilo —lo cortó—. Ya sé que no iba en serio —respondió antes de dejarlo terminar—. No pasa nada.

No quería tener que escuchar de sus labios que había hecho una apuesta y la había perdido, que no iba en serio o algo similar.

—No, yo... —Frunció el ceño. Parecía confuso por sus palabras—. Quería disculparme por si te molestó o... algo.

Molestar no era la palabra adecuada. Desconcertar, quizás se acercaba más.

—Ya te he dicho que no pasa nada; no lo tengo en cuenta —contestó—. Algunos chicos solo sabéis hacer y decir tonterías —añadió tratando de quitar hierro al asunto en un intento de volver a la normalidad, de sentirse como antes de que aquello pasara.

La cara de Jace se ensombreció al escucharla.

—Y aun así te gusto —aseveró.

No era una pregunta. Lo afirmaba en un tono que no admitía réplica, con algo de dureza también, como si la desafiara a negarlo. Por mucho que Debra no pensara mentir acerca de sus sentimientos, no le hacía ninguna gracia que, por tenerlos, él o cualquier otro los utilizara, y a ella, a su conveniencia. No lo permitiría.

—No te equivoques —respondió en lugar de darle lo que buscaba—. Es muy fácil que alguien a quien apenas conoces te guste. Lo difícil es que esa persona siga haciéndolo después de conocerla mejor.

«Como por ejemplo tú», añadió para sus adentros. Enojada todavía por aquel burdo intento de manipulación se giró y caminó con falsa decisión para alejarse de Jace lo más deprisa posible aun con el temblor que insistía en permanecer en sus rodillas. Una cosa era que le gustara alguien y otra muy

distinta que se dejara pisotear por esa persona.

La idealización era algo complicado; un fenómeno que se daba en la mayoría de enamoramientos en la adolescencia, lo veía a menudo y reconocía que, hasta cierto punto, le ocurría algo parecido también. No obstante ella deseaba conocer de verdad a Jace Reeve, en todos los aspectos.

Le encantaría poder hablar con naturalidad con él, poder bromear y comentar acerca de sus gustos, saber qué sentiría siendo abrazada, besada o, sí, protegida por él. Saber qué se sentiría siendo su novia. Una de verdad. Porque, por muy fuerte que ella pudiera parecer, no quería decir que no le gustaría sentir alguna vez que un chico, su pareja, velaba por ella.

Capítulo 4

Lo había vuelto a hacer. Lo dejaba con la palabra en la boca y con la duda. Y empezaba a cabrearle. ¿Era verdad que le gustaba a Debra o no? De forma inconsciente había comenzado a buscarla allá donde iba desde hacía un tiempo; pensaba en ella a todas horas y no podía evitar sentirse intrigado. ¡Diablos!

Por primera vez le hubiera encantado que una chica estuviera enamorada de él; si Debra lo estaba, bueno, no podía decirse que se comportara de la forma en la que Jace estaba acostumbrado a ver en las demás cuando se encontraban delante de la persona a la que decían querer. Con él ocurría lo mismo, ninguna de las que le habían confesado estar enamoradas lo había mirado a los ojos, por poner un ejemplo.

Los ojos de Debra Scott eran directos, honestos y firmes. Eso le gustaba, una chica que le devolvía la mirada, que lo desafiaba; sin embargo, no había reconocido nada ante él a pesar de que la puso a prueba, más bien la retó. Tal vez estaba siendo demasiado vanidoso, pensó antes de agarrar el pasador de la puerta y salir. Nada más hacerlo divisó a su amigo desgredado apoyado en la barandilla mientras dos compañeros hablaban delante y Alan hacía como si nada de aquello le importara.

—Ey, ¿ahora hablas con tu acosadora? —interrogó en cuanto estuvo delante de él—. ¿Es una nueva moda?

—Cállate —contestó molesto por la arrogancia con que lo dijo. No tenía

que darle explicaciones de lo que hacía o dejaba de hacer—. Nos hemos cruzado por casualidad —agregó para rebajar la tensión que se había instalado de pronto entre ellos.

—Ya —repuso él aceptando su respuesta, al menos, en apariencia. Ambos continuaban con los hombros en tensión, se percató—. ¿Y de qué hablabas con ella?

—¿A ti qué te importa? Ni siquiera te cae bien —expresó esta vez negándose a darle una respuesta porque algo muy dentro de él le decía que no lo hiciera.

—Cierto, me importa una mierda —afirmó con desprecio—. Solo mantente alejado —advirtió y su tono fue tan duro que, por un momento, dudó de sus intenciones y de que la advertencia no estuviera dirigida a él en otro sentido.

—¿Eh? —articuló como si no comprendiera a qué venía aquello último, algo que desde luego no hacía.

No del todo.

—No vaya a ser que cualquier día de estos encontremos tus restos esparcidos en algún lugar. —El otro se retiró unos centímetros y volvió a retomar su tono habitual. Quizás se había equivocado con él y trataba de advertirle como amigo—. O ¿quién sabe? Tal vez primero te despiertes con una cabeza de caballo en la cama.

A pesar del mal carácter de Alan, era su amigo. Habían crecido juntos. Jace le propinó un empujón en el hombro por la barbaridad que acababa de soltar y luego continuaron hablando de otras cosas.

Los días posteriores se encontró sonriendo por lo bajo cuando la veía reír con compañeros de clase o sus amigos y le asombró descubrir que tenían varios amigos en común y un buen número de conocidos. Trató de forma infructuosa volver a hablar con ella, pero fue difícil ya que cada vez que se acercaba, Debra se apartaba o directamente se iba.

¿Lo estaría evitando?

Y ¿por qué? Su comportamiento lo desconcertaba tanto... En especial por

todo lo que se decía. Por primera vez puso oído para conocer los dichosos rumores y todos coincidían en una cosa: a Debra Scott le gustaba Jace Reeve. No obstante, también decían que la joven lo acosaba y seguía a todas partes y aquello no podía ser menos cierto. Lo sabía sin lugar a dudas, se fijó con especial interés.

Comenzó a darse cuenta de los matices que su cabello tenía cuando le daba el sol o la forma graciosa en la que el pelo se le escapaba de la coleta que siempre llevaba en los días en los que el viento se decidía a soplar. Cuando Debra reía a carcajadas hacía que todos a su alrededor también lo hicieran y no se podía negar que la ropa de gimnasia le sentaba de maravilla; una tarde al mirar por la ventana la vio por casualidad jugando al baloncesto con aquellos pantalones negros que le llegaban por la rodilla y la camiseta de algodón de manga corta ancha y blanca. No pudo apartar los ojos hasta que fue recriminado por el profesor debido a su falta de atención.

Llegó al punto en el que se dio cuenta de que ir al instituto había comenzado a ser distinto de como lo era antes para él y todavía no comprendía el motivo. Solo sabía que no le gustaba un pelo cuando Debra caminaba tan tranquila con el brazo de Parker, el novio de su amiga, rodeando su cuello. Y la forma en la que Alan la trataba, acercándose a molestarla sin ninguna razón particular lo tenía bastante al límite, también.

—De acuerdo, eso es lo que haremos —decía el tutor—. Todos deberéis ayudar con los preparativos. —Se alzó un murmullo de desaprobación en el aula—. La participación es obligatoria en las pruebas grupales —advirtió.

—¿Qué dice? —preguntó a la compañera que se sentaba a su derecha en clase.

Esta se ruborizó y torció levemente la cabeza antes de lamerse los labios para responder.

—Que se va a realizar un festival durante la semana deportiva donde todos los cursos competiremos entre nosotros y contra las demás clases. Habrá pruebas mixtas, grupales e individuales —explicó.

—Vaya —silbó; sonaba bastante impresionante.

—Sí. Y tendremos que ayudar a prepararlo todo. —Se quejó Stan acercándose a su espalda para susurrar sin que le llamaran al orden. Él ocupaba el asiento justo detrás del suyo.

La semana deportiva estaba al caer y era habitual que todos pasaran por diversas pruebas, pero aquello del festival y competir entre cursos y clases era toda una novedad que podía estar bien. Le gustaba la idea.

La clase terminó y entre el resto de murmullos escuchó la conversación de Martina y Africa, dos compañeras a las que conocía desde primero, al salir.

—¿Has escuchado?

—¿Qué?

Hablaban en el pasillo, caminando con las carpetas en los brazos, delante de él.

—Habrá una carrera tipo maratón —informó Africa, la más alta de las dos.

—Sí, lo he visto —contestó la otra—. Una para los chicos y otra para las chicas ¿no? Pero se apunta quien quiere, solo hace falta que cada clase tenga a alguien que los represente.

—Yo paso. Además la de los chicos no sé, pero la de las chicas ya sabemos quién se la va a llevar.

—¿Quién?

—¿No lo sabes? Debra Scott. Esa que está loca por... ya sabes —susurró—, nuestro compañero; el que es tan guapo como un actor de Hollywood. Ha competido en atletismo varios años.

—Sé quién es, pero no sabía lo otro. ¿Ha competido?

—Ajá. Rick, el profesor de Educación Física, la selecciona cada curso desde que entró en primero para la competición de atletismo interescolar.

—¿No me digas...?

—Como lo oyes.

Enterarse de aquello despertó todavía más su curiosidad, ¿cómo era posible que no se hubiera enterado de nada de eso? Formando parte del equipo de

seleccionados por el instituto para competir a nivel regional en atletismo, debería haberlo sabido, ¿no? La respuesta a esa duda era más sencilla de lo que parecía, en realidad: porque nada de aquello le había interesado nunca un pimiento. No obstante, ahora era distinto, quería saber en qué había competido y si de verdad correría la maratón o si sería capaz de ganarla. Si así fuera, era impresionante.

Apenas podía esperar a que llegara la semana deportiva para verla participar, ¿cómo se desempeñaría en las distintas pruebas? Tendría que prestar atención a los horarios para ver las horas en las que competiría cada uno y fijarse en si coincidían, se dijo.

Cédric estudió la fotografía que le enviaron a través de la aplicación de mensajería instantánea, amplió la imagen y enmarcó su rostro, sonreía triunfal. ¿Cómo se suponía que olvidaría a Debra si no hacía otra cosa que pensar en ella y cuando no lo hacía le llegaba algo como eso? Sentía el peso de la frustración acumularse en sus hombros. Era oficial, estaba haciendo el curso que su jefe había pagado a los empleados del Pacific, eso quería decir que el próximo verano la sobrina de Pacey sería una compañera más del equipo humano del hotel.

Su compañera. Porque formaría parte de los socorristas.

Sabía que se propuso serlo desde que era pequeña y en unos meses ese sueño se cumpliría. La foto que le llegó a través del chat grupal del personal contenía la imagen sonriente y feliz de la joven de quince años después de haber realizado con éxito una RCP al maniquí. Por suerte o por desgracia vivían en ciudades distintas y Debra no acudía al curso de formación en el mismo lugar que él que, aunque debía desplazarse, no era lo mismo que hacerlo donde vivía ella a varias horas de distancia.

Su casa quedaba cerca del Pacific y aunque ahora ya no vivía con sus

padres, sino en un piso compartido con otros compañeros de la universidad, continuaba estando más cerca, quizás por eso fuera uno de los empleados de temporada más regulares. Muchos iban y venían, pero él se quedó allí desde el primer verano en el que comenzó a trabajar y Pacey le había dicho que, una vez finalizados sus estudios, si lo deseaba, tendría un puesto en la plantilla fija de todo el año.

Eso era algo que debería pensar con detenimiento llegado el momento, por ahora lo que deseaba era disfrutar de lo que hacía y, aunque tenía que trabajar en otra cosa para cubrir sus gastos el resto del año, ese trabajo de verano a tiempo completo le permitía ahorrar lo suficiente como para poder permitirse trabajar solo un par de horas, las de mayor afluencia de gente, por las noches en el restaurante Simply Village.

Sus pensamientos regresaron a la joven que le sonreía desde la pantalla en la palma de la mano. No le extrañaba nada, era muy testaruda. Sabía que cada año tomaba algún curso privado de primeros auxilios, su tío le comentó una vez que incluso la apuntó a clases de defensa personal. Ese hombre la adoraba. Devolvió la imagen al tamaño original; la sonrisa de Debra le parecía digna de estar enmarcada en la pared.

¿Qué tenía esa chica? ¿Qué era lo que le había hecho?

Ni podía ni quería permitirse estar colgado de una niña de quince años. ¡Quince años! ¿Era siquiera normal sentir atracción hacia lo que él todavía consideraba como una niña? Porque sí, lo reconocía, eso era lo que era; solo debía mirar un poco alrededor, todas las chicas de esa edad eran niñas todavía, pero ninguna despertaba ese interés en él como Debra Scott.

Lo que debería hacer, lo que tenía que hacer, era buscar una novia. Se acabaron los rollos para pasar el rato. Quizás de esa forma, su tiempo, pensamientos y esfuerzos se dirigirían hacia otra persona y todo continuaría como siempre, como antes, como debía.

Terminó el café guardando el teléfono, incómodo todavía se dijo que tal vez otro podría ayudarle a quitarse esa sensación que le estrujaba el vientre.

Aguardó de nuevo en la cola que se formaba en el mostrador hasta que fue su turno para pedir.

—Un café doble, *espresso*, con leche, sin espuma —dijo la chica tras el mostrador antes de que Cédric pudiera abrir la boca para pedirlo él mismo.

Asombrado porque recordara con tanto detalle su comanda anterior, bajó la mirada de los paneles que anunciaban los menús a la chica con el gorro de rejilla y el delantal a juego con el logotipo del local. Se puso colorada cuando sus ojos se encontraron, le gustó el modo en que esa reacción le hizo sentir y sonrió de esa forma estudiada que tan buenos resultados le daba en verano.

La joven se enjuagó los labios al tiempo que llevaba una mano nerviosa a recoger un mechón de cabello detrás de la oreja en un acto reflejo; de hecho, el gorro no dejaba que escapara un solo mechón y en ese mismo instante supo que le gustaba sin ninguna duda al respecto.

—Vaya, sí que soy previsible... —musitó aun sonriendo.

—Solo habitual —replicó ella algo azorada.

Miró la placa con su nombre y lo memorizó.

—De acuerdo —concedió—. Entonces, Laura, ¿qué me recomendarías para acompañar el café? —preguntó con toda la intención.

—¿Algo para comer?

—Estaba pensando en tu número. —Apoyó el peso de su cuerpo sobre el lado del brazo que apoyaba con chulería en el mostrador—. Pero me gusta como piensas.

¿Qué era eso que acababa de salir por su boca? No tenía ni idea de las tonterías que llegaba a decir cuando se ponía en modo ligue. Sin embargo funcionó, siempre lo hacía. De acuerdo, casi siempre. Cinco minutos después su pedido estaba listo y con él encontró una servilleta con el número de teléfono de Laura. Abandonó el local con la promesa de escribirle un mensaje después. Y lo haría.

Sí, desde luego que lo haría. Guardó el número en la agenda de su *smartphone* y tomó nota mental de ponerse en contacto con ella más tarde.

El curso avanzaba despacio, aun así cuando Debra quiso darse cuenta las Navidades ya habían pasado y podía dejar atrás esa tristeza propia de la época en la que la falta de su hermano Alec era más notoria si cabía.

Le costó recuperarse de la resaca de emociones que sentía siempre por aquellas fechas, ni siquiera el hecho de que, de un tiempo a esta parte, Jace y ella se saludaran al cruzarse o que, incluso, se dirigieran un par de palabras de vez en cuando, pudo acelerar el proceso.

Sí, era increíble, inconcebible, el chico por el que suspiraba en la intimidad, que no en secreto, porque estaba en boca de todos, parecía apiadarse de ella y de los rumores que se esparcían como la pólvora. ¿O tal vez era alguna clase de hedonismo lo que le llevaba a prestar atención a una persona que, sabía de sobras, estaba enamorada de él?

Eso le pareció más acertado; tal vez Jace Reeve viera en sus sentimientos una forma de engrosar su ego y, por tanto, de sentirse mejor consigo. ¿Sería en verdad tan superficial? Bueno, era un adolescente, reflexionó. ¿Quién no se sentía bien al saber que gustaba a los demás? O quizás solo fuera magnánimo hacia ella. Por algún motivo eso tampoco mejoraba demasiado la situación ni su enfoque de la misma.

Pocas semanas después de la fecha especial para las parejas, los preparativos para la semana deportiva estaban terminados, cada clase sabía lo que iba a hacer y en lo que participaría. El calendario de actividades se había impreso y repartido a cada alumno. Ya no había vuelta atrás.

El último día sería el más largo, al menos para ella; después de que terminaran todas las pruebas y se decidiera el ganador de la última carrera en la que podía participar quien quisiera, se realizaría la entrega de premios y una fiesta posterior.

Los dos primeros días transcurrieron sin incidentes y con normalidad; los equipos se lo pasaban bien y el instituto entero parecía volcado en los

distintos eventos, se había instalado una tabla de clasificaciones de cada modalidad y todos acudían allí para ver cómo iban y, si su equipo había sido eliminado, elegían otro al que apoyar.

Se animaban unos a otros y no le extrañó comprobar que Parker era muy bueno en distintos tipos de deporte. No le gustó tanto tener que ver cómo Nat se ponía celosa por la cantidad de chicas que rodeaban a su novio a cada oportunidad, aunque él no les diera pie para ello y estuviera pendiente de su chica en todo momento.

Una parte de ella sentía algo parecido a la envidia, le gustaría poder tener una relación similar a la que ellos compartían en la que, a pesar de todo, existía una gran complicidad y confianza. Estaba feliz y orgullosa porque su amiga hubiera encontrado en aquel Gran Oso a un buen chico.

Pero después de ser testigo de lo que significaba ser la novia de alguien que levantaba tal admiración, pensó en aquello que siempre se preguntaba: ¿qué se sentiría al ser la novia de Jace? Desde luego la situación con su amigo deportista le daba una respuesta bastante aproximada a la realidad, se sentiría como una mierda. Y eso sin contar con el hecho de que muy posiblemente su vida como la conocía en el instituto podría desaparecer y empeorar muy deprisa.

No obstante, eso era algo de lo que nunca tendría que preocuparse, porque no había una sola posibilidad. Ella y Jace Reeve, no iba a pasar. No lo haría. Pero que la desollaran si tener esa certeza, saber que había nulas posibilidades de que ocurriera alguna vez, no dolía como el mismísimo infierno.

Debra despertó empapada en sudor tras un sueño agitado del que no recordaba nada salvo la angustia que había sentido, tenía el estómago revuelto y, aunque era de madrugada todavía y faltaba para que llegara su hora de ponerse en

marcha, se levantó. Fue al baño y lavó su cara con agua fría, le dolía la tripa, salivaba de más y tenía unas náuseas que no daban señales de cesar; se humedeció también la nuca.

Poco después, sentada a solas en el sofá del comedor, el malestar persistía y decidió darse una ducha con agua templada, más bien fría. Poco cambió su estado. Sin embargo, siempre se sentía enferma a causa de los nervios antes de cada maratón en la que le tocaba competir y a ellos achacó su estado actual porque ese día iba a participar en la carrera delante de todo el instituto.

Si normalmente ya se ponía nerviosa antes de una competición, hacerlo delante de toda esa gente que estaría pendiente de cada movimiento, gesto o mirada, preparados para lanzar nuevos rumores, la tenía fuera de sí. La ducha pareció funcionar y antes de ir a clase consiguió beber un par de tazas de manzanilla que aliviaron algo el nudo que se le formaba en el estómago.

Nada más llegar a su mesa, dejar la mochila y la bolsa de deporte con ropa de recambio para después en ella, Billy, Tamera, Mia y Scot, la rodearon antes de que llegara a ocupar el asiento; les faltaba una persona para la final de la carrera de sacos que comenzaría en pocos minutos y para la que habían conseguido clasificar a la clase. A pesar de que no tenía pensado participar, no encontró el coraje para negarse y acabó formando parte del grupo.

Terminaron consiguiendo un honroso segundo puesto; correr metidos dentro de un saco con una pierna atada a tu compañero no era precisamente sencillo. Comentando lo vivido durante la competición, riendo por las caídas y demás, se congregaron alrededor de la fuente que se encontraba más cerca, allí bebían por turnos y se mojaban la cabeza para refrescarse.

Era temprano, sin embargo, ya podía sentirse el calor y el estómago de Debra continuaba dándole quebraderos de cabeza; las náuseas continuaban haciendo de las suyas y decidió humedecerse la nuca y la cara en un nuevo intento por alejar el malestar.

—Necesitamos gente para la gimcana —pidió otra compañera de clase acercándose a ellos de pronto—. Nos faltan tres y la participación es

obligatoria.

—Pero ¿y el resto de la clase? —quiso saber Mia.

—Están con los preparativos para las pruebas de después o con las de la celebración y Peter que no ha venido porque está enfermo. —Se suponía que Peter también debería haber ayudado en la carrera de sacos—. Debra, a ti se te dan bien los deportes —dijo su compañera con un ruego en la mirada imposible de pasar por alto.

Debería decir que no se encontraba bien y que más tarde tenía la prueba en la que era la única de su clase en participar. Una parte de su cerebro lo pensó, pero también le agradó que se reconocieran sus habilidades por una vez en lugar de que se propagaran falsos rumores. Era cierto que era buena; pero solo porque entrenaba para ser una buena socorrista y procuraba mantenerse en forma.

No era posible descifrar cuándo sería necesario poner lo aprendido en práctica o en qué momento habría que entrar en acción y, después de lo de Alec, se había prometido que jamás volvería a ser la que esperaba a que otros acudieran en su auxilio. No permitiría que la impotencia gobernara sus sentimientos de nuevo. Aceptó ofrecerles ayuda; Scot y Mia la siguieron completando el número de participantes que eran necesarios para la competición de obstáculos. Solicitó, eso sí, salir en el último turno, de ese modo podría hacer un poco más de reposo.

Se saltó el tentempié de media mañana por haber estado ayudando a sus compañeros en distintas modalidades; llegado el mediodía necesitaba un respiro y descansar antes de la carrera que tendría lugar a primera hora de la tarde. Se retiró a su aula con la intención de esconderse del trajín y comprobar si el malestar que había ido en aumento durante las pasadas horas se apaciguaba logrando que se le asentara el estómago.

Tenía una persistente sensación que era muy similar al flato, aunque bastante más dolorosa. A pesar de no haber comido nada porque dudaba de que pudiera, sí consiguió beber algo; no obstante, los sudores fríos, el malestar, el

dolor de tripa y las náuseas continuaban acompañándola. Era consciente de que solo sería capaz de librarse de ello una vez finalizada la carrera.

Encontró la paz que buscaba, estaba sola en clase sin nadie a la vista que pudiera aparecer y arrastrarla a otro lado. Se dejó caer en la silla, inclinó el cuerpo hacia el pupitre, puso los brazos por encima de la cabeza y cerró los ojos. No tardó en quedarse dormida; saltarse el almuerzo era una minucia en ese momento. Tenía que reponerse para poder competir después, no dejaría que los nervios le impidieran participar.

Despertó debido al dolor punzante que se obcecaba en su costado; estaba sudando a pesar de que la temperatura no era demasiado alta. Pensó que tal vez debería ir a la cafetería a ver si encontraba a alguien que tuviera algún medicamento para el malestar estomacal. Con eso en mente, abandonó el improvisado refugio que fue su aula.

Por fortuna, la encargada tenía un poco de medicina en el bolso y en cuanto la hubo tomado salió al patio para que le diera el aire mientras le hacía efecto. Ocupó uno de los bancos que el instituto tenía repartidos por aquella zona y apoyó la cabeza hacia atrás, dejándola caer en el respaldo, buscando la mejor postura en la que poder cerrar los ojos y descansar un poco.

—¿Nos echarías una mano?

Despertó tras una breve cabezada, comprobó mirando su reloj de pulsera, con la voz de una chica; parpadeó varias veces hasta poder enfocar el rostro. Iba dos cursos por encima del suyo y vestía a la moda, sus zapatos con plataforma eran llamativos. Estaba delante de ella sujetando una caja mientras otra chica bajaba las escaleras con otra de igual envergadura, entonces su cerebro procesó las palabras que acababa de escuchar.

—¿Es a mí?

Por un momento le extrañó que aquellas chicas que iban tan arregladas para estar en medio de un festival deportivo le pidieran ayuda, luego miró hacia abajo su ropa que le quedaba algo ancha; Debra tenía poco o nada que ver con ese tipo de chica.

—Sí. ¿Nos puedes ayudar? —repitió—. Tenemos que llevar algunas cosas a la caseta para poder preparar la fiesta de después.

Era normal que se lo pidieran, pensó, ella no tendría problemas en ensuciarse. Con una mueca, que guardó para sus adentros, se levantó.

—Claro.

Sin demasiado entusiasmo acompañó a la chica escaleras arriba; no supo cuántos viajes tuvieron que dar y la carga pesaba lo suyo. ¿Qué cantidad de bebida y comida era necesaria para la fiesta? Estaba convencida de que ese despliegue era demasiado, pero la dirección parecía dispuesta a celebrar el cierre de la semana deportiva por todo lo alto tras la entrega de medallas y premios.

—¡Eh, Debra! ¿Qué haces ahí? —increpó Parker, llamándola a voces desde el camino que conducía hacia la pista donde se realizaban gran parte de las competiciones—. Te están buscando. ¡Vamos! —Gesticuló con la mano.

Dejó la caja que cargaba en ese momento en el suelo, se disculpó con las chicas a las que había estado echando una mano y trotó hasta dar alcance a su amigo. El cansancio unido a los nervios comenzaban a hacer mella y no se encontraba ni de lejos al setenta por ciento de sus posibilidades.

«Un esfuerzo más y podré ir a casa, tumbarme en la cama y dormir todo el fin de semana», se dijo en un intento de darse ánimos.

Parker la acompañó hasta un lado de la línea de salida y meta donde se congregaban los corredores; Rick Moore, el profesor de Educación Física, le dio el número de dorsal que se le había asignado. Su amigo fue junto a Nat que lo esperaba en la grada de piedra desde donde podrían ver la salida sin problemas.

Tragó saliva, el efecto de la medicina parecía remitir, no obstante, trató de sobreponerse del malestar al ver acercarse de nuevo a Rick, como el profesor prefería que lo llamaran.

—Lo harás bien —dijo él ayudándola a colocarse el número en la espalda—. Esto puede servirnos de entrenamiento para la próxima competición, no

será hasta dentro de un mes y medio, pero aun así. —Dejó caer una mano en su hombro de forma paternal como siempre que le daba instrucciones y ánimos antes de una carrera o trataba de tranquilizarla.

Incapaz de hablar debido a las náuseas, solo afirmó con la cabeza mientras intentaba hacer los estiramientos habituales sin que el dolor en el abdomen se lo impidiera. Momentos después un silbato marcaba la salida y el comienzo de la competición; los participantes dieron una vuelta a la pista y salieron del instituto siguiendo el circuito que se había marcado.

Se mantuvo en la parte delantera del pelotón hasta que más o menos hacia la mitad del trazado el grupo se había reducido, entonces apretó el paso, a pesar de comenzar a sentir punzadas en el costado y se distanció un poco del resto. No pretendía forzarse y mantuvo a raya su cuerpo concentrándose en la respiración.

Las náuseas aumentaron de forma gradual, notaba el exceso de saliva en la boca previo al vómito y comenzó a sentir la cabeza algo embotada; estaba mareada y continuar en línea recta le suponía un esfuerzo extra. Se sujetó el costado con una mano, con cada zancada que daba recibía una nueva punzada e iba a peor con cada metro recorrido.

Continuó, teniendo que esforzarse al máximo para llegar a la meta que en su mente ya divisaba a lo lejos, a pesar de los obstáculos que había de por medio. Terminaría y entonces podría sentarse hasta que todo dejara de girar y podría obtener el descanso que necesitaba con urgencia. El mundo se movía de una forma poco habitual y el vértigo que eso le produjo aumentaba sus ganas de vomitar.

Entró de nuevo al instituto sin ser consciente de nada más que del suelo que tenía ante de sus pies; centraba allí los ojos, el único lugar que no giraba como una peonza. Sentía como si corriera en un barco balanceado por las olas del mar. La tensión se le había acumulado en la parte superior del cuerpo, en los hombros y en el cuello también y detrás de los ojos, ahora, además, le dolía la cabeza casi tanto como el costado.

Sentía arder el cuerpo y, sin embargo, tenía escalofríos recorriendo su frente y espalda. Tragó saliva y continuó, estaba tan cerca de llegar al final... Avanzó un paso tras otro por pura fuerza de voluntad hasta que esta ya no fue suficiente. Lanzó su cuerpo hacia delante en el mismo momento en que los bordes de su mirada se oscurecieron y el mundo se desdibujó bajo sus pies.

Capítulo 5

La señora Perkins, la jefa de estudios, escuchaba el *walkie-talkie* que tenía en su mano para comunicarse con el resto de responsables del trazado; para que el recorrido fuera seguro para los estudiantes había una persona cada pocos metros.

—Los primeros corredores están a punto de llegar —anunció.

—¡Qué ilusión! —Natalie aplaudió al tiempo que se abrazaba a Parker emocionada—. ¿Crees que Deb pueda ganar?

Era la primera vez que tenía la oportunidad de ver a su amiga en una competición de atletismo y estaba casi tan nerviosa como ella.

—Por supuesto, tiene muchas posibilidades —respondió muy seguro su novio—. Aunque la he notado algo rara antes —añadió tras pensarlo un momento.

—¿Qué quieres decir?

Giró la cabeza hacia Parker y le acarició el muslo, él colocó su mano sobre la de ella y entrelazaron los dedos.

—No sé, a lo mejor era solo cansancio. —Se encogió de hombros él.

—O puede que estuviera nerviosa —terció ella—, aunque no lo parezca, siempre se pone fatal antes de una competición.

—Pues para pasarlo mal, creo que ha participado en todo lo posible hoy.

—Solo porque se lo han pedido —contestó defendiendo a su amiga.

Conocía demasiado bien Deb como para saber que detrás de esa fachada

seria y normalmente serena se escondían todo tipo de sentimientos que solo afloraban cuando se encontraba en confianza.

—Mira, ahí llega —advirtió Parker—. Va la primera —pronunció cada palabra con la satisfacción que todo buen amigo sentiría por los logros de otro.

—¡Sí! ¡Vamos, Debra! —animó sin poder contener el júbilo y el orgullo que experimentó al ver a su mejor amiga recorrer el camino de entrada; pero después de fijarse en su cara se preocupó—. ¿Qué le... pasa?

Deb tenía el ceño fruncido, la camiseta completamente sudada, algo poco frecuente y parecía estar pasándolo realmente mal; no la veía así ni siquiera los fines de semana que podían ir al gimnasio y hacían sesiones de sala extenuantes juntas. Algo iba mal.

—¿Crees que se encuentra bien? —preguntó Parker.

—Para nada —aseguró poniéndose de pie en la grada—. Algo le ocurre.

Impulsada por un mal presentimiento, comenzó a bajar los grandes peldaños procurando no pisar nada, ni a nadie, sin apartar la vista de su amiga que corría alrededor de la pista con lo que parecía suponer un tremendo esfuerzo. Parker saltó al suelo y la tomó en brazos para ayudarla. Natalie solo quería llegar hasta Debra y preguntarle qué ocurría. Caminaron cogidos de la mano hacia la línea de meta donde se encontraba el señor Moore con unos alumnos de distintos cursos que sostenían una libreta, un cronómetro y una cámara.

Deb estaba a punto de llegar en primer lugar, la seguían de cerca algunas chicas de otros cursos, pero sus pasos eran cada vez más erráticos hasta que, sin que nadie pudiera preverlo, cayó al suelo, tan larga como era, justo delante de la línea de llegada. Fue como si se hubiera impulsado en un último intento por cruzarla.

—¡Debra!

Dejó ir la mano de su novio y echó a correr hacia el cuerpo caído de su mejor amiga; el profesor de Educación Física, que se encontraba más cerca, fue el primero en llegar hasta ella que yacía con los brazos extendidos, ya que

había caído en plancha, y le dio la vuelta con cuidado.

Mientras Deb estaba en el suelo, Beth, la segunda corredora detrás de ella en la competición, una alumna que iba dos cursos por encima de ellas cruzó la línea meta en lugar de detenerse para ver lo ocurrido a su predecesora o si se encontraba bien; varias personas se habían arremolinado a su alrededor.

—¡Debra! —Natalie derrapó para frenar y arrodillarse junto a su amiga, pasando entre los alumnos que se habían acercado detrás del profesor—. ¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

El señor Moore la sujetaba pasando un brazo por debajo de sus hombros, Debra estaba inconsciente y tenía, además de la cara manchada, un marcado gesto de dolor.

—¡He ganado! Lo habéis visto, ¿no? —Celebraba Beth—. Espero que hayáis anotado...

—No es así —corrigió el profesor—. Ella ha llegado primero —señaló con la cabeza a Debra.

—Pero no ha cruzado la línea —remarcó la chica a la defensiva poniendo los brazos en jarra.

—Te equivocas —respondió el maestro de nuevo—, sí lo ha hecho. Tenía su mano sobre ella al caer.

Su tono era bajo, sin embargo, emanaba preocupación.

—Pero...

—¡Basta! —bramó Parker haciendo que todos dieran un respingo—. Cruza la meta tantas veces como quieras que el único premio que has ganado hoy es al de la más egoísta.

Sin apartar la vista de su amiga, Natalie alargó el brazo hasta coger una de sus manos inmóviles, la sintió mucho más caliente de lo que debería.

—Está ardiendo —musitó.

—Sí —ratificó el maestro—. Parece que tiene fiebre. Voy a llevarla a la enfermería —advirtió.

Al levantarla, Deb emitió un débil gemido.

—Tendría que haberme dado cuenta —murmuraba Parker.

—No es culpa tuya —repuso el señor Moore.

—Pero noté que estaba rara, debí...

Podía ver que Parker se sentía muy mal por no haber notado que Deb estaba enferma antes de la competición, pero aquello no era algo que él o ninguno de ellos, pudieran haber evitado.

—Yo he hablado con ella justo antes de que comenzaran; la he visto pálida, pero he asumido que eran nervios. —Negaba con la cabeza el profesor.

Resultaba evidente que el hombre, como Parker, se sentía culpable por no haber sabido ver que Debra no se encontraba en condiciones de competir. Pero tampoco Natalie se había percatado de que algo fuera mal hasta que fue demasiado tarde. ¿Cómo había llegado a soportar encontrarse tan mal hasta el punto del desmayo? ¿Qué tenía?

Más importante aún, ¿se pondría bien?

Las preguntas iban y venían en su cabeza mientras su novio y ella seguían al profesor que cargaba el cuerpo inconsciente de Debra hasta la enfermería donde les indicó que esperaran fuera mientras era atendida. Cuando la puerta se cerró se quedaron solos en el pasillo, demasiado silencioso para lo que podía soportar en aquel momento, y sollozó mientras las dudas acerca de la salud de su mejor amiga se acumulaban.

Parker la rodeó con sus fibrados y largos brazos, la atrajo hacia la amplitud de su pecho, en el que se sentía más pequeña aun de lo que ya era, y se abrazó con fuerza antes de comenzar a llorar consternada mientras recordaba una y otra vez la misma escena: el momento en el que veía a Deb caer a plomo contra el pavimento.

—Seguro que no es nada. Se pondrá bien en seguida.

Parker acariciaba su espalda y enredaba los dedos en su cabello mientras pronunciaba en tono bajo esas palabras destinadas a tranquilizarla.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Si fuera algo grave no habría participado, ¿no?

Oh, él no tenía idea de lo que Debra podía llegar a ser capaz...

—Parece mentira que todavía no la conozcas bien —comentó con un deje de sonrisa, deslustrada por las lágrimas que limpiaba con su manga.

—No tanto como tú, está claro —aseguró él palmeando su espalda con cariño.

—Me preocupa —dijo tras unos minutos donde ambos permanecieron en silencio—. Estaba muy caliente.

—El profesor y la enfermera la ayudarán. Ellos saben lo que hay que hacer.

Tras varios minutos más que solo fueron interrumpidos por la llegada del director Williams y la jefa de estudios, la señora Perkins, que entraron a toda prisa en la habitación, la paciencia comenzaba a escasearle y su nerviosismo interior comenzó a ser excesivo para poder contenerlo. Paseó de un lado a otro los poco más de dos metros de amplitud del pasillo, se apoyó contra la pared justo enfrente de la puerta cerrada y sin darse cuenta comenzó a golpear el suelo con la punta del pie en un movimiento inconsciente y repetitivo.

No saber nada de lo que estaba ocurriendo con su amiga era casi peor que haber visto como se desplomaba; poco después escucharon pasos y al girar la cabeza vieron a la señora Mills, la conserje, acercándose a paso rápido, abriendo la marcha a dos técnicos de emergencias que la seguían con una camilla. «Oh, Dios», se irguió, la cosa parecía seria. Entraron sin dilación en la enfermería dejando la puerta abierta y en un instante salían de nuevo con la joven envuelta y asegurada.

—Debra... —Se adelantó—. ¿Qué ocurre? —La jefa de estudios la abrazó al tiempo que la echaba a un lado, apartándola de la camilla, mientras los observaban alejarse a toda prisa con el señor Moore—. ¿Por qué... a dónde se la llevan?

—Tienen que atenderla en el hospital —explicó Brenda, la enfermera del centro con su tono más profesional.

—¿Por qué? —repitió.

—Es por precaución—expuso—, Debra no responde y tenemos que

asegurarnos de que no le ocurre nada grave, el mejor modo es que la vean en urgencias.

—Pero... —comenzó a protestar Parker.

—Os avisaremos cuando sepamos algo, ahora volved con vuestros compañeros. Se pondrá bien, no os preocupéis —alegó el señor Williams.

A pesar de que la camilla ya se había perdido de vista, el grupo concentrado a las puertas de la enfermería miraba en la misma dirección al final del pasillo. Que no se preocuparan, ¿cómo podrían no hacerlo?

Jace yacía tumbado en un banco algo retirado con un brazo sobre los ojos mientras dormitaba, aquel era uno de los pocos lugares donde todavía podía descansar tranquilo.

—La carrera debería estar a punto de terminar, ¿vamos a echar un vistazo?

Escuchó la voz de una chica que pasaba demasiado cerca de donde se encontraba y se puso en alerta.

—¿Crees que Beth habrá podido ganar? —preguntaba una segunda voz.

—Seguro —respondió ufana la primera—, cansarla antes de la carrera ha sido un buen plan y encima hemos conseguido que nos ayude a descargar y la hemos engañado para que llevara las cajas más pesadas. Esa Debra no tiene ninguna posibilidad.

¿Se referían a quien él creía? Agudizó el oído interesado en saber de quién hablaban.

—Cierto, hemos ayudado a Beth para que gane y, como extra, que la deje en evidencia. Tengo que decir que, por un momento, pensé que nos diría que no o algo —añadió la primera.

—Seguro que la ha dejado atrás mientras le lanzaba un saludo con la mano.
—Las dos chicas rieron.

—Qué humillación que la favorita del profesor pierda ante todos, además

¡contra alguien que no ha corrido una maratón en su vida!

—Que deje en paz a Jace. Merece que la pongan en su lugar. ¿Acaso cree que le va a hacer caso o qué? Acosadora...

Con que sí era de Debra de quién hablaban. Las dos muchachas se fueron riendo como hienas haciendo que se le erizara la piel ante semejante despliegue de veneno y maldad. ¿Qué dirían esas dos si les contara que, en realidad, él pidió a la chica a la que molestaban que fuera su novia y ella se negó? Había escuchado tanta basura acerca de ella que no entendía de dónde salía todo aquello, tampoco comprendía por qué. Y ella ni se defendía de todos esos ataques. Claro que eso igual sería contraproducente, cuanto más lo negara, más se ensañarían los otros.

Pensar que tanta gente la increpaba o hablaba a sus espaldas le resultaba más que molesto y lo que acababa de oír no le gustaba un pelo; esas dos se habían confabulado con una tercera para sabotear a Debra en la carrera. En otro momento, meses atrás, habría pensado que si hacían algo como eso era porque estaban aburridos y tenían que gastar el tiempo en hacer algo. Pero una cosa era pasar el tiempo y otra muy distinta molestar a alguien de forma sistemática.

¿Podría eso entrar en la categoría de hacer trampas? Se sentó en el banco; al tratarse de una competición escolar no tenía ni idea, aunque podría comentar el caso con el señor Moore, el profesor encargado. Recordó que dijeron que la carrera debía de estar por terminar, había estado tan cansado que ni se había acordado, así que se levantó, se sacudió la ropa y decidió acercarse a la pista a echar una ojeada. Solo para comprobar si aquella treta había resultado, se dijo a sí mismo, no lo hacía porque quisiera verla, cosa que no había podido hacer en todo el día.

Dada la situación actual imaginaba que sería mejor no meterse a intentar aclarar de dónde provenían todas esas patrañas, como también sabía que tal vez no debería acercarse a Debra, intentar hablar con ella o saludarla cuando se cruzaban por los pasillos; pero el impulso y la curiosidad que aquella chica

había despertado en él cuando hacía mucho que ya estaba cansado de todo y de todos hasta que entró en su vida era muy difícil de controlar.

De hecho, saber que habían intentado amañar la competición con tretas no le sorprendía en absoluto, lo que le molestaba sobremanera, y le cabreaba, era que el objetivo fuera Debra Scott. Ella no parecía ser alguien a quien le gustara llamar la atención y no podía engañarse a sí mismo diciendo que no deseaba conocerla mejor.

Llegó a la grada de piedra por la parte superior y encontró un revuelo de confusión mientras la gente se reunía en grupos para hablar muy cerca unos de otros, indicador de que algo había ocurrido. Se colocó detrás de tres chicos que parecían de primer año.

—¿Qué pasa? —inquirió sin dejar de observar al resto de personas diseminadas por el lugar.

Aquello no le daba buena espina.

—Una chica —respondió un chaval con camisa de cuadros verde y negra.

—La que iba primera —interrumpió el que estaba a su lado vestido con tejanos y camiseta con una gorra roja.

—Sí —corroboró el de la camiseta verde—, iba a ganar y antes de hacerlo... ¡Plaf! Se ha caído en la misma meta. —Gesticuló con sus manos mientras explicaba con entusiasmo lo sucedido.

—Menuda hostia se ha dado, colega —añadió el que todavía no había hablado con una sonrisa incrédula. Este llevaba una camiseta con el nombre de una serie de dibujos animados y deportivos All Star, se fijó.

Desde luego esos tres formaban un grupo variopinto.

—El profe de gimnasia se la ha tenido que llevar en brazos —habló de nuevo el de la gorra roja.

—Sí, tío, estaba K.O. —volvió a hablar el primero.

—¿Se sabe quién era? —interpeló Jace.

—¿Eh? —preguntaron a coro.

—Que si sabéis su nombre, el nombre de la chica. ¿Quién era? —exigió

impaciente esta vez.

—Hubo otra que lo gritó —caviló el de las All Star—, esa que estaba con el grandullón.

—¡Debra! —dijo triunfante por acordarse el de la camisa a cuadros.

Mierda. Desde luego que pintaba mal. Muy mal. ¿Se había caído? ¿Desmayado? ¿Sería por el cansancio? Apretó el puño con fuerza. Tenía que encontrarla, tenía que comprobar con sus propios ojos cómo se encontraba.

—¿¡A dónde se la han llevado!?! —exclamó con urgencia.

Si le había pasado algo por culpa de esa Beth y sus amigas... Se encargaría de hacérselo pagar, prometió.

—¿Es amiga tuya? —preguntó el de las zapatillas deportivas.

Lo ignoró.

—¿A la enfermería? Supongo —repuso el de la gorra levantando la cabeza para mirarlo.

Se giró en el acto y caminó a paso rápido hacia el edificio que había dejado a su espalda minutos antes para encontrarla, fue directo al lugar indicado, donde esperaba poder hallar las respuestas que buscaba. No había nadie en el pasillo, esperaba no encontrar la puerta cerrada; cuando llegó a la altura giró el picaporte y abrió de un tirón. Sin llamar. Brenda, la enfermera le dirigió una mirada interrogante.

—Debra Scott —dijo—, ¿está aquí?

La mujer bajó la vista un segundo y colocó los papeles que había estado leyendo en el momento de su interrupción sobre el mostrador antes de volver a enfocar su rostro.

—No. No está aquí —respondió con calma.

—El profesor de gimnasia. —Pensó rápido quién le podría decir qué diablos había ocurrido con ella—. El señor Moore. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—Él tampoco está —contestó con voz pausada—. Ha ido en la ambulancia acompañando a Debra.

Esa información lo noqueó. ¿Se la habían tenido que llevar al hospital? ¿Por qué? ¿Tan mal estaba?

—¿Am... ambulancia? ¿Por qué? ¿Qué ha...?

—Aquí no podía hacer demasiado por ella en su estado —interrumpió la mujer.

—¿Pero qué le ha... pasado?

—¿Eres su amigo también? —indagó la enfermera acercándose a él que se había quedado en el dintel.

—Sí —respondió con un sonido bajo que parecía un gruñido casi salvaje. Estaba furioso.

—Se desmayó. Y cuando la trajeron nos dimos cuenta de que tenía fiebre. Mucha. Sabremos más cuando el hospital, o sus padres que ya van de camino, nos digan algo.

—¿Pero usted sabe qué tiene? —preguntó con la esperanza de que pudiera decirle algo más.

—Lo siento. No podría aventurarme a diagnosticar, mucho menos sin haberle podido hacer pruebas. Yo curo, soy enfermera, no doctora.

Trató de templar su genio que en esos momentos se había avivado de mala manera y observó por primera vez la preocupación que bailaba en los ojos de la mujer.

—Está bien, de acuerdo —aceptó—. Gracias —murmuró y, dando un paso atrás, cerró la puerta.

Dejó la mano apoyada en el picaporte, mirándolo con fijeza, mientras digería aquello, la confirmación de la noticia de que le había pasado algo lo suficientemente grave como para mandarla al hospital lo dejó tocado. ¿Cómo había podido ocurrir?

¿Y cómo estaba? ¿Se encontraría bien?

Vagaba por los pasillos pensando en lo que podría estar pasándole cuando escuchó el anuncio de que la ceremonia de entrega de premios quedaría pospuesta hasta nuevo aviso. Entendió y compartió la decisión de la dirección

del centro. Cerró los puños con fuerza, cabreado con los responsables de que algo le hubiera pasado a Debra.

Con decisión entró en la que sabía era su clase, allí encontró a Parker, un compañero de curso que acudía a la misma aula que Alan, abrazando a su novia.

—¿Qué ha pasado? —interrogó llegando a su altura.

Con su presencia en el aula el silencio se propagó hasta que solo los sollozos de la chica escondida en los brazos de Parker se escuchaban.

Él levantó la cabeza y fijó la mirada en sus ojos.

—Se han llevado a su amiga al hospital —pronunció cada palabra con la mandíbula tensa.

—¿Qué le... qué tenía? —preguntó de nuevo.

—No lo saben. No sabemos nada todavía —contestó la chica llorando, sin levantar la cabeza del pecho de su novio.

—Shh... Tranquila, Natalie. Seguro que se pondrá bien —hablaba con voz reconfortante—. Ella es fuerte.

—Oh, ¡Deb!

La muchacha volvió a sollozar y Parker le dedicó una mirada asesina, como si él fuera el culpable de esas lágrimas. Sin pronunciar una palabra más, movió la cabeza en señal de gratitud por la información y salió del aula dispuesto a encontrar a esa tal Beth. Lo hizo; tuvo que visitar tres clases distintas, pero la encontró, rodeada por un pequeño grupo de chicas.

Estaba sentada en la silla tras un pupitre hablando pestes sobre el señor Moore y acerca del trato preferente que este le daba a la que tildaba como a su alumna favorita.

—Todos vieron que gané. Crucé la meta antes, ¿pero qué dijo Rick? Que ella lo hizo antes. ¡Por favor! Si estaba en el suelo...

—¿Y no te paraste a ayudar? —habló con el cabreo dirigiendo sus acciones.

Permaneció de pie y aguardó a que el grupo se abriera para poder enfrentarla. Eso fue lo que hicieron al verle; una a una las chicas se colocaron

en un lado o en otro, dejando un pasillo, un camino libre hasta aquella a la que había dirigido su pregunta.

El aula enmudeció, no le sorprendía, era la cuarta clase en la que aquello pasaba en los últimos minutos; escuchó que algunas cuchicheaban su nombre y todo el mundo prestaba atención, podía sentir las miradas clavadas sobre su persona.

—Voy a repetir la pregunta: ¿Una chica cae delante de ti, no se mueve, y tú lo que haces es aprovechar para adelantarte y cruzar primero la meta?

—No, yo...

—¿No es eso lo que estabas contando? —atajó—. Yo mismo te he escuchado.

—Eso no es... Yo no sabía qué había pasado, quizás se tropezó con su pie —se excusó levantándose al instante.

Jace tenía su mirada fija en ella, que había perdido toda la bravuconería de hacía un momento y parecía un cervatillo asustado. Dirigía su mirada a la multitud que los rodeaba, colorada y sus dedos tiraban del bajo de su suéter.

—¿Cómo ibas a saberlo? —consultó con intención—. Tal vez podías tener una idea ya que tus amigas fueron las encargadas de hacer que las ayudara a cargar cajas pesadas, con el fin de cansarla antes de la carrera para que tú pudieras ganar —expuso lo que había escuchado por boca de las artífices de aquella treta dejando salir su enfado—. Están aquí, he reconocido sus voces. ¿Sabéis una cosa? Ni siquiera me importa quiénes seáis. —Levantó la voz para que todos pudieran escucharle, incluso los que se apretujaban en la puerta y en el pasillo para poder enterarse de lo que ocurría, mientras continuaba hablando—. Una chica está en el hospital en estos momentos y sé que muchos de vosotros habláis mal de ella a sus espaldas —sentenció—. Esa mierda termina hoy —bramó.

—¿Por qué la defiendes? —Tuvo la osadía de preguntar una voz femenina proveniente del pasillo.

—Porque lleváis mucho tiempo lanzando rumores y mentiras. Jamás he

visto a Debra Scott siguiéndome, pero sí os he visto a vosotras —señaló con la cabeza a unas chicas a su derecha—. Y a vosotras. Y a ti también —dijo—. Podría continuar, hay unas cuantas por aquí —sonrió con chulería.

Paseó la mirada entre la pequeña multitud que se había aproximado y llenaban la clase ahora.

—¡Lo sentimos! —Dos chicas se adelantaron—. Solo queríamos ayudar a que nuestra amiga ganara.

—No os hagáis las inocentes ahora —respondió con una sonrisa falsa y un toque de desprecio en el tono—. Os escuché antes. Queríais humillarla delante de todos —repitió sus palabras—. Eso no os convierte en mejores que vuestra amiga. Solo en rebaño. Y tú —habló serio dando unos pasos hacia Beth—, ya que te gusta tanto hablar y dirigir a los demás para que hagan lo que quieres, te vas a encargar de que nadie diga una sola palabra más acerca de esa chica. Ya que no la ayudaste en la pista, lo harás fuera de ella. Y te advierto que, si vuelvo a enterarme de un solo rumor, una sola mentira más, te haré responsable.

Abandonó el aula en cuanto terminó de hablar.

Dos días más tarde todos los rumores habían terminado, pero Debra no había regresado todavía y Jace no podía dejar de pensar en ella; su cabeza no dejaba de esperar a que apareciera allá donde fuera que mirara. Allí donde posaba la vista, recordaba el momento en que encontró a Debra en ese mismo lugar. Tenía muchas ganas de verla, mucho más que a cualquiera de las chicas con las que había quedado alguna vez, ya fueran un rollo o que salieran.

A la vuelta del recreo se tropezó con el señor Moore, el profesor de Educación Física, abandonando el despacho del director junto a otros profesores, entre ellos la conserje, la señora Mills. En seguida se acercó a él para preguntarle ya que hasta ese momento no había tenido la oportunidad de hacerlo.

—Disculpe, profesor —interrumpió—. ¿Se sabe algo de Debra Scott? Brenda dijo que usted la acompañó al hospital...

—Ah, Jace. —Lo saludó el hombre—. No sabía que eráis amigos —comentó deteniéndose delante de él.

—Ya, su mejor amiga sale con un chico de mi curso así que... —pronunció al tiempo que se encogía de hombros. Tampoco estaba diciendo ninguna mentira, pensó para sí—. Entonces... ¿sabe qué le ocurrió?

—Sí, bueno, solo estuve con ella hasta que llegaron sus padres. Pero llamaron para avisar, ayer mismo operaron a Debra de apendicitis, resulta que eso fue lo que le causaba la fiebre. Por suerte todo ha ido bien y en unos días le darán el alta —dijo poniendo una mano en su hombro en señal de apoyo.

Las palabras del hombre no pudieron dejarlo más desconcertado. ¿Operarla?

—¿Apendicitis?

—Sí, increíble ¿verdad? Todavía no me puedo creer que compitiera todo el día con ese dolor. Pero así es Debra, una de las personas más resistentes que conozco —elogió.

—Yo todavía me hago cruces—intervino la señora Mills—, toda esa actividad física, con un dolor así...

Incapaz de decir nada más o de hacer nuevas preguntas, se quedó allí de pie mientras veía a los maestros marcharse comentando el aguante de la joven y lo afortunada que había sido de que la hubieran diagnosticado correctamente y a tiempo.

—Tonta —dijo, esta vez molesto con ella—. Si te dolía no deberías haber competido —murmuró para sí—. ¿Por qué diablos no te retiraste?

Tenía entendido que el dolor de una apendicitis era fuerte como pocos. Esperaba que se recuperara de lo ocurrido cuanto antes. Aunque tenía que admitir que en esos momentos le hubiera gustado retorcerle un poco el pescuezo para tratar de meterle algo de sentido común en la cabeza.

Capítulo 6

Habían pasado tres semanas desde que perdió la conciencia en el instituto y se desmayó delante de casi todo el mundo, no quería ni pensar en el tipo de rumores que eso habría generado; casi tres semanas le había llevado recuperarse de la operación y, aunque no estaría al cien por cien hasta dentro de un tiempo, prefería regresar y no perder más clases. A pesar de que, por el momento, tendría que realizar cualquier actividad física de forma moderada, era agradable estar de vuelta.

Le hicieron un recibimiento con el que no había contado y con el que se quedó un poco descolocada; muchas sonrisas falsas y preguntas acerca de su salud que sabía de sobras y de antemano que la respuesta que pudiera dar a cualquiera de ellos les daba bastante igual. Pero eso no fue todo, lo más extraño fue caminar por el instituto sin recibir las miradas de siempre ni escuchar los comentarios ponzoñosos habituales con el rumor o la habladuría de turno. La gente apartaba la mirada de ella en lugar de seguirla a cada paso. ¿Qué estaba ocurriendo?

—De acuerdo, Nat, me rindo —dijo a su amiga cuando salieron de clase en la segunda hora y no escuchó a las chicas que normalmente la criticaban hacerlo—. ¿Qué pasa aquí? ¿Han abducido a medio insti mientras no estaba? ¿Lavado el cerebro? ¡Ah! —Apuntó a Natalie con el dedo—. ¿Invasiones de cuerpos?

—Más bien no —repuso la otra con una mueca divertida.

—¿Entonces qué? —Su amiga permaneció en silencio—. Vamos, Nat, ¡cuéntame! ¿Sabes lo mal que lo estoy pasando preguntándome cuándo y de dónde va a venir la hostia que seguro me voy a llevar de un momento a otro?

—Eso no pasará —respondió con aplomo.

—¿Y cómo estás tan segura? —Entrecerró los ojos estudiando a la chica que evitaba su mirada—. Tú sabes algo —acusó—. Suéltalo.

—Está bien —cedió—. Es Jace. ¿Vale?

—¿Qué?

Su cerebro recibió un cortocircuito.

—Él es el motivo por el que nadie volverá a meterse contigo —aclaró Natalie a toda prisa.

—Perdona, ¿qué?

—Ha dicho a todos que te dejen en paz y ha prohibido cualquier rumor acerca de ti.

—¿¡Que ha hecho qué!?

Estaba alucinando. Debía encontrarse en una realidad paralela, un universo alternativo, ese manido recurso que utilizaban algunas series, sobre todo las de ciencia ficción. Eso no estaba pasando. Natalie comenzó a andar a paso rápido, Debra la alcanzó y se colocó delante para detenerla.

—Dime que es una broma. —Nat la esquivó, ella la cogió del brazo—. Natalie, dime la verdad, estás de coña ¿no?

—No.

—Oh, ¡Dios! Esto no puede ser verdad. Voy a matarlo.

—¿Por qué? —Su amiga se revolvió contra ella, ahora sí la miraba a los ojos y parecía enfadada—. ¿Por ayudarte? ¿Por hacer lo que debía haber hecho hace, no sé, como dos años? Yo también lo pasaba mal, ¿sabes?

—Natalie...

—¡No! —Nat miró a ambos lados y la arrastró a los baños más cercanos; después de comprobar que todos los retretes estaban vacíos volvió a hablar—. Te caíste. Te desmayaste. Y no despertabas. ¿Te haces una idea de lo que fue

para mí, para nosotros, verte así, ahí? No sabíamos nada. Y vino una ambulancia para llevarte al hospital.

Avergonzada al escuchar de nuevo la historia de lo que pasó, pero esta vez en labios de su amiga, cubrió su hombro izquierdo con la mano en un abrazo tímido.

—Sí, supongo que di un buen espectáculo... —repuso—. Lo siento.

—No se trata de eso. Tú... No lo entiendes —bufó—. No entendíamos qué estaba pasando, Parker y yo no sabíamos qué hacer y esa Beth hablaba pestes acerca de cómo el profe de gimnasia te protegía porque eras su favorita —explicó Nat. Sabía que todavía le quedaban cosas por contar y quitarse de encima así que permaneció callada—. Entonces Jace apareció en clase y comenzó a hacer preguntas, pero no sabíamos nada de lo que te había pasado. Y fue en busca de ella, entró en varias clases más; para cuando la encontró le seguían un buen número de personas. Se enfrentó a Beth y le paró los pies; ella y sus amigas se habían propuesto cansarte antes de la carrera para que perdieras y, por lo que sabíamos, bien podías haber caído por agotamiento. Luego les cantó la caña a unas cuantas cuando le preguntaron por qué te defendía; dijo alto y claro que todos esos rumores eran falsos. Ah, Debra —suspiró Natalie—, él aseguró que nunca te había visto siguiéndole, no como otras. Mia me dijo que la cara de las chicas a las que señaló y acusó de hacerlo fue de foto —añadió con una risita—. Así que Jace determinó que lo de inventar cosas acerca de ti se había acabado y encargó a Beth para que se asegurara o la haría responsable.

—Vaya... —musitó impresionada.

Las lágrimas sin derramar en los ojos de Nat le rompían el corazón, abrazó a su amiga y esta se lo devolvió aferrándose a su cuello.

—Me preocupaste —sollozó.

—Lo siento.

—No sabes cuánto me alegro de que estés bien —murmuró.

—Y yo. Gracias por ser mi amiga, Natalie Roberts.

—Lo mismo digo, Debra Scott. No vuelvas a asustarme así.

—No puedo prometerte nada —bromeó entre lágrimas. Nat apretó los brazos en su espalda—. De acuerdo, de acuerdo.

Riendo se separaron para secarse las caras humedecidas por el llanto.

—Creo que voy a tener que hablar con él para agradecerle... —deliberó pensativa.

—Sí, yo también lo creo —mantuvo Nat.

Volver significaba retomar su vida, continuar adelante y eso era lo que quería por encima de cualquier otra cosa; por supuesto, tenía a los dos mejores guardaespaldas para cuidar de ella, Natalie y Parker. Eran geniales. Estaba segura, con absoluta certeza, de que algún día serían los flamantes y cargantes padres de unos preciosos retoños sobreprotegidos.

Ni el uno ni la otra le permitían cargar con su propia mochila o hacer esfuerzo alguno, los adoraba, pero si continuaban comportándose de aquella manera tendría que hablar con ellos. Otra vez.

El tiempo se detuvo cuando su mirada se fue a posar directamente sobre el rostro de Jace, apoyado contra la pared en mitad del pasillo, rodeado de admiradoras además de su grupo de amigos habitual. Pasó por delante con Parker y Nat y, aunque su amiga le había explicado lo que había hecho por ella, no se atrevió a aproximarse en aquel momento para darle las gracias, no con tanta gente alrededor. Así que se limitó a pasar de largo junto a sus amigos.

El recreo había comenzado y esa sensación continuaba acompañándola, después de tanto tiempo de escuchar cómo hablaban a sus espaldas, el silencio actual era algo que la perturbaba y, desde luego, no sabía cómo comportarse. No obstante, una cosa que había aprendido en su vida era a no dejarse llevar por las apariencias. Sí, era posible que los cuchicheos a viva voz fueran cosa

del pasado, pero hablar, hablaban. Estaba segura. Y más después de que Jace hiciera lo que hizo de esa manera tan pública.

No quería ni imaginar lo que deberían estar comentando bajo la alfombra; sin embargo, nunca había sido alguien que se dejara llevar por lo que los demás dijeran o pensaran, a pesar de que reconocía que era mucho más práctico escucharlo por muy agotador que fuera. Ahora no sabía a qué atenerse.

Fue a la cafetería dejando vagar la mirada con discreción sobre la gente que se había reunido allí mientras Nat y Parker se hacían arrumacos a su lado, sus ojos coincidieron con los de varias personas que apartaron la mirada deprisa. La observaban; de una forma menos abierta, eso sí, pero aun lo hacían. Eso solo confirmaba lo que pensaba. Respiró hondo y se armó de paciencia.

Aunque su primer impulso fuera encontrar a Jace y matarlo por hacer que la gente especulara más y por ponerla en la mira de sus seguidoras más acérrimas, su educación dictaba que debía agradecerle el gesto. Todavía no podía creer que la defendiera delante de todo el mundo. Las mariposas en su estómago revoloteaban sin descanso desde que Natalie se lo explicó. Ah, ¿qué iba a hacer? ¿Era normal tener esos sentimientos tan dispares o era cosa suya que no estaba del todo bien del coco?

Era como si una parte pensara, la otra sintiera y no se pusieran de acuerdo ni un solo segundo. En nada.

Dejó a su amiga y su novio a solas para que pudieran darse cariño sin estar de sujetavelas y pensó en dónde podría encontrar a Jace para darle las gracias ya que cuando se habían cruzado en el pasillo le fue imposible articular palabra, mucho menos acercarse. Fue a las escaleras en donde, recordó, solía pasar el rato con su grupo de amigos, le preguntaría si podía hablar un momento con él, diría lo que tenía que decir y se marcharía; si no estaba allí, daría la vuelta y ya hablaría con él cuando se cruzaran de nuevo. Siempre y cuando no tuviera toda una corte delante.

—Me han dicho que ha vuelto a clase. —Escuchó la voz de una chica cerca

y se detuvo, giró la cabeza buscando el origen, para ver de quién se trataba.

—Oh, ¿así que tu acosadora ha vuelto? —Reconoció esa desagradable voz. Alan.

—Ella no lo acosa —masculló otra voz de chico tras un momento de silencio.

—Eso dijo Jace delante de todo el mundo. Nunca te había visto así —manifestó otra chica.

—Cállate, Yolanda —inquirió Alan de malas maneras—. No hables como si nos conocieras de siempre.

—Cuidado, Fleet —advirtió otro al rubio de ojos celestes.

—No seáis malos —dijo la primera voz femenina que había escuchado antes—. ¿No veis que nuestro Jace estaba preocupado?

¿Preocupado? ¿Jace? ¿Por qué? ¿Por ella?

—Priscila...

—¿Qué, Eric? Es cierto. Ahora todo el mundo debe de creer que entre ellos hay algo. Que no haya rumores por los pasillos no quiere decir que hayan dejado de hablar.

Debía admitir que en eso estaba de acuerdo con ella.

—¿Sabéis qué pienso? —terció una voz masculina—. Tuvo que dolerle horrores; a mi primo le quitaron el apéndice y antes de que le operaran no veáis cómo se retorció y gritaba de dolor.

—Es verdad, solo de pensar lo mal que lo tuvo que estar pasando... —añadió otro chico, creyó que era al que habían llamado Eric.

Subió un par de peldaños, sería mejor terminar con aquello, agradecer a Jace su intervención y largarse; si la pillaban ahí podían pensar que les estaba espiando y eso sí que sería malo.

—Pff, ¡qué tontería! —escupió Alan.

Él siempre tan caballeroso, pensó con ironía, poniendo los ojos en blanco.

—Es verdad —apoyó Jace hablando por primera vez justo cuando Debra llegó al lugar en el que el grupo estaba reunido. Él estaba de pie, con la

espalda apoyada contra uno de los árboles que había repartidos por el patio —. Si tanto le dolía no tendría que haber venido ese día. Y mucho menos competir. Hubiera sido mejor que se quedara en casa —pronunció con dureza.

—Cierto. —Estuvo de acuerdo una morena que vio literalmente pegada al cuello de uno de los chicos, por la voz esa debía de ser Priscila—. Y no montar todo ese numerito y el espectáculo que se formó después —continuó la chica sin apartar la mirada de Jace.

En ese momento quedaron en silencio, la otra chica que estaba con ellos detectó su presencia y enrojeció al verla allí al borde de las escaleras, la siguieron dos chicos más y Alan que, a excepción del resto, lejos de avergonzarse parecía regocijado porque hubiera escuchado su conversación. Las palabras de Jace fueron como latigazos para Debra. Se sintió herida hasta lo más profundo, como si las palabras fueran cuchillas que atravesaran su piel.

Se obligó a no dejar que el dolor la traspasara y que alguno de ellos lo notara. Oh, pero el cabreo que se amontonaba en su interior, ese no había motivos para refrenarlo. En el momento en el que Jace levantó la cabeza y siguió la mirada de los demás, sus ojos se encontraron.

—Venía para hablar contigo —pronunció tan digna como pudo, cerrando los puños con rabia—. Me han contado lo que pasó y, estúpida de mí, quería agradecerte lo que hiciste.

Si en ese instante una bola del desierto hubiera pasado rodando entre los dos, no le habría extrañado en absoluto. El silencio era ensordecedor mientras luchaba por controlar las emociones que le azotaban el pecho. Jace se había erguido y vuelto hacia ella; tan mudo como el resto.

—¿Pero sabes qué? —continuó Debra—. Eres gilipollas —sentenció—. Vete a la mierda, Reeve —espetó antes de continuar subiendo los escalones.

Necesitaba alejarse, salir de allí.

Las carcajadas de Alan fueron el detonante para que algunas lágrimas comenzaran a derramarse mientras subía de dos en dos las escaleras hacia la entrada, se sentía dolida, impotente y enfadada; muy enfadada. Cogiendo en un

puño la manga de su chaqueta fina, pasó el dorso por sus mejillas, luego por los ojos. Quería borrar cualquier rastro de agua en su cara.

—Espera un momento —masculló una voz tras ella.

Era Jace; agarrando su brazo izquierdo para detenerla cuando estaba a punto de salir por la puerta del instituto a la calle. No se volvió.

—Déjame en paz. —Retorció el brazo, sin embargo él no la dejó ir. Su rabia aumentó y, girando su cuerpo en un rápido movimiento, dio un fuerte tirón para liberarse—. ¡Suéltame!

Cruzó la puerta y caminó a paso rápido sin rumbo predeterminado, solo necesitaba... No sabía lo que necesitaba. Una parte de ella no dejaba de decirle que era una idiota por haber pensado siquiera agradecer nada a Jace Reeve, otra que era tonta por dejar que sus palabras la afectaran de ese modo; otra más le decía que diera la vuelta y se disculpara con él. Debra recordaba, además, las ganas que había tenido de verlo hasta hacía tan solo un minuto; ahora todo cuanto deseaba era perderlo de vista. A él, a sus amigos, al imbécil de Alan, al instituto, ¡a todos!

Ella que había preferido volver a clase antes que quedarse sola en casa, una casa vacía que ni siquiera se llenaba cuando estaban sus padres. Ellos ni la miraban desde que Alec murió, no de verdad. Por eso pasaba los fines de semana en casa de Nat o con su tía Francie y, ahora que su prima Cathy vivía por su cuenta, en su apartamento; por ese motivo se iba a pasar los veranos con su tío Pacey. Cuanto menos tiempo pasara en casa, mejor. Sus padres no soportaban su presencia ¿y si ni siquiera ellos querían verla por qué diablos iba a ser distinto con el chico que le gustaba?

Se saltó una clase y volvió para la última de la mañana, antes de la hora del almuerzo. No había conseguido calmarse del todo, pero sí lo suficiente como para poder andar sin llorar. El vacío que tenía en el pecho era tan grande en esos momentos que Debra creyó que en realidad la había engullido y dejado en su lugar una cáscara vacía. ¡Cuánto desearía poder estar en esos momentos en el Pacific con Pacey!

—¿Cédric? Te noto algo... distraído.

Laura lo miraba con aprensión, desde que habían comenzado a salir pasaban todo el tiempo que podían juntos y el almuerzo era uno de ellos. Estaba comiendo en la cafetería a la que habían tomado por costumbre acudir y que tenía unas mesas con bancos en las esquinas, de esas que tanto le gustaban a ella.

Apagó la pantalla del teléfono y lo guardó en el bolsillo. Volvió la cara hacia ella y le dio un beso rápido en los labios.

—No es nada. Perdona.

La noticia de la operación de Debra a través del chat grupal lo había dejado frío cuando la leyó. Se enteró varios días después de que ocurriera y porque alguien que estaba realizando la formación de salvamento con ella hizo un comentario de pasada acerca de que no había ido a clase, pero no fue hasta que Liv, una compañera, preguntó por el motivo, que Derrick les explicó lo sucedido.

Desde entonces había seguido cualquier información que pudieran mencionar acerca de su estado; como cuando había vuelto al curso poco después, para hacer, aunque fueran, las horas presenciales. Saber que estaba bien, que todo había quedado en un susto lo hacía sentir dividido, por un lado quería verla, abrazarla y decirle en persona lo mucho que se alegraba de que no le hubiera ocurrido nada; en cambio, por otro lado... Oh, ¿a quién pretendía engañar? Quería ver a Debra, oír su voz, verla reír y a esas alturas buscaba como un loco en cualquier fotografía que subían los demás por si aparecía en alguna parte, aunque solo fuera un poco. Pero desde que no participaba en la parte práctica de la formación no había nada.

¿Cuánto podría tardar en volver a hacer los ejercicios que les pedían? ¿Cómo de malo era aquello en realidad, podría trabajar ese verano en el hotel? Y él, ¿quería o no que fuera su compañera de trabajo? Al margen de que

le parecía una tortura pasar tanto tiempo junto a la persona que no debería gustarle en el sentido romántico de la palabra, también quería que Debra pudiera hacer realidad sus deseos y ella quería más que nada ser socorrista y trabajar con su tío.

No obstante, no podía dejar que sus pensamientos giraran en torno a ella a cada minuto, lo que debía hacer era apartarla de su cabeza y cuanto antes. Las cosas con Laura funcionaban, hacía unos pocos meses que salían y estar con ella había servido para dejar de pensar tanto en Debra hasta la fecha; por lo menos hasta que se enteró de lo que le pasó.

Se volvió hacia su novia que continuaba mirándole de forma interrogativa y la besó con más intensidad enredando sus lenguas. Oh, ella respondía a sus besos de aquella forma tan ingenua, tan genuina cada vez; se abría, se daba a él. Profundizó el beso y acarició su cadera al tiempo que se acercaba más a su cuerpo, recorriendo los labios finos de Laura con la punta de su lengua, deslizó una mano por el costado de su torso hasta encontrar un pecho, lo acomodó en su palma y se sumergió aun más en la calidez de su boca.

La cabeza se le vació, no había preocupaciones ni pensamientos de ningún otro tipo, solo la necesidad de continuar, por alcanzar lo que sabía muy bien que venía después. Apartó la cabeza y observó el efecto que causaba en ella; tenía los ojos entrecerrados, las mejillas coloradas y los labios ligeramente hinchados, ese rostro era la imagen del ensueño de una promesa que estaba dispuesto a cobrarse cuanto antes.

—¿Nos vamos?

—¿Irnos? —preguntó todavía obnubilada por el arrebató de pasión.

—Sí —dijo y se acercó a su oído para susurrar algo que quería que solo ella escuchara—. Quiero hacer el amor contigo. Ahora.

—¿Ahora?

Ella buscó sus ojos, la niebla de la lujuria los oscureció y Cédric no pudo evitar sonreír ufano. Cabeceó, afirmando, y lamió sus labios.

—Mi casa está más cerca —pronunció Laura levantándose de golpe.

Pagaron en el mostrador sin perder tiempo y salieron del local seguidos por las miradas de varios clientes que, por sus expresiones, sabían perfectamente lo que iban a hacer a continuación su chica y él. Y no le importó lo más mínimo. No le importaba nada más en ese momento, excepto seguir besando, acariciando, sintiendo; eso conseguía que su mente se liberara de todo excepto de lo que experimentaba su cuerpo.

Capítulo 7

¡Mierda! ¿Por qué tendría que haber aparecido en ese momento?

¡Joder!

Seguro que había escuchado todo lo que dijo a sus amigos. Aunque Jace trataba de mantener la fachada de que nada le afectaba, sentir cómo lo taladró con la mirada de esa forma, dolida, tan enfadada, hizo que se quedara clavado en el sitio y, por primera vez desde que dejó de ser un niño pequeño, se le secó la boca, el cuerpo se le paralizó y sintió el sudor en las palmas de las manos.

¿¡Qué diablos había hecho!?

La había cagado.

Y a lo grande.

¿¡Por qué había tenido que abrir la puta boca!?

De todas las veces en las que había metido la pata en su vida, nunca tuvo la sensación de meterla en las profundidades de un lago lodoso y hundirse en el barro hasta que la cabeza le quedara cubierta. Hasta entonces. Debra había tenido razón; era un gilipollas.

Cuando la vio marchar y sus piernas volvieron a responder en lugar de quedarse allí plantadas, fue tras ella; no obstante, no consiguió detenerla; en todo caso, quizás provocó que se cabreara aún más. Todavía podía ver su cara cuando se soltó de un tirón de él, percibió su furia con claridad y ahora Jace estaba mosqueado también consigo mismo.

Debra lo dejó solo, hecho un manojito de emociones, todas ellas negativas, que encontraron una única salida, un único culpable: él. Por un lado su orgullo le exigía que la encontrara y la obligara a disculparse por insultarlo, por otra, quería pedir perdón por lo que había salido de su boca y cada opción tiraba de él en una dirección distinta. Aunque ambas tenían una cosa en común: primero debía encontrarla.

Al volver con los demás y preguntarle estos qué había pasado, solo tenía una respuesta que ofrecer.

—Nada.

—¿No la has alcanzado? —preguntó Eric curioso.

No, no lo hizo. Y comenzaba a pensar que, aunque se lo propusiera, jamás podría alcanzarla. Ella era como la luna, siempre presente, cualquiera podía pensar que estaba al alcance, pero al alargar la mano para intentar rozarla siquiera o sostenerla era cuando se tomaba conciencia de lo realmente distante que se encontraba.

La buscó al terminar el recreo. No la había visto volver, aunque había otra puerta que podía haber utilizado para regresar, pero no. No regresó a clase. Vio a su amiga Natalie acompañada de Parker, aunque no hubo señales de Debra por ninguna parte. A mediodía los chicos propusieron ir a otro lugar a comer para salir de allí y sin pensarlo dos veces siguió la corriente y fue con ellos.

¿Qué se suponía que tenía que hacer a continuación?

Priscila tenía razón, pensó; que no lo hicieran de forma abierta como antes no quería decir que la gente hubiera dejado de hablar, pero ¿qué se suponía que debería haber hecho él? ¿Nada? En aquel momento se enfadó tanto al saber que habían tenido que llevarla al hospital, después de haber escuchado el plan que esas tres habían trazado y ejecutado, que tuvo que buscarlas y hacerles experimentar, ni que fuera una milésima parte, lo que, sentía, le estaba desgarrando a él por dentro.

Y le había salido de fábula, se dijo con convicción.

O eso había creído hasta que enfrentó la mirada de la chica.

Fue todo un reto mantener la compostura durante la primera clase de aquella tarde; al terminar, el profesor se acercó a hablar brevemente con ella, interesado en conocer de primera mano su estado actual de salud. Para cuando salió casi todos sus compañeros habían abandonado ya el aula, con la mochila a la espalda permaneció cerca de la puerta observando el pasillo para no encontrarse de frente con quien no quería ver en ese instante y alguien chocó contra ella cortándole por un momento el aliento debido al dolor que sintió recorrerla con una punzada de la que tardó unos minutos en reponerse.

—¡Ups! Lo siento, ha sido sin querer. ¿Te he hecho daño?

Esa voz... Levantó la mirada a pesar de sufrir sudores fríos debido al repentino ramalazo y se encontró con la sonrisa torcida de una chica mayor, la exnovia de Jace. Tina compuso una cara de fingida inocencia que jamás podría engañar a nadie y supo en el acto que el encontronazo no había sido accidental. Había chocado con ella a propósito.

—Lo cierto es que sí —respondió a su pregunta, aunque fuera retórica, incapaz de contener las palabras—. Me has hecho daño.

—Vaya, de verdad que lo siento —dijo la otra de nuevo pronunciando cada palabra con un tono afectado que era tan estudiado como fingido.

Su actitud le encrespaba los nervios más que un día de lluvia su pelo. Si repartieran Oscar a mejores ex pasivo-agresivas, con toda probabilidad, se lo darían a ella.

—Tranquila, tampoco se puede esperar mucho más —repuso Debra enfadada al tiempo que se obligaba a ignorar el dolor, y a Tina, para dirigirse sin perder más tiempo a su próxima clase.

—¿Qué has dicho? —Torciendo la cabeza como hacía cualquier matona de tres al cuarto, Tina se le encaró y dio un paso hacia ella.

Siempre había pensado que era una chica realmente guapa y sí, en apariencia lo era, tenía una cara muy bonita, pero todo cuanto poseía de belleza exterior, lo descompensaba con una horrible personalidad.

—¿Acaso importa? —Alan apareció a un lado de Tina y le pasó un brazo por el cuello al tiempo que le lanzaba una mirada altiva a Debra que, sin poder evitarlo, levantó una ceja escéptica al ver la confianza que se tenían esos dos—. Vamos, llegaremos tarde a clase si continuas perdiendo el tiempo.

Tina se arrellanó contra el costado del indeseable y dejó escapar una carcajada más sonora de lo que cualquiera esperaría para una chica que pretendía ser refinada, al menos en público. Los dos se alejaron hablando al oído el uno del otro, riendo.

—¿Estás bien, Deb? —Nat la abrazó con cuidado por la espalda—. Perdona, estaba recogiendo... —Se disculpó.

—Sí, no pasa nada. Todo bien, tranquila —respondió sin perder de vista el lugar por el que ese par se habían ido.

—¿Que querían? —preguntó desconcertada su mejor amiga.

—Hacer daño. ¿Qué, si no? —contestó cansada de verdad.

—Bueno, pues no les dejes —repuso la otra.

Como si fuera tan sencillo. ¿Cómo podría explicar a Nat lo que en verdad conseguía hacerle mella?

—No, si sus palabras no me molestan —aclaró—. Ha sido el empujón lo que...

—¿¡Que te han empujado!?! —interrumpió su guardaespaldas de bolsillo—. Los mato.

Pudo ver en su sesgada mirada que pasaba de la calma y la comprensión, al modo batalla armando carros de fuego detrás de sus ojos.

—No. —La paró presionando una mano en su brazo—. Déjalo. Ellos solo son unos matones; enfrentarlos así solo alargará estos «accidentes».

Mantener a Natalie al margen de los ataques y enfrentamientos que tenía con Alan había sido más o menos sencillo hasta entonces; en parte porque si se

inmiscuía, lo haría también Parker y la cosa podría terminar muy mal. Y Debra no quería que todo aquello se fuera de madre cuando ella era bien capaz de mantener a Alan Fleet a raya.

Sin embargo, ahora que estaba convaleciente dudaba de la efectividad que sus palabras podían tener para enfriar el carácter de la joven a la que adoraba como a una hermana y que tenía el instinto de protección más desarrollado que nadie que conociera. Tenía tanta suerte de tener una amiga como ella. Debra sabía que, si en ese momento le pedía que fueran a su casa para ver unas pelis debajo de una manta mientras comían esas galletas con cereales que tanto les gustaban, Nat ni lo pensaría.

Era realmente grandioso haber tenido el gran honor de conocerla, no quería perderla por nada del mundo. Parker esperaba en las escaleras, ese chico conocía el horario de Nat tan bien como ella. Sonrió al verlo y aceptó que la empujara contra él en cuanto pasó su brazo para rodearle el hombro.

—Vamos, enana, por una vez apóyate en mí. —Enana... Y eso que era más alta que su novia—. Prometo no decírselo a nadie.

Nat y ella rieron ante su declaración. En ese instante una burbuja de energía surgió en su interior y le irradió todo el cuerpo con una dulce calidez gracias a ellos, a todo lo que le daban con algo tan sencillo como su presencia. Pero no era solo cariño; lealtad, amistad, apoyo, ellos le demostraban y le ofrecían tanto... Sabía que nunca podría devolverles ni la mitad.

Tal vez estuviera un tanto más sentimental desde que la tuvieron que operar de urgencia, o quizás fueron las palabras de la cirujana cuando, para hacerle entender el riesgo que había corrido por no prestar atención a las señales que su cuerpo le había estado enviando, le advirtió que el desenlace de su caso podría haber sido fatal de haber llegado un poco más tarde al hospital de cuando lo hizo.

Entender lo que la mujer quiso decir y comprender que, si las cosas hubieran ido de otro modo, tal vez ella no podría estar allí en ese momento, caminando, charlando, riendo con sus amigos, le hacía agradecer cuanto tenía

y sí, era cierto que también adoraba a su hermano y quería estar con él a cada segundo, pero todavía no había llegado el momento de que se reunieran de nuevo y en lo más profundo de su ser sabía que él, más que nadie, lo entendería.

Al final del día Debra había estado contando los minutos que faltaban para poder llegar a casa y descansar. Necesitaba guardar reposo cuanto le fuera posible para poder enfrentar el día siguiente. Así que cuando entró en el salón vacío, dejó la mochila sobre el sofá y se dirigió a la cocina, necesitaba beber agua fresca; encontró una botella en la nevera. Se la llevó al comedor y allí abrió el primer cajón del mueble del televisor donde su madre había guardado la medicación para el dolor que le recetaron tras la operación; tomó una y guardó el resto en el mismo lugar.

Recogió lo que había dejado tirado sobre el mueble del salón y fue a su dormitorio donde se sentó en la cama. Aunque ya no le dolía tanto, se cansaba con mucha más facilidad que antes, el esfuerzo de asistir a clase era mayor de lo que había imaginado en un principio. Y, sin embargo, a su mente solo acudían esas palabras que escuchó por la mañana y que tenía clavadas como espadas.

Antes de que terminara de pensar en todo lo que había pasado ese día, estaba llorando a moco tendido. Se tumbó de lado, abrazó el cojín violeta, su favorito y el más mullido que tenía, y hundió la cara en él para ahogar los fuertes sollozos de dolor e impotencia que brotaban desde el fondo de su aflicción.

Habiendo faltado tantos días y estando tan cerca la fecha de entrega de los trabajos de Tecnología, los profesores le permitieron recuperar tiempo con su proyecto, por lo que esa mañana la dedicó a estar en el aula de ciencias, metida hasta las trancas en lo que más le gustaba. Aquel era, sin duda alguna,

el lugar que más le agradaba de todo el instituto y en el que se encontraba más cómoda.

Estuvo repasando cada paso del proyecto para asegurarse de que no olvidaba ninguno y continuó trabajando con un sentimiento de total y completa libertad durante las primeras horas de la mañana hasta que Michelle, la maestra, se acercó a la mesa de trabajo que había ocupado para cerciorar la hora con ella, haciéndola consciente de que en unos minutos daría comienzo la hora del descanso y advertirle también que, aunque luego regresaría para continuar hasta el mediodía, debía dejar el espacio debidamente recogido.

Aunque en primer lugar, Debra quería terminar de montar una pieza con la que llevaba un rato trabajando y que más tarde iría ensamblada en el cuerpo principal de su proyecto. Ah, cómo disfrutaba imaginando, planificando y construyendo cosas. Además, si se le ocurría alguna mejora, solo tenía que modificar los planos para incorporarla.

El recreo ya había dado comienzo en el momento en el que empezaba a ordenar la mesa y a recoger las herramientas que había estado usando. Saber que tenía todo ese tiempo de paz y tranquilidad para hacer su trabajo era un motivo más que suficiente para sonreír. Si, además, le sumaba el hecho de que no tenía que preocuparse por nada más que aquello, aunque solo fuera durante una mañana, era casi como un regalo del cielo.

A pesar de que después regresaría, cada cosa debía quedar en su lugar. Michelle siempre decía que había que tratar con el mismo mimo un proyecto que las herramientas que se necesitaban para llevarlo a cabo porque todo era importante, todo formaba parte del proceso de creación y requería de atención específica.

—¿Podemos hablar un momento?

La caja de tuercas que estaba llevando a su sitio en la estantería de pared voló de sus manos, resbalando al escuchar la voz tras de sí; trató de cogerla antes de que cayera para que las piezas que contenía, que no eran pocas, no terminaran esparcidas por el suelo. Para cuando consiguió agarrarla estaba

casi en este y debido al traqueteo al que la había sometido muchas cayeron diseminándose por el lugar.

Con todo, dejó escapar una profunda respiración al comprobar que la caja todavía conservaba gran parte de su contenido intacto.

La depositó encima de la gran tabla de madera maciza del banco empotrado del taller echando una mirada de soslayo al responsable de su repentina torpeza. ¿Por qué tenía que ser él? ¿Y por qué había ido allí? Jace Reeve estaba en el aula, a pocos metros de donde ella se encontraba, y al ver el estropicio se arrodilló para recoger las tuercas esparcidas.

Debra guardó silencio y se quedó muy quieta; de hecho, no hubiera podido hablar aunque hubiera querido porque se le cerró la garganta. Y tampoco podía moverse con el cuerpo congelado.

—Creo que ya están todas —dijo él tras unos minutos de búsqueda bajo su atenta mirada.

Ella observaba cada uno de sus gestos como si fuera un peligroso animal al que debía vigilar. Tragó saliva al ver el brillo de sus distintos pendientes de aro, siempre había querido saber qué sentiría al pasar los dedos por su lóbulo con tantos adornos. Cuando se acercó a vaciar el contenido de sus manos en el recipiente azul, ella se apartó de forma discreta hacia atrás. Estaba teniendo serios problemas para recuperarse de la impresión. ¿Qué era lo que estaba haciendo él allí? ¿Hablar? ¿Con ella?

¿De qué? ¿Por qué?

—Gracias —murmuró antes de colocar la caja en su estante aliviada de que esa acción pusiera un poco más de distancia entre los dos.

—Así que hoy estás encerrada aquí... —comentó dejando la frase en el aire.

—Tengo que recuperar el tiempo perdido para terminar mi proyecto —respondió con cautela intentando evitar que sus ojos se cruzaran.

Todavía podía sentir en sus huesos el ridículo del día anterior, lo que escuchó, lo que él dijo, lo que ella hizo después, todo. No sabía si alguien podía morir de vergüenza, pero algo le decía que se encontraba bastante cerca

de ello.

—Oye, yo...

—¿Qué quieres, Jace? —interrumpió de forma brusca—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Lo de ayer... —comenzó a hablar él por segunda vez.

—¿Ayer? —repitió fingiendo haber olvidado.

Su cuerpo reaccionó por fin y continuó guardando el resto de materiales, evitando de ese modo establecer contacto visual con él, porque se conocía bien y, de hacerlo, se quedaría prendada, embobada y eso solo la dejaría en ridículo. Más.

—Lo siento —dijo al fin—. Yo no quería decir...

—Ah, te refieres a lo de las escaleras —apuntó como si acabara de darse cuenta de a qué se refería.

Echó una ojeada a hurtadillas mientras recogía, se lo veía incómodo, ¿tal vez nervioso? ¿Por qué? Quizás no quería estar allí, quizás él no quería hacer aquello y pedirle perdón formaba parte de alguna especie de juego o apuesta que había hecho con sus amigos. Pudo sentir cómo el enfado renacía dentro de ella calentando esas partes de su cuerpo que habían sucumbido a la más pura frialdad.

—Sí —afirmó Jace—. No quería...

Alineó los papeles de su proyecto y se volvió.

—No tienes que disculparte ni nada parecido —aseguró Debra mostrando lo que pretendía fuera desenfado e indiferencia.

Todo lo que podía hacer era rogar mentalmente que dejara de seguir sus pasos por el aula mientras guardaba las herramientas y todo lo demás, su presencia la ponía tan nerviosa que no sabía cómo actuar, hablar, caminar... Delante de Jace tenía la sensación de convertirse en un ente unicelular que solo podía realizar las funciones más básicas y poco más.

—Verás, lo que dije... —continuó él.

Ah, no. No. Por eso no estaba dispuesta a pasar; si algo no soportaba era la

hipocresía. Cuando una persona no quería decir algo era tan sencillo como no hacerlo; si no quería decir lo que dijo, que no lo hubiera hecho y si en realidad sí quería, ¿a qué iba a verla entonces? ¿Para justificarse? ¿Disculparse? Debra ni quería ni necesitaba nada de eso.

—Mira —habló con una resolución que era fruto de su enfado y se giró en redondo apoyándose en el tablero de la mesa en la que había pasado la mañana trabajando—. Puedes ahorrarte las disculpas —pronunció con severidad—. No me interesan.

La actitud que había tomado parecía desconcertar al chico que la miraba con algo parecido al pesar, sin embargo, sabía bien que eso no era posible, debía estar imaginando cosas. Sí, de eso debía tratarse, Debra estaba viendo únicamente lo que quería ver.

—Verás, creo que fui algo duro. Me pasé.

—¿Y qué? —espetó Debra haciendo que él alzara las cejas asombrado—. Puedes pensar y decir lo que te dé la gana —articuló. No tenía claro si lo hizo en un intento de atacar con la brusquedad de su tono, buscando defender su orgullo herido o lo que pretendía era levantar un muro alrededor de sus sentimientos para que Jace no pudiera alcanzarlos y hacerle daño otra vez; cualquiera de los dos motivos le servía de todos modos, se encogió de hombros mentalmente—. No es como si alguien lo prohibiera.

Mientras hablaba se dedicó a guardar sus enseres en la mochila, cerró la cremallera con un movimiento fluido y la colgó en su hombro. Lista para marcharse, giró sobre sus talones hacia la puerta. Había dado un paso cuando notó un ligero tirón, al volverse vio la mano de Jace sujetando una de las cintas de su mochila.

—Espera —pidió—. Por favor. —Debra le lanzó una mirada molesta, no entendía por qué intentaba retenerla—. Quiero... Intento disculparme por lo que dije ayer —bufó—. Además la forma en que...

—Mira —atajó—, si tienes un problema con eso, allá tú. Como yo lo veo uno hace y dice lo que piensa. No vengas a pedirme perdón tratando de aliviar

tu conciencia porque eso no tiene nada que ver conmigo.

—Tú tienes una respuesta para todo, ¿no? —replicó él.

—Para lo que importa —contestó de forma automática.

—¿Nunca metes la pata? —Exhaló dejando caer sus hombros—. Estoy intentando ser amable y explicarte que lo de ayer no era...

—¿Qué? —atajó una vez más—. Oye, lo entiendo —cedió y suavizó su tono—, pero si tienes remordimientos o problemas de conciencia, es cosa tuya. No mía.

—¿Quieres dejar de hacer eso por un momento y dejar que termine de hablar? —comentó exasperado. Luego se acercó a ella y continuó con gesto serio—. Lo que dije no es verdad y quiero pedirte perdón si mis palabras te hicieron daño.

Debra lo dejó acabar en esta ocasión, alzó una ceja medio divertida con esa declaración. Él realmente no parecía darse cuenta de lo que trataba de decirle.

—Entonces si yo no hubiera estado allí o si tú no te hubieras dado cuenta de que escuchaba lo que decías —razonó exponiendo lo ridículo de sus actos—, ¿estarías aquí hoy empeñado en que acepte unas disculpas que ni me van ni me vienen ni me interesan en lo más mínimo?

—¡Joder, Debra! —Levantó la voz y se pasó una mano por el cabello rastrillando su pelo con los dedos—. Solo intento pedirte perdón —declaró—. ¿Tienes que hacer las cosas tan difíciles?

—¿Por qué debería hacerlo fácil? —rebatió—. Te he dicho ya por activa y por pasiva que no quiero que me pidas perdón.

—Te he escuchado; es solo que pensé que como yo te...

—Ah... —Entonces entendió por qué estaba poniendo tanto empeño—. Como crees que me gustas quieres quedar bien conmigo para... ¿qué? ¿Alimentar tu ego? —interrogó—. Tengo que irme —anunció antes de dar un tirón a su mochila para que la soltara.

Pero antes de que pudiera alcanzar la puerta él le cerró el paso interponiéndose. Debra se echó para atrás y lo miró con irritación a los ojos.

—Está bien —dijo él levantando las manos mostrando sus palmas hacia ella—. Lo entiendo, ¿de acuerdo? Estuvo mal.

—Eso es algo que queda entre tu conciencia y tú —respondió manteniéndose firme a pesar de que por dentro se estaba derritiendo con esa sonrisa insegura que esgrimía.

—Me rindo. Haya paz, ¿vale? —pidió—. ¿Puedes, por lo menos, decirme cómo te encuentras?

—¿Eh?

Su pregunta la dejó anonadada y descolocada. ¿A qué venía eso ahora? ¿De dónde salía aquello?

—Después de la operación —expuso Jace—. ¿Te encuentras... Estás bien?

—¿Por qué la gente no deja de preguntar cosas que ni siquiera le importan? —preguntó incrédula dando un paso atrás que él siguió.

—Me importa —aseguró irguiendo la espalda haciendo que viera cuanto más alto que ella era.

No llegaba a tener la misma altura que Parker, aun así andaba cerca y con su metro sesenta y cinco, continuaba siendo más baja. «Si tan solo pudiera confiar en esas palabras», pensó. Desde los sueños más locos y profundos de su corazón deseaba poder creer en ellas.

—Sí, ya —replicó, en cambio, con un bufido.

Se acercó a ella tan deprisa que no le dio tiempo a apartarse; Jace cogió su cara poniendo las manos a ambos lados de su cabeza y sintió el contacto arder hasta lo profundo de su ser. Hasta percibió una ligera corriente eléctrica al notar una caricia que le dio a un mechón de cabello con uno de sus dedos. Debra estaba completamente paralizada, lo más sensato sería moverse, echarse atrás y romper el abrasador contacto, pero la verdad era otra, no quería hacerlo, no quería dejar de sentir la calidez de sus manos envolviéndola.

—Me. Importa —repitió él afianzando su mirada azul en ella de una forma que hizo que se le cerrara la garganta y su boca se secara.

Nunca habían estado tan cerca; se dio cuenta de que sus ojos parecían relampaguear; tenía el iris envuelto en una delgada línea amarilla que se entremezclaba extendiéndose hacia fuera por el resto de su pupila como si fueran rayos de sol.

Perdida en sus ojos como estaba, no vio venir lo que sucedió a continuación; los labios de Jace se posaron sobre los de ella provocando que se le trabara el aliento.

¿¡Jace Reeve la estaba besando!?

Su cabeza explotó en todas direcciones. ¡Sí, lo hacía! Estaba tan conmocionada porque aquello que tantas veces había imaginado en la intimidad de su habitación, con lo que tantas veces había soñado despierta, estuviera sucediendo de verdad que se paralizó. Estaba tan quieta como una estatua de escayola; no se atrevía a moverse por miedo de que cualquier cosa que hiciera pudiera hacer que acabara.

En el momento en el que su yo interior dejó de dar botes de alegría mientras gritaba por la estratosfera y regresó a su cuerpo, comenzó a procesar lo que estaba pasando y no supo por qué, pero cuando el calor de la lengua de Jace rozó sus labios reseca reaccionó. ¿Qué se había pensado? ¿Que podía hacer lo que le diera la gana?

De eso ni hablar.

Clavando el talón de la mano contra su pecho, empujó con fuerza; no obstante, Jace no se movió más de unos pocos centímetros. Aunque su objetivo de hacer que el beso terminara estaba cumplido, le habría gustado que su fuerza lo hubiera enviado algo más lejos. Sin embargo ahora tenía espacio suficiente para tomar aire. Estaba enfadada, atribulada y muy confundida por lo que acababa de pasar y, en el instante en el que comenzó a ver una sonrisa formarse en su cara, se la cruzó de una bofetada.

—¿¡Qué coño te has creído que haces!?

—vociferó ofendida.

Jace no se movió, se quedó allí con la cara hacia un lado, y la mejilla de un intenso color rojo. No dijo nada, ni se inmutó, se limitó a mirarla muy serio. Si

en algún momento había pasado por su mente o creído que se ruborizaría y le consentiría hacer lo que quisiera se había equivocado de chica.

— ¿A qué ha venido esto? —continuó ella con un enojo más que evidente—. ¿Crees que puedes ir por ahí besando a la gente porque te da la gana?

—No voy por ahí —respondió el chico a la defensiva—, estoy aquí. Contigo —especificó—. Te he besado a ti; ¿de qué otra forma te hago entender que si pregunto cómo estás es porque quiero saberlo? Dime —exigió—. ¿Qué clase de persona retorcida pensaría que le preguntan por su salud sin querer conocer la respuesta?

—¿Me estás llamando retorcida? —replicó nuevamente ofendida— ¿¡Tú a mí!? —alzó la voz—. ¿El tío que me pone a parir con sus amigos, pero corre a disculparse cuando sabe que le he escuchado? No eres el más indicado para decir lo que soy o no.

—No quería decir eso. —Jace rascó un punto en su cuello, junto a la nuez.

—Pues es lo que has dicho —acusó—. Tal vez no soy yo la que tiene un problema si no el imbécil que carece de conexión entre la boca y el cerebro que va diciendo cosas de las que luego se arrepiente —replicó con furia sintiendo la ira apoderarse de ella.

—¿Me estás llamando imbécil? —Fue el turno de Jace para ofenderse.

El chico la miraba perplejo por su arranque de genio y eso que Debra trataba con todas sus fuerzas contenerse y apaciguar su carácter, a pesar de que en esos momentos podía sentir cada célula de su cuerpo en tensión.

—¡Sí! —gritó—. Y no voy a disculparme —añadió—; porque es exactamente lo que quería decir —rugió antes de marcharse echando chispas y pisando con fuerza apartándolo de su camino.

De no haberlo hecho él, tampoco habría tenido reparos en arrollarlo.

Capítulo 8

La lengua de ambos se fusionaba mientras los cuerpos se acercaban, se fundían al calor del abrazo compartido. No había palabras, ni nada que pudiera entorpecer aquel momento. Cédric había esperado durante semanas, preparó su dormitorio a conciencia y se acicaló con esmero.

—Espera, espera.

Laura interpuso una mano en su pecho para apartarlo un poco mientras continuaban en aquella posición; él encima de ella, abrazados en la cama mientras una melodía sexy de chill out salía por los altavoces de la minicadena. Su novia le pedía espacio colocando su propia mano de barrera entre ambos, pero el que en esos momentos podía ofrecerle era realmente escaso.

—¿Qué pasa? —preguntó con la voz enronquecida por la excitación—. ¿He hecho algo mal? ¿Te he hecho daño o...?

—No, no es eso —contestó ella a toda prisa—. Es que... Antes de acostarme con un chico me gusta estar segura del tipo de relación que tenemos.

—Llevamos saliendo varios meses —comentó Cédric buscando un tono de voz tranquilizador.

—Ya lo sé, pero...

—Y ya lo hemos hecho antes —añadió recordando aquella noche.

Cierto que había sido solo una vez y era muy probable que fuera fruto del calentón del momento y sí, se había dado cuenta de que era más reticente a

intimar desde entonces. Pensó que quizás no había ido del todo como a ella le hubiera gustado, aunque no entendía por qué, puesto que sintió los dos orgasmos que tuvo.

—Sí, lo sé, pero eso fue...

—Ya, lo entiendo —aceptó—. No quieres algo pasajero; que nos acostemos y que luego me pire como si tal cosa. —Comprendió su inseguridad—. Eso no va a pasar —susurró—. Por dos razones —continuó—. La primera: yo no suelo tener novia. Lo digo en serio; lo normal en mí es tener unas cuantas citas o quedar de vez en cuando. Pero contigo es distinto. Eso se acabó, lo juro. Y la segunda razón. —Devolvió la sonrisa que ella comenzaba a mostrar, aunque de forma dubitativa—: Me gustas, Laura. Mucho. Dicho esto, si no te apetece continuar, no pasa nada. —Era cierto, se dio cuenta. Laura le gustaba mucho y no quería hacerle daño, a pesar de que no podía ofrecerle todo su corazón por el momento, esperaba poder llegar a hacerlo más adelante—. No tenemos prisa. —La respetaba demasiado como para forzar las cosas, si ella deseaba que fueran más despacio, así sería—. Si necesitas estar segura de...

Antes de que terminara la frase, su boca y su bragueta sufrieron el asalto enfebrecido de la chica. Ella lo retenía con frenesí, empujaba sus pechos contra él permitiendo que notara su esponjosa suavidad. No había hombre capaz de resistir el impulso de la libido al sentir con cada parte del cuerpo el deseo que despertaba en su pareja. Los siguientes minutos fueron una confusión de brazos, piernas y el rítmico impacto de un cuerpo contra el otro, adentrándose, uniéndose.

Más tarde, mientras acariciaba el cabello castaño que se esparcía sobre su almohada, pensaba en lo sencillas que resultaban las cosas con Laura, ella hacía que situaciones de las que siempre había huido y por las que no había querido mantener relaciones serias parecieran fáciles; no había preocupaciones, discusiones, ni rabietas y, mucho menos, celos. Todo iba bien entre ellos. Muy bien.

«Vaya», reflexionó colocándose boca arriba en la cama, cruzando las manos

debajo de la cabeza, «tener novia no estaba tan mal después de todo».

Jace ni siquiera sabía por qué lo hizo, no tenía ni idea; un momento estaba hablando con Debra y al siguiente le estaba metiendo la lengua hasta las amígdalas. Eso era algo de lo que no podría retractarse. La había besado. Así, sin más. Bueno, lo cierto era que aquel día estaba preciosa. Después de casi tres semanas de no verla ni saber nada de ella, preocupado como estuvo por su salud después de saber que la habían tenido que operar de urgencia, fue toda una suerte que no cediera al impulso de hacerlo en cuanto la vio de pie en las escaleras. Menuda sorpresa se llevó al verla allí; por un momento creyó que se lo estaba imaginando.

Fue su mirada la que le impidió hacer un solo movimiento, sus ojos mostraban una expresión que le robó el aliento y hasta el pensamiento; no fue hasta que ella rompió el contacto visual y se marchó escaleras arriba que cayó en la cuenta de lo que había dicho instantes antes y de que había escuchado cada maldita palabra. ¿Por qué mejor no se ponía un bozal?

Pero lo que se llevaba la palma era ir a pedirle disculpas al día siguiente y terminar teniendo una cosa más por la que pedírselas.

Definitivamente, era gilipollas.

En su defensa tenía que decir que Debra tenía razón en parte; cuando ella estaba presente su cerebro no reaccionaba como debería y hacía cosas por impulso antes de saber que las llevaba a cabo. Sonrió al recordar lo cabreada que estuvo después, la fuerza con que lo empujó, pero ya había esperado esa reacción y no pudo apartarlo demasiado.

Rememoró sus comentarios mordaces y el movimiento de su coleta mientras le gritaba; y cuando se perdió pensando en lo adorable que estaba con los labios ligeramente hinchados por los suyos, ella lo insultó. Lo llamó imbécil. Solo con pensar en aquel momento se le escapaba una sonrisa a pesar de todo.

Ah, pero ahora tenía que disculparse por aquello también. Era como si no fuera capaz de pensar con claridad cuando ella estaba cerca; él, que tenía siempre todo controlado porque su vida era una sucesión de días idénticos, había encontrado alguien que hacía que todo fuera diferente. Más interesante.

Desde aquel día lo evitaba; si se cruzaban, Debra daba media vuelta y se alejaba a toda prisa. Y si trataba de acercarse en uno de los pocos momentos en que la encontraba a solas, sin sus guardianes, ignoraba su presencia como si fuera tan transparente como un fantasma. Y no era fácil encontrarla a solas; Parker y Natalie eran como un muro infranqueable entre ella y el resto del mundo, orbitaban a su alrededor como satélites.

Casi dos semanas después de que la operación «ignorar y evadir a Jace» diera comienzo, estaba cansado de todo eso. Solo quería hablar con ella y no tenía en mente darse por vencido. A pesar de todo, si razonaba acerca de la situación con detenimiento, pensar en esa niña día y noche le ayudaba a combatir el tedio que, hasta que ella apareció en su vida, se había apoderado de él.

Continuaba deseando terminar el instituto e ir a la universidad para largarse lo más lejos posible de allí; no obstante, podría decirse que ahora tendría algo que añorar en aquel lugar.

El ansiado viernes había llegado una semana más y, aunque estaba deseando perder de vista el instituto, encerrarse en su casa no era el plan que más le apetecía. Cuando era pequeña era distinto; por aquel entonces hacían cosas en familia siempre que tenían ocasión: excursiones a la montaña, fines de semana de acampada, escapadas para descubrir nuevos lugares...

Pero eso ya no era así, sus padres hacía mucho que, como decía tío Pacey, habían enterrado su cabeza en el trabajo. Y no tenían ningún fin de semana disponible para pasar con su hija. Su madre, Silvia Scott, se dedicaba con

ahínco a la floristería que tenía desde antes de que ella y Alec nacieran; cada vez tenían que atender más eventos y Debra no lo entendía muy bien, pero todos llevaban mucho tiempo.

Por otra parte, Mark, su padre, cuando no estaba en el despacho de la empresa para la que trabajaba y de la que era subdirector, realizaba algún curso de formación o pasaba su tiempo en la fábrica. En su trabajo elaboraban distintos tejidos que vendían luego a fabricantes de ropa; su obsesión se centraba en mejorar la productividad y el rendimiento, según sus propias palabras.

Desde que Alec no estaba muchas cosas habían cambiado en casa. El silencio invadía cada rincón haciendo casi insoportable pasar allí más tiempo del necesario. Algo que le gustaba hacer de vez en cuando era entrar en su cuarto, sentarse en la colorida alfombra redonda donde tanto tiempo pasaron juntos jugando con sus coches, haciendo rompecabezas o leyendo en voz alta para él.

Todas aquellas cosas estaban ahora recogidas y guardadas en las estanterías y en los cajones contenedores donde se apilaban tanto coches como muñecos. A veces entraba allí, se sentaba un momento en la cama, acariciaba el cobertor y cogía el mono de peluche con brazos y piernas demasiado largos que su hermano arrastraba a todas partes, que reposaba en el centro de los cojines. Todavía podía recordar cómo caminaba con él bajo el brazo.

—¡Deb! ¿Vienes a dormir a mi casa este fin de semana?

Natalie la devolvió al momento presente con su entusiasmo desmedido. Su mejor amiga apareció en frente de su cara haciendo que el nudo de emociones que se le había instalado en el fondo de la garganta se diluyera un poco.

—Eh... No puedo —respondió—. Hoy voy a casa de mi prima.

Su prima Cathy, cuatro años mayor que ella, era un gran apoyo desde que ocurrió lo de su hermano. Hasta aquel delicado momento la diferencia de edades entre ellas hacía que pasaran todo el tiempo que tenían que estar juntas discutiendo por cualquier cosa, pero a raíz de lo de Alec su relación también

cambió.

Estuvieron mucho tiempo juntas; llorando, hablando... Desde aquel duro momento su relación fue muy cercana. Se hicieron muy buenas amigas, y debido a la fuerte depresión que asoló las vidas de sus progenitores, Debra pasaba muchos días en casa de su tía Francie, la hermana de su padre. Sus tíos Francie y Alexander eran dueños de un restaurante; de hecho él era un reconocido chef y tenía un restaurante en el que su tía también trabajaba.

No se cansaba de escuchar la historia que siempre explicaban a quien quisiera oír de cómo una encargada de camareras y el chef del Scandon se enamoraron. Ahora su tía dirigía el restaurante junto al hombre que se convirtió en su tío y el negocio era un gran éxito.

Cathy trabajaba con ellos siempre que hacía falta, las dos habían pasado muchas horas también allí desde que eran pequeñas. Había una piscina en la terraza en la que, a veces, aprovechaban para disfrutar de un baño refrescante cuando el negocio quedaba cerrado al público.

Su prima se había ido a vivir por su cuenta hacía dos años a un apartamento que le encantó cerca del restaurante, pero no podía permitirse pagarlo y sus tíos decidieron comprarlo; no obstante, en lugar de ponérselo en bandeja le presentaron a su hija unos documentos para el alquiler de la vivienda. No podía dejar de reír el día que Cathy se lo explicó y, aunque reprochaba esa decisión de sus padres, se la veía contenta.

Así que ahora era inquilina y debía pagar el alquiler religiosamente, a pesar de que no era un precio desorbitado, era su responsabilidad hacerlo cada mes, igual que hacerse cargo de los gastos que ser independiente suponían.

Pero la costumbre adquirida de pasar los fines de semana juntas no había cambiado en los últimos siete años; no mucho, al menos. Debra alternaba el tiempo que pasaba con ella y con Natalie, iba un fin de semana a casa de una y al siguiente a la de la otra ya que sus padres rara vez estaban; solo que, a veces, cuando se iba con Cathy, lo hacía el viernes por la noche en lugar del sábado.

—Vaya, había pensado que podíamos ver esa peli que han estrenado hace poco —comentó Nat con tiento y entrelazó su brazo con el de ella mientras caminaban—. Supongo que otra vez será.

Su amiga se encogió de hombros haciendo que su melena, que llevaba suelta a excepción de un pasador a un lado por encima de su frente para que no le cayera en la cara, se moviera de una forma que le encantaba; era como ver una cascada: brillante y fluida.

Hicieron el camino de regreso juntas, Debra se había ido encontrando un poco mejor cada día y ya no le dolía nada al hacer ejercicio moderado. Al poco de llegar la recogieron para ir al curso de formación en el que poco a poco pudo volver a realizar la parte práctica. Regresaría tarde por la noche; sin embargo, preparar la maleta para estar un par de días fuera no le llevaba más de unos minutos. Además, si por algún casual había olvidado cualquier cosa cuando Cathy la recogiera después, su prima se la prestaría.

Horas después había regresado cansada pero feliz, porque había clavado los ejercicios que tenía que hacer para recuperar las horas de formación que perdió con todo eso de la operación, el postoperatorio y el reposo y, sin perder tiempo, fue a su habitación a prepararse. En menos de diez minutos cerró la cremallera de su mochila deportiva, la que usaba para ir fuera el fin de semana, salió del dormitorio, pasó por delante del de su hermano y, tras echar un vistazo a la puerta cerrada, la única de toda la casa que siempre lo estaba, se marchó.

El cumpleaños de su abuela era todo un hito; a sus ochenta y siete años, tras todo lo que había pasado a lo largo de su vida, en especial la tristeza con la que cargaba desde la muerte de su abuelo, enfermo de alzhéimer desde que él era pequeño, la mujer todavía mantenía una sonrisa en su rostro y mostraba unas inmensas ganas de vivir. Por ese y otros muchos más motivos para su

familia era muy importante celebrar esa fecha cada año con una fiesta. En esta ocasión, a petición de la homenajeadá, reservaron mesa en un restaurante.

—¡Mira, primo! ¡He pasado de nivel!

—Impresionante, Jamie —respondió tratando de darle un poco de entonación emocionada, aunque le quedó a medio camino entre la ironía y el cansancio.

Y no lo hizo de forma intencionada, su primo de ocho años debía de tener algún retraso o algo porque hacía mucho tiempo que tenía aquel videojuego al que no dejaba de jugar y solo había llegado al octavo nivel. Él lo había pasado entero relativamente deprisa, por eso no entendía que se emocionara por algo tan nimio.

—Sí, alucinante, hermanito, con un poco de suerte, cuando te gradúes en la universidad, habrás llegado a la mitad de ese estúpido juego —repuso Delia, la hermana mayor de Jamie, con sorna, mascando chicle.

Entre ellos había siete años y medio de diferencia; Delia tenía dieciséis. Su prima era un año menor que él y durante las celebraciones familiares siempre los ponían juntos; sin embargo, esa vez, Jamie estaba entre los dos en la mesa redonda del restaurante. Sus tíos y sus padres estaban a ambos lados de su abuela, quedando Delia al lado de sus padres y él de sus tíos.

—Dee, no le hables así a tu hermano —corrigió su tía—. Ahora dice que no le gusta su nombre, quiere que la llamemos Dee, ¿lo podéis creer? —añadió en la misma frase dirigiéndose a los adultos esa vez.

—Con lo bonito que es tu nombre —terció su abuela—, igual que tú. Esos colores en el pelo y las medias rotas no te hacen justicia...

Su prima vestía con un estilo diferente, medias con agujeros que hacía con las tijeras, botas militares, minifaldas y camisas de manga corta que acompañaba con algún suéter negro de algodón fino que rompía igual que las medias, además hacía dos años que se decoloró el cabello ante la negativa de su madre a teñirlo como ella quería y terminó saliéndose con la suya, desde entonces llevaba varias mechás de colores que cambiaba cada cierto tiempo.

Esa noche las llevaba rojas.

—Y tú, hijo, ¿cuándo te quitarás eso de la cara? Con lo guapo que eres.

¿Por qué de pronto recibía él?

—Me gustan mis pendientes, abuela —resopló.

—Déjalo, mamá —intervino su madre—, no hace daño a nadie con eso. Hay muchos estudios que abogan por dejar que los adolescentes se expresen como deseen.

—Expresarse agujereando su cuerpo... Pues que hable. ¿Tan difícil es decir lo que uno quiere?

Por algún motivo, la conversación había derivado en lo mismo de siempre. Por suerte el camarero llegó cantando, empujando un carrito donde llevaba la tarta que habían encargado para la ocasión. En serio, quería a su abuela, pero cuando le daba por comenzar a decir todo lo que no le gustaba de él, que por norma general eran su actitud y sus *piercings*, le gustaría poder decirle que lo dejara en paz, que con su vida y su cuerpo hacía lo que le daba la gana.

Pero para esa contestación la mujer también tenía una respuesta, bastante manida, y no le apetecía entrar en un bucle infinito. Cuando la canción terminó y partieron el pastel para servirlo, su padre miraba alrededor.

—Sí que hay mucha gente en este sitio.

—Es porque lo dirige un gran chef y el servicio es muy bueno —respondió su tía que se había encargado de hacer la reserva.

—Lástima que no nos hayan puesto fuera, tienen una piscina. Y en verano ponen algunas mesas alrededor —terció su tío.

—Sí, es tan romántico... —Su tía acarició la mano de su marido y el pensamiento de que esos dos lo pasarían bien más tarde cruzó su mente de forma fugaz.

—¡Puaj! Id a un hotel —interrumpió Delia.

—Asqueroso —habló Jamie, colorado.

—Pues parece que hay gente fuera —articuló su madre como si sus primos no hubieran hablado.

—Eso es porque hay algún tipo de evento —contestó su tía—. Y han reservado la terraza. Me lo dijeron cuando llamé —explicó.

—¿Se puede hacer eso? —musitó su madre.

—Cariño, con dinero se puede hacer de todo —declaró su padre.

Las miradas de todos se concentraron en las puertas dobles a través de las que podían divisar a un grupo de personas con trajes de noche, muy elegantes. Escuchó a su abuela murmurar que parecían gente muy distinguida. Lo que equivalía a decir que se notaba que tenían dinero a raudales.

—Parece que ocurre algo interesante —dijo su tío con calma al ver cómo un grupo de personas se concentraban en un mismo punto.

—¿Una entrega de premios? —conjeturó su tía.

Los ocupantes de las mesas junto a los ventanales que tenían vistas al exterior, también se levantaron para acercarse al cristal, observando lo que fuera que ocurriera allí.

—Creo que pasa algo... —comentó su padre con cierta sospecha.

Los comensales de toda la sala comenzaron a fijarse también y a aglutinarse en las ventanas, dejando las mesas vacías; su familia al completo hizo lo mismo. Se acercaron a ver qué era eso que los demás miraban con tanta atención.

—¿Tal vez hay algún actor o actriz famoso? —aventuró su madre.

—Parece que alguien ha caído a la piscina —informó un señor que había escuchado el comentario de su madre y que estaba delante de ellos, viendo lo que ocurría.

—Una camarera ha saltado detrás —explicó una voz femenina.

Con tanta gente no podían ver nada de lo que ocurría y Jace sentía la necesidad, como todos los demás, de ver la escena que tenía lugar fuera. Se desvió hacia las puertas, abiertas, y caminó entre la gente, abriéndose paso con dificultad. Pudo atravesar el muro de gente y fue testigo del momento en que una persona empapada emergía de la piscina haciendo fuerza únicamente con los brazos; imaginó que se trataba de la camarera ya que la ropa era

idéntica a la del resto del personal. Delante de ella, tumbada en el suelo, una mujer inmóvil y un hombre trajeado, de rodillas, con el rostro desencajado.

La camarera sentó a la mujer y la abrazó por la espalda, daba miedo ver los brazos laxos cayendo a los lados del refulgente vestido de noche. El revuelo y la confusión se extendieron entre los presentes. Parecían espectadores de una película que se daba frente a sus ojos, con la diferencia de que aquello era la vida real y no la ficción que se veía a través de una pantalla.

Tras el extraño abrazo que recordaba haber visto en alguna película, tumbó de nuevo a la mujer, la colocó de lado al principio y al cabo de unos instantes en las que no pudo distinguir lo que hacía, cambió su posición y la dejó boca arriba; acercó la cabeza a su pecho con el rostro vuelto hacia la cara de la mujer. Al momento colocó las manos en el tórax y comenzó a hacer presión con pequeños golpes, veía sus brazos y su cuerpo en tensión en cada nuevo movimiento.

Al cabo de unos tensos segundos, le insufló aire en la boca y continuó apretando con ambas manos. Se oyeron varias voces anunciando que ya había sido llamada una ambulancia, que la ayuda estaba en camino. Los brazos de la chica continuaron con aquella labor mientras todos alrededor observaban atónitos, inmóviles, expectantes. Sin saber qué hacer. Temerosos de cuál sería el resultado, esperanzados porque fuera el que tanto esfuerzo exigía.

Durante esos momentos su mirada había estado pendiente de la mujer, subió entonces la vista por esos brazos que no cesaban en su empeño y lo poco que podía vislumbrar del rostro de la camarera le pareció familiar; sin darse cuenta caminó varios pasos hacia delante, acercándose al borde de la piscina ya que la escena tenía lugar en el lado contrario, para intentar ver mejor.

Debido al ángulo en el que operaba la camarera no podría decir si en verdad era alguien a quien conocía, sin embargo, tenía esa sensación familiar, como tener el nombre de algo en la punta de la lengua y no poder decirlo.

No sabía cuánto tiempo había transcurrido cuando dos personas del servicio de emergencias entraron a toda prisa cargando una tabla y empujando una

camilla respectivamente. Tomaron el ritmo que la camarera había estado siguiendo sobre la mujer inconsciente y le cubrieron la nariz y la boca con una especie de bomba de aire mientras uno de ellos colocaba la tabla al lado. Dejaron de realizar las presiones, alzaron y ataron a la mujer antes de continuar con lo que había estado haciendo la chica hasta entonces. En un momento, salían a toda prisa seguidos de cerca por el hombre que había estado justo al lado en todo momento.

Después de que salieran de su vista, devolvió la atención al punto en el que había sucedido todo y encontró a la camarera todavía de rodillas, con la cabeza inclinada hacia atrás mientras una compañera le acariciaba la espalda. La vista de Jace voló a su cara.

—¿Debra?

¿De verdad era ella?

Caminó hacia allí, alguien le echó una toalla sobre los hombros, se puso en pie y, antes de que pudiera alcanzarla para salir de dudas, se la llevaban entre dos mujeres, miembros del personal a juzgar por los uniformes.

—¿¡Debra!?! —alzó la voz, llamándola antes de que cruzara una puerta lateral en la que solo el personal autorizado podía entrar según indicaba el cartel.

El grupo se giró al escucharlo y pudo comprobar la sorpresa que se produjo en el rostro de la adolescente al verlo.

Capítulo 9

Estaba en casa estudiando para los exámenes cuando se dio cuenta de que el chat grupal de empleados del Pacific echaba humo. Cédric lo abrió para enterarse de qué era lo que pasaba y creaba tal conmoción en el grupo que habitualmente era bastante tranquilo y leyó los mensajes comenzando desde el principio. Al terminar, salió de la aplicación y llamó a su jefe.

—Pacific, al habla Pacey Abrams —respondió el hombre.

—Pacey, ¿qué ha pasado? ¿Debra está bien? —dijo dejando las formalidades a un lado.

—Oh, hola, Ced. —Así era como lo llamaba su jefe cuando no había clientes delante. Igual que su sobrina. Tenían bastante confianza el uno con el otro—. Sí, está bien. Algo conmocionada, como comprenderás, pero nada más.

—¿Y la mujer? —se interesó.

—Hasta donde sé, se recuperará.

—Parece que Debra estaba en el lugar y el momento indicados... —murmuró.

—Sí, podría decirse —afirmó su jefe.

—Me alegro de que ella se encuentre bien —continuó.

—Sí... Gracias —repuso Pacey—. ¿Me llamabas para algo más?

—Oh, no. Es solo que he leído lo que ha pasado en el chat y... —No terminó la frase.

—Entiendo. ¿Por qué no llamas a Debra mañana y le preguntas cómo lo lleva? Estoy seguro de que le gustará ver que hay tantas personas que de verdad se preocupan por ella —manifestó su jefe.

—Seguro. Mañana la llamo.

Poco después se despedían tras una breve charla en la que se pusieron al día el uno con el otro como viejos amigos. Sí, haría eso, decidió en cuanto dejó el teléfono al lado del libro de texto que mantenía abierto en la mesa, llamaría para hablar con ella y enterarse de primera mano de su estado.

Debra había salvado una vida. ¿Qué habría sentido? Sabía, por Pacey, lo que le pasó a su hermano pequeño cuando ambos eran niños y no podía dejar de pensar que aquel había sido el primer rescate real que la joven efectuaba y en cómo este podría afectarle.

—¿Todavía estás despierto? —consultó la somnolienta voz de Laura abrazándole por la espalda—. Vamos, ven a la cama.

—Tengo que estudiar para el examen... —replicó con suavidad.

—Y yo mañana trabajo y no podré verte —rebatía ella cogiendo su cara y besándolo.

Le gustaría poder decir que dejó de pensar en la adolescente para centrarse por entero en su novia y las necesidades que esta quería que cubriera en ese momento, pero lo cierto era que no dejó de ver el rostro de Debra, preocupado como estaba por ella, mientras lo hacían.

—Vaya... Esta noche te has tomado tu tiempo —comentó Laura una vez que ambos se encontraban tumbados en la cama, uno junto al otro, reponiendo fuerzas y recuperando la respiración.

—Eh, sí, lo siento —murmuró.

—No, me ha gustado. Quiero decir, ha sido algo diferente —aseguró su novia con una sonrisa azorada.

Siendo tan dulce y considerada, le sabía aun peor el hecho de no ser capaz de sentir por ella lo que, sabía bien, merecía de su parte. Si tan solo pudiera dejar de pensar en quien no debía...

Escuchar su nombre en la voz perpleja de Jace había sido un impacto que en aquellos momentos no pudo procesar ya que estaba todavía conmocionada por lo ocurrido en la piscina poco antes.

—Debra, ya es la hora del almuerzo. —Nat apoyaba la cadera en su pupitre, metiéndose a la fuerza en su campo de visión.

La clase había terminado y ni siquiera se había dado cuenta de ello. Su tía Francie le dijo que la clienta que estuvo a punto de ahogarse tras atragantarse y caer al agua había llamado para dar las gracias y quería conocerla.

Era extraña la forma en la que se sentía; por una parte estaba aliviada de haber podido ayudar, por otra, orgullosa de haber puesto en práctica todo cuanto había aprendido durante aquellos años y, por otra, una punzada de tristeza persistía en el centro de su corazón por no haber tenido los conocimientos que ahora tenía cuando su hermano necesitó ayuda y no se la pudo dar.

—Eh, sí, claro. Vamos —contestó de forma automática, tratando de mantener las formas para no preocupar a su mejor amiga.

—Parker ya está aquí —anunció esta.

El novio de su amiga, tal como había anunciado, las esperaba en la puerta de la clase, dejó que ella se adelantara, la pareja intercambió un breve beso y, al abandonar el aula, el Gran Oso las abrazó a las dos colocando un brazo por detrás de su cuello.

—Vayamos fuera, hoy —propuso el chico—, hace buen tiempo.

—Es verdad —apoyó Natalie—. ¿Tú qué dices, Deb?

—Por mí está bien lo que decidáis —contestó con un movimiento rápido de hombros.

—¿Podemos hablar un momento?

Parker se volvió llevándolas con él al escuchar la voz proveniente de su espalda.

—¿Conmigo? —interrogó su amigo al encontrar a Jace, un compañero de su mismo curso, en el pasillo.

—No, con ella —señaló en su dirección con un gesto de la cabeza.

Su amiga y Parker la miraron expectantes, esperaban su respuesta.

—Lo siento, estoy ocupada —respondió y se giró de nuevo.

—Será solo un momento. —Jace le sujetó el brazo tomando su muñeca.

Bajó la mirada hasta el lugar en el que su mano entraba en contacto con su piel, abrasándola.

—Deb, estaremos en los bancos cerca de la entrada —anunció Nat sin aguardar a que diera su réplica.

El chico la dejó ir; no obstante, permaneció muy quieto, con esos ojos del color del cielo despejado de otoño fijos en su cara. Desde que él intercedió por ella, su amiga, que además conocía la verdad acerca de sus sentimientos, sentía bastante simpatía por Jace.

—Está bien —cedió—. Nos vemos ahora.

La pareja continuó caminando por el pasillo. Ni Jace ni ella se movieron o hablaron hasta que el sonido de los pasos se alejó lo suficiente; de un momento a otro él le cogió el brazo de nuevo y comenzó a andar en dirección contraria. Abrió la puerta del final del pasillo, la que daba al pequeño descansillo que antecedió el aula de Tecnología, el único lugar en el que podría haber cierta privacidad. Debra tragó saliva.

Entraron y él cerró la puerta detrás.

—Parece que aquí podremos hablar —comentó Jace con una sonrisa inocente.

No le engañarían sus expresiones, se dijo; dejarse llevar por los sentimientos que el chico que tenía delante hacía que tuviera sería un error.

—Claro, no vaya a ser que alguien te vea hablando conmigo... —repuso con cinismo.

—No lo... —Él bufó, se pasó una mano rastrillando la parte superior de su cabello y fijó la mirada en ella. Podría ahogarse en esos ojos—. Me refería a

que aquí nadie nos interrumpirá —corrigió al hablar de nuevo.

Continuó en silencio, esperando a que le dijera por qué estaban allí, la razón por la que la había arrastrado; por fortuna, tenía la mejor de las vistas solo para ella. ¡Qué le gustaba su rostro, las expresiones que mostraba y esa forma de moverse! En ese momento el recuerdo de sus labios la tomó por sorpresa haciendo que comenzara a sentir algo de calor.

—Yo... Te vi el viernes. Por la noche —expuso—. Mi familia estaba allí celebrando el cumpleaños de mi abuela.

—Ya, lo recuerdo —articuló.

No sabía qué más podía decir en referencia a ese tema.

—¿Sabes...? ¿Sabes algo de la... mujer?

—Se está recuperando —informó.

—¿Está bien? —consultó aliviado—. Genial. Nos quedamos preocupados —inspiró profundo al conocer la noticia—. Eh, salvaste una vida —afirmó. Jace con una sonrisa que le iluminó todo el rostro y le colmó el alma—. ¿Trabajas allí? —interrogó acto seguido—. Y ¿dónde aprendiste a hacer algo así?

No sabía si él era consciente, pero llevaba un rato sosteniendo sus brazos por los costados y se encontraba realmente cerca de ella. Debra debía hacer un esfuerzo por no rehuir el contacto; porque sí, le gustaba que Jace la tocara de forma casual, con confianza, aunque, por otra parte, que lo hiciera le causaba serios estragos a su sistema nervioso.

—No, no trabajo allí —contestó—. El restaurante es de mis tíos. Un camarero se puso enfermo a última hora, tenían un evento importante y yo estaba pasando el fin de semana en casa de mi prima así que... Terminé echando una mano —explicó.

Tras poner lo sucedido en palabras, tenía la sensación de haberle dado información de más.

—Vaya. Menuda coincidencia ¿eh? —pronunció con una leve sonrisa.

—Sí. Me alegra haber podido ayudar a esa mujer —confesó bajando la

mirada avergonzada.

—Fue increíble —aseguró el chico que la hacía suspirar—. Al principio no me di cuenta, pero cuando se la llevaron y te vi, confieso que me quedé de piedra. Estuviste genial.

—Gracias —carraspeó. ¿Por qué se había puesto tan nerviosa?—. Lo importante es que acabara bien.

—De verdad que... —Jace bajó la cabeza con los ojos fijos en sus pupilas, la ataban al lugar, le hacían permanecer inmóvil—. Fue... —murmuró cerca de su rostro. Muy cerca. Tanto que se sintió temblar, esperaba que él no lo hubiera sentido también—. Increíble.

—Yo...

En el momento en que comenzó a hablar, sus labios recibieron el asalto de la boca de él, cálida y húmeda; los brazos de Jace la rodearon haciendo que sus cuerpos quedaran unidos mientras ella se aferraba a los hombros del chico que le gustaba.

El beso fue más potente que la dinamita, Jace exploraba su boca del mismo modo que lo hacía ella, la otra vez la pilló tan de sorpresa que apenas pudo saborear la sensación de tener su lengua y boca solo para ella.

Debra le estaba devolviendo el beso. En realidad no tenía muy claro cuándo había comenzado, lo que sí sabía era el ansia que había tenido de tener esos labios de nuevo debajo de su boca. Sentir la forma en la que los dedos de la adolescente se aferraban a su cuello, las ganas con las que le devolvía cada caricia con la lengua, le estaba haciendo perder la cabeza.

Era increíble la sensación de aquella chica entre los brazos; su corazón palpitaba cada vez más deprisa, más, y aun más, hasta convertir su latido en un retumbar frenético y tornar la respiración en una necesidad relegada a un segundo plano después de un beso con Debra Scott.

El golpe de una puerta al cerrar los hizo saltar y romper el contacto alejándose de inmediato. Sentía la sangre correr por sus labios, un agradable hormigueo del que no deseaba desprenderse.

—Yo... Tengo que... —balbuceó ella.

—Sí, yo también —murmuró.

—Bien. Entonces me... Voy —enunció Debra tras un breve carraspeo.

Pasó a su lado y hasta que escuchó la puerta abriéndose no reaccionó, en realidad no quería que se fuera, que se alejara y que ese momento que habían vivido durante un breve instante terminara.

—Oye —dijo buscando una excusa a toda prisa para quedar con ella.

—¿Hm?

Debra se volvió.

—Hay una fiesta este fin de semana —inventó.

—Una fiesta —repitió ella con poco entusiasmo.

—Sí, bueno, no habrá demasiada gente —corrigió, pensando en hacerlo verosímil. ¿Qué estaba haciendo?—. Solo unos cuantos amigos —dijo encogiéndose de hombros, inseguro—. ¿Querías...?

—¿Dónde? —interrogó ella.

—¿Cómo?

—Que quién da la fiesta, ¿dónde es?

—Ah... Stan. —El nombre salió de forma inconsciente—. Es la fiesta de Stan. En su casa.

—Stan... ¿Tu amigo Stan? —musitó Debra.

—El mismo —corroboró.

—No sé...

—Vamos, lo pasaremos bien —animó—. Y puedes traer a tus amigos, si te apetece.

¿Qué coño estaba haciendo? Le había dicho aquello solo porque quería tener la oportunidad de verla a solas de nuevo y se inventaba una fiesta de la nada; y por si eso no fuera suficiente le decía que podía invitar a alguien más.

¿¡Por qué!?

—¿Entonces no pasa nada si vienen Nat y Parker? —dudó Debra.

—En absoluto —aseguró.

Y de verdad esperaba que así fuera. Lo primero que debía hacer era decirle a Stan que tenía que organizar una fiesta para el fin de semana.

—No sé...

—Hagamos una cosa —añadió a la desesperada al ver que estaba a punto de decir que no, lo notaba—, te mando un mensaje con la hora y la ubicación y si os apuntáis, allí estaremos.

—De acuerdo —aceptó entonces.

Intercambiaron números de teléfono y ella terminó por salir sin volver la vista atrás. Jace se quedó allí un rato más, necesitaba pensar en lo que había pasado y la forma en la que lo arreglaría. Lo primero sería convencer a Stan. Se acordó de lo mal que Debra y Alan se llevaban, pero ese no sería un problema, su amigo trabajaría ese fin de semana así que, aunque lo invitara, no podría acudir.

—Vamos, Deb.

—Nat... —advirtió.

—Parker está esperando en el comedor. Solo tienes que ponerte otra cosa arriba en lugar de esa sudadera —propuso esperanzada.

Ese fin de semana lo pasaba en casa de su mejor amiga que no podía estar más emocionada por el hecho de que Jace Reeve la hubiera invitado a una fiesta exclusiva, aunque lo que tenía a Natalie fuera de sí era que se besaran. Se lo contó porque no tuvo más remedio, Parker y ella lo adivinaron al instante cuando se reunió con ellos todavía con los labios hinchados y una sensación de hormigueo recorriéndole todo el cuerpo.

—No estoy segura de esto —formuló.

—Debra, Jace te besó —manifestó Natalie—. Tú misma lo dijiste, fue el mejor beso que has sentido. Y luego te invitó a la fiesta.

Para su amiga todo encajaba, cuadraba, eran simples y puras matemáticas. Pero ella... no lo tenía tan claro.

—Sí, con sus amigos. Tú no lo entiendes, yo les he escuchado hablar de mí —declaró—. Además, te recuerdo que Alan Fleet es uno de ellos —pronunció aquel nombre con una mueca.

—¿No quieres saber si de verdad le gustas a Jace? ¿Lo que podría haber entre vosotros? Está bien. Si no sientes ni la más mínima curiosidad...

—No es eso. Pero venga, Nat. ¿Jace y yo? Es algo imposible.

—¿Por qué?

—¿Tú le has visto? —respondió gesticulando con el pulgar y abriendo los ojos—. Es de esos que con cada año que pasa, mejora. Fijo que para cuando cumpla cuarenta o cincuenta alguna revista lo elige como el hombre más sexy.

—Vale, ahora estás exagerando. —Rio la otra—. Toma, ponte esto. —Su amiga le lanzó un suéter de gasa negra a la cara.

Debra llevaba un pantalón de tipo militar, verde, con bolsillos y cinturón, top de tirantes negro bajo la sudadera de un grupo de rock que se había puesto y sus zapatillas deportivas de punta redonda. A regañadientes, se deshizo de la sudadera y se puso la prenda que le había lanzado.

—¿No es...? —Con aquel cambio su atuendo quedaba demasiado revelador para su gusto.

—Es perfecto —aseguró Nat con una sonrisa.

—Iba a decir «demasiado» —replicó.

—Argh, está bien. Ponte tu chaqueta negra de cremallera y mi pañuelo de cuadros amarillo y negro.

Nat le colocó el pañuelo alrededor del cuello de modo que cayera en forma de pico cubriendo su pecho. Eso estaba mejor. Y luego se puso la chaqueta negra que le gustaba tanto y que era una sudadera también, pero esa tenía cremallera.

—Así mejor —dijo al abrocharse hasta la mitad del pecho.

—Bueno, ¿has pensado en deshacerte de esa coleta y llevar el pelo suelto?
—aventuró su amiga.

—No.

—Eso creía —bufó Natalie y ambas comenzaron a reír.

Su amiga llevaba el cabello liso, suelto a la espalda, se había puesto una discreta diadema, con un adorno a un lado que la hacía verse dulce, aunque seria y arreglada. En cambio, a Debra ese tipo de complementos la hacían parecer infantil.

Durante el resto de esa semana, Jace y ella no se habían enviado más mensajes que los dos que le mandó él con la hora, el lugar y la ubicación y su posterior confirmación con un sencillo «OK» por el que Nat le cantó las cuarenta. A decir verdad todavía no podía creerse que tuviera su número de teléfono y más de una vez se había quedado mirando esos dígitos en la pantalla que aparecían bajo esas cuatro letras que formaban su nombre, como lo tenía guardado en la agenda.

Parker aparcó en la calle delante de la dirección que le había proporcionado Jace, y debían de encontrarse en el lugar correcto porque en el camino de entrada vieron tres coches. ¿Cuántas personas habría allí? ¿Todos los que estaban con él en las escaleras aquella vez? Aparecer ante esas personas iba a ser de lo más incómodo, reflexionó inspirando con fuerza por cuarta vez.

Su amiga la empujó hacia la puerta, manteniéndola al frente.

—Vámonos —pidió entre dientes.

—¿Eh? —interrogó Nat con una mirada que pregonaba: «¿Estás loca?».

—No puedo hacerlo —anunció.

—Sí puedes —dijo ella alargando el brazo y tocando el timbre en su lugar.

Podía sentir cómo las rodillas comenzaban a fallarle. ¿Y si todo aquello no era más que un plan para reírse de ella? ¿Acaso su amiga no había visto películas en las que ese tipo de situaciones se repetían una y otra vez como

clichés? Y una cosa era cierta, si los clichés lo eran, era, precisamente, porque dicho comportamiento se perpetuaba. Lo veía venir. Aquello iba a acabar muy mal.

La puerta se abrió y la mirada interrogante de un chico pelirrojo con la cabeza rapada, vestido con la camiseta de un grupo punk y pantalones tejanos negros, rotos, la recibió. De pronto su boca se secó y no supo qué decir. Él miró por encima de su cabeza y sonrió.

—¡Ah, Parker! —saludó—. Jace dijo que a lo mejor te pasabas —dijo—, y que igual te traías a alguien —continuó dirigiendo una mirada de ella a Nat y de vuelta al deportista.

Un momento. ¿Qué estaba pasando allí?

Giró la cabeza y buscó a su amiga que le preguntaba lo mismo con los ojos. No entendía nada. El chico que se presentó a ellas como Stan, el anfitrión, los invitó a pasar y los guió por un pasillo que daba a un salón de tamaño medio, con un gran y mullido sofá, con una tapicería algo pasada, que hacía juego con el papel pintado de la pared y las cortinas; continuó caminando hasta las puertas dobles que permanecían abiertas y que daban a un jardín de buen tamaño en el que había un fuego a tierra encendido. Varias sillas y bancos de madera maciza lo rodeaban y, a la derecha, había una especie de bar Tiki con tejado de paja, hojas de palmera, algunos cocos usados como decoración y pequeñas sombrillas de colores sobre una gran copa de cristal.

—Parker, has venido... —Jace saludó a su amigo, detrás de ella.

Se había acercado a ellos desde un lateral y le tomó la mano al novio de Natalie antes de dirigirse a ellas.

¿De qué iba todo eso? El deportista fruncía el ceño igual que lo hacían Nat y ella, estaba convencida de que todos se repetían la misma pregunta. Aquello era de lo más extraño. ¿Por qué actuaban como si el invitado fuera Parker y ellas acudieran de polizones, cuando era a Debra a quien él había invitado?

—Dejad que os presente —continuó Jace volviéndose hacia el resto—. Ya conocéis a Parker —dijo al grupo que estaba repartido por el patio; una pareja

se acercó desde el lateral contrario, el más oscuro, y permanecieron de pie observándolos con atención—. Ellas son su novia, Natalie —pronunció señalando a la joven que compuso una sonrisa forzada—, y su amiga, Debra. Supongo que os acordaréis de ella.

—Y tanto —comentó la morena que estaba de pie cerca de ellos y que recordó al instante.

La reconoció de verla por el instituto, siempre junto al mismo chico, no se quitaban las manos de encima.

—Priscila —advirtió el muchacho en cuestión, de pie a su lado.

—Bien, ya sabéis su nombre —continuó Jace como si la mirada que le dedicaba esa chica no fuera incómoda—, él es Eric y, como podéis ver, son pareja. Ellos son Phil y Yolanda —dijo señalando a una pareja sentada en un banco junto al fuego, tapados con una manta—, Alan está trabajando esta noche —manifestó mirándola a los ojos en ese momento— y a Stan ya lo habéis conocido.

—Ya estamos todos —anunció Eric componiendo una sonrisa que le pareció genuina.

Él tenía pinta de ser amable, todo lo contrario a su novia, que le daba mala espina.

—¡Bebidas! —enunció Jace con falsa alegría, supuso que en un intento por distender la tensión que se respiraba en ese momento—. Seguidme —pidió caminando hacia el bar Tiki—, y me decís qué queréis tomar.

Parker le rodeó el cuello con el brazo, como si quisiera defenderla con el gesto de esas personas o de la embarazosa situación en la que se encontraban. Sintió la caricia de la mano de su amiga en el brazo, tratando de darle fuerzas o de tranquilizarla, no lo tenía claro; pero es que a esas alturas no comprendía nada, ni quería hacerlo. Solo quería que la tierra se la tragara y salir de allí cuanto antes, le daba igual el orden.

Capítulo 10

Habían pasado varios días; de acuerdo, una semana, desde que se enteró del incidente y por fin, se decidió a llamar. El auricular reproducía el sonido en busca de conexión en su oído.

—¿Sí?

—Hola, ¿Debra?

Era la primera vez que hablaban por teléfono y hacía bastante que no se veían, estaba tan nervioso como en su primer día de trabajo.

—Sí —contestó ella, a través de la línea le llegaba alto y claro el sonido de música junto con su voz.

—Soy Cédric, ¿te pillo en mal momento? —preguntó.

—¡Oh, Ced! ¡No! No, no. No me pillas mal, para nada.

Por su voz supo que se estaba moviendo.

—Ah, ¿no? ¿Dónde estás? —interrogó.

Podía percibir que la música se oía más lejana y su voz más clara. Se estiró en la cama pasando un brazo debajo de la cabeza, poniéndose cómodo para hablar con Debra. Le gustaba la sensación de su voz en el oído. Cuánto la había echado de menos.

—En una fiesta —contestó—. He venido con unos amigos.

—Ya veo, entonces no te molesto demasiado.

—No molestas —respondió deprisa—. En serio —afirmó—. ¡Vaya! —dijo tras un enorme suspiro—. ¿Cuánto hace que no nos vemos?

—Desde el verano —afirmó él con una sonrisa—. Y me ha dicho un pajarito que este año vamos a trabajar juntos...

—Eso espero —repuso la adolescente—. Tendrás que aguantarme un año más dándote la brasa —añadió en broma.

—No das la brasa —declaró Cédric—. En realidad te llamaba porque... Me enteré de lo que ocurrió la semana pasada —pronunció con voz grave—. ¿Estás bien?

—Eh... Sí, bueno. Ya sabes.

Casi podía verla encoger los hombros y rastrillar el suelo con la punta del pie.

—Ya... —articuló recordando la cara triste de la niña que le habló de la muerte de su hermano años atrás y las lágrimas que rodaban por aquel rostro, aunque se empeñaba en hacer ver que no estaban ahí—. De todas formas, el primer salvamento es especial, por lo que tenemos que salir a celebrarlo cuando vengas —afirmó.

—¿En serio? Claro, como quieras. Por mí genial.

—Yo invito.

—Entonces considéralo hecho. —Debra rio al otro lado, escucharla hizo que le vinieran ganas de hacerlo también y la acompañó.

—Oye, Ced —dijo ella cuando el momento de risa pasó.

—¿Qué?

—Gracias por llamar. Me ha gustado oír tu voz.

—A mí también —manifestó sin poder evitar que las palabras abandonaran su boca.

—Tengo que irme —anunció en ese momento con lo que interpretó como desgana.

—Sí, yo también tengo... cosas que hacer —carraspeó.

—Nos vemos dentro de poco.

—Hasta entonces —se despidió él.

Colgó y lanzó el teléfono a un lado, sobre la cama. La voz de la joven había

sonado algo distinta y, vaya, estaba en una fiesta con amigos. No era algo que se hubiera planteado hasta entonces, pero ¿estaría saliendo con alguien? ¿Quizás con alguno de los chicos que se encontraban en esa fiesta también?

Debra había sacado el teléfono del bolsillo lateral de su pantalón y atendió dándole la espalda. Jace se había situado detrás de la barra para servir bebidas a los recién llegados, repentinamente nervioso por su presencia. Quería terminar con la tensión que percibía cuanto antes. Después de exclamar el nombre de un tío, un tal Ced, saltó del taburete y caminó hacia la parte de atrás del jardín.

¿Quién diablos era ese tío?

Siguió los pasos de la chica con interés, no obstante, aunque quisiera, no podría escuchar una sola palabra de su conversación con la música que habían puesto para crear ambiente.

—Entonces... Así es como os divertís tus amigos y tú. —La novia de Parker fue la primera en hablar, haciendo que se viera obligado a dividir su atención entre Debra y ellos.

—Eh... Sí. Nos reunimos de vez en cuando —contestó ausente.

—Ya —musitó ella—. Menuda fiesta —pronunció echando un vistazo alrededor.

—Más que una fiesta es una reunión, ya sabes —dijo un poco a la defensiva.

—Sí, ya veo. Es curioso —continuó la chica dirigiéndole una mirada especulativa con esos ojos oscuros, algo rasgados, que le iban tan bien a sus facciones— que tus amigos y tú actuéis como si fuera Parker el que ha sido invitado, cuando sabemos que no es así. ¿Qué hubieras hecho si Debra llega a aparecer por su cuenta?

El tono de la joven era amistoso, aunque de una forma engañosa; veía el

reproche en sus gestos y en la mirada de la adolescente e incluso en la del grandullón de su novio. Algo le decía que ambos lo destriparían si tuvieran la más mínima oportunidad.

—Verás... —empezó a hablar.

—No tienes por qué darnos explicaciones —cortó Natalie.

—Al menos, no a nosotros —intervino por primera vez en la conversación Parker.

—Exacto —apoyó la chica—. Si yo fuera la persona que ha sido invitada y luego me trataran como si solo me hubiera acoplado... Digamos que estaría muy molesta.

—Enfadada —puntualizó Parker.

—Sí. Muy enfadada —confirmó—. Y más, teniendo en cuenta lo que sucedió entre vosotros. —Natalie levantó una ceja inquisitiva, retándolo a negar algo de lo que decía—. ¿Qué pretendías invitando esta noche a Deb aquí, Jace Reeve? Creía que... —suspiró exasperada—. Está claro que me he equivocado contigo —pronunció dejando entrever su decepción, mostrando, además, su descontento.

Entendía cada palabra que la muchacha le estaba diciendo y de tratarse de cualquiera de sus amigos, probablemente, él haría lo mismo. Sin embargo, no podía admitir tan fácilmente que se había cagado en el último minuto. Ya le costó convencer a Stan para que diera esa pequeña fiesta en casa, como hacían de vez en cuando; si además les hubiera dicho que hacía todo aquello para poder ver a una chica, ninguno de los dos tenían ni idea de las burlas que tendría que soportar.

Aunque eran sus amigos desde la infancia podían ser muy cabrones. Y no le apetecía tener que andar dando explicaciones a ninguno de ellos; por eso, después de que Stan puso la fiesta en marcha dijo, de pasada, que había invitado a alguien, cuando le preguntaron, no pudo decir el nombre de Debra, se le atascó y, en su lugar, pronunció el de Parker.

Había actuado así porque no quería enfrentarse al tercer grado que sabía

que le hubiera esperado de otro modo y, de todas formas, se dijo, el resultado sería el mismo si Debra se presentaba ¿no? ¡Mierda! Había vuelto a cagarla. ¿Por qué nada salía a derechas cuando se trataba de ella? ¿Y qué coño hablaba con ese tío que le llevaba tanto tiempo?

Se crispó al instante al escuchar su risa; en serio, ¿quién era ese tío con el que hablaba? Al girar la cabeza de nuevo se encontró con una mirada triunfal de Natalie que no hizo demasiado por apaciguar el repentino malhumor que lo embargaba. Cogió su bebida y el refresco que había servido para la adolescente que se había ido a un lado, lejos de todos, para hablar por teléfono, murmuró una vaga disculpa y fue en su busca.

—Nos vemos dentro de poco —decía con un tono íntimo que hizo que se encrespara al instante.

Debra se dio la vuelta y compuso una *o* con los labios, sorprendida de encontrarlo cerca, caminando hacia ella.

—Tu refresco —anunció forzando una sonrisa de compromiso en el mismo momento en que alargaba el brazo para darle su bebida.

—Gracias —respondió.

Cada uno dio un sorbo al contenido de su vaso, dejando que el silencio se asentara entre los dos, evitando cruzar sus miradas. Tenía que hacer algo, decir cualquier cosa, tenía que romper el hielo y la incomodidad que podía percibir alto y claro viniendo de ella.

—Así que... ¿Quién es Ced?

Supo que no debía haber hecho esa pregunta en el mismo momento en que terminó de hablar.

—Espero que no pienses, ni por un segundo, que voy a responder a eso.

—Era simple curiosidad —dijo recuperando su pose y actitud habitual que, por algún motivo, Debra conseguía hacer saltar por los aires.

—Ya, control disfrazado de curiosidad —replicó mordaz la chica haciendo rodar los ojos hacia el cielo—. Voy a dejar algo muy claro, ni aunque saliera contigo, que no lo hago, te daría explicaciones acerca de mis amigos o de

quién me llama y por qué —espetó.

—No, yo... No haría eso —murmuró Jace, asombrado.

Él nunca había sido de aquella manera. Sin embargo era cierto que le había molestado enterarse de que quien la llamaba era un chico. Y lo que peor llevaba era no saber qué significaba para ella ese otro tío. Claro que también desconocía qué era lo que había entre los dos. Solo sabía que quería tocarla, rodearla con sus brazos y besar sus labios otra vez hasta que ambos perdieran el aliento.

—Además...

—Vaya, vaya, vaya. —La voz de Alan interrumpió lo que fuera que la adolescente comenzó a decir. Sabiendo que aquello acababa de dar un vuelco que habría deseado que no ocurriera, inspiró profundo antes de volverse hacia los pasos que se acercaban al lugar en el que se encontraban Debra y él—. ¿Me engaña la vista o la acosadora de nuestro Jacey está aquí?

—Corta con eso, Alan —advirtió malhumorado.

La presencia inesperada de su amigo provocó que irguiera la espalda y adoptara una actitud defensiva.

—¿Por qué? —interrogó él dando una vuelta alrededor de Debra, estudiándola como si fuera el juguete más divertido que pudiera hallar, como un depredador—. Tengo curiosidad por saber qué hace ella en nuestra fiesta. ¿Tan desesperada estás? —interpeló.

Debra fulminó al rubio con la mirada y, por un instante, le hubiera gustado que realmente el otro cayera redondo al suelo; detectó el momento exacto en el que la chica comenzaba a temblar de ira contenida, supuso.

—He dicho que ya es suficiente, Alan —declaró él rotundo.

—No me digas que ahora tratas de hacerte su amiguito —se mofó el otro—. ¿O tal vez solo es un juego que te traes para meterte en sus bragas? —El recién llegado rodeó su hombro con el brazo, apoyándose en él con camaradería.

Las ganas de darle un puñetazo en la cara a su amigo comenzaban a ser

insoportables.

—Sabía que era una pésima idea venir —murmuró molesta antes de pasar a toda prisa de largo junto a ellos.

—No. Espera, Debra. —Le sujetó el brazo en cuanto se sacudió a Alan de encima.

—Suéltame —exigió dando un fuerte tirón para desasirse antes de continuar caminando en dirección a sus amigos que aguardaban envarados observando la escena—. Y hazme un favor, Jace. —Debra se volvió a medio camino—. Déjame en paz.

Entre risas y aullidos de algunos de sus amigos se marcharon como habían llegado, como una unidad. Enfadado, mandó callar a todos con un grito y salió tras ellos.

—Debra, espera.

Apresuró sus pasos para alcanzarlos.

—No.

—Se suponía que no iba a estar aquí, le tocaba trabajar —explicó—. No sé porqué se comporta como un capullo...

—Abre los ojos de una vez, Jace. —La adolescente se giró revolviéndose como si la hubiera golpeado—. No se comporta como uno; Alan «es» —remarcó la palabra— un capullo. Debería haberme dado cuenta de lo contagiosa que es su condición —añadió mientras se marchaba flanqueada por su mejor amiga y el novio de esta. Los tres montaron en el coche que había aparcado en frente de la propiedad y, sin mirar atrás una sola vez, se alejaron.

El lunes siguiente después de la fiesta del sábado, Alan se presentó en el instituto con un ojo morado y Jace tenía algunos rasguños en los brazos y en la mandíbula, pero no era algo por lo que Debra debería en verdad preocuparse, se recordó. Aunque no tenía claro por qué le había venido aquello a la cabeza

después de tanto tiempo. Se encontraba en mitad de una clase de Química cuando miró por la ventana y atisbó a Parker junto al resto de sus compañeros trotar dando vueltas a la pista; entre ellos se encontraba Alan, con el rostro curado del todo y su habitual actitud de desprecio hacia todo y todos cuantos le rodeaban.

Era evidente que algo había pasado entre esos dos porque ni siquiera cuando el grupo de amigos se juntaba se dirigían la palabra. De hecho, se dio cuenta, llevaba un tiempo muy tranquila; no había tenido ningún desencuentro con el falso rockero desde aquella noche. Claro que tampoco había vuelto a hablar con Jace, ni siquiera lo saludaba cuando se cruzaban por los pasillos o en cualquier otra parte.

Tampoco respondió a las llamadas y los mensajes que llegaron después de aquella velada. Cuando fue evidente para él que no pensaba responderle, estos dejaron de llegar. Bastante deprisa, debía añadir. Estaba convencida de que Jace Reeve ya se había dado por enterado de que con ella no iba a jugar como le viniera en gana.

El profesor les había puesto ejercicios para hacer en casa antes de la próxima clase, y en cuanto sonó el timbre, el resto de compañeros abandonaron el aula para dirigirse a lo que les tocara en la próxima hora que era una asignatura opcional dividiéndose en distintas clases.

Terminó de recoger y siguió a Nat al pasillo que ya estaba abrazada a Parker, le gustaba dejarles un poco de espacio para que pudieran hacerse arrumacos sin estar ella presente. En cuanto llegó, el brazo de su amigo le rodeó el cuello, cosa que agradeció nada más darse la vuelta y encontrarse con la torva mirada de Jace sobre ellos.

Pasó de largo aún con la respiración agitada por haberlo encontrado en mitad del pasillo, apoyado en la pared a su espalda con los brazos cruzados en el pecho y la rodilla doblada. En cierto modo le recordó a un forajido del antiguo y lejano Oeste, o como ella imaginaba que se vería uno.

Poco más allá, se cruzaron con Alan que los observó con desprecio de

arriba abajo y luego miró en la dirección en la que se encontraba su amigo, Debra apretó la mandíbula y continuó su camino como si no les hubiera visto.

—Tengo que ir al baño —musitó antes de que llegaran a la otra aula.

—Te acompaño —ofreció Nat—. Enseguida volvemos —dijo al deportista antes de ir tras ella que ya abría la puerta de los servicios en aquella planta.

No entendía por qué había pensado en aquel día justo en ese momento antes de que terminara la clase, tampoco el motivo por el que encontrarse con la mirada de Jace de frente le aceleró la respiración de aquel modo. Tenía que olvidarse de él de una vez. Tanto si lo que dijo Alan aquel día era cierto como si no, lo que tenía muy claro era que con Jace Reeve todo eran malentendidos, contestaciones y enfados.

Por Dios, solo se habían besado una vez; de acuerdo, dos. Pero no había significado nada, ¿verdad? Imaginaba que había estado pillada por él desde hacía tanto tiempo que olvidarle se convertía en una tarea propia de una saga de acción protagonizada por Tom Cruise.

Siendo sincera, echaba de menos esos días en los que había comenzado a saludarse con él cuando se encontraban por los pasillos y sentía un hormigueo en el estómago cada vez que se cruzaban; sin embargo, de un tiempo a esta parte, lo que sentía era un enorme nudo en el estómago y una gran desazón y tristeza.

Terminó en el baño y se acercó al lavamanos mientras Nat seguía sus pasos y aguardaba a que terminara tras ella. Agradeció el apoyo silencioso que su amiga le estaba dando últimamente, realmente se había convertido en su sombra.

—Me ponen de los nervios, a ver cuándo terminan con eso. —Reconoció la voz de Priscila incluso antes de ver su reflejo.

Ella y Yolanda entraban a los servicios, la primera se detuvo cerca, estudiándolas con gesto adusto y cruzando los brazos al instante. Debra hizo cuanto pudo por ignorar su presencia, aunque no fue suficiente.

—Vaya. Estarás contenta —declaró la morena a la que era extraño ver lejos

de su novio—. Jace y Alan no se hablan por tu culpa —recriminó.

—¿Por qué iba a ser eso culpa suya? —Saltó Nat recogiendo el trapo que la otra había lanzado, colocándose a su lado para hacer frente a las dos chicas mayores.

Debra levantó la cabeza y cambió su atención de una cara a la de la otra, Yolanda le devolvió una mirada compasiva, podía ver que empatizaba con ella, mientras que Priscila parecía dispuesta a saltar sobre ella como un dóberman furioso.

—Nunca había visto a Jace así —declaró la chica con evidente enfado—. Después de que te colaras en una fiesta a la que nadie te invitó...

—Oye... —interrumpió Nat adelantando el cuerpo dispuesta a destrozar verbalmente a la otra, apuntando con el dedo de ese modo que sacaba de quicio a más de uno y que a ella le salía de forma natural cuando se enfadaba.

—No —intervino, cogió la mano de su amiga y la obligó a bajarla usando la fuerza—. No merece la pena —pronunció con hastío y condujo a Natalie hacia fuera pasando por el lado de las otras dos como si no fueran más que una parte del mobiliario.

Mantuvo la cabeza recta y la vista puesta al frente, como ya estaba acostumbrada a hacer, y caminó.

—No me des la espalda —exigió la morena—. Te estoy hablando —advirtió enojada en el momento en que Debra abría la puerta de los servicios para salir con su amiga.

—Yo no tengo nada que decirte —manifestó en tono plano haciendo pasar a Nat en primer lugar, dejando que la hoja de madera se cerrara tras ellas.

—¿¡Cómo te atreves!?! —chilló Priscila y las siguió fuera.

Debra se interpuso entre ella y Nat, a la que mantenía sujeta para que no comenzara algo de lo que se arrepentiría más tarde; de reojo vio también cómo Parker se adelantaba y se situaba junto a ellas.

—Basta, Pri... —murmuró Yolanda posando la mano en el brazo de la otra chica que echaba chispas.

—No, todo esto ha pasado por su culpa —escupió la primera.

—Si quieres saber de quién es la culpa —señaló Debra devolviéndole su acusación—, mejor pide explicaciones a quien te las pueda dar —anunció, y sin más se dio media vuelta llevando consigo a Natalie a rastras para evitar que se enfrentara con ellas. Parker las siguió poco después.

La época de exámenes ya había dado comienzo y lo único por lo que estaba agradecido era porque, al terminar, quedaría muy poco para que comenzara la temporada de verano y, con ella, su trabajo en el Pacific. Solo de pensar que una vez terminado ese curso le quedaría solo un año para terminar la carrera le sobrevenían las ganas de celebrarlo.

Además, con la llegada del verano, llegaba también el cumpleaños de Debra que, aunque fuera unos días antes de su llegada al hotel, Pacey siempre celebraba con una gran fiesta para ella en la que todo el personal estaba invitado. A Cédric siempre le había parecido de lo más tierno que su tío hiciera todo aquello, pero cuando se enteró de algunos detalles de la vida de la joven tanto por boca de su jefe como por ella, se le contrajo algo por dentro.

Esa niña estaba muy sola, conocer aquello le permitió tener una mayor comprensión de algunas cosas que había visto y escuchado a lo largo de los años en los que había trabajado en el Pacific. No debía ser fácil para Debra.

Sacudió la cabeza y se frotó los ojos, reseco a esas horas de la noche. Llevaba toda la tarde estudiando para el examen del día siguiente y le habían dado las tantas un día más. Sería mejor que se fuera a la cama de una vez en lugar de dejar que su mente vagara de forma constante hacia ella. Se recordó que lo que debía evitar era precisamente eso, pensar en ella. Laura. Eso era. Debía centrar su atención y pensamientos en su novia.

Había comenzado a salir con ella para conseguir eso mismo; no obstante, en

muchas ocasiones se encontraba pensando en Debra Scott, una niña de quince años, acerca de qué estaría haciendo y con quién. ¿Le estarían yendo bien los exámenes? ¿Debería llamarla? ¿Estaría bien que lo hiciera?

Ah, ¡pero qué narices! Lo estaba haciendo de nuevo.

Cerró el libro con ímpetu a causa de su frustración y recogió los apuntes. Todo cuanto estudió durante la semana y el repaso de ese día tendrían que valer para obtener una buena nota, si no era así, no le quedaría más opción que recuperarla más adelante. Aunque estaba bastante convencido de poder sacarlo.

Y tampoco podía centrarse en una única asignatura, en pocos días comenzaría a tener un examen tras otro y debía repasar todas esas materias también. Ah, cuánto echaba de menos estar en la piscina del hotel, organizando juegos y yendo a la playa antes y después de su turno. Desde que trabajaba allí los veranos eran lo mejor del año.

Gracias a que se había organizado desde el principio, tenía tiempo para todo a pesar de estar realizando el curso para socorristas que, al ser presencial, le robaba algunas horas de tiempo, pero le daba igual dormir un poco menos para hacer algo que le encantaba y que le resultaba, además, un desahogo.

Había sacrificado, a cambio, salir a correr algunas mañanas y, desde entonces en adelante, probablemente dejara de hacerlo durante un tiempo hasta que terminaran los exámenes; pero valía la pena. Todo lo hacía si conseguía los resultados que se había fijado.

Entre otras cosas, quería terminar el año otra vez sin tener que ir a recuperación para poder vivir la época que más le gustaba lejos de los libros e historias varias de la facultad. Ciertamente tendría un montón de lecturas; no obstante, él era de los que cada noche se ponía a leer un par de capítulos, en ocasiones más, de forma que, al llegar la fecha en la que debía terminar, ya lo tenía.

Al final, trabajar en el hotel le había enseñado a organizarse mejor y eso, en

gran parte, se lo debía a Pacey. Ese hombre llegaba a absolutamente todo y lo admiraba tanto que escuchaba cada consejo que le pudiera dar. Gracias a él aprendió a planificar su tiempo de forma metódica y, aunque le costó al principio porque, lo reconocía, era un poco caótico, después su vida fue mucho más sencilla.

Apenas podía esperar para saber qué le depararía la próxima temporada.

Capítulo 11

Los exámenes de final de curso estaban a la vuelta de la esquina y con la cabeza llena de malos rollos como la tenía, le estaba resultando de lo más difícil poder concentrarse. Las cosas estaban mal desde mucho tiempo atrás, pero había terminado estallando aquella noche, un par de meses atrás, en casa de Stan, en la dichosa fiesta.

Y todo por su culpa, por no haber sido el tipo que durante tantos años había creído que era, arrojado, temerario, un James Dean contemporáneo al que todo le daba igual. Desde el momento en que Debra entró en su vida le hizo ver que en realidad era un cobarde conformista que, aunque se quejara de cómo era su vida y de lo cansado que estaba de ella, no hacía nada tampoco para cambiarla.

Esa noche fue la primera vez en su vida que se enfrentaba de verdad a Alan y la situación se había puesto tensa, incluso llegaron a las manos. Tal vez las cosas no se hubieran descontrolado tanto de haber frenado a su amigo mucho antes, desde luego su actitud resultaba bastante molesta en muchas ocasiones y podrían haberle hecho saber que no era del agrado de nadie, pero lo habían dejado ser.

La proximidad de los exámenes o, más bien, comprobar que los del curso siguiente al suyo se preparaban ya para las pruebas de acceso a la universidad le produjo sentimientos encontrados, quería que el curso terminara cuanto antes; por otra parte, si se terminaba no podría ver a Debra hasta el comienzo

del próximo año escolar y eso era algo en lo que no había pensado hasta entonces y le creaba un malestar añadido a su realidad actual.

Por lo menos ahora podía coincidir con ella por el instituto. Aunque no le hablara ni le dirigiera la mirada, Jace procuraba estar cerca durante el cambio de clases para poder verla a pesar de que, ver el brazo de Parker alrededor de su hombro en cada ocasión, le provocaba unas enormes ganas de gritar que la soltara.

Lo cierto era que le fastidiaba bastante verla alrededor del deportista y su grupo de amigos, todos altos y asquerosamente fuertes. Quizás debería hacer pesas, pensó. Sus padres tenían bicicletas estáticas en casa que él usaba tres o cuatro veces a la semana, tal vez debería comenzar a tomarlo en serio y hacer un entrenamiento más regular. ¿A ella le gustaría si estuviera más musculado?

Le fastidiaba haberse dado cuenta demasiado tarde de que lo que estaba sintiendo por esa chica iba en serio, que no era algo pasajero que olvidaría con el tiempo. No, Debra había entrado en su vida y no podía pensar en nada con la misma lógica que había aplicado siempre. Y el problema que tenía ante sí ahora era todavía peor, tenía que encontrar la forma de volver a acercarse a ella de nuevo; sin embargo, eso sería mucho más difícil que antes.

—Oye, ¿te has enterado? —Dos chicos hablaban frente a la puerta de su clase, él aguardaba cerca, apoyado contra la pared.

—No, ¿de qué?

—Nuestro instituto ha ganado el Concurso Regional de Tecnología e Innovación.

—¿En serio? ¿Quién?

—Una chica.

—¿Pero quién?

—No recuerdo el nombre, dicen que mañana expondrán en la vitrina el trabajo ganador.

—Pues yo quiero verlo.

La conversación de sus compañeros se apagó en sus oídos en cuanto vio a

la morena con la coleta balanceando detrás de su cabeza llegar desde la planta superior. Como la clase de Parker había terminado más tarde, el chico aguardaba al pie de las escaleras donde su novia y ella se le unieron, y al momento tenía su brazo por encima del hombro de Debra haciendo que tuviera que tragarse la molestia que ver aquello le producía.

Alan apareció en su campo de visión poco después, salía del baño de mujeres al final del pasillo mascando chicle seguido de Tina, una de las chicas con las que había salido al menos un par de veces tiempo atrás. Como era costumbre, su relación había terminado mal, todas se enfadaban cuando les hacía saber que las cosas entre ellos no funcionaban. Los dos se abrazaban por la cintura mientras caminaban.

No le importaba demasiado lo que hiciera ella o cualquiera de las chicas con las que había estado, ni siquiera con la que perdió la virginidad; era como si siempre hubiera tenido esa parte de él dormida. Hasta Debra. Ella hacía que su cuerpo vibrara, le hacía reír, enfadarse, dudar, lo ponía nervioso y sí, también celoso. Él, celoso. Esa era la mayor novedad.

Debra pasó hablando con Natalie y vio cómo el trío llegaba a la clase de más abajo, en el lado contrario del pasillo, Debra entraba en primer lugar mientras la pareja se hacía arrumacos y carantoñas. Miró a otro lado y se percató de que la cara de Alan estaba cubierta por una mata de cabello rizado mientras manoseaba el trasero de la chica que se refregaba sin pudor contra él.

Esa escena le permitió comprobar lo que pensaba, no le creaba ningún tipo de reacción, no había en él nada que le indicara que, a pesar de haber salido con esa chica tiempo atrás, le molestara en lo más mínimo. Nada. Vacío absoluto. Ese era el motivo por el que llevaba tiempo sin estar con nadie, de hecho siempre pensó que dejando atrás ese pueblo, yendo a otro lugar donde conocer a gente nueva, encontraría algo o a alguien que le hiciera sentir eso que muchos aseguraban era el motor de sus vidas o lo que hacía su triste existencia algo menos vacía.

Él siempre había rehuido de sentimientos como el amor, pero debía

reconocer que lo que le ocurría con Debra, si no lo era, se le acercaba mucho. Quizás demasiado.

—¿Qué? ¿Celoso? —interrogó Tina en su dirección masticando chicle cuando separó su boca de la de Alan.

—Ni por asomo —manifestó con seguridad.

—Ya, eso dices —replicó el amigo con el que se había enemistado, con esa mirada calculadora que tantas veces antes le había visto.

¿Quería eso decir que estaba tratando de hacerle daño enrollándose con una de sus ex? Ni aunque se acostara con todas y cada una de las chicas con las que había estado lo conseguiría.

—No iba a estar siempre ahí —continuó Tina mirándolo de arriba abajo con intensidad.

—Ni lo había pensado —articuló Jace.

—Actúa como si no le importara, pero no soporta que otros pongan las manos encima de sus cosas —intervino Alan.

—Me entristece que después de tantos años me conozcas tan poco —amonestó—. Aunque en algún momento considerara a una chica como algo mío, que no lo hago ni lo haré porque las personas no son de nadie más que de sí mismas —aclaró—, ¿por qué iba a ponerme celoso de que ella o cualquier otra esté con alguien más? Esa es la finalidad de romper —expuso.

—Míralo, Jacey el guay —dijo el otro adelantándose.

—Míralo —devolvió—, buscando la forma de llamar mi atención —comentó con gesto burlón.

Sabía que la única forma de sacar a su amigo de la infancia de sus casillas era no hacerle caso, ignorar los intentos desesperados por molestar; el desprecio era algo que no podía soportar.

—Te crees que eres alguien, ¿no? El centro de todo —contraatacó el rubio haciendo que su melena despeinada oscilara.

—No, Alan, eso es lo que tú crees —señaló—, que vas a por mis sobras cuando hace ya mucho que me deshice de ellas —replicó volviendo los ojos

por un instante en dirección a la chica que observaba la escena con una sonrisa satisfecha en la cara hasta que escuchó sus palabras.

—¡Eh! ¿Qué pasa aquí? —Eric se metió entre ellos y obligó a su otro amigo a dar un paso atrás.

—Como sea —escupió Alan—. Deja de creerte superior, mejor que los demás, solo porque algunas tías te vayan detrás.

—No, claro. Es mejor comportarse como un imbécil y molestar a otros para hacerse notar —contestó sardónico.

Al momento de terminar de hablar, el rubio desgreñado hizo el intento de saltarle encima, Eric y Stan lo pararon al instante metiéndose entre ambos. Phil se acercó también.

—¿¡Os ponéis de su parte!?! —espetó Alan fuera de sí.

—No estamos de parte de nadie, los dos sois nuestros amigos —respondió Phil.

—Y haríais bien en recordar que vosotros también lo sois —terció Eric.

—Los dos —terminó Stan.

—Paso —articuló Alan soltándose del agarre de Phil y caminando hacia las escaleras.

Tina le fue detrás y, al intentar abrazarlo a modo de consuelo, el otro hizo aspavientos para romper el contacto y le gritó que lo dejara en paz.

—Ya te vale, tío —comentó Eric en tono censorador.

—¿Qué? —Jace gesticuló con las manos en alto en un gesto inocente—. ¿Que si le paramos los pies a sus imbecilidades ya no somos amigos? ¿Tenemos que aguantarle toda la mierda? Pues yo ya me he cansado de sus gilipolleces.

—¿No será por esa chica? —interrogó su amigo con gesto escéptico.

—No —negó con rotundidad y echó una última ojeada al aula en la que sabía que Debra se encontraba, vio a Parker y a su chica mirando en su dirección.

Mierda, sí lo era. Ver como Alan molestaba a Debra le había hecho rebasar

la paciencia que había estado teniendo con él y su comportamiento todo ese tiempo.

—En serio, Deb, esos dos estuvieron a punto de pegarse el otro día.

—Nat, ya me lo has contado. Y no una ni dos veces —apuntó.

—Ya, pero es que tú no los viste. Pregúntale a Parker.

—No voy a preguntarle a tu novio.

—Está bien, como quieras.

—Eh, chicas, ¿de qué habláis? —Apareció el novio de su amiga apoyándose en una taquilla cercana.

—De ti, ¿cómo no? —replicó Debra.

—¿En serio? —consultó esperanzado.

—No —terció su chica.

Cerró la taquilla y comenzó a caminar hacia la clase, como era habitual, sintió el peso familiar del brazo de Parker rodear su cuello y no pudo evitar preguntarse qué sentiría de ser otro el que hiciera aquello, con el que caminara por el pasillo entre una clase y otra. La imagen de sí misma caminando junto a sus amigos con un chico a su lado en aquella posición apareció en su cabeza, la borró en cuanto se dio cuenta de que el brazo era idéntico al de Jace.

Un compañero del equipo de waterpolo en el que jugaba el Gran Oso los paró en el pasillo y comentaron algunas cosas de los entrenamientos y el último partido de la temporada que estaba muy cerca, después de una breve charla se despidieron.

—Por cierto —añadió el chico volviéndose de nuevo ya que habían comenzado a alejarse—, vendrás el viernes, ¿no?

—No me lo perdería —aseguró Parker.

—¿El viernes? —preguntó por inercia.

De hecho ese fin de semana lo pasaría en casa de su prima y ella la

recogería por la tarde.

—Sí, hacemos una pequeña fiesta de despedida del equipo y luego unos cuantos iremos a tomar algo o a cenar, aun no está decidido.

—Sí, yo iré —aseguró Nat, podía ver la emoción en el rostro de su amiga—, deberías venir.

—Mm... No sé, me iré con Cathy ese día.

—Pues dile que te recoja más tarde, que le enviarás la dirección —propuso Natalie.

—No sé...

—O mejor, te vienes con nosotros y luego te dejamos en su casa —continuó su amiga, acelerada ante la perspectiva de que ella acudiera también.

—Por mí no hay problema —confirmó el deportista.

—Dejad que hable con ella, ya veré. No os aseguro nada.

—Ay... Va a ser genial, ya verás. Además, en el equipo hay un montón de chicos, a lo mejor conoces a alguien...

Uf, no. Lo último que quería Debra era conocer a alguien; bastante tenía con intentar sacarse a Jace de la cabeza, aunque eso parecía que nunca iba a ocurrir.

—Hay muy buenos chicos —apostilló Parker—, serios y eso —corroboró.

—No empecéis...

De vez en cuando a la pareja les daba por ponerse en modo radar romántico, como ella lo llamaba, y no hacían más que hablarle de posibles chicos con los que podría tener una cita. Pensándolo bien hacía tiempo que no le hacían algún comentario al respecto, tendría que esperar a que se les pasara, supuso.

Cathy no puso ni una sola pega a que saliera con sus amigos la noche del viernes y la llevaran luego a su casa. Hizo un comentario acerca de que la juventud estaba para disfrutarla, como si ella fuera una anciana decrepita o algo, pero nada más. Así que allí estaba, en el cine después de la fiesta del equipo, con Parker y Nat a un lado y Remo al otro. Sí, Remo, como el de la

mitología griega y sí, ese era el nombre que le habían dado sus padres, unos frikis de las antiguas civilizaciones. Por lo menos, tenía suerte, a su hermana mayor la llamaron Calíope. No quería ni pensar en lo que supondría para ella tener un nombre como ese en pleno siglo veintiuno.

No tenía idea de cómo la velada había terminado siendo de aquel modo, el caso era que el resto de los chicos estaban en las filas de delante y ellos cuatro quedaron atrás sin que ella pudiera dilucidar cómo o por qué había terminado así. Después del cine, alguien propuso ir a cenar a la hamburguesería y por gracia divina se vio paseando con aquel grupo de chicos, enormes todos, por el pueblo junto a su entusiasmada amiga.

A decir verdad, la charla del grupo y sus ganas de bromear, aunque a un volumen demasiado alto para su gusto, hicieron que dejara de pensar en otras cosas. Le tomaban el pelo al benjamín del equipo en ese momento y por un instante le pareció ver a Alec, ¿él habría sido como ese chico?

—Ey, Deb, ¿qué pasa? —preguntó Nat haciendo que saliera de esa corriente de pensamientos.

—Nada —contestó forzando una sonrisa amable dejando a un lado las imágenes que habían acudido a su mente.

—Espera, tienes algo... —Remo, que había ocupado el asiento enfrente del suyo, alargó el brazo y le rozó el mentón con el pulgar dejando sus dedos allí un instante—. Una miga —explicó apartando la mirada a un lado.

—Gracias —repuso; sin embargo, no le pareció que se tratara de aquello, más bien tenía la sensación de que estaba intentando hacer algún tipo de aproximación.

Su teléfono comenzó a vibrar y a sonar; acordándose al instante de su prima, lo cogió y atendió a toda prisa sin mirar la pantalla.

—¿Diga?

—¿Estás saliendo con ese tío?

Esa voz que había tardado unos segundos en hablar no era la de Cathy. No obstante, se llevó una sorpresa descomunal al reconocerla sin lugar a

equivocaciones. ¿Cómo sabía con quién se encontraba?

—¿Dónde estás? —interrogó buscando por las mesas de alrededor por si no le hubiera visto.

—¿Pasa algo? —consultaron Nat y Parker al verla mirar en todas direcciones.

Negó con la cabeza y se levantó para poder hablar sin que los demás fueran testigos de cada palabra.

—Fuera —dijo la voz por el auricular y terminó la llamada.

Cruzó la puerta y buscó por la calle; no lo encontró, dio un paso más hacia la carretera y buscó hacia derecha e izquierda. Allí estaba. Con la mirada atormentada, fijada en ella.

—¿Qué haces aquí? —interrogó Debra notando la rápida ascensión de su pulso.

De forma automática dio un paso hacia él. Jace se acercó también y, estando uno frente al otro, la besó rodeando su cintura al mismo tiempo. La levantó a pulso y la llevó a un portal cercano que estaba a oscuras. Sentir sus labios de nuevo era como un bálsamo, una cura de urgencia para una herida que no era capaz de sanar por su cuenta. Sintió la premura, la desesperación en él, como si la traspasara.

—Jace... Espera. Para, ¿quieres? —exigió empujando su torso—. ¿Me estás siguiendo? —interrogó.

Necesitaba respuestas.

—Volvía a casa en la moto y os vi. —Giró la cabeza y encogió un hombro con evidente incomodidad—. ¿Sales con él? —Estudió su rostro.

Debía de estar volviéndose loca porque le pareció detectar acusación y dolor en aquellos ojos que la embaucaban sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

—¿Con quién? —preguntó.

Había perdido el hilo de lo que hablaban, él hacía que su cabeza quedara vacía, en blanco.

—Con el tío ese que te acariciaba la cara —habló entre dientes.

—Me quitaba una miga —explicó—, no era una caricia.

—Ya... Pero aún no me has contestado —inquirió él con mirada hosca.

—No, Jace, no salgo con él —respondió resuelta—. De todas formas a ti no te importa.

—Sí me importa —murmuró a su vez.

—¿Por qué? —Quiso saber Debra.

—Porque... —Jace dejó salir un suspiro y se pasó una mano por el pelo haciendo que la luz de una farola cercana se reflejara en los pendientes de su oreja. Ello lo miraba expectante, muda, incapaz de imaginar a qué venía todo aquello de pronto. Entonces le puso las manos en los hombros, a ambos lados de la cabeza, y le acarició la mandíbula y el cuello con los pulgares.

—Debra, sal conmigo —articuló con gesto intenso.

Que saliera con... ¿Había escuchado mal? No, su voz le llegó alta y clara. ¿Quería eso decir que le gustaba a Jace Reeve? ¿Ella? ¿Qué clase de sueño era ese? No, seguro que había un motivo, una explicación, no podía olvidar por qué le dijo esas mismas palabras tiempo atrás.

—Deja de bromear con eso —regañó inspirando con fuerza—. No voy a dejar que me uses, ni como escudo para las otras chicas ni para nada —advirtió.

—No bromeo —pronunció muy serio manteniendo sus ojos fijos en los de ella—. Sal conmigo —repitió.

Todo cuanto había escuchado acerca de las relaciones de Jace afloró en ese momento. No tenía novias durante mucho tiempo y la mayoría de las chicas quedaban bastante tocadas después de estar con él. Además, no podía olvidar el incidente de su ruptura con Tina de la que fue testigo indirecto.

—No —contestó sin inflexiones.

—¿No? —repitió él perplejo.

—Jace, para ti las relaciones no son más que un pasatiempo y yo no quiero ser eso para nadie.

—Eso no es así —negó a la defensiva—. De acuerdo, puede que lo haya sido en el pasado —corrigió al ver su mirada escéptica—, pero es distinto ahora. Tienes que creerme.

—Lo siento, no puedo —repuso y volvió a la calle.

—Debra, ¿y qué me dices de esto?

Jace se adelantó y volvió a besarla, pero esta vez el beso tenía un sabor agrídulce, a despedida.

—Es una bonita forma de decir adiós —articuló cuando sus bocas se separaron, Jace apoyó la barbilla en su sien, manteniéndose cerca.

—Dime qué puedo hacer para que me creas —pidió él—. La idea de no poder verte en todo el verano me está haciendo perder la cabeza.

¿Por qué tenía que decirle todas aquellas cosas con las que siempre había soñado? ¿Por qué ahora? ¿Podía creer en él? Tenía que mantenerse firme, si aceptaba era muy probable que durante las vacaciones Jace recuperara la cordura y se diera cuenta de que aquello no había sido nada más que algo pasajero.

—No sé qué crees que sientes, pero no va a durar —vaticinó Debra—. Verás cómo, cuando empiece el verano, me agradecerás que te haya dicho que no.

Se apartó de él y regresó atrás en sus pasos para volver a entrar en la hamburguesería.

—Debra... —la llamó.

—Sé feliz, Jace —pronunció volviéndose a medias y continuó caminando, cruzó las puertas y pasó de largo junto a la mesa en la que estaban su amiga y el resto para ir derecha a los servicios.

¿Qué había hecho?

Él parecía estar hablando en serio, había pronunciado las palabras con las que siempre había fantaseado y aun así no pudo arriesgarse. Fue demasiado consciente de cuánto le afectó que le dijera aquello y supo que, si se hacía realidad y se convertía en la novia de Jace Reeve, perdería el corazón para

siempre; cuando rompiera con ella sería catastrófico. Humedeció su cara varias veces y utilizó papel para secarla después.

—¿Va todo bien?

Natalie posó una mano en su espalda, Debra se volvió para abrazarse a ella con fuerza.

—¿Qué he hecho, Nat? —sollozó hundiendo la cara en el cuello de la otra.

—Tranquila, tranquila —repuso ella acariciando toda la extensión de su espalda con cariño.

Una vez que pudo dejar de temblar, de llorar y consiguió respirar un poco tomando perspectiva de la situación, le explicó a Natalie palabra por palabra todo lo que había ocurrido desde que contestó la llamada y se alejó del grupo para salir a hablar, lo de después también.

—Vaya... No sé qué decir.

—Es una locura, ¿verdad? —interrogó indecisa e incrédula a la par.

Continuaban en el cuarto de baño, la única persona que había entrado fue Parker y, al informarle su chica que necesitarían un rato, salió sin rechistar.

—¿Por qué? —contestó Nat.

—¿Por qué, qué? —replicó confusa—. Yo que sé por qué ha dicho todo eso. Tal vez ha perdido una apuesta o es una forma de recuperar su amistad con el imbécil. No lo sé, Nat.

—No... Digo que por qué es una locura pensar que Jace pueda estar por ti —argumentó la siempre pragmática Natalie Roberts.

—¿Como que por qué? Porque es... Jace —declaró como si solo eso respondiera cualquier duda al respecto.

—¿Y? ¿Un chico no puede interesarse en una chica? —continuó su amiga.

—Sabes a lo que me refiero —recriminó a la otra con la mirada—. Además, aun en el supuesto de que fuera verdad. ¿Sabes con cuántas ha salido?

—Ya, pero...

—Y con ninguna ha pasado del mes —manifestó—. ¿Sabes lo que supondría

para mí salir con él, después de estar tanto tiempo enamorada como una idiota, y que me dejara tan deprimida?

—Me lo puedo imaginar —contestó Natalie torciendo los labios—. Entonces has hecho bien, Deb —apoyó su decisión—. No te martirices.

—Ay, Nat, pero es que es Jace —sollozó—. Y ha dicho esas cosas tan bonitas...

—Lo sé, lo sé...

Su amiga se quedó junto a ella en los servicios hasta que el momento de malestar por las decisiones tomadas en contra de lo que dictaba su corazón pasó y pudo recomponer su rostro y reforzar su propia aceptación. Era lo mejor que podía hacer basándose en lo que sabía; sin embargo, no ayudaba a que se sintiera mejor. De hecho, tener delante lo que más quería y renunciar a ello era lo más difícil que había tenido que hacer nunca.

Capítulo 12

Empezar la temporada en el Pacific era el mejor momento del año, el verano había llegado oficialmente y ya podía olvidarse de los exámenes. Y de la recuperación. Pasó de forma aceptable cada una de sus asignaturas y ahora llegaban unos meses de paz y tranquilidad. Estrenaba bañador, como cada año; su jefe encargaba un par de mudas por temporada para cada empleado.

En el caso de los socorristas se trataba de dos bañadores, dos pantalones de chándal, dos sudaderas y dos camisetas de manga corta, todo con el logotipo del hotel y con la palabra «Socorrista» en letras grandes para que fueran fáciles de reconocer.

Le hizo especial ilusión ver la taquilla con el nombre de Debra en el frontal dentro del cambiador destinado a ellos. Hombres y mujeres usaban el mismo espacio ya que el equipo era más reducido, para evitar incidentes tenían un cerrojo en la puerta y cada vez que unos u otras estaban dentro debían echarlo.

Apenas podía esperar a ver su cara, quería estar presente cuando se encontrara aquello, su casillero, su muda para el trabajo... Desde que Cédric entró a trabajar allí, la joven le decía que ella también sería socorrista un día. Sonrió, emocionado ante la perspectiva de verla cumplir ese sueño. La había animado y visto cómo se esforzaba por conseguirlo; la forma en la que trabajaba duro, constante, incansable por ello. Él siempre respondió cada pregunta que le hizo.

Ella se uniría en un par de semanas al equipo, pero el cuadrante de horarios

ya estaba hecho y Pacey habló con él, pidiéndole que le echara un ojo. Cada año tenían la misma conversación; no obstante, ese verano se sentía un poco desleal, porque sus motivos para estar con Debra no eran solo para hacerle un favor a su jefe. Cerró la puerta de los vestuarios con llave y llevó su equipaje a la habitación destinada al personal del hotel en la que lo habían asignado.

Los dormitorios de los trabajadores no eran demasiado diferentes a los de los clientes, salvo porque en ellos tenían dos literas y dos armarios dobles que solían dividirse por parejas; la mitad del colgador y la mitad de los estantes para cada uno. Chicos y chicas dormían por separado, aunque en la misma planta.

Cuando quiso darse cuenta ya se había hecho con la rutina, le encantaba el desayuno en el hotel, ejercitarse por la mañana antes del turno y salir por la noche con algunos compañeros a pasarlo bien. Laura y él continuaban en contacto, pero como cada uno tenía su trabajo y él se mudaba al hotel durante la temporada y allí no podían llevar a nadie a los dormitorios, se limitaban a llamarse alguna que otra vez y a enviarse mensajes.

Cédric ya le había explicado que no siempre tendría el teléfono encima, por lo que si no le respondía tampoco debía preocuparse, ya lo haría en cuanto lo tuviera.

Los días pasaron a toda velocidad mientras se adaptaba de nuevo al ambiente y al ritmo de trabajo. Algo chocó contra su espalda en un momento en el que observaba a los miembros de su equipo en la piscina desde el interior del hotel. Como encargado de socorristas, quería supervisar que cada uno hiciera debidamente su trabajo; estar en el lugar adecuado y atentos a lo que acontecía a su alrededor era parte de ello. Se volvió para encontrar a Liv recogiendo unos papeles que le habían caído al suelo, se acuclilló para ayudarla.

—Lo siento, perdona, Cédric. No miraba por dónde iba —se disculpó apresurada la mujer.

—No pasa nada, tranquila. Pareces bastante atareada. ¿Qué es todo esto?

—Oh, es para la fiesta de cumpleaños de Debra, ya sabes, mañana llega y todo debe estar preparado para la gran noche.

Era cierto, cayó en la cuenta, habían pasado dos semanas.

—Vaya, es verdad. Ya es ese día.

—Sí. El jefe quiere supervisar cada detalle —explicó la ayudante de dirección.

—Como siempre —comentó él con una sonrisa.

—Sí, me sorprende que la haya colocado en los dormitorios de empleados —señaló Liv—, con lo protector que es con ella; pero él mismo dijo que si iba a trabajar aquí debía tratarla como a una más de la plantilla o no estaría siendo justo ni con ella ni con los demás. ¿No es genial? Siempre está pensando en todo.

—Por eso es el mejor —confirmó Cédric—. ¿El regalo ya está listo?

—Sí, tendrías que verlo...

—Lo puedo imaginar. Lo que será digno de ver será la cara de Debra al recibirlo —vaticinó.

Tras un poco más de charla, Liv regresó a su vertiginosa actividad que no cesaría hasta estar convencida de que todo estaba en el lugar que debía. Al terminar su turno ese día y después de haber dado las indicaciones pertinentes al resto de personal, se retiró a su habitación para intentar dormir y descansar cuanto pudiera.

Tumbado en la cama miraba hacia el techo y lanzaba para recoger después una pequeña pelota. Él tampoco podía esperar a que fuera el día siguiente y poder darle el regalo que había comprado para ella. Era una tontería en realidad, una pulsera para el tobillo hecha a mano que una chica vendía en el paseo marítimo; no era gran cosa, pero pensó en Debra en cuanto la vio y quería que la tuviera.

El día comenzó como los demás, a pesar de que podía percibir en el aire la excitación contenida, la agitación general. Aunque no lo pretendiera, la expectación iba en aumento dentro de él conforme avanzaban las horas. Para

cuando terminó de trabajar fue a darse una ducha y a prepararse, la fiesta se organizaba en uno de los salones del mismo hotel por lo que, a excepción de aquellos a los que les tocaba trabajar y que probablemente solo pasaran un rato a saludar y poco más, los demás cenarían allí y llenarían después la pista de baile.

Eligió un pantalón caqui y una camisa blanca de manga corta que resaltaba su bronceado así como el tamaño y firmeza de sus brazos, se calzó unos elegantes zapatos marrón oscuro y peinó su cabello hacia atrás con espuma de forma que cayera con cierta naturalidad controlada y no se viera engominado; por último se aplicó un poco de colonia.

Para cuando llegó al salón, el lugar ya rebosaba actividad, entró saludando a todos con cuantos se cruzaba, se acercó a la barra a pedir una bebida y entabló conversaciones con unos y con otros hasta que el tiempo se detuvo. O quizás fue solo para él. Avistó a Pacey entrando del brazo de una Debra con el cabello ondeando alrededor del rostro y un vestido con falda de vuelo que dejaba sus hombros al aire. Era blanco con flores de color azul oscuro, pero lo que atrajo su atención fue lo cambiada que la encontró. No parecía una niña. En absoluto.

Incluso desde la distancia podía percibir su nerviosismo. Continuó prestando una vaga atención a los compañeros que en ese momento continuaban hablando alrededor acerca de la decoración elegida para el evento ese año, nuevas normativas y noticias varias del sector mientras se embecía en aquella cara, la tímida sonrisa y esos gestos sutiles que tan bien recordaba.

Era el momento, tenía que acercarse antes de que la cena diera comienzo, se disculpó y caminó en su dirección, pero tuvo que detenerse tantas veces a charlar con alguien por cortesía que comenzaba a resultar desesperante. Siguió a Debra por la sala con la mirada, ella también era llevada de un grupo a otro, hablaba aquí y allá junto a su tío y cuando casi pudo alcanzarla dieron el aviso de que ocuparan los asientos que se habían dispuesto para cada uno.

Debra, Pacey y unos pocos empleados más ocupaban la mesa del centro, los demás habían sido repartidos por las otras; todas eran redondas.

La sala quedó a oscuras tras el segundo plato, y una tarta de varios pisos, empujada sobre un carrito, atravesó la puerta acompañada del canto de los comensales en honor de la cumpleañera. Debra se veía radiante a la luz de las velas. Se levantó junto a su tío y aguardó a que la canción terminara para soplar cuantas pudiera apagar con la ayuda de Pacey y, a la cuenta de tres, cada uno tomó un lado del enorme postre.

Lograron apagarlas todas, los vítores y aplausos no se hicieron esperar. Mientras retiraban la tarta para cortarla y repartirla, llegó el momento de los regalos. Descubrieron sobre el escenario un gran rectángulo cubierto por una tela de cortina de espectáculo. Hicieron subir a Debra y coger un extremo del tejido para que, a la cuenta de tres que hicieron todos a coro, lo destapara. En cuanto lo hizo pronunciaron un «felicidades» conjunto mientras la adolescente descubría, asombrada, su regalo; una fotografía del personal del Pacific, incluido su tío, sosteniendo una gran pancarta en la que podía leerse: «Bienvenida».

La tomaron una mañana, muy temprano, con la ayuda de un dron para que pudieran salir todos en la instantánea. Ver las lágrimas de emoción en sus ojos era más que suficiente para que el corazón de cualquiera diera un vuelco. Alguien le acercó un micrófono.

—No sé qué puedo decir —pronunció con voz temblorosa.

Una risa general se generó a raíz de sus palabras.

—Muchas gracias. Estoy deseando empezar.

La sala volvió a reír una vez más y un gran aplauso se alzó entre todos.

Le encantaba su regalo de cumpleaños. Un año más habían acertado de lleno. Colgaría esa fotografía en su habitación y, cuando volviera a casa, podría

llevarlos con ella. La imagen enmarcada como un cuadro se quedó presidiendo la sala desde el escenario mientras tomaban la tarta de postre como colofón a una gran cena.

—Los años te sientan bien.

Se volvió *ipso facto* al reconocer la voz de Cédric, de todos los que trabajaban en el hotel, con él era con quien más tiempo había pasado durante las vacaciones en años anteriores.

—¡Ced!

Con la alegría que le suponía verlo de nuevo le saltó al cuello, él no tenía la altura de Parker a la que tan acostumbrada estaba, sí se aproximaba más a la de Jace o a la de su tío, incluso, aunque Pacey era más alto que ambos por unos centímetros. Notó sus brazos cerrarse a su espalda, deseaba poder tener más músculos para apretarse contra él, ¡cuánto lo había echado de menos! Besó su mejilla rasposa con energía y luego estudió bien su cara.

Había cambios sutiles, su rostro se masculinizaba más año tras año, se volvía un hombre cada vez más atractivo. Observó sus ojos de un marrón anaranjado y cada parte del rostro que llevaba casi un año sin ver antes de fundirse en otro estrecho abrazo con él.

—Te he echado mucho de menos —admitió dichosa.

—Yo también —susurró él.

—Bueno, bueno, dejad algo para el resto —interrumpió Spence, uno de los recepcionistas.

Continuó junto a Cédric, pasándole un brazo por la espalda, inclinó la cabeza hasta rozarle el hombro con la mejilla; él tenía una mano descansando en su cintura. Se volvieron hacia el otro de aquella manera, unidos.

—¿Has visto qué guapo está? —dijo al recepcionista elogiando a su amigo socorrista—. Normal que sea un rompecorazones.

—¿Ese cromañón? —repuso Spence—. A tu lado todo es feo, porque toda la belleza se concentra en ti.

—Oh, Spence.

Abrazó al recepcionista dejando ir por un momento a Cédric.

—Y así es como se conquista a una chica —dijo el hombre en broma.

Chasqueó la lengua y regresó junto a Ced quien volvió a rodear su cintura con vigor. Se dejó caer contra él, apoyando el cuerpo contra su costado. No volvieron a separarse en toda la noche, hablaron con los demás, rieron, bebieron, bailaron... Lo pasaron genial; siempre que estaba con Cédric el tiempo volaba. La fiesta acabó y después de despedirse de Pacey lo vio tomando el aire en la puerta del hotel.

—Mañana es el gran día, descansa —aconsejó Pacey.

—Lo haré.

Tras besar la mejilla de su tío, eufórica aún, salió en busca del socorrista.

—¿Esperas a alguien o puedo hacerte compañía? —preguntó al detener sus pasos junto a él.

—¿Quieres que demos una vuelta? —propuso Ced.

—Claro —respondió sin pensarlo dos veces.

Terminaron paseando en silencio por la orilla de la playa, seguidos por el rumor de las olas que les acariciaban los pies.

—La temperatura aquí es tan agradable... —suspiró con satisfacción.

—Algunas noches refresca, pero en general, sí, suele hacer buen tiempo —explicó él.

—¿Nos sentamos? —pidió Debra.

—Como quieras.

Subió unos pasos hasta encontrar arena seca, el lugar frente a la orilla en donde las olas no llegaban y se dejó caer, él ocupó el lugar a su izquierda.

—Lo hiciste. —Comenzó Cédric al cabo de un momento en el que dejaron que el rumor y los efluvios de sal y arena húmeda calmaran cada inquietud.

—Sí...

—Mañana es tu primer día —expuso el universitario.

—Estoy de los nervios —confesó.

—No lo estés. No todos los socorristas comienzan a trabajar con un rescate

exitoso a sus espaldas.

Recibir una alabanza de Cédric era algo especial para ella que lo tenía en alta consideración.

—Solo actué. —Restó importancia.

—De eso se trata, de estar preparados para cuando haga falta actuar — afirmó él.

Quedaron mudos permitiendo que el sonido de las olas rompiendo en la playa fuera el bálsamo curativo para apaciguar los nervios de la noche.

—Cédric.

—¿Sí?

—¿Puedo preguntarte algo?

—Por supuesto.

—¿Vas a seguir siendo socorrista cuando termines la carrera?

—Tu tío me ha ofrecido un contrato fijo cuando eso ocurra — formuló.

—Ya veo. Y tú, ¿qué quieres hacer?

—Me gusta esto —aseguró el socorrista—, pero no sé si hacerlo durante el resto del año será igual. ¿Y tú? —devolvió la pregunta—. ¿Ya has pensado qué vas a estudiar?

—Algo así; aunque no sé si podré...

—No imagino que haya algo que no puedas lograr —musitó confiado.

—Estaba pensando en Ingeniería —confesó.

—Vaya.

—Sí. Gané un premio este curso por un proyecto que hice.

—¿De verdad?

—Mhmm, mhmm.

—Eso es increíble —pronunció con orgullo—. Enhorabuena.

—Gracias.

—Tengo algo para ti —dijo de pronto.

—¿Para mí? —repitió Debra perpleja.

—Eso he dicho. Es una tontería, en realidad.

Le tendió un paquete pequeño, parecía que el regalo había sido envuelto a mano y eso la emocionó.

—¿Qué es? —preguntó abriendo el papel con cuidado.

—No es nada, es solo un detalle. Por tu cumpleaños —aclaró Cédric.

La fina pulsera de colores hecha con varios cordones cayó sobre su palma al retirar el papel.

—Es preciosa —susurró admirada.

—Es para el tobillo.

—Me encanta —dijo mirando el perfil del chico sentado a su lado y se inclinó para ponérsela.

—Espera, te ayudo.

Cédric se arrodilló, limpió la arena húmeda que se había pegado a su piel y luego le envolvió el tobillo con la pulsera; la ató con habilidad para que no se le cayera al mínimo movimiento. Acercó la cabeza para comprobar el resultado, le encantaban ese tipo de regalos. Alzó la cabeza para agradecerle el gesto y encontró sus rostros muy cerca, las manos de Ced continuaban en su pierna y por primera vez se dio cuenta de lo atractivo que era.

Siempre lo había sido; sin embargo, en ese momento se fijó en él como el hombre que en realidad era. Aunque continuaba siendo Cédric, ese chico con el que podía hablar de cualquier cosa. Carraspeó y, a pesar de estar algo cohibida por el derrotero que su cabeza acababa de mostrarle, se inclinó hacia delante y le rodeó el cuello con los brazos.

Él se lo devolvió y terminaron unidos en silencio, disfrutando de aquel momento de conexión y de paz junto al mar sin prestar atención a los minutos que corrían en la esfera del reloj. Al romper el abrazo sus miradas se cruzaron y tuvo el potente impulso de besarle. Tras unos segundos en los que deliberó, desconcertada, acerca de cuáles habrían sido los motivos por los que pudo suceder aquello, el mismo Ced carraspeó y se echó hacia atrás sentándose sobre los talones.

—Será mejor que volvamos —anunció él—. Es tarde.

—Sí —convino poniéndose en pie.

¿Qué diablos había ocurrido? ¿Solo le había pasado a ella? ¿Desde cuándo sentía ese tipo de atracción por su amigo? Pero no podía ser, se dijo. A ella, quien le gustaba era Jace. Y aunque no pudiera estar con él, sus sentimientos no cambiaban. ¿Podría ser que sintiera algo por Cédric? Aunque, en realidad, ya lo hacía, ¿pero era eso algo como lo que sentía por Jace Reeve? Nunca se lo planteó hasta entonces.

Cuando llegó la mañana siguiente había conseguido convencerse de que lo que ocurrió en la playa no fue nada.

Jace encestó una vez más consiguiendo la puntuación máxima y, por tanto, ganar el juego.

—¿Cuándo vais a arreglar las cosas Alan y tú? —interrogó Eric resollando con las manos en las rodillas.

Habían quedado para jugar un uno contra uno en la vieja cancha. Recogió al balón y lo apoyó contra la cadera antes de andar hacia el lugar en el que habían dejado las mochilas donde guardaban el agua. Bebió de pie, bajo la escrutadora mirada de su amigo que se había despatarrado en el suelo mientras bebía. En lugar de responder a su pregunta se encogió de hombros.

—Vamos, es tu amigo. Tenéis que arreglar esto.

—Hacía mucho que no te veía sin Priscila encima —comentó desviando la conversación.

—Ha ido a pasar un par de semanas con sus primos —explicó.

—¿Alguna vez has sentido que querías algo más? —consultó a su amigo que alzó una ceja interrogante buscando el contacto visual con él—. Ver o salir con otras chicas —aclaró.

—No —contestó sin mostrar inseguridad o señales de duda.

—¿Nunca? —insistió.

—Nunca. ¿Por qué preguntas?

—¿Y si ella... tuviera otras inquietudes? —reformuló.

—¿Te refieres a si ella quisiera salir con otro? —preguntó Eric a su vez. Jace cabeceó—. Si Priscila ya no quisiera estar conmigo, la dejaría ir.

Él respondió con sencillez, decía las cosas con tanto aplomo que nadie dudaba que lo que salía por su boca no fuera otra cosa que la más absoluta verdad.

—¿Así de fácil? —dudó Jace.

—¿Hay otra forma de hacerlo? —rebatió el otro con una larga mirada hacia él—. Quiero decir, si yo no puedo darle lo que necesita...

—Pero tú la quieres —manifestó asombrado de que tuviera esa cuestión tan clara.

—Mucho. Es por eso precisamente que no la retendría a mi lado —expuso su punto de vista.

—¿Y no te pones celoso? —murmuró curioso acerca de la actitud que demostraba.

—A veces. Pero confío en ella. Soy su novio, no un policía que vigile todos sus movimientos —declaró convencido.

Quizás debería, pensó Jace. Aunque Eric tenía razón, él tenía una forma de llevar su relación que era envidiable. Tenía mucho que aprender de su amigo.

—¿Qué harías si no estuvieras con Pri, pero quisieras? —consultó de nuevo.

—¿Si aún no fuera mi novia? —formuló pensativo el otro.

—Sí.

—Se lo pediría —respondió sin más.

—¿Y si eso no funciona? —insistió él, buscando un consejo que poder seguir.

—¿Cómo? A ver, ¿pero en ese supuesto ella estaría pillada por mí también? Eso era lo que le gustaría saber.

—Sí. No. Pongamos que no lo tienes claro —repuso Jace.

—Creo que se lo pediría igualmente —sentenció Eric—. Cuando sientes que quieres estar con una persona, compartir lo que haces, volverte y rozarle el cabello, el brazo y besarla cuando la miras, no hay demasiado que puedas hacer al respecto, ¿o sí?

—Supongo —aceptó—. ¿Y si te dice que no?

—¿Seguimos hablando de un caso hipotético? ¿Es esa chica? —aventuró suspicaz su amigo.

—Debra —aclaró.

—Debra. ¿Le has...? ¿Le has pedido salir? —interrogó él bebiendo de nuevo.

—Más o menos —admitió a medias.

—¿¡En serio!?

Eric flipó tanto que levantó la voz.

—¿Por qué gritas? —regañó molesto.

—¿Por qué? Es un hito —repuso con una gran sonrisa el otro—. Reeve pidiéndole a una chica que sea su novia. Cuenta.

—No hay mucho que contar —dijo pateando una piedra del suelo—. Se lo pedí, dijo que no.

—Seguro que hay mucho más. ¿Cuándo fue? ¿Dónde? ¿Qué dijiste?

Eric pedía conocer cada detalle de aquel bochornoso momento y él se sentía dividido entre continuar con esa fachada que se había construido incluso sin darse cuenta o solo responder como lo haría cualquier amigo.

—No creas... —Optó por la segunda opción, aunque en una versión resumida—. Fue antes de que terminara el curso. Le dije: «Debra, sal conmigo». Ella dijo que no y me deseó que fuera feliz.

Poner lo sucedido en palabras no fue tan difícil como Jace había pensado.

—Vaya. —Eric soltó una carcajada—. No me extraña que te enviara a paseo.

—¿Qué quieres decir? —Frunció el ceño sentándose al lado de su amigo, ambos miraban hacia el frente en la misma dirección.

—No se lo pediste. Se lo exigiste. Así no se hace, tío. Con eso de que las chicas se te tiran a los brazos estás más desentrenado de lo que parecía.

—No se me tiran encima —musitó a la defensiva.

—Vale, lo que digas. ¿Aunque Debra no era la chica que se rumoreaba...?

—Sí. Pero me dijo que no —contestó molesto sabiendo a qué se refería Eric—. Dos veces —añadió.

—¿Dos veces? —Su amigo dejó ir una carcajada más fuerte que la anterior—. Eso sí que es un mazazo a la autoestima.

—Deja de reír —regañó asestando un golpe con el codo al brazo del chico—. No tiene gracia.

—Para ti no, está claro. Si lo piensas, que hayas sido rechazado por la chica que se decía que estaba loca por ti es de lo más gracioso —continuó mofándose.

—Los rumores de que me acosaba eran falsos —aseguró—, ¿por qué iba a ser cierto que yo le gustara?

—¿Y desde cuándo te gusta, a todo esto?

—Yo que sé. Supongo que un día me empecé a fijar, no sé cuándo exactamente.

Sí lo sabía, desde el momento en el que la vio responder con aplomo y sin miedo a Alan en la escalera su percepción de ella cambió, y desde ese momento sus ojos no podían evitar seguirla. No obstante, no había sabido lidiar con esos sentimientos que estaban naciendo en él y se equivocó muchas veces; ahora, con el paso del tiempo, lo veía todo muy claro.

—La noche de la fiesta —volvió a hablar, necesitaba aclarar ese punto—. Yo la invité. A ella, no a Parker —confesó—. Creí que me diría que no asistiría así que le dije que podía llevar a alguien más, le sugerí a su amiga y su novio, Parker.

—Así que en realidad...

Eric solo tuvo que sumar dos y dos.

—Sí. Me daba vergüenza admitir que convencí a Stan solo para poder

verla. Todavía me la da —articuló agachando la cabeza.

—No saldrá de aquí —prometió su amigo palmeando el centro de su espalda.

Y sabía que era cierto, Eric jamás rompía su palabra.

—La cagué.

—Hombre, a nadie le gusta que lo ninguneen. Y si es la chica que te mola, hacer como que no te importa es... extraño —comentó su amigo con tacto.

—Ya. Ojalá pudiera decir que esa fue la única vez que me equivoqué con ella...

—¿Todavía te gusta?

Esa era una buena pregunta para la que solo había una respuesta.

—No se lo cuentes a nadie —advirtió.

Después de que Eric le diera su palabra de mantener aquella conversación entre ellos, respondió con un gesto simple de cabeza. Quizás a su amigo le chocara que él se enamorara, no obstante, no podría estar más sorprendido que él mismo.

Capítulo 13

Trabajar como socorrista en el Pacific era tan divertido que casi le parecía un abuso cobrar por ello. Adoraba cada momento del día, desde su entrenamiento matutino con Ced, el primer turno en la piscina hasta comer con los compañeros en la parte del comedor destinada a los empleados. Aunque eso era algo que siempre había hecho, solo que en esa ocasión tenía otro significado para Debra, no se sentía una extraña entre ellos; después el entrenamiento con Pacey en el gimnasio del hotel, la segunda parte de su turno y salir por ahí, al terminar el trabajo, con los compañeros.

Salían a pasear, a la playa o al paseo marítimo donde se concentraban la mayoría de restaurantes, *pubs* y locales a donde la gente iba a divertirse. La complicidad que tenían Cédric y ella era más que evidente; terminaban las frases del otro, tenían gustos similares en cuanto a cine y series, podían pasar horas hablando sin parar y más de una vez había sentido aquella extraña sensación en que un abrazo o un beso en la mejilla no eran suficientes para expresar el cariño que sentía por él.

¿Significaba aquello que le gustaba? No tenía ni idea, solo le había gustado una persona en toda su vida y los sentimientos eran bastante distintos entre sí como para poder afirmarlo. ¿Él también era consciente de la corriente especial que había entre ellos? Quizás se sentía incómodo al respecto, aunque lo dudaba; en alguna que otra ocasión le sorprendió ver oscurecerse sus ojos como si una tormenta de verano asolara el otoño que le gustaba encontrar en su

mirada. No obstante, no sabía a qué era debido aquello o qué podría querer decir.

—Toma. Esto para ti. —Ced puso un burrito sobre la mesa, delante de ella.

Habían ido a cenar con los demás y él se ofreció a pedir en lugar de que tuvieran que esperar haciendo cola; de ese modo, Debra y algunos más podían ocupar las mesas que necesitarían para que cupieran todos.

Por un momento le pareció que le iba a dar un beso antes de irse, aunque eso no ocurrió. Tal vez solo fuera producto de su imaginación.

—¡Gracias! Me encanta.

—Lo sé —aseguró sentándose de forma descuidada a su lado—. Le pedí que no le pusiera zanahoria rallada, sé que no te gusta, pero míralo primero.

—¡Vaya! Parecéis un viejo matrimonio —exclamó Derrick, un socorrista que había comenzado a trabajar en el hotel el verano anterior—. ¿Seguro que no hay nada entre vosotros?

No era la primera vez que sus compañeros hacían algún comentario como aquel o similar; ellos, como era evidente y natural, lo negaban, pero la gente no solía quedar demasiado convencida y era algo que Debra no podía entender.

—No, Der, no somos pareja —negó ella con un suspiro pesado.

—Entonces lo habéis sido —declaró el socorrista.

—Tampoco —contestó Cédric antes de dar un bocado a su cena en modo huraño.

—¿Y no os lo habéis planteado? ¿Ni siquiera amigos con derecho? —insistió Derrick.

Ced se atragantó y tosió, Debra lo ayudó dando unos golpecitos en su espalda mientras él se obligó a tragar y tomó un sorbo de la bebida que le ofreció ella.

—¿A qué vienen tantas preguntas? —interrogó su amigo enfadado—. ¿Tienes algún interés personal en mi vida privada o en la de Deb?

El otro se puso colorado y abrió los ojos impresionado.

—¿Qué dices, tío? —repuso en tono asqueado.

—No sé, pareces muy interesado.

—Haya paz... —terció ella.

Después de aquel extraño momento, Derrick la evitó varios días hasta que otra noche, durante una fiesta en la playa a la que acudieron todos y bebían cerveza, el chico, con ojos arrepentidos que le recordaban a los de un cachorro herido, se disculpó y chapurreó algo acerca de la edad y los inconvenientes que apenas entendió antes de marcharse.

—¿Qué quería?

Cédric se sentó junto a ella con una pierna a cada lado del tronco en el que se encontraba, junto a la hoguera.

—¿Quién? ¿Der? —El socorrista cabeceó—. Me ha pedido disculpas por lo de la otra noche. Y por evitarme después. Ah, y ha farfullado algo más, pero apenas se le entendía así que...

—¿Te apetece andar un poco? —propuso él con las manos enterradas en los bolsillos de la cazadora que llevaba puesta tras mantenerse un rato en silencio.

Esa noche Ced parecía tener muchas cosas en la cabeza.

—¡Claro! —respondió poniéndose en pie para acompañar a su amigo.

Él la miró desde abajo y, tras un momento en el que sus miradas se trabaron haciendo que comenzara a tener una extraña sensación en las tripas, Ced rompió el contacto visual, se irguió y comenzó a andar tras hacerle un gesto con la barbilla para que lo siguiera.

Caminaron dejando la hoguera y a la gente que se divertía alrededor a sus espaldas, hacia la oscuridad de la noche y el manto de calma que esta ofrecía una vez que se alejaron del rumor de risas y voces.

—¿Va todo bien? —consultó cuando estuvo segura de que nadie podría escuchar.

Continuaron andando hacia la pequeña elevación de rocas que dividían la playa y pasaron por encima con cuidado; de noche podía resultar peligroso. Cédric bajó primero y la ayudó cogiéndola por la cintura. Sus pies tocaron

suelo y los dos permanecieron en la misma posición, cara a cara. Sus rostros eran apenas un bosquejo de sombras en los que, más que verse, las facciones se percibían.

—Ced, ¿qué pasa? —interrogó poniendo una palma en su mejilla.

—Tienen razón —declaró en un murmullo.

—¿Quién?

—Los demás. Al decir que parecemos pareja —aclaró él cogiendo su mano y raspando la mejilla contra ella—. Actuamos igual, pero sin...

—Lo siento, no lo sabía —musitó sorprendida de que a su amigo pudieran afectarle ese tipo de comentarios—, no me había dado cuenta de que te molestaba.

—No me molesta —dijo envarando la espalda—. Me gusta estar contigo. La confianza y compenetración que tenemos. Pero a veces... Me pregunto si... Deberíamos dar el paso.

—¿Dar el paso? —repitió.

—Estar juntos —aclaró Ced—. De verdad.

—¿Tú... quieres? —Debra no sabía qué decir, aquello era demasiado inesperado, sin embargo no lo encontraba fuera de lugar.

—A ver, es cierto que tenemos una diferencia de edad, obvia por ahora, y que tendríamos que ir despacio un tiempo, pero no me importaría. —Vio sus hombros subir y bajar—. Tú, ¿qué piensas?

—No lo sé —contestó directa—. Sí es cierto que no te veo igual que a los demás —reconoció—, pero no sé si... —resopló al verse incapaz de explicarse—. Es complicado.

—Sí. —Estuvo de acuerdo él—. Tal vez deberíamos hacerlo fácil. Quiero decir, ya salimos por ahí y estamos juntos a menudo. Lo único que no hemos hecho es besarnos —murmuró la última parte.

—Ya... Quizás deberíamos...

Entendió a qué se refería, no obstante las palabras se atascaban.

—Probar —terminó él.

—Sí.

Poco a poco su cabeza bajó hacia ella hasta que la frente de Ced rozó la suya.

—¿Lista? —preguntó en un susurro.

—Sí —contestó preparada para lo que vendría a continuación.

—Allá voy.

Sentía el calor de la palma de su mano en el hombro y en la espalda, levantó la cabeza y sus labios se rozaron con delicadeza, sin prisa. Igual que una caricia, la boca de Ced besó la suya varias veces, como si se cerciorara de que continuaba allí; sintió el pulgar del socorrista acariciar su mejilla y suspiró entreabriendo los labios, momento en el que su lengua entró a su encuentro.

Lamió el centro de su labio inferior, Debra tenía los cinco sentidos puestos en ese momento, atenta a cada nuevo avance y tentativa; abrió más los labios para recibirlo y, tras pensarlo, alargó la lengua buscando encontrar la de él. Una vez que se encontraron, se enredaron y el beso se convirtió en algo mucho más profundo.

El socorrista era delicado, tierno, y muy, muy atento. Besaba bien. Realmente bien, de hecho. No obstante y, comparando ese beso con lo que había sentido en el que compartió con Jace, siendo sincera, no podía decir que hubiera ni la mitad de sentimientos que había esperado. Claro que había besado a otros chicos antes de Jace Reeve, solo que todos los anteriores palidecían ante aquel instante compartido.

Con Cédric, era distinto, agradable, sosegado. Tierno. Aunque continuaba sin estar segura de que aquellas fueran las emociones que alguien debería experimentar para formar un vínculo de pareja. ¿Podría estar con él? Sí. Y lo más probable es que tuvieran la relación más estable de cuantas había conocido; no obstante, dudaba de que llegara a sentir alguna vez con él los fuegos artificiales que Jace le había producido con un solo beso.

Si no se hubiera besado con él, quizás...

Enredar la lengua con la de Debra era una completa locura, no debería estar haciendo aquello; ni siquiera debería haberlo sugerido, pero en las últimas semanas no podía quitarse la idea de la cabeza. Lo que había dicho era cierto, ya hacían la mayoría de cosas que compartían las parejas, excepto por el contacto físico. Y la sensación de que era un escollo que debía resolver había ido creciendo hasta llegar a aquel momento en el que ambos se besaban en la intimidad de la noche, en la playa por la que tantas mañanas salían a correr, en uno de los marcos más románticos que podían existir.

Con la respiración pesada debido al beso, volvió a posar la frente sobre la de ella.

—¿Y bien? —consultó.

Si tenía que ser sincero, no había percibido una gran diferencia de cuando Laura y él lo hacían. Había sido distinto, eso sí; no obstante, no notó nada de lo que había esperado encontrar. ¿Demasiada expectación, quizás?

—Besas muy bien —reconoció Debra en un murmullo.

—Gracias —repuso dejando escapar una risita—. Pero no... —comenzó a explicar con el mayor tacto, aunque no pudo terminar la frase.

Al fin y al cabo había sido él quien propuso que probaran.

—Sí. Ha estado bien, pero... —confirmó ella.

—Tal vez es porque somos demasiado amigos —reflexionó Cédric.

Sus frentes todavía unidas, abrazados con los alientos entremezclados, así era como continuaban, porque aquel tipo de intimidad nacía de forma natural entre ellos.

—Eres mi mejor amigo —declaró ella—. Y creo que eso es mucho más importante que salir o no.

—Tienes razón —acordó y al momento inspiró y expulsó el aire al momento—. Por lo menos nos hemos quitado esto de encima.

El peso que durante tanto tiempo había llevado cargando sobre los hombros

había desaparecido; qué bien que sintieran lo mismo al respecto, que ambos estuvieran de acuerdo en que su amistad era mucho más fuerte que cualquier otro tipo de relación que pudieran intentar mantener.

—Es raro —continuó Cédric—. Siento que te puedo decir que te quiero sin que ninguno de los dos entremos en pánico.

—Exacto ¿verdad? —contestó Debra—. Lo mismo me pasa a mí. Y, la verdad, comenzaba a estar muy confundida porque la gente no dejaba de repetir eso de la buena pareja que hacíamos.

—Si lo piensas, mirándolo de otra forma, así siempre estaremos juntos —declaró.

—Y más te vale cumplir con tu palabra —advirtió la adolescente entre risas.

Sonriendo, se alejaron lo justo para poder empezar a caminar por la playa y seguir con el paseo durante el que se abrazaron el uno al otro por la cintura y así continuaron hasta su regreso con el resto del grupo.

—Oye, ¿dónde estabais? —preguntó Alexa, una compañera que trabajaba como camarera.

Derrick se acercó a ellos tras cruzar unas palabras con Brad, otro camarero que instó a Debra a acompañarlo a bailar junto a Liv y otros.

—Por ahí —contestó él sacudiendo los hombros mientras tomaba asiento—, dando una vuelta.

—¿Dando una vuelta o revolcándoos? —interrogó Der que tomó asiento junto a la camarera que había hablado en primer lugar.

—No hay nada de eso —negó traspasando al otro socorrista con la mirada—. Deb y yo solo somos amigos.

Había quedado más que claro entre ellos. Por fin podía ver las cosas desde otra perspectiva.

—No sé, tío... Yo paso mucho menos tiempo con mis amigos —continuó Derrick—. Además, ellos no están tan... —Se cortó a sí mismo tras ver la mirada interrogativa de Alexa y la suya, aguardando lo que parecía que iba a

decir para corregirlo o reprenderlo. Puede que ambos.

—Es cierto que os lleváis muy bien —retomó la palabra la mujer al hacerse evidente que su compañero no iba a proseguir.

—Sí. Pero no hay nada más entre nosotros —reafirmó.

Y lo podía decir sin ningún tipo de reparo ni tapujo, ahora ya estaba seguro y convencido de que lo que había estado ocurriendo con él no tenía nada de malo, solo había estado confundido, como dijo Debra. En realidad era normal que hubiera pasado por eso, viendo cómo reaccionaban los demás al verlos. Si ellos, desde fuera, percibían la gran complicidad que existía entre ambos, ¿qué no iban a pensar ellos?

Le agradó saber que a ella le había ocurrido lo mismo, también había comenzado a tener dudas respecto a los límites de su relación, pero ahora todo estaba hablado y no había nada de lo que preocuparse. Desde ese momento podía continuar adelante sin esa idea flotando como un fantasma en sus pensamientos de forma inquisitiva y persistente.

Los días pasaron, Debra y él se volvieron todavía más íntimos de lo que lo habían sido hasta entonces, era como si aquella situación hubiera sido una barrera; sin embargo, desde aquella noche podían compartir absolutamente todo el uno con el otro sin ningún miedo ni reparo.

—Creo que Der está demasiado colado por ti —advirtió a su amiga cuando salía de los vestuarios.

Había esperado por ella después de cambiarse en primer lugar para comenzar juntos el turno.

—¿Tú crees? —consultó la chica con escepticismo.

—Es evidente —repuso él—. ¿Crees que te podría gustar?

Caminaban alrededor de la piscina, como eran los primeros en llegar antes de que esta abriera al público fueron a comprobar primero los niveles de cloro en el agua y esas pequeñas tareas que debían realizar antes de empezar cada jornada.

—Ya sabes que hace mucho...

—Lo sé —aseguró.

Sabía que se refería a los sentimientos que tenía desde hacía mucho por un chico que acudía a su mismo instituto del que habían hablado largo y tendido los últimos días. Se sentía algo culpable por no hablarle de Laura, pero encontrar el momento para explicárselo era crucial para Cédric, no quería perder lo que tenían ahora. Y decirle que salía con alguien después de lo que había pasado lo estropearía.

—No quiero hacerle daño a Der —reflexionó Debra—, pero dudo que fuera buena idea de todas formas.

—Ya, probablemente tu tío entraría en cólera —añadió.

—O no, no lo sé —repuso ella anotando los resultados de la muestra de agua que habían tomado en la libreta—. Es solo que, sinceramente, dudo que yo sea una buena opción para él. Sería mejor que pudiera conocer a una chica más, no sé, alegre.

—Tú eres alegre —recriminó a su amiga por hablar de aquella forma de sí misma.

—Tu definición de alegría no es la misma que la del diccionario, ¿verdad? —devolvió ella con sarcasmo.

—¿Lo ves? Bromeas continuamente —señaló.

—Pero es más bien sarcasmo e ironía —explicó la joven—. Un humor bastante oscuro, ya sabes.

—Está bien —aceptó—, entonces crees que Derrick merece una Blancanieves.

—Una princesita lánguida, no sé; alguien más dulce e... inocente, desde luego —replicó Debra haciendo que su carcajada se escuchara por todo el recinto de la piscina.

En una cosa tenía razón, no era como las demás. Y eso era algo que le encantaba de ella, Debra tenía una forma de percibir el mundo bastante cínica, si tenía que decirlo; sin embargo, después de todo, esa era la personalidad por la que pudo sortear las circunstancias por las que había tenido que atravesar

en su corta vida, y ¿quién podía culparla?

Más aún, estaba orgulloso de la persona que era.

El día que sus padres le anunciaron que se irían de vacaciones fue el mejor en lo que llevaba de verano. No era que perdiera el tiempo llorando por las esquinas, pero sí echaba de menos poder ver la coleta de aquella morena de mirada inquisitiva que poblaba sus pensamientos. ¿Qué estaría haciendo? ¿Se habría ido de vacaciones? ¿Estaría pasándolo bien? ¿Pensaría en él en algún momento?

Su cabeza giraba constantemente en torno a Debra, por mucho que saliera con los chicos o se perdiera por ahí solo, le costaba hacer a un lado a esa chica. ¿Qué podía hacer? No tenía ni idea.

Antes de que llegara el día de su partida a un centro vacacional o algo así, fue cuanto entendió de lo que le explicó su madre al hablar del viaje familiar, sus amigos se empeñaron en que Alan y él debían arreglar las cosas y, más o menos, así había sido. Los dos se dijeron algunas cosas, superficiales en su mayoría, y eran más conscientes que nunca de las diferencias entre sí; también de las grietas que había en su relación. Aun así, el vínculo que los unía desde pequeños era en verdad estrecho, no había un solo día en sus vidas en el que el otro no estuviera, y la costumbre era más potente que cualquier rencilla.

El día del viaje se acercaba, pasaría tres semanas fuera de aquel pueblo que cada vez sentía más pequeño y opresivo. Su madre le presionó para que tuviera la maleta hecha la semana anterior a su partida, al final cedió a sus insistentes peticiones y la preparó dos días antes. Ese año harían un viaje familiar de tres semanas en lugar de ir cada uno por su lado, sus tíos y sus padres acordaron, a petición de la abuela, hacer aquel pequeño cambio.

No tenía muy claro que viajar con la familia fuera relajante en absoluto. Sus ganas de escuchar las peleas y discusiones entre Delia y Jamie equivalían a

cero. Y pasaba de que le hicieran hacer de canguro; no obstante, cualquier cosa era mejor que permanecer allí. Volverían una semana y media antes de que comenzara el curso, dos días antes de que terminaran las vacaciones de sus padres en el trabajo y tuvieran que reincorporarse.

Tal vez un poco de aire fresco, actividades al aire libre o solo pasar los días en la piscina o la playa que le habían asegurado que había cerca serían ayuda suficiente para dejar de pensar en la chica que ya lo había rechazado. Quizás lo que tenía que hacer era comenzar a salir con alguien, otra persona, alguna chica que fuera completamente distinta a ella. No, no le apetecía.

Aunque salir con alguien no era un esfuerzo para Jace, pensar en ir al cine o a tomar algo con alguien que no fuera Debra hacía que se le quitaran las ganas. Quería ir a todas partes con ella, hacer todo lo que le gustaba, ir a tomar algo, reír juntos, hablar... Buscar una substituta sería algo demasiado patético bajo su punto de vista.

Lo que haría, resolvió, sería esperar al primer día de clase e iría directo a hablar con ella. Quizás se sorprendiera un poco, claro, sin embargo, si lo que pretendía era estar presente en su vida, tal vez debería comenzar por intentar hacerse su amigo y en el momento adecuado, ¡zas! Conseguiría que se enamorara de él.

Enamorarse, qué palabra más grande. Eric aseguraba que eso era lo que le ocurría y él no solía equivocarse. Así que estaba enamorado, aceptó. Y se había comportado como un completo imbécil con la chica que le gustaba; a pesar de aquello su amigo afirmaba que eso no tenía por qué ser un impedimento para conseguir salir con ella; solo tenía que conseguir que cambiara la percepción que tenía de él en ese momento.

Como si fuera sencillo.

El viaje fue tal y como había pensado, sus primos peleando en los asientos de atrás, sus tíos delante frenando la escalada de gritos de Jamie y Delia, la abuela fue sentada junto a él y sus padres al lado, en la misma fila. Por suerte para él no tuvo que buscar conversación con ninguno, su madre y la anciana no

dejaron de hablar en todo el trayecto. Se alegró de haber llevado los auriculares encima, poco antes de despegar se los puso y se dedicó a ver el paisaje a través de la ventanilla del avión.

Para cuando llegaron a su destino un transporte los esperaba; se trataba de una pequeña furgoneta con un logotipo en el que ni se fijó, solo obedeció cuando sus padres le dijeron que dejara su maleta atrás y ocupó uno de los asientos. Tras varios minutos de escuchar a Jamie mencionar cada cosa que podía verse a través de la ventanilla, llegaron. Tres semanas en las que tenía intención de alejar su cabeza de cierto pueblo y cierta persona daban comienzo a partir de ese momento. Necesitaba poder mirar en sus ojos y hablar con normalidad cuando volviera a verla.

Dejaron a la abuela en la cafetería cercana a la recepción para que descansara mientras los demás subieron a dejar las maletas en las habitaciones después de registrar su llegada. Había tenido suerte y tanto Delia como él tenían habitaciones individuales; Jamie dormiría con la abuela y los padres de los tres en habitaciones dobles. Aunque todos estaban en la misma planta.

Deshizo la maleta como su madre se empeñó que debía hacer nada más llegar, esa mujer era un poco obsesiva con algunas cosas, al terminar la dejó dentro del armario y fue al cuarto de baño porque ya no aguantaba más después del trayecto. Los demás se habían detenido en el aeropuerto, pero allí no había tenido ganas. Sus padres le advirtieron por mensaje que se adelantaban y bajaban a encontrarse con la abuela para no dejarla sola demasiado tiempo. Le aseguraron que estarían cerca de la recepción para que pudieran encontrarse en unos minutos.

Ah, tenía que admitirlo, aquel lugar, o lo poco que había visto hasta entonces de él, le gustaba.

Se lavó las manos después de terminar y se detuvo de pie en mitad de la habitación haciéndose a la idea de que estaba a miles de kilómetros de casa. Abrió la puerta del balcón que descubrió que tenía, allí encontró una tumbona y una mesa redonda. Una brisa suave traía el olor del salitre, recordándole

que, en efecto, se encontraba de vacaciones y la urgencia por ir a darse un chapuzón lo hizo ponerse en marcha no sin antes cambiar sus pantalones por las bermudas y sus deportivas por las chanclas. De ser posible quería probar la piscina cuanto antes.

Aprovechó y se deshizo también del polo que su madre le había pedido que se pusiera más temprano, pasó los brazos por una de sus camisetas de algodón de manga corta con el nombre de un grupo de música en el frontal y un listado de sus canciones en la espalda antes de ir a reunirse con los demás. Tomó el ascensor y bajó a la recepción; al salir dos mujeres caminaban con una toalla al hombro hacia un lado, por un ancho pasillo. La piscina debía encontrarse por allí, pensó.

Vio que el lugar era un hervidero de actividad, gente que entraba, que salía, algunos sentados en los sillones de recepción charlaban y reían, otros entraban en las tiendas que había en el lado más alejado: una joyería y una tienda de ropa en la que se podía encontrar de todo, desde un vestido o un traje elegantes a bañadores o pijamas. Junto a esa, una tienda de electrónica con consolas y videojuegos, esa en concreto tenía dos grandes máquinas de juegos de *arcade* antiguos en la entrada que le llamaron la atención. Dos personas estaban jugando, un chaval asiático un poco mayor que Jamie y un hombre alto de aspecto europeo, ambos rodeados por un grupo mixto de espectadores. Fue hacia allí para ver de qué juegos se trataba.

—¿Te gustan?

Giró la cabeza, a su lado encontró un hombre trajeado con las manos en los bolsillos del pantalón, aunque devolvió al instante la atención al hombre y al niño que en esos momentos jugaban haciendo que los muñecos se movieran por la pantalla.

—Solo había visto estos en series antiguas —admitió.

—Tenemos una sala de juegos en la primera planta, allí hay un *pinball*, billares, *ping-pong* y juegos de mesa, por supuesto —repuso el hombre del traje.

—¿De verdad? ¿Y se puede ir? —se interesó.

—Por supuesto, es para uso de los clientes —contestó él—. Si tienes cualquier duda o necesitas un contrincante, puedes buscarme —ofreció con una sonrisa sincera—. Mi nombre es Pacey Abrams —extendió una mano hacia él—. Soy el que trata de dirigir esto. —Hizo un movimiento con la cabeza dando a entender que se refería al hotel.

—Jace —saludó a su vez encajando la mano con él.

El teléfono vibró en su bolsillo, lo sacó y leyó el mensaje que su madre le había enviado:

Mamá: ¿Dónde estás? Vamos camino del comedor. Nos vemos allí.

—Tengo que ir con mi familia —anunció dividiendo su mirada entre el hombre trajeado y las máquinas que se moría por probar—, pero le tomo la palabra —señaló comenzando a alejarse.

—Cuando quieras —contestó el señor Abrams con una inclinación de cabeza.

Caminó a paso rápido con una sonrisa en la cara hacia el lado opuesto, donde sabía que se encontrarían sus padres, definitivamente le gustaba aquel lugar.

Capítulo 14

El verano avanzaba; ya habían sobrepasado el ecuador de las vacaciones escolares y de la temporada, el tiempo se agotaba en el contador de Debra y su primer trabajo como socorrista llegaba a su fin. Con todo, no podía estar más contenta. El entretenimiento en el Pacific nunca terminaba, ya fuera por las actividades que organizaban los miembros del personal para los clientes y en las que se divertía de lo lindo como por las salidas después de las horas de trabajo que realizaba con algunos miembros del equipo.

—Oye, Debra. —Derrick, uno de los socorristas con los que había hecho el curso de formación al que su tío la envió ese año, la detuvo al salir del comedor—. El director me ha llamado para que vaya a su oficina, ¿puedes encargarte de llevar esto a recepción?

Le pasó un taco de papeles.

—Claro, ¿qué es?

—Son unos carteles que Liv me pidió que fuera a poner por el pueblo para anunciar la cena de gala que se hará la semana que viene —explicó mientras continuaba su camino tras endosarle los folletos restantes.

Cuando se quedó sola suspiró y echó un vistazo a la información mientras se giraba para ir a recepción que se encontraba en la dirección contraria y por poco no choca con alguien, pudo apartarse a tiempo y se disculpó ya que había sido ella quien se había dado la vuelta distraída.

—Perdona, ¿nos conocemos? —preguntó la mujer mayor a la que casi

golpeó con el brazo sin querer.

Estudió su rostro apropiadamente, incapaz de afirmar que le resultara conocida. La mujer tenía el cabello corto bien arreglado, de color ocre; un rostro limpio sin maquillar, la piel arrugada con alguna mancha color café propia de la edad, era delgada y vestía de forma elegante, como complementos llevaba un discreto collar de oro y pendientes a juego.

—Lo siento, creo que no. Aunque trabajo aquí, así que puede que nos hayamos cruzado antes en alguna parte... —contestó de forma educada.

—Oh, lo dudo —repuso la anciana—. Acabamos de llegar. Venimos toda la familia a pasar las vacaciones, ¿sabes?

—Me alegro —contestó perpleja por la familiaridad con que le hablaba—. Espero que tengan una buena estancia en el Pacific.

—De verdad que me suena mucho tu cara —murmuró la mujer estudiando su rostro.

—Mamá, no me has esperado. —Otra mujer, de unos cuarenta años, se acercó a toda prisa—. Perdona si la ha molestado... —añadió al tiempo que giraba la cabeza hacia ella—. ¡Oh!

—¿Ocurre algo? —interrogó Debra preocupada al ver que la segunda mujer se quedaba pasmada al verla.

—Tú eres... Esa chica —contestó en un murmullo—. La camarera del Scandon. Salvaste a una clienta de ahogarse en la piscina. ¿Trabajas aquí? —habló a toda prisa.

¿Cómo sabía ella...? ¿Eran clientes de su tío Alexander? ¿Cómo podían conocerla? ¿O recordarla siquiera?

—Oh, sí. Esa fui yo —reconoció.

—¡Lo sabía! —intervino la anciana—. En cuanto te he visto me he dicho, esa cara... La he visto en alguna parte antes.

—¡No me lo puedo creer! —volvió a hablar la hija.

—Sí, menuda coincidencia —asintió atónita por la enorme casualidad.

—Entonces, ¿trabajas aquí? —repitió la pregunta la más joven.

—Eh, sí. De hecho, soy socorrista —reveló Debra.

—Pues menuda suerte que estuvieras allí aquella noche. —Si la señora supiera...—. Pero esto está bastante lejos, mira si es pequeño el mundo. ¿Vives aquí o...? Perdona, me he emocionado tanto al encontrarte que no dejo de hacer preguntas que a lo mejor ni siquiera quieres responder.

—No se preocupe —repuso con amabilidad—. Vivo allí, aunque solo ayudo en el Scandon de vez en cuando.

—Así que fue una auténtica casualidad que estuvieras —continuó la mujer.

—Todo pasa por una razón, siempre lo digo —terció la madre.

—¿Van a alojarse en el Pacific unos días? —preguntó para cambiar la conversación.

—Oh, de hecho sí, tres semanas —respondió la anciana.

—Entonces seguro que nos encontraremos a menudo en la piscina o si deciden participar en alguno de los juegos que el personal organiza para los huéspedes —animó de forma sutil—. Tendrán que disculparme, pero debo ir a entregar esto.

—Oh, sí, por supuesto. Te estamos entreteniendo —se disculpó la hija.

—Ha sido un placer conocerlas, tengan una feliz estancia. —Saludó con la mano antes de irse.

¿Qué había sido aquello? Continuaba pasillo abajo mientras se preguntaba por aquel extraño encuentro. Sin duda una de las coincidencias más raras que le habían ocurrido nunca. ¿Cuántas probabilidades existían de que unas clientas que se encontraran en el Scandon la noche del incidente decidieran veranear en el Pacific?

Las mujeres habían sido cordiales y educadas, a pesar de sus buenos modos Debra se había sentido cohibida y algo nerviosa por ese encuentro que todavía le costaba procesar. Tres semanas, ese era el tiempo que le habían anunciado que estarían; siendo habitual que los clientes permanecieran entre una y dos semanas, el hecho de que pasaran tanto tiempo ya era significativo; en adelante se las encontraría más de una vez.

Eso era algo que a Ced le haría desternillarse, estaba segura. No podía esperar a verlo para contárselo. El socorrista había salido a almorzar fuera ese mediodía por lo que Debra había comido con otros compañeros, lo vería al cabo de un rato cuando comenzara su turno de la tarde.

Esa noche les tocaba supervisar la noche de karaoke en el salón de fiestas pequeño, así que las risas estaban aseguradas. Cuando realizaban actividades, normalmente tenían que animar a los clientes a que participaran, y no había mejor forma que hacerlos cantar con ellos hasta que se lanzaran y comenzaran a hacerlo por su cuenta.

La noche de karaoke había empezado de una forma discreta, no obstante, cuanto más se acercaba la hora del cierre del restaurante que servía las cenas y los asistentes tomaban alguna que otra copa y se relajaban con una sobremesa distendida eran cada vez más los que se animaban a salir al escenario a pasarlo bien poniendo voz a sus temas preferidos. En ese momento, Debra estaba cantando con una pareja de coreanos una canción en inglés, la escena le grababa una sonrisa en la cara.

Ella estaba disfrutando al interactuar con todas aquellas personas de nacionalidades dispares, de hecho tenía la simpatía de la gente mayor y los niños, aunque los que más atención le prestaban era los varones desde la pubertad hasta los vejestorios más salidos. Procuraba mantenerlos a raya, entre otras cosas, era el motivo principal de que Pacey le hubiera puesto los turnos siempre con ella.

—¡Voy a quedarme sin voz! —declaró Debra en cuanto regresó a su lado después de cederles los micrófonos a dos ancianos que, por algún motivo, le recordaban a Stan Lee, solo que uno de ellos en una versión más delgada y alta y el otro en una un poco rechoncha que en esos momentos comenzaban a entonar las primeras notas de una canción *country* rodeándose el cuello el uno

al otro con camaradería.

—¿Te diviertes?

—Mucho —afirmó la adolescente apoyando una mano en su hombro—. Dame de beber, estoy seca —pidió posando la cabeza sobre sus propios dedos que reposaban sobre él.

Estiró el brazo y le pasó uno de los vasos de refresco que les habían servido hacía un buen rato, la joven bebió todo el contenido y lo depositó por su cuenta en la barra empujándolo con el movimiento.

—Disculpa.

Una chica algo mayor que Debra, aunque no por mucho, colorada como un langostino y no solo porque hubiera pasado demasiadas horas debajo del sol sin un buen protector, se dirigió a su compañera.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Sí, claro, ¿en qué puedo ayudarte? —ofreció la socorrista.

—Eh... ¿Puedes venir? Será solo un momento —pidió la chica de larga melena rizada.

Estaba algo apurada, notó cómo lo miraba de reojo, como si no quisiera que escuchara lo que tenía que consultar con ella, tal vez se trataba de algún tema íntimo, pensó.

—Sí, claro. —Su amiga le dedicó una mirada interrogante antes de seguir a la clienta para averiguar de qué se trataba.

Al rato volvía con una sonrisa diabólica que le hizo sonreír en respuesta, aunque de una forma un tanto menos peligrosa.

—¿Qué pasa? —preguntó Cédric cuando llegó a su altura.

—¿Sabes la chica esta que quería hablar conmigo? —comentó creando expectación.

—Sí.

—Pues resulta que ha venido con dos amigas —anunció traviesa.

—Ajá —articuló él para instarla a continuar.

—Querían que te preguntara si podías cantar con ellas —declaró al fin.

Debra soltó la bomba con esa sonrisa espeluznante que le hizo sentir un escalofrío.

—¿Qué les has dicho? —consultó.

—Que te lo preguntaría —repuso con suficiencia la socorrista novata—. Tienes que ir —advirtió componiendo una cara sombría.

—Vale —respondió alargando la a—. Que me avisen cuando les llegue el turno —aceptó.

Su amiga se giró con una sonrisa triunfal y los pulgares hacia arriba, provocando risitas nerviosas al grupo de mujeres. ¿Dónde se estaba metiendo? Cuando echó una ojeada por encima del hombro de su compañera, las tres chicas desviaron la mirada hacia otro lado pretendiendo seriedad. Miedo le daba.

Cuando le llegó el momento de acompañarlas sobre el escenario, tenían un tema movido de los ochenta preparado, y decía «preparado» porque las tres comenzaron a realizar un baile que ni los Power Rangers a su alrededor. Siguió el hilo de la canción todo lo que le fue posible aguantando la risa que la hilarante situación le producía.

Podía escuchar las carcajadas de la sala, giró la cabeza en dirección a la mujer que lo había metido en aquello y la encontró riendo a mandíbula batiente, sujetándose con una mano a la barra y con la otra el costado; evitó mirar en esa dirección el resto de la actuación o comenzaría él también y no podría acabar.

Al terminar la canción la sala aplaudió con ganas e incluso silbaron; Cédric fue derecho a su amiga quien lo recibió con vítores y aplausos. Al momento lo abrazó al tiempo que se disculpaba de forma entrecortada por la risa.

—Ya, ya —pronunció tratando de ponerse serio y no caer también en la carcajada.

—Cantas genial, gracias por subir con nosotras. —Una chica del grupo que por lo visto lo había seguido fue la encargada de hablar—. Deja que te invitemos a tomar algo para agradecerte...

—Gracias, chicas —cortó su ofrecimiento—. Lo he pasado bien —mintió—. Pero ya tengo mi bebida —comentó y tomó la cintura de Debra para pegarla a su lado todavía más ya que se había alejado de él en cuanto las chicas llegaron y comenzaron a hablar con él—. Con alguien.

Advirtió el instante en que las tres mujeres se percataban del significado que pretendía dar a sus palabras y la desilusión se dibujó en sus ojos. En seguida se marcharon hacia la mesa que habían ocupado.

—¿A qué ha venido eso? —consultó su compañera.

—Si quieren cantar, no me importa —dijo pasando el brazo por la espalda de su amiga hasta alcanzar el hombro—, pero no voy a entrar en su juego —aseguró compartiendo una mirada seria con ella.

—¿Debra?

La pregunta se coló entre los dos proveniente de una voz claramente masculina.

—No puede ser —musitó la adolescente en un susurro ahogado que pudo escuchar únicamente por su cercanía en esos momentos.

¿Conocía al tipo?

Se volvió despacio, con rigidez, como si esperara encontrar un fantasma.

—¿Jace?

¿Jace? ¿«Ese» Jace? ¿¡Qué diablos estaba haciendo allí!? Debra se había quedado de piedra y su cara había perdido todo rastro de color en un segundo. Él era la última persona que esperaba encontrar y Cédric estaba preguntándose qué clase de casualidad cósmica o ironía del destino era aquella.

Durante la cena tanto su madre como su abuela estaban de lo más emocionadas por haber encontrado, decían, en el hotel a la camarera que le salvó la vida a una mujer en el Scandon la noche que fueron a celebrar el cumpleaños de la segunda. En cuanto soltaron la noticia se puso en alerta. ¿Debra? ¿Debra

estaba allí? Pero estaban muy lejos de casa, no podía...

Imposible.

Lo más probable era que las dos mujeres se equivocaran o confundieran. Sí, seguro que habrían visto a alguien que se le parecía y el resto era cosa de su imaginación.

—Te digo que es cierto —aseguraba su madre a su tía por encima de la cabeza de su abuela que estaba en medio de ambas—. Mamá la encontró en el pasillo, fuera del comedor y pudimos hablar con ella. Es una chica tan simpática. Y muy agradable.

—¿Y te dijo que era la de aquella vez?

—Sí —intervino la anciana—. Es una chica tan maja... Supongo que me costó reconocerla porque llevaba un moño. Y el uniforme era distinto.

—Pero abuela, eso no puede ser —terció él con una sonrisa escéptica, convencido de que se equivocaban.

—¿Y por qué no? —replicó la mujer—. Era ella —sentenció—, dijo que vivía allí.

—Cierto —apoyó su madre—, entiendo que cerca del restaurante.

—Mamá —negó Jace con la cabeza—. Esa chica vive en nuestro pueblo —anunció sacando a su progenitora del error.

—¿Y tú como lo sabes? —interrogó su tía.

Todos en la mesa lo miraban sin pestañear.

—Porque va a mi instituto —reveló.

—¿La conoces? —Su madre aplaudió varias veces en el aire, emocionada.

—Por eso dudo que os la hayáis encontrado aquí —aclaró afirmando con la cabeza.

—Te digo que era ella—volvió a la carga la mujer más excitada que antes—. Nos dijo que era socorrista aquí y que nos veríamos por la piscina.

—De acuerdo, lo que digáis —concedió seguro de que ambas estaban en un error.

No podía concebir que Debra estuviera allí, trabajando de socorrista en el

mismo hotel al que su familia había decidido ir de vacaciones. Su mente podría explotar si intentara hacerse a la idea de que algo así podría ocurrir en la vida real.

Terminaron de cenar y al salir al pasillo encontraron escrito un anuncio en una pizarra informando que esa noche había karaoke en uno de los salones, ya habían escuchado a varias personas en el restaurante diciendo lo divertido que había sido la semana anterior y a otros que no se lo perderían.

—¿Vamos a ver de qué se trata? —sugirió su padre.

Acordaron dirigirse hacia el lugar indicado y, a decir verdad, esperaba algo realmente cutre; aunque escucharon las risas desde el pasillo y aplausos rabiosos entre carcajadas, tenían a la sala prácticamente en pie en el momento en que entraron al salón. Buscaron una mesa libre por los alrededores después de compartir una mirada de esas que decían sin palabras: «¿Nos quedamos un rato?».

Mientras los siguientes en cantar tomaban su lugar en el escenario, una pareja riendo y abrazándose le hizo volver la vista hacia ellos, debían de ser los que acababan de bajar de cantar, los que tantos aplausos habían obtenido.

La chica tenía una melena que le llegaba a media espalda ondeando alrededor, zapatos negros discretos, pantalón pitillo del mismo color y una chaquetilla, si se la podía llamar así, de punto; de esas que parecen una telaraña, de color arena encima de un suéter fino también negro, de manga larga. Iban conjuntados; él llevaba unos tejanos azul marino, náuticos y camisa de color arena también.

Tres chicas más se encontraban con ellos. Los vio intercambiar algunas palabras y a él tomar a la mujer, que había estado abrazándolo hasta que las otras llegaron, por la cintura de forma territorial e inquisitiva. En cuanto las otras se marcharon, la pareja se movió un poco, se miraron el uno al otro y pudo ver el perfil de ella. No podía ser.

Sintió el suelo abrirse debajo de sus pies y a sí mismo iniciar una caída repentina. No era posible. ¿Era ella de verdad?

La pareja parecía de lo más compenetrada, él acarició la espalda de ella con las miradas trabadas. En ese instante podía ver su rostro incluso mejor que hacía un momento; y sin embargo, todavía tenía serias dudas de que sus ojos no le estuvieran engañando. Se acercó despacio. ¿Sería posible?

Ella solía llevar el cabello recogido en una coleta alta que oscilaba con cada paso que daba de una forma que le parecía de lo más graciosa. Jace no sabía cómo reaccionar si en verdad se trataba de quien creía, o lo que haría de ser así. Además de que estaba en los brazos de ese tío. ¿Quién era? ¿Su novio?

—¿Debra? —formuló con un hilo de voz.

La joven se volvió despacio, tan sorprendida como él por la reacción que apreció en su cara.

—¿Jace?

Cada uno se quedó plantado en el sitio, estudiando al otro como si no pudieran creer lo que ocurría. Estaba tan distinta de como solía verla en el instituto... Sonriente, radiante, la encontró relajada. Preciosa.

—No puedo creer que estés aquí —dijo él en cuanto el carraspeo del hombre que la acompañaba lo devolvió al presente y se acercó para abrazarla.

No podía estar más sorprendido y encantado de encontrar allí a la chica que poblaba cada uno de sus pensamientos. Ella le devolvió el abrazo con timidez. Supuso que le daba corte tener un encuentro inesperado, con más motivo, por ir acompañada. Recordó al tipo que estaba a su lado y una capa de rabia, celos y duda tiñó la rebotante emoción que había supuesto ver a Debra. ¿Quién era él?

—Yo también estoy... alucinando —contestó la muchacha en cuanto se separaron.

—Te dije que era ella —intervino su abuela apareciendo a su lado.

—Abuela —dijeron Debra y él al unísono, solo que en distintos tonos, el suyo de reproche, el de ella asombrado.

—Bueno, bueno, menuda sorpresa —terció su madre asiéndolo por los hombros—. No sabíamos que fuerais al mismo instituto...

La adolescente boqueó apabullada.

—Cédric Hunter. —El tipo que continuaba rodeando con su brazo a Debra se presentó y alargó la mano hacia cada uno de ellos que la tomaron encantados, presentándose también.

—Él es mi compañero —explicó ella—. Y un buen amigo —añadió—. Debra Scott, para servirles —continuó, imitando el gesto del tío que la acompañaba y saludó a cada miembro de su familia.

—¡Qué pequeño es el mundo! —señaló su tío entusiasmado.

—Así que es cierto —retomó la palabra Jace—. ¿Estás trabajando de socorrista aquí?

—Sí —respondió ella.

—Esta noche, además, somos los encargados del karaoke ¿por qué no buscan una silla, toman algo y cuando estén preparados se arrancan con alguna canción? —interrumpió el tal Cédric.

Obnubilados por el sorpresivo reencuentro, sus familiares no dudaron un segundo en hacer lo que el tipo sugirió. Por su parte, continuaba pasmado en el lugar, haciéndose a la idea de que la tenía delante. Aunque tenía muchas preguntas también.

Una niña tiraba de la chaqueta de Debra y esta se volvió, al verla se agachó para escuchar lo que tuviera que decir. Habló en un idioma que Jace no reconoció, pero lo que más le sorprendió fue que la chica que le gustaba respondiera en el mismo idioma.

—¿Qué pasa? —preguntó el tipo que estaba con ella.

—Oh, dice que su padre le ha dicho que me pregunte si puedo cantar con su hermano y con ella —explicó en un tono tierno que no le había escuchado hasta entonces.

¿Seguro que no estaba soñando? ¿En verdad aquella chica era Debra? ¿La que siempre parecía tensa y en guardia?

—Jace, ¿vienes? —llamó su madre.

—Tengo que... —comentó hacia la joven señalando a su familia con el

pulgar.

—Sí, yo tengo trabajo —aseguró ella.

—¿Hablamos luego? —Su pregunta tenía más de petición que de consulta.

—Claro —repuso Debra.

Ocupó uno de los asientos de la mesa que sus padres habían encontrado. No podía apartar la mirada de la chica a la que había encontrado tan distinta de su forma de ser habitual. ¿Cuánto más había acerca de ella que no conocía? Y, por su madre, ¿qué relación tenía con ese Cédric!?

Si antes pensó que no entendía a la muchacha, ahora no podía estar más confundido.

Aunque ello no hacía sino constatar las ganas que sentía crecer en su interior por conocerla mejor, descubrir cada aspecto de su personalidad y los motivos por los que había decidido trabajar durante el verano.

Eso le recordó... ¿Cuánto tiempo iba a estar ella en el hotel?

Más que nunca, quería hablar con Debra y poder preguntarle acerca de todo. Por otra parte, pensó, ¿allí es donde ella había estado todo el verano? ¿Mientras él se pudría sin hacer nada en su pueblo, había estado trabajando?

La admiración que ya reconocía sentir hacia la chica aumentó de forma exponencial, Debra Scott era una caja bien repleta de sorpresas.

¿Cómo debía agradecer al cielo el haber podido coincidir en un lugar tan lejano e inesperado?

Observó el comportamiento del tío, elucubrando, tratando de adivinar si eran o no pareja; él la seguía allí donde iba con la mirada. Si de verdad estaban saliendo explicaría muchas cosas. Tal vez había estado pillada por ese tipo todo el tiempo y por eso se negó a que salieran juntos. No obstante, pensó, en ese caso, ella habría mencionado su existencia en algún momento, ¿no?

¿O tal vez se habían conocido durante las vacaciones?

Las dudas estaban haciendo que se sintiera mareado; las dudas y las miradas que se dedicaban esos dos.

Capítulo 15

—**R**espira, no te preocupes, cada vez que te pongas nerviosa, solo mírame.

Eso era lo que Ced le había dicho cuando le confió con voz temblorosa que no podría seguir cantando ni con esa pequeña y su hermano ni con nadie sabiendo que Jace se encontraba ahí mismo, a pocos metros.

¿¡Qué hacía allí!?

Su compañero la alentaba con la mirada y una sonrisa confiada cada vez que lo necesitaba; a pesar de ello su nerviosismo distaba mucho de desaparecer. Ya no era solo la sorpresa de que se encontraran en un lugar tan alejado y distante de su residencia habitual, si no también que aquellas mujeres con las que había hablado, clientas del Scandon, resultaran ser su madre y su abuela.

Y cuando pensaba que había conocido también a su padre, primos y tíos... Algo en su cabeza daba vueltas sin parar, como una atracción de feria estropeada que giraba una y otra vez a velocidad vertiginosa. ¿Qué iba a hacer?

Había estado a punto de hiperventilar por un segundo antes de que Cédric le sujetara la cara con esa ternura que siempre le mostraba y le hablara con su tono de voz más tranquilizador. Su consejo le había servido, era cierto.

Cada vez que comenzaba a entrar en pánico, una mirada y encontrarlo con ella aun en la distancia la hacía sonreír de nuevo. ¿Podía pedir unos amigos

mejores que él y Nat? En realidad sí, podría pedir que Natalie estuviera también allí, pero eso ya era demasiado, temía.

¿Qué clase de broma del destino era aquella en la que Jace apareciera de vacaciones en el Pacific?

Por suerte, el resto de la velada estuvo de lo más ocupada y gracias a que Ced la excusó de cuantos la buscaron después, alegando que tenían que recoger cuando los clientes se retiraran, los dos quedaron a solas en cuanto el salón quedó vacío; incluidos Jace y su familia.

Recogieron el equipo y los cables del karaoke y echaron una mano a los camareros a recoger las mesas que también habían tenido lo suyo ya que la noche había sido larga.

—No te molestes, en serio —objetó Brad desde detrás de la barra cuando le llevó unos cuantos vasos más.

Debra sabía que a los camareros les quedaba trabajo por delante, debían dejar la cristalería en los carros después de pasarla por el lavavajillas, lista y limpia para ser usada de nuevo al día siguiente y quería ayudar un poco al menos.

—No es molestia —repuso—. No puedes estar recogiendo las mesas y limpiando tras la barra al mismo tiempo. Si tienes todo aquí algo de tiempo ganarás.

—Deb —llamó Cédric desde el escenario.

—Voy —respondió cambiando su atención de uno a otro, luego se volvió de nuevo hacia el camarero—. Tenemos que ir a llevar las cosas a la sala de suministros —explicó excusándose.

—Claro, ve. Por cierto —añadió alzando la voz para que pudiera escucharle pues ya estaba a medio camino del escenario—, gran espectáculo el de esta noche ahí arriba. —Brad señaló con el mentón hacia el lugar al que se dirigía arrancándole una carcajada.

—Gracias —articuló entre risas.

Pusieron cada cosa en su lugar, por suerte tenían un carrito donde depositar

todos los cables, micrófonos y también el televisor, a pesar de que era mejor llevarlo entre dos porque el peso era considerable. Abrió la puerta y la cruzaron con cuidado de no golpear nada, llevaban apenas unos metros recorridos cuando esa voz volvió a erizar su piel.

—Debra, ¿podemos hablar?

El momento que tanto había temido desde que lo encontró en el salón había llegado.

—Tenemos que guardar todo esto —expuso a toda prisa.

—No pasa nada, espero.

—¿Sí? —contestó sorprendida.

Él cabeceó en respuesta.

—¿Por qué no la esperas en el bar junto a la piscina? —propuso Cédric, adelantándose.

Jace la observó en busca de su confirmación, Debra afirmó con la cabeza, incapaz de hablar en ese momento ya que se había quedado en blanco.

—Entonces estaré allí —afirmó el chico.

En cuanto se fue, caminando de forma pausada por el corredor, dejó escapar el aire que había estado reteniendo desde que la interpeló.

—Vaya, creo que nunca te había visto así —comentó Ced.

—Cállate. Esto tiene que ser alguna clase de broma —murmuró sonrojada—. En serio, ¿tú lo ves como algo normal?

—Cosas más extrañas pasan a diario —repuso su amigo encogiéndose de hombros—. Aunque vas a hacer que me ponga celoso si sigues comportándote así cuando él aparece.

—No puedo evitarlo —resopló.

—Lo sé, lo sé, solo bromeaba. ¿Quieres que vaya también?

—¿Eh? ¡No! Bueno, no sé. Estoy hecha un lío —añadió—. Ya me había hecho a la idea de que esa parte de mi vida la enfrentaría cuando volviera a casa. No esperaba que fuera a encontrármelo aquí de todos los lugares posibles.

Dejaron el material a buen recaudo, cerraron con llave y la depositaron de nuevo en recepción; al terminar con aquella última tarea se quedaron un rato fuera, a pocos metros de la entrada principal del hotel, donde su amigo le dio ánimos para afrontar el siguiente paso.

—Si me necesitas solo tienes que llamar o enviarme un mensaje —decía él.

—Te lo agradezco. De verdad —añadió mirándolo a los ojos—. Ya me voy.

—Recuerda que mañana empezamos a primera hora —pronunció Ced con sorna y alzando un poco la voz mientras ella regresaba dentro.

Lo mandó callar y le sacó la lengua antes de cruzar las puertas acristaladas. Inspirando y espirando para calmar sus nervios caminó marcando cada paso hasta el lugar en el que habían quedado. El olor característico que desprendía el agua la ayudó a relajarse; estaba en su ambiente, el medio que la ayudaba a rebajar tensiones y apaciguar la inquietud de su mente. Respiró con fuerza ese aroma y continuó hasta el establecimiento situado en el lateral.

El lugar se parecía bastante al de un bar de deportes, solo que con la clase y la elegancia que Pacey conseguía en todo aquello que tocaba. La barra y las paredes estaban cubiertas de madera del mismo color, aunque le constaba que eran dos tipos distintos, la superficie de la barra estaba elaborada con un conglomerado de materiales en los que predominaba el color blanco, a pesar de tener motas grises de distintos tamaños y envuelto en resina que le conferían un aspecto de mármol pulido que solía maravillar a los clientes.

Junto a la pared, las mesas eran alargadas y los asientos daban privacidad a cada espacio pues eran bancos con respaldos altos que separaban unas de otras; cerca de las cristaleras desde las que se podía ver la zona de recreo exterior había pequeñas mesas para dos comensales, la mitad de ellas ocupadas en esos momentos. Aquella cafetería siempre tenía clientela, era el lugar ideal donde poder tomar algo y charlar con tranquilidad.

Encontró a Jace en una de aquellas mesas, en la esquina más alejada de la puerta. Se puso en pie en cuanto la vio llegar. Debra saludó a Carly que se encontraba tras la barra esa noche y continuó hasta llegar junto a él.

Cuando salió de su pueblo se había hecho a la idea de que no vería a Debra hasta su regreso, por lo menos, aunque por algún capricho del destino, allí estaba. La otra noche pudo hablar con ella y comprendió lo que había ocurrido. Le explicó que ambos negocios eran de familiares, tíos suyos; en uno pasaba gran parte de algunos fines de semana y en el otro los veranos. De ahí que no recordara haberla visto por el pueblo en esas fechas.

Esa mañana, tras desayunar con sus padres y su abuela a toda prisa para salir rápido con tal de verla, aunque fuera de lejos; la encontró caminando por recepción hacia la zona de la piscina junto a Cédric en pantalón y polo de manga corta y deportivas con el cabello completamente recogido en la parte alta de la cabeza. Verla le dejó una imagen que lo acompañó durante toda la excursión que su familia había programado; porque no bastaba con ir juntos al mismo lugar, se trataba de mantenerse unidos la mayor parte del tiempo.

Y le gustaba, de verdad que lo hacía, pero descubrir que Debra estaba allí, en el mismo hotel, le generaba aun más ganas de estar con ella que las que había tenido antes de finalizar el instituto.

Regresaron después del almuerzo, también contratado en un restaurante al finalizar la excursión, y fue a cambiarse a la habitación a toda prisa para bajar a la piscina, donde imaginaba que todavía estaría. La encontró hablando con unos extranjeros; llevaba el bañador y los pantalones cortos de antes, parecían ser una parte del uniforme, se fijó en que todos sus compañeros vestían igual. Salvo porque la versión masculina eran unas bermudas un tanto más largas. La femenina les llegaba a medio muslo.

No quería molestarla mientras estaba trabajando, ni quería ser el típico chico colado que andaba detrás de la chica en cuestión; no obstante, había algo que lo atraía hacia Debra. Le pasó por la cabeza la idea de que su comportamiento era igual que el de las chicas que lo perseguían en el pueblo. No quería ser esa clase de tío. Dio media vuelta y fue a las máquinas de

arcade, consiguió echar una partida y disfrutó como un enano. Luego llegaron sus primos y tras hacer algunos turnos para picarse entre ellos, decidieron subir a la sala de juegos; poco después se cansaron y bajaron a la piscina a encontrarse con los adultos.

Tratando de no parecer un pringado, anduvo hacia las tumbonas donde se había situado su familia echando solo rápidos vistazos, de reojo, en la dirección en la que se encontraba Debra para comprobar si se había percatado de su llegada. La chica estaba hablando con un grupo de niños que gesticulaban con el desgarbo y desparpajo propios de la edad. Ella se había agachado para poder interactuar con ellos a la misma altura, sin embargo, los niños iniciaron una rápida retirada en cuanto el compañero de Debra apareció.

—Jace, ¿puedes ir al bar a pedir unas bebidas?

Su madre, desde la posición que había tomado en la tumbona, boca arriba, ni siquiera abrió los ojos para dirigirse a él.

—¿Ahora?

—¿Por favor? —pidió de forma interrogante.

A pesar de las tiranteces que en ocasiones surgían en la relación con sus padres, no podía decir que se llevara mal con ellos; de hecho, reconocía que eran más *guays* que los de sus amigos, aunque no dejaban de ser padres y, ¿cómo decirlo? Eso de sentir cierta cantidad de resentimiento era algo casi visceral.

Tras saber qué quería cada uno, su padre le dio dinero con la promesa de que podría quedarse con el cambio, si lo había. Se acercó a la piscina, donde descansaba su abuela cual tortuga. Aunque la imagen quizás recordaba más a la de un cocodrilo reposando en un río, ya que solo podía verse la mitad de su cabeza por encima de la superficie. A la mujer le encantaba el agua, podría pasar horas allí adentro.

—Abuela, voy por unas bebidas, ¿te traigo algo?

La mujer se irguió para responder.

—Oh, un refresco de esos con leche de coco. Los que llevan la sombrillita

esa tan mona.

—De acuerdo —musitó sin saber con exactitud a qué refresco se refería, todos llevaban la misma decoración.

—Gracias, hijo. Qué bonito eres, si no fuera por los *piercing* esos... —la escuchó murmurar cuando se daba la vuelta.

Respiró hondo y se recordó que contestarle tal como era su primer impulso, cosa que habría hecho de tratarse de cualquiera de sus compañeros de instituto o amigos, no sería apropiado; como diría su madre justo antes de castigarlo quitándole algo que le gustara y, tal como estaban las cosas en ese momento, no quería que eso ocurriera.

—Eh, Jace —lo llamó Debra sorprendentemente cerca. Caminaba hacia él con un deje de sonrisa—. Os habéis perdido el juego de baloncesto acuático.

—Ah, ¿sí? Quizás mañana. —Se encogió de hombros.

—Mmm... Mañana hay *volleyball* —informó ella—. Pero al otro habrá guerra de agua.

—Genial. Si mis padres no tienen alguna otra excursión organizada... —comentó irónico.

—Ya. ¿Lo habéis pasado bien? —se interesó la socorrista.

—Creo que ellos han disfrutado más, la verdad —reconoció.

—Claro —rio la joven con ganas—. Oye, más tarde, después de cenar, algunos saldremos a dar una vuelta, por si quieres apuntarte.

¿Lo estaba invitando? Esa era una buena señal, ¿verdad? Una muy buena señal, ¿no?

—Oh, bueno, tendré que preguntar. Mis padres y tíos han organizado esto para que estemos todos juntos, ya sabes. Todo el tiempo —remarcó.

Debra volvió a regalarle otra de aquellas risas que tan fantásticas le parecían. ¿Cómo era posible que no la hubiera visto así en el instituto? Se hubiera fijado en ella mucho antes, brillaba con una luz que deslumbraba, era absolutamente arrebatadora. ¿Acaso era por aquel lugar? ¿Por ese Cédric? ¿Qué era lo que hacía que actuara de una forma tan distinta?

Pasó lo que quedaba de la tarde disfrutando de las agradables vistas desde su posición privilegiada como cliente, hasta que sus padres decidieron que el momento de ir a cambiarse para cenar había llegado, poco antes de la hora de cierre de la piscina.

Las semanas pasaban y Cédric era testigo del acercamiento que Debra y ese chico, Jace, tenían. Desde salir de fiesta con ellos por las noches a estar presente en cada plan que proponían. A pesar de que la relación entre ellos no había cambiado con la aparición del chaval, era cierto que parecía más nerviosa. Sabía de primera mano algunas de las cosas que habían ocurrido entre Debra y Jace y que, al menos durante esos días en los que él estaba veraneando en el Pacific con su familia, ninguno sacó a colación. Tampoco hubo avance alguno por parte de cualquiera de ellos.

No obstante, el día de fiesta de su compañera se acercaba. Le había advertido de que no haría planes con él, Jace le pidió que le enseñara los alrededores e irían también a la playa. Lo supo al momento; la pareja de adolescentes iban a estar todo el día solos y Pacey, aun siendo informado de la cita de su sobrina, la dejaba ir alegremente. A pesar de que las cosas entre él y Debra se hubieran aclarado, no dejaba de preocuparle lo que pudiera pasar.

—Pacey, ¿tienes un minuto? —llamó a la puerta que, salvo que se encontrara reunido, el director del Pacific siempre dejaba medio abierta.

—Claro, pasa —invitó su jefe—. ¿Qué te preocupa? —instó el hombre al ver que tomaba asiento y guardaba silencio desviando la mirada hacia todas partes para evitar enfocarla en él.

—¿Sabes que Debra va a salir mañana con ese chico? —dijo al fin, mirándolo de frente.

—Sí, claro que lo sé —afirmó.

—¿Y que van a estar fuera todo el día? —señaló Cédric.

—En efecto.

—¿Y no te parece raro? ¿Para nada?

—Bueno, es un compañero de su mismo instituto —expuso el hombre con sobriedad—. Además, Debra conoce muy bien la zona y es la primera vez que el chico viene de vacaciones por aquí.

—No me refiero a eso —replicó molesto.

—Ya sé a qué te refieres, Ced —comentó su jefe con esa actitud que exudaba de tenerlo todo bajo control. El hombre se enderezó en el asiento, recostándose en el respaldo—. Nunca le he puesto pega a que Debra saliera a dar una vuelta contigo o con cualquier miembro del equipo, ahora que ha demostrado de sobras que puedo confiar en ella, y que es lo suficientemente madura como para tomar sus propias decisiones, no puedo cambiar las normas. Ella vino a pedirme permiso en primer lugar y estará localizable por si surgiera cualquier cosa —añadió—. ¿Hay algo que, tal vez, me haya perdido?

—No, nada de eso. Somos buenos amigos, nada más. Pero me preocupo por ella.

—Lo sé. Y te lo agradezco. Pero ella, como tú hace unos años, está decidiendo su propio camino. Y con quién se vea, es algo en lo que no podemos interferir.

—¿Lo has conocido? ¿Qué piensas de él?

—Por lo que he escuchado, tú lo has podido conocer mejor que yo —contestó Pacey—. Es un buen chico. Guapete —añadió—, sé que ha causado algún revuelo entre algunas clientas más jóvenes.

—Sí —replicó con amargura—. Y Debra está colada por él —escupió sin darse cuenta de que hablaba en voz alta.

—¿Eso es lo que te preocupa? —Su jefe comenzó a reír.

—¿Lo sabías? —interrogó anonadado por la respuesta a su declaración no intencionada.

—Me lo he podido imaginar —comentó con una sonrisa misteriosa—. Solo

hay que ver cómo se miran cuando el otro no se da cuenta.

—Y aun así vas a dejar que vaya con él y te vas a quedar tan tranquilo...

—Ay, Ced. Cualquiera diría que estás celoso...

¿Celoso él? Pues tal vez. Sí, pero no del tipo romántico, simplemente no le gustaba ser testigo de cómo la herían. ¿Cómo podría simplemente echarse a un lado y dejar que ese Jace, o cualquier otro guaperas, jugara con las emociones de la adolescente? Por muy madura y centrada que resultara ser la personalidad de Debra, no dejaba de ser una niña. Sí, había pasado por un período de confusión en el que pensó en la relación que tenían de forma equivocada, pero hablaron y pudieron aclarar las cosas.

Era cierto, lo que sentía por Debra era profundo, ella era como familia para él. Y no quería que nadie la dañara.

Estaba que no cabía en sí, había quedado en encontrarse con Debra a la mañana siguiente en la puerta del hotel. Irían a la playa, comerían por ahí y darían una vuelta. Apenas podía creer que fuera real, habían pasado mucho tiempo juntos las últimas dos semanas; en unos días su familia y él regresarían, pero no quería pensar en ello todavía.

Movía los dedos sobre los botones de la máquina de *arcade* a la que se había aficionado a echar una partida de tanto en tanto. Ella era tan diferente allí que lo asombraba. Era como conocerla de nuevo, alejados de todo lo que suponía su rutinaria vida. Ella era una persona inteligente, con una mente que trabajaba a una velocidad desconcertante en ocasiones; sin embargo, era uno de los rasgos que, había descubierto, más le gustaban.

Lo dejaba perplejo que alguien de su edad pudiera tener las cosas tan claras; Debra era la chica que había robado su corazón, no le daba miedo admitirlo; porque sí, estaba enamorado de ella y, sin pretenderlo, se había convertido en un cliché de película romántica andante. Sentía que lo mismo

podía escribirle una carta explicando las emociones que le creaba el ver su sonrisa, como ponerse a cantar su amor a los cuatro vientos.

Era como si alguien le hubiera enchufado una manguera de energía y cargado sus baterías dejando a un lado la desidia que venía sintiendo desde tiempo atrás y la substituyera por completo por alegría, por ganas; podría hacer cualquier cosa si era ella quien se lo pedía.

—Tenemos que hablar. —La voz masculina, seca, sonó agria a su espalda.

Giró la cabeza y se encontró con Cédric, el compañero de trabajo y buen amigo de Debra. Ella le había explicado que su relación era como la que tenía con Natalie, era su mejor amigo. Sin embargo, y a pesar de saber eso, a veces la forma que tenía él de mirarlo lo ponía nervioso.

—Claro, ¿qué pasa?

—Aquí no. Demos una vuelta —propuso el socorrista.

—De... acuerdo. De todas formas la máquina me estaba dando una paliza —dijo cuando en la pantalla salió el mensaje que le indicaba que había perdido.

Salieron del hotel y caminaron hacia la zona de bares y restaurantes del paseo marítimo en silencio. Jace optó por mantenerse callado hasta que el otro empezara a hablar, aunque parecía estar dando tumbos sin ton ni son. Finalmente pareció interesarse en una terraza que a aquellas horas estaba todavía bastante vacía.

—¿Te vas pronto, no? —Fue la primera pregunta de Cédric, directo a la yugular.

—Sí —reconoció sintiendo la punzada que aparecía cada vez que lo recordaba—, en menos de una semana.

—Vuelves a casa —puntualizó el otro.

—Ajá.

—Al mismo lugar en el que vive Deb.

Eso era algo que le molestaba. Esa forma de llamarse entre ellos acortando el nombre. También lo hacía con Natalie; no obstante, con Cédric era... Diferente. Casi como una forma de dejar al resto de personas fuera, como si

evidenciara la íntima relación que mantenían.

—Eso es —contestó comenzando a sentirse incómodo por la forma del socorrista de incidir en ese punto.

—Has estado muy cercano con ella estos días —continuó—. ¿Donde vivís... sois amigos?

—Lo cierto es que no lo éramos —contestó Jace—. Nuestros grupos de amigos son diferentes y apenas se relacionan, aunque hablábamos de vez en cuando.

—Y, sin embargo, le pediste salir.

¿Él sabía aquello? ¿Cómo...? Y lo más importante, ¿por qué lo mencionaba? ¿Era una advertencia? ¿Pretendía marcar territorio en torno a Debra o había algo más?

—Así es —confirmó.

—Pero ella te rechazó —continuó el socorrista.

—Sí, veo que ya conoces toda la historia —respondió entre dientes.

—Exacto —afirmó Cédric—. Por eso mismo, entenderás que me preocupe. ¿Qué pasará cuando regreses? ¿Cuando vuelvas a tu entorno? Lo he visto demasiadas veces, todo vuelve a ser como antes, los errores se cometen a montones en verano, uno está de vacaciones, es normal. Todo es distinto.

—No sé lo que va a pasar. Yo solo sé que quiero estar con Debra, ahora incluso más que antes —declaró—. Y no me importa lo que pienses, no tienes que preocuparte de que esté jugando con ella.

—Conozco a los tipos como tú —comentó desdeñoso el socorrista—. Sois guapos, las tías os saltan encima, tú mismo reconocerás que has salido con un montón de chicas, los dos lo sabemos.

—Es cierto. ¿Y qué?

—Deb no es como las demás —sentenció Cédric.

—Lo sé. No se parece a nadie que conozca —reconoció él.

—Como amigo no puedo decirle a Debra qué hacer, pero, te lo advierto, si le haces daño, caeré sobre ti como un temporal. Los novios pueden ir y venir,

sin embargo, yo siempre estaré a su lado. No sé si me estás entendiendo.

Perfectamente. La advertencia le llegó alta y clara. Aunque no era algo de lo que tuviera que preocuparse, se dijo, porque protegería a la chica que quería por encima de todo.

Capítulo 16

Los nervios la consumían desde bien temprano, ¿por qué le habría hecho caso a Liv y compró un bikini nuevo en la tienda? Ni siquiera estaba segura de que le quedara bien. La parte de abajo era una braga negra con tres bandas en los laterales que iban a juego con los tirantes de la parte superior, estos se entrecruzaban en la espalda, dejando gran parte de esta al aire, a excepción de una banda más ancha que salía desde un lado del pecho y sujetaba con firmeza la pieza y los senos; estos, a su vez, quedaban cubiertos por un trozo de tejido que caía en ondas, decorada con un bonito patrón confeccionado con perforaciones triangulares. Por debajo era un sostén negro, pero el rosa pálido de la ropa que quedaba sobrepuesta y el juego visual del patrón hacían que se sintiera un poco menos expuesta.

Tras extender las toallas sobre la arena y dejar las bolsas, Debra desabrochó los pantalones tejanos cortos que había elegido y los dejó resbalar hasta el suelo, los dobló evitando mirar a Jace que estaba colocando las sandalias boca abajo a un lado de su toalla, tocando la de ella. No había ningún espacio entre medias. Metió los pantalones en la bolsa de lona y se quitó la camiseta de algodón estirando los brazos por encima de la cabeza, la dobló antes de guardarla; cuando levantó la cabeza la estaba mirando, también se había quitado la parte de arriba y su torso quedaba al aire.

No podía decirse que fuera un chico de grandes músculos, tampoco los tenía tan marcados como Ced, no; Jace tenía un cuerpo fibroso, algo desgarrado,

una mezcla que resultaba de lo más atractiva para ella. No tenía vello en el torso, su piel había adquirido un ligero matiz dorado debido a los días que había pasado al sol haciendo que el azul de su mirada refulgiera aun más resaltando sus facciones.

Cada vez que él había estado en la piscina con aquel mismo bañador, puso todo de su parte para no fijarse demasiado, procurando mantenerse atenta a los requisitos de su puesto de trabajo.

Jace carraspeó.

—Bonito. El bañador —aclaró el chico.

—Eh, gracias —dijo llevando de forma automática una mano a la parte central de su cuerpo para tapar el vientre de la vista al tiempo que comprobaba que la parte de abajo del traje de baño continuara en su sitio.

—¿Quieres que vayamos a darnos un baño o prefieres quedarte en la toalla un rato? —preguntó Jace señalando el agua por encima del hombro con el pulgar.

—Mejor vayamos a bañarnos —contestó a duras penas.

Era extraño estar con Jace Reeve en la playa, los dos solos. El estar allí, lejos de todo lo que rodeaba la hostilidad de su día a día, en un entorno que conocía tan bien y en el que se sentía segura provocó que se relacionaran de otra forma, sin tiranteces, podía hablar con él como siempre había querido hacer, de tú a tú, sin notar ese nudo atenazando su garganta; sin embargo, la sensación de vértigo no desaparecía del todo en su presencia.

Caminó con decisión hacia el ligero oleaje y se adentró poco a poco al agua; en cuanto esta le llegó por encima de medio muslo, juntó los brazos y saltó para zambullirse, emergió con la cabeza hacia atrás para que el cabello no le cayera por la cara y se dio cuenta de que él continuaba de pie a unos metros con el agua por las rodillas.

—Está a la temperatura ideal —dijo para animarlo a seguirla.

Él dio unos pasos hacia delante y ladeó el cuerpo, levantó una mano para realizar un saludo militar y se dejó caer en el agua haciendo que se le escapara

una carcajada en el proceso. Su cabeza salió de nuevo a la superficie a unos metros de ella.

—Qué payaso —articuló con la risa aún sobrevolando su voz.

Jace se acercó con una larga brazada y se quedó junto a ella. El agua le goteaba desde las puntas del cabello que caía por su frente y que echó hacia atrás pasando una mano de forma descuidada para peinarlo.

—No todos tenemos una forma elegante de darnos un chapuzón.

—¿Elegante? —repitió dedicándole una mirada incrédula en la que incluso arqueó una ceja.

—Ajá... Ha sido como ver a una sirena volviendo a casa —comentó Jace.

—Claro, nos entrenan para eso —aseguró—, lo de ser socorrista es una tapadera —bajó la voz en tono confidencial.

—Tu secreto está a salvo conmigo —aseguró él en un susurro.

Entre risas y brazadas cortas permanecieron cerca de la orilla, disfrutando del clima, del sol calentando la piel y de la sensación de abrigo del agua una vez que el cuerpo se aclimataba a la temperatura de esta.

—Hagamos algo —propuso Jace después de haber dejado pasar los minutos observando al resto de bañistas desde su posición.

—¿En qué estás pensando?

—No sé... Nademos hasta la boya.

—¿Quieres que compitamos? —comentó con arrogancia.

—Estaba pensando más bien en pasar el rato, pero ahora que lo dices...

Jace se estiró para comenzar a nadar a toda prisa hacia el lugar mencionado.

—Ahora verás —murmuró comenzando a nadar ella también.

Con brazadas largas y paleando con los pies con energía, nadó como sabía, dispuesta a ganar. Llegó a tocar la boya y se giró con una sonrisa de triunfo a esperar a que el chico, al que había pasado varios metros atrás, llegara.

—Vaya, eso ha sido realmente rápido.

—Te lo he intentado decir —repuso ella—. Venga, va, te espero.

—Estoy cansado —manifestó Jace.

—Ya casi estás, te quedan solo unos metros —animó.

Debra se giró a mirar el crucero que podía divisarse en el horizonte.

—No sé, no creo que pueda —contestó él.

—Va, no seas... —Volvió a girarse al tiempo que respondía. Estaba sola—. ¿Jace? ¿Dónde...? —Había estado allí mismo hacía un momento—. ¿Jace?

Nadó hasta el punto en el que lo vio por última vez y lo llamó una vez más, la preocupación se abría paso con fuerza en su cabeza, a pesar de ello la mantenía a raya para poder pensar con claridad. Se zambulló para buscar debajo del agua. Nada.

—¿¡Jace!?! —voceó cuando volvió a la superficie.

Continuaba sin haber señales del chico y volvió a sumergirse. Al sacar la cabeza para tomar aire por segunda vez, sintiendo como el pánico comenzaba a ganar terreno, lo escuchó.

—Debra, ¿qué haces ahí? —preguntó perplejo.

—¡Jace! Dios, qué susto me has dado —respiró aliviada al ver su rostro interrogante junto a la boya.

—He pensado en sorprenderte buceando hasta aquí, pero cuando he llegado no estabas.

—Pensé que te estabas... —enmudeció al darse cuenta de lo que iba a decir a continuación y los recuerdos aparecieron con fuerza.

—¿Ahogando? —terminó por ella.

Debra apartó la vista y la bajó, avergonzada, intentando esconder lo mucho que se había preocupado, percatándose de cuán exagerada había sido su reacción.

—Eh. —Posó una mano en su mejilla para que lo mirara—. Estoy bien. Pero gracias por preocuparte por mí.

—¿Cómo no iba a hacerlo? —replicó en un murmullo.

—Lo siento —añadió el chico—. Siento haber hecho que te preocupes —pronunció cada palabra de aquella disculpa trabando su mirada en la de ella

mientras su mano continuaba acariciando su rostro.

—No, yo siento haber exagerado...

Sus palabras quedaron ahogadas por los labios de Jace que se unieron a su boca de forma repentina. Se abrazó a él dejando que la marea los meciera sin arrastrarlos pues ambos se sujetaban a la boya con una mano. Sus lenguas, igual que sus piernas, se enredaron mientras el movimiento del mar hacía que sus cuerpos se rozaran casi por completo uno contra otro.

Después de aquel primer beso, habían venido muchos más. Volvieron a situarse cerca de la orilla, tonteando, jugando, disfrutando del contacto que la cadencia del agua creaba alrededor propiciando que sus cuerpos se encontraran. Le resultaba imposible apartar las manos de Debra, sentir el contacto bajo su palma era ya una necesidad a la que no podía negarse.

Salieron del agua a media mañana para tumbarse en las toallas un rato y picar algo; se dio cuenta de algunas miradas ajenas hacia ellos y por un momento se preguntó cómo los verían esas personas. Ella dejó ir su mano para sentarse mientras que él se arrodilló para sacar algunas cosas que había traído para los dos; botellines de agua y un par de bolsas de *snacks* y frutos secos que consiguió en una de las máquinas expendedoras del hotel.

—Yo he traído un poco de fruta —articuló Debra, girándose a medias para abrir su bolsa y extraer una fiambrrera con una macedonia que tenía una pinta realmente apetitosa—. Debería estar fría aún, Marcy me ha dicho que la puso en el congelador para que aguantara.

—¿Marcy? —preguntó al no haber escuchado antes ese nombre.

—Una de las cocineras —explicó ella ofreciéndole un palo fino terminado en punta.

Lo clavó en una uva y se la llevó a la boca. En efecto, estaban congeladas todavía, algo de agradecer en un caluroso día de playa.

—Delicioso —elogió.

—Cierto. Tenemos un banquete aquí —rió Debra.

Sin poder contenerse, acercó su rostro al de ella y la besó, el sabor del arándano que había comido la muchacha se mezcló con el de la uva en un encuentro exquisito. Ninguno dijo nada acerca de aquellos besos nada castos. Jace no quería forzar las cosas entre ellos, había disfrutado de su cercanía las dos últimas semanas, descubriendo una faceta de Debra completamente desconocida por él hasta entonces.

Ahora jugaban, reían y se besaban como si nada, como si hubiera sido siempre así y temía que si intentaba poner lo que sentía en ese instante en palabras, el hechizo que los rodeaba terminara y las cosas volvieran a ser como antes. Cuando estuvieron llenos, guardaron lo que había quedado otra vez en las bolsas y sentados uno al lado del otro observaron el resto de la playa.

Puso su mano sobre la de ella; estaban en la misma posición, sentados con las piernas encogidas, solo que Debra se reclinaba sobre las suyas, colocadas en la toalla a ambos costados del cuerpo. Lo miró, sonrió y Jace tuvo la sensación de que aquello era realmente valioso, quería que todo permaneciera de aquel modo. Para siempre. Estar a su lado en mitad de ninguna parte, observando la forma en la que su rostro se expandía al sonreír, sintiendo la humedad y calidez de su lengua en la boca, el calor de su cuerpo junto al suyo.

Acercó la cabeza a su rostro y se besaron una vez más, tuvo que moverse un poco para recolocarse y poder continuar con comodidad, acarició su espalda y ella se tumbó despacio y quedó recostada en su antebrazo. Pasó las yemas de los dedos por el costado y el estómago de Debra, disfrutando la sensación que le producía la proximidad con ella.

—Podría quedarme así siempre —susurró.

—¿En la playa?

—En cualquier parte, me da igual mientras pueda estar contigo —declaró repartiendo besos por su hombro.

—Jace...

—No. No digas nada —pidió sellando su boca con un beso—. Está bien así. Aquí somos solo tú y yo, no importa nada más.

Que la burbuja se rompiera en ese momento al intentar racionalizar lo que estaba pasando entre ellos era lo último que quería. Hacia mediodía recogieron las cosas y fueron a las duchas para eliminar los rastros de sal y arena de la piel, se sentaron sobre la toalla de Debra en el muro que separaba la arena del paseo marítimo y él los cubrió a ambos con la suya mientras esperaban a secarse para poder ponerse algo de ropa.

Dejó el brazo reposando en el hombro de ella.

Si le tuvieran que borrar la memoria y solo pudiera elegir quedarse con un recuerdo de ese día, elegiría el de los labios de Debra. Eran embriagadores, cuanto más los besaba, más quería. Sobre la piedra húmeda, envueltos en la toalla, podían recrear la sensación de estar solos.

—No había conocido esta playa —dijo después de observar por un rato al resto de la gente mientras aguardaban que el sol y el calor que desprendía trabajaran sobre ellos para evaporar el agua de su piel.

—Está un poco más lejos del hotel, pero si hubiéramos ido a la otra nos habríamos encontrado con alguien de allí.

—Ya. Mejor así. Me ha gustado estar a solas contigo —manifestó besando el costado de su cabeza, cerca de la sien.

Cuando decidieron que estaban secos como para vestirse otra vez, caminaron abrazados por el paseo buscando un lugar para comer. Terminaron en la terraza de una pizzería; las mesas estaban decoradas con manteles blancos, servilletas negras y margaritas moradas y amarillas en el centro de la mesa en un jarrón blanco con dos asas que le recordó a un ánfora, como las que había visto en uno de sus libros de historia.

El almuerzo consistió en pizza, ensalada y refresco; ¿había algo mejor que aquello? De postre tomaron una tarta helada de café. Las horas volaban mientras se lo pasaban bien en compañía del otro, dejaron el restaurante y

fueron a pasear por la zona comercial que quedaba atestada cada tarde. Miraron los puestos, escaparates de tiendas y se pararon a ver cómo un artista dibujaba bocetos de retratos de los turistas que se lo pedían.

Caminar de forma fluida comenzaba a resultar difícil, así que decidieron sentarse en uno de los bancos de piedra que podían encontrarse a lo largo de uno de los laterales de la avenida. Estaban besándose cuando Debra se apartó de repente de él y giró la cabeza escuchando con atención.

—¿Qué pasa?

—¿No lo oyes?

—¿El qué?

—Un niño llorando.

—Hay mucha gente con críos por aquí.

Ella escrutaba la multitud hasta que se detuvo en un punto toda seria.

—Allí. Es una niña —advirtió sin dejar de observar alrededor.

—No la veo. —Miró en la misma dirección tratando de ver lo que ella.

—Creo que se ha perdido...

Tal como hablaba se levantó a toda prisa y se coló entre la multitud que paseaba ajena a todo con paso decidido. La siguió; Debra dejaba tras de sí un rastro de personas asombradas debido a su andar, como una apisonadora.

—Oiga, ¡usted! —aulló la adolescente—. ¿Esa niña es suya? ¡Alto! —gritó comenzando a correr.

No entendía nada, no veía lo que estaba ocurriendo, solo la espalda de Debra mientras corría hacia un coche, saltaba sobre el capó deslizándose hacia el lado del conductor y metía medio cuerpo dentro. La escena lo dejó atónito.

—¡Jace, la niña! —aulló ella forcejeando con el conductor—. ¡Saca a la niña!

Los viandantes se detuvieron a observar la escena, tan confusos como lo estaba él. Abrió la puerta del copiloto y allí encontró a una niña pequeña de pelo rubio y ojos celestes, su piel era muy blanca; sin embargo, tenía la cara

roja de tanto llorar. La cogió en brazos dudando en si debía ir a ayudar a Debra o quedarse con la pequeña.

El hombre encendió el motor, pero ella consiguió sacarlo medio cuerpo del coche a pesar de los gritos del individuo.

—¡Yo no he hecho nada! ¡No he hecho nada!

—¿Entonces por qué intentas huir? —bramó la joven.

En ese momento llegó la policía y el tipo se puso aun más violento, Jace intentó que la niña no viera nada de aquello. Un agente agarró a Debra y le inmovilizó los brazos.

—¡Eh! A ella no —gritó indignado al instante.

—Intentaba llevarse a la niña —informaba la socorrista sin forcejear con el agente.

El hombre, mayor, moreno, con canas salpicadas por el cabello y la barba de dos o tres días, de facciones hoscas y gruesas, aprovechó para meterse en el coche e intentó marcharse, entonces el otro agente hizo lo mismo que había hecho su chica antes, pero con un arma en su mano, le dijo al tipo que apagara el motor y saliera. Lo hizo sin rechistar.

—Yo no he hecho nada —repitió el tipo.

—Una mierda —bufó Debra—. Intentaba llevarse a esa niña —explicó señalando con la cabeza en su dirección.

De pronto se le congeló la sangre, ¿cómo habían terminado metidos en algo así?

—¿Cómo saben que no es suya? —interrogó el agente.

—La niña es alemana —declaró Debra.

—Voy a soltarla. No se mueva —advirtió el policía.

Ella se quedó quieta y el hombre se acercó a él observando a la niña que sollozaba, aunque ahora estaba más tranquila.

—Eh, pequeña —dijo el policía con un tono más amigable del que había usado con la adolescente hacía tan solo un momento—. ¿Cómo te llamas?

—*Verzeihung, wie ist dein name?* —Debra habló en un idioma extraño que

no reconoció.

La niña giró la cabeza deprisa en su dirección y luego se fijó en el policía.

—Ula.

—¿Es ese señor tu padre? —preguntó el agente.

La pequeña se quedó en silencio.

—*Dieser Mann Ist dein Vater?* —volvió a hablar Debra haciendo que la niña mirara del policía a ella y de ella al hombre que el otro agente mantenía retenido.

Su melena rubia se movió cuando negó con la cabeza y esposaron al tipo al instante.

—¿Saben dónde se encuentran sus padres? —preguntó el policía acercándose a ellos de nuevo después de ayudar a su compañero a meter al detenido en la parte de atrás del coche patrulla.

—No, lo siento.

—No —contestaron con sinceridad.

—¿Cómo os habéis percatado de lo que estaba sucediendo? —consultó el policía.

—Yo no, fue ella —aseguró Jace.

—Escuché a la niña llorar y la vi sola a un lado del paseo. Entonces ese tipo la cogió de la mano y la arrastró, fui tras él. Sus facciones eran demasiado distintas. Llamé su atención y comenzó a correr hacia el coche. Lo vi meterla a la fuerza y entrar, así que me arrojé sobre él; mi intención era la de impedir que se la llevara hasta que pudiera confirmar que era o no un familiar, pero era difícil, le pedí a él que la sacara del coche —explicó y lo señaló con la cabeza—. Al menos que estuviera a salvo.

—¿Cómo has sabido que era alemana? —volvió a preguntar, curioso, el agente.

—Estando cerca la escuché hablar. Soy socorrista en el Pacific y chapurreo un poco en algunos idiomas. Algunas cosas básicas.

—Entiendo —dijo el compañero del primer policía.

—Ha sido una temeridad —regañó el otro.

—Lo sé.

—Necesitaremos que nos acompañéis a comisaría.

Las siguientes dos horas fueron bastante largas, Debra llamó a su tío y le advirtió acerca de lo sucedido, Pacey Abrams llegó minutos después, entró en tromba con la urgencia marcada en la mirada.

—¿Estás bien? —preguntó con preocupación estudiando el rostro de la adolescente sujetándolo entre las manos.

—Sí, lo estoy —contestó ella.

—¿Seguro? A mí me parece que estás mal de la cabeza. ¿Y si hubiera tenido un arma? —regañó el director.

—¿Y qué otra cosa podía hacer? —comentó contrariada Debra.

—Ah, como sea —suspiró resignado el hombre—, lo importante es que estéis bien. Los tres —señaló, luego se acercó a hablar con los policías que estaban haciendo lo posible por localizar a los padres.

Mientras tanto, Debra y él jugaron con la niña y la entretuvieron, le sorprendió saber que Pacey hablaba de forma fluida su idioma, por lo que le estuvo haciendo algunas preguntas para intentar averiguar cuanto antes el paradero de sus progenitores.

Poco más de una hora después llegaron a la comisaría, desencajados, desesperados, se deshicieron en cuanto vieron a la pequeña a la que no dejaban de llamar. Altos y rubios, los tres parecían una familia de esas que se ven en los anuncios de resorts de esquí. Poco después todo quedaba resuelto.

—*Danke. Danke.* —El matrimonio les tomó la mano a él y a Debra, no dejaban de repetir la misma palabra después de que hablaron con su tío, la mujer los abrazó con fuerza entre sollozos.

—Nos dan las gracias —explicó Debra al ver su confusión.

Entonces la pequeña, se alejó del cuello de sus padres a los que se aferraba y le dio un abrazo que lo emocionó hasta lo más profundo susurrando esa misma palabra, después se agarró a la cintura de Debra y lloró al tiempo que

decía aquella entre otras muchas que no comprendió.

La adolescente le habló con mucho cariño; a pesar de no saber qué decía, podía ver la ternura al dirigirse a ella, le devolvió el abrazo y se fue con sus padres. Para cuando llegaron al hotel era la hora de cenar, tuvieron que despedirse en la recepción delante de Pacey antes de continuar cada uno por su lado. No era la forma en la que habría querido dar por concluido el día, no obstante, después de todo, las cosas terminaron bien.

Capítulo 17

Cédric alucinó en colores al enterarse, la noticia corrió como la pólvora entre los trabajadores del hotel. Dos días después todavía era la comidilla; sin embargo, Debra no dejaba de repetir que no había sido para tanto. Esa chica no dejaba de sorprenderle.

—Hola.

Laura lo saludó con una gran sonrisa en cuanto entró en la recepción, lo esperaba a un lado del mostrador a pesar de que debería estar trabajando también.

—¿Qué haces aquí? —preguntó bajando la voz, asiendo su brazo por el codo para apartarla con discreción.

—Me han cambiado el turno —repuso alegre—. He pensado en venir a verte y almorzar juntos cuando tengas un descanso.

Mierda. No había contado con que ella pudiera presentarse sin avisar.

—No es buena idea —disuadió—. Estoy trabajando.

—Ya lo sé, pero quería verte, cariño —replicó rodeándole la cintura y depositando un beso rápido en su mentón.

—Está bien. —Cedió tomando sus manos y apartándolas de sí—. Vuelve luego y comeremos en alguna parte —prometió.

—De eso nada —repuso ella resuelta—, quiero verte haciendo tu trabajo. Me voy a quedar —afirmó—. Dijiste que había una cafetería cerca de la piscina, iré allí y tomaré algo mientras te espero.

Mierda. No le había dicho nada de lo que pasó con Debra aquella noche y, aunque estaba seguro de que eso no saldría en ningún caso como tema de conversación, tampoco había contado en el trabajo que tuviera novia.

—Está bien, pero no puedes distraerme —advirtió.

Cogió su mano y se dirigió afuera de nuevo, pensando en llevarla rápido al bar. A varios metros, Debra se encontraba en mitad de su camino; sonrió al verlo de regreso, pasó su mirada de él a Laura, luego a sus manos. Mantuvo la sonrisa. Él continuó hasta detenerse en frente.

—Los niños aquellos están haciendo de las suyas de nuevo —anunció Debra—. Ha sido irte tú...

—Ahora hablaré con ellos otra vez —aseguró él.

—¿Es una compañera tuya, cielo? —preguntó Laura envolviéndose en su brazo.

Cédric mantuvo su atención sobre la más joven de ambas chicas y pudo ver el ligero matiz en su rostro, la tirantez. O tal vez eran solo imaginaciones suyas, reflejo de sus propios sentimientos.

—Eh, sí, Debra —respondió a su novia—. Ella es Laura, mi novia.

Percibió el ligero cambio que se produjo en los ojos de su amiga, que no en su postura, por lo demás, parecía imperturbable.

—Encantada de conocerte —saludó Laura alargando la mano para que la socorrista la tomara.

—Lo mismo digo —contestó educada la otra encajando sus palmas.

—Será mejor que... —Cédric rompió el incómodo momento empujando con suavidad a Laura hacia el bar donde la dejó en una mesa e informó a Brad, que estaba tras la barra, de que lo que ella pidiera se lo cobrara a él después. Antes de marcharse ella le cogió la cara con ambas manos y le dio un beso en los labios. Al retornar a su puesto, la incomodidad de hacía un momento continuaba.

—Deb... —empezó a hablar.

—No me habías dicho que estabas con alguien —interrumpió ella con la

mirada paseando por encima de los clientes.

—Ya... Yo...

—Es maja —lo cortó de nuevo.

—Sí, lo es.

—¿Cómo os habéis conocido?

—Eh... El caso es que hace un tiempo que salimos —admitió.

Debra estudió su rostro por un segundo y continuó escrutando después a los bañistas.

—Entiendo.

—No, no lo haces —replicó él—. Quería contártelo, de verdad.

—Claro, es solo que no tuviste la oportunidad —contestó la chica, mordaz—. Espera. Sí la tuviste. Muchas —añadió en tono seco—. Es que... —balbuceó, parecía aturullada—, lo que pasó en la playa. ¿Estabas saliendo con ella?

—Debra...

—Lo estabas —susurró comprendiendo—. Eres increíble. ¿Qué pensabas hacer si te llego a decir que sí?

—Deja que te lo explique todo más tarde. Este no es el lugar para hablar de esto. Ni el momento —dijo para posponer esa conversación para cuando estuvieran en un lugar más íntimo, lejos de las miradas y oídos de los clientes.

—Claro —contestó molesta—. Ya te vale —murmuró—. Y yo pensé que habías cambiado.

La adolescente se alejó para llamar la atención a unos chicos que pretendían saltar al agua. Estaba jodido. A pesar de que llevaba meses saliendo con Laura, no había dicho nada, se dio cuenta, para que Debra no lo supiera. La vida tenía una forma curiosa de hacer que las cosas le estallaran a uno en la cara. Haber mantenido su relación en silencio podría provocar que perdiera la amistad que mantenían, lo sabía y sentía la ansiedad concentrándose en su estómago por temor a que aquello pasara.

Después de la forma en la que se separaron la otra noche al llegar al hotel, Debra fue a verlo a su habitación solo para que la despedida entre ellos en la recepción no resultara tan impersonal tras el día que habían pasado juntos. Hablaron un poco en la puerta de su dormitorio, se dieron las buenas noches y sí, se besaron varias veces más antes de que ella se fuera. Había explicado a su familia en la cena el incidente con la niña extranjera y su percepción de Debra aumentó si eso era posible, porque tras lo del Scandon, y haber revelado que iban al mismo instituto, la tenían en un pedestal.

No distaba mucho de la admiración que él mismo sentía, salvo porque conocía muchas más cosas acerca de ella.

—Tengo que irme —anunció Debra.

Se encontraban en la azotea del Pacific, el día antes de su partida. Subieron a tomar el almuerzo solos, lejos de miradas curiosas. Usando la pared como apoyo y para guarecerse del aire que soplaba con un poco más de potencia en ese momento a esa altura; después de haber estado besándose largo y tendido, ella estaba sentada en su regazo de cara a él, con la cabeza apoyada en su hombro. Se abrazaban en silencio tras darse cuenta de que el tiempo que compartían se agotaba.

—Mañana trabajo temprano, no podré ir a despedirte —expuso la socorrista.

—Te buscaré —aseguró Jace hablando contra su cabello.

—Vale —suspiró conforme.

—Esta noche mi familia quiere que salgamos todos.

Hablaba casi sin energía, aceptando que el momento que tanto temía había llegado.

—Entiendo —musitó Debra.

—Te avisaré cuando llegue. Quiero verte antes de marcharme, aunque sean cinco minutos —declaró él—. Haré la maleta esta tarde.

—Eso hará que tu madre se ponga contenta —pronunció la joven con una nota de humor.

—Sí, desde luego —reconoció—. ¿Me llamarás? —añadió al cabo de unos instantes—. Aunque sea cuando hayas terminado de trabajar.

Acarició su espalda. Ya se había acostumbrado a verla con el moño y el uniforme por el hotel y con la melena suelta cuando no estaba trabajando.

—Será tarde —contestó ella con suavidad.

—Da igual. Estaré esperando —aseguró.

—Jace Reeve esperando la llamada de una chica... —articuló ella con mofa.

—Sí, bueno; no se trata de cualquier chica —replicó estrechando el abrazo por un instante.

Ella era importante para él.

—Ya, eso dices ahora —susurró Debra.

Estaba convencida que las cosas cambiarían entre ellos en cuanto terminaran las vacaciones y las clases dieran comienzo. Sin embargo, no había mejor forma de demostrárselo que cuando llegara ese momento todo lo que había surgido ese verano entre ellos continuara igual. Le demostraría lo equivocada que estaba.

Era cierto que sus relaciones no eran lo que podría decirse duraderas en el pasado, precisamente por eso había dejado de tener novia tiempo atrás, estaba tan hastiado de las relaciones vacías y superficiales como del resto de cosas de su vida. Pero con ella era distinto, le hacía sentir tantas emociones que algo tan simple como pensar en estar un par de semanas sin verla lo ponía triste y nostálgico.

—Ahora sí tengo que irme o llegaré tarde —pronunció ella con un enorme suspiro. Echó la cabeza hacia atrás, lo miró y besó sus labios tras escrutar su cara como si intentara memorizarla—. Me gusta este pendiente —añadió rozando la parte superior de su oreja donde tenía una pequeña barra que atravesaba el arco superior—, no importa lo que diga tu abuela. No te lo

quites.

—No lo haré —contestó.

Debra le dio un último beso, se puso en pie y alargó la mano hacia él para que la siguiera; recogieron y tomaron el ascensor de vuelta. Desde el día anterior la notaba algo extraña, incluso mientras trabajaba. Estaba tensa. Era como si hubiera vuelto a ser la misma que cuando estaba en el pueblo, a Jace le gustaba de todas formas, pero al haber conocido su versión más alegre y relajada, ahora podía diferenciar y reconocer con facilidad la tensión en los hombros y en su mirada.

Le había explicado que había tenido una discusión con alguien del trabajo y solo tuvo que ver cómo ella y Cédric se evitaban para sumar dos y dos. No había querido indagar acerca del motivo, temía que le dijera que era a causa de él, o que se negara a contarle nada más, de modo que prefirió esperar a que fuera ella quien se lo explicara si deseaba hacerlo. Sin presiones.

Si lo pensaba con perspectiva, ella lo había cambiado, o tal vez lo había hecho por su cuenta; sin embargo, le constaba que Debra Scott tenía mucho que ver en ello. Ella lo hacía mejor y le gustaba esa versión de sí mismo. Mucho más que la anterior.

Continuaba teniendo la expectativa de ir a la universidad y vivir fuera de su pequeña ciudad natal; no obstante, en la actualidad no tenía tanta prisa porque eso pasara. Aquel era su último curso y, a pesar de llevar media vida deseando que este llegara, saber que tendría que separarse de Debra cuando acabara hacía que quisiera tener el poder de detener el tiempo y quedarse allí para siempre.

Eso le recordaba que no habían hablado acerca de lo que harían después. Tal vez pudieran optar por entrar en la misma universidad, tal vez solo tendrían que mantenerse a distancia un año hasta que ella lo siguiera o, quizás, podría escoger una opción que estuviera cerca de ella.

Como fuera, en cuanto comenzaran las clases encontraría el momento para sacar el tema, le preguntaría al respecto y decidiría qué hacer después de que

hablaran. Haría lo que fuera más conveniente, tal vez elegir una universidad cerca de casa para poder verla a menudo o una que estuviera cerca del lugar al que ella eligiera para ir a estudiar más adelante.

Cualquier opción le valía, mientras significara poder pasar más tiempo juntos. Por primera vez en su vida estaba haciendo planes a futuro con otra persona en mente y no le resultaba extraño, pesado ni desagradable.

Algo que también quería preguntarle y que le vino a la cabeza durante la cena con espectáculo de esa noche con su familia en el restaurante al que fueron para celebrar el fin de las vacaciones era a qué se dedicaban sus padres y cómo era que apenas hablaba de ellos. Quizás no había cambiado tanto como creía, había sido egoísta pasando de puntillas sobre algunos temas que pudieran suponer que los besos que compartían se acabaran.

Siendo sincero, procuró mantener las cosas en el plano más fácil y sencillo para ambos, sin ahondar demasiado en temas sesudos o conflictivos. A pesar de lo mucho que habían conversado, no lo hicieron de cosas de importancia o de mayor relevancia que lo que acontecía esos días. Envío un mensaje a Debra en el momento en que llegaban al hotel; poco después ella le respondía. Estaba dando una vuelta, le escribiría más tarde.

Desilusionado, se dirigió a las máquinas de *arcade*. Quería verla.

—¿Puedo jugar también? —preguntó Pacey Abrams, el director del hotel y tío de Debra.

Estaba acercándose con una sonrisa afable a la que nada parecía perturbar.

—Yo invito —añadió mostrando una moneda.

Jace asintió y se hizo a un lado para dejarle espacio. Comenzaron a jugar.

—Te ves mucho con mi sobrina últimamente, ¿verdad? —indagó el director.

—Eh, sí, bueno... —balbuceó intentando no perder el ritmo del juego.

—¿Estáis saliendo?

—Sí, señor —confirmó.

—Vais al mismo instituto —manifestó el hombre trajeado.

Se había quitado la corbata que solía llevar bien anudada y el botón de la

parte superior de su camisa estaba abierto.

—Sí, ella va un curso por detrás.

—Eso quiere decir que este será tu último año entonces.

—Sí.

—Mañana está programada vuestra salida del Pacific —dijo el otro sin dejar de pulsar botones ni apartar la mirada de la pantalla—. Las vacaciones se acaban y todo regresa a la normalidad, las cosas vuelven a ser lo mismo que antes.

—Sí —contestó por inercia.

Era lo mismo que dijo Cédric, ese pensamiento era el que había tenido en mente tantas veces y siempre descartaba. Era distinto, se repetía, quería que lo fuera; tenía que serlo. Ese curso lo empezaría con una asombrosa novia al lado.

El personaje del juego que manejaba el tío de Debra le dio una paliza al suyo en cada ronda hasta acabar con todas sus vidas.

—No te dejes engañar por la lejanía, si me entero de que mi sobrina lo pasa mal por tu culpa, te haré algo peor que ese *fatality* —advirtió severo el director girando la cabeza para encajar su mirada con él.

Lo que más miedo daba, y lo que le hizo tragar saliva, fue que su rostro, como antes, continuaba sonriente. Después de esa inquietante conversación, si se la podía llamar así, subió a su habitación para darse una ducha. Era la segunda vez en pocos días que recibía una amenaza en caso de que Debra saliera mal parada; tanto su tío como ese Cédric lo culparían a él y ya le habían avisado de que se lo harían pagar, con creces, imaginaba. Estaba convencido de que así sería.

Se sentó en la cama y comprobó el teléfono al tiempo que se ponía los calzoncillos y un pantalón largo, roto en el muslo izquierdo. Mientras se duchaba había recibido un mensaje de Debra diciéndole que estaba de camino. Jace saltó del colchón, se puso a toda prisa la camiseta de algodón de una banda que le gustaba y se calzó las deportivas aun más veloz; agarró el

teléfono y se dirigió a paso rápido al ascensor.

Estaba llegando cuando escuchó el timbre que indicaba que la cabina se había detenido en esa planta, al momento la vio aparecer. Como iba de prisa la encontró antes incluso de que ella se diera cuenta de que era él quien llegaba. La envolvió entre sus brazos y tomó su boca llevándola consigo para ponerla entre la pared y su cuerpo.

La idea de estar de vuelta, levantarse los próximos días sabiendo que estaría tan lejos, lo tenía en vilo. Nunca había estado así por nada, por nadie. Era casi insoportable para Jace ser consciente de todos los kilómetros que los separarían.

La charla con Cédric había terminado en discusión. Ninguno pudo evitar que las lágrimas afloraran. Debra simplemente no era capaz de comprender por qué le había escondido el hecho de que tuviera una relación. Se suponía que eran amigos. Pero es que además de no haberle ni mencionado a Laura, la besó; no solo eso, le propuso salir. ¡Mientras estaba con ella!

Demencial. ¿En qué lugar la dejaba eso? Se sentía más allá de la indignación, estaba decepcionada con él. Y dolida. Tan dolida que no podía pensar con claridad. Desde hacía mucho lo admiraba, sabía que ligaba bastante siendo socorrista, el puesto parecía atraer a las chicas; pero eso nunca le había molestado.

Ese verano se dio cuenta de que no se veía con nadie como era habitual en él, pasaban el tiempo juntos y se divertían de lo lindo tanto dentro como fuera del trabajo. Nunca mencionó nada, ni vio una actitud en él que le hiciera sospechar que pudiera estar en una relación con alguien. Por eso se tomó en serio la pregunta que le planteó la noche en la que se besaron; lo tomó en serio y ahora descubría que para él todo aquello no había sido nada más que un juego.

Erróneamente creyó que habría madurado, que era más adulto y que por eso lo notaba más asertivo respecto a ese tema concreto, cuando lo cierto era que tenía a alguien esperándolo y que vivía a unos minutos de allí. Apenas podía creerlo. Él aseguraba que había querido decírselo, pero que no había sabido cómo hacerlo y eso de por sí ya le causaba dolor porque ella, confiando en él y en la amistad que tenían, le habló de Jace, le había contado muchas cosas y sentía el peso de la traición en la espalda.

¿Cómo había podido ponerla en esa posición? Cédric aseguraba haber estado confundido debido a la cercana relación que había entre ellos mucho tiempo, que había comenzado a salir con Laura para tratar de aclarar sus pensamientos y sentimientos respecto a ella. ¿Podría creerle?

Estaban en mitad de la discusión cuando le llegó el mensaje de Jace informándole que estaba llegando. Quería ir a verlo y despedirse ya que era probablemente la última vez que pudiera hacerlo con naturalidad; después de aquella noche la distancia volvería a instalarse entre ellos porque estaba convencida de que, en cuanto llegara a su pueblo, él la dejaría como sabía que había hecho tantas veces antes.

Cédric le reprochó el tiempo que pasaba con Jace, hizo comentarios muy duros, cosas que ella misma pensaba, pero aun así, escucharlas de una tercera persona fue difícil. Regresó cuando ya no pudo más; estaba agotada emocionalmente. Antes de que se marchara su amigo preguntó si al día siguiente las cosas entre ellos podrían continuar como hasta entonces y no supo qué responder. En primer lugar necesitaría un poco de tiempo para que el dolor por lo que había hecho se apaciguara.

Envió un mensaje a Jace en el momento en el que entraba por la puerta del hotel para que supiera que estaba llegando. Esperó un poco por recepción, pero al ver que no aparecía decidió subir a buscarlo. Salió del ascensor en su planta y torció hacia el pasillo que se dirigía a su habitación cuando se vio levantada al tiempo que una boca, que ya conocía bien, se aplastó contra sus labios.

Sintió la pared a su espalda, se encontraban en mitad del pasillo, pero no le importaba; aquello era todo cuanto le quedaría, cuando regresaran él volvería a ser el inalcanzable Jace Reeve y ella la chica enamorada del chico guapo del instituto. Aquellas tres semanas habían sido como un sueño, algo que solo ocurría una vez, que pasaba en una realidad paralela; sin embargo, en unas horas llegaba la fecha de caducidad a su relación y lo sabía.

Era consciente y por más que no quisiera así eran las cosas; lo había sabido desde el primer momento en que sus bocas se rozaron en la playa, siempre fue consciente del tic tac del reloj, de la cuenta regresiva que contaba cada hora hasta el día que él regresara. Ella lo haría, como siempre, un par de días antes de que comenzaran las clases y entonces tendría que usar toda su fuerza de voluntad para no hundirse. Había pasado unos días maravillosos con el chico que le gustaba y arrepentirse por ello no entraba en sus planes.

Las manos de Jace se aferraban a sus costados, le acariciaban el rostro, el cabello; su pierna entreabría las de ella al tiempo que su lengua lamía cada centímetro de piel en su cuello.

—Debra... No quiero irme —declaró en un murmullo—. Quiero quedarme aquí, contigo.

—Jace...

—Di que me echarás de menos —pidió.

—Te echaré de menos —pronunció tragando el nudo que amenazaba con emerger a través de su garganta.

—Yo también —contestó él besando sus labios con una fuerza como ninguna vez antes—. Vuelve pronto.

Los dos sabían que aquella era la despedida, el punto final, pensaba Debra; sin embargo, la forma en la que le hablaba hacía que pareciera que aquello podría tener una continuidad. No se dejaría engañar. Entendía que en el calor del momento la gente tendía a decir cosas de las que luego se arrepentía, lo había visto muchas veces mientras crecía pasando allí los veranos.

Al día siguiente la situación con Ced era algo violenta. Continuaba

enfadada. A pesar de eso, tuvo tiempo de dar vueltas a lo sucedido y, aunque no le gustaba ni un poquito que le hubiera omitido su relación, intentaba entender los motivos que había tenido para hacerlo y, en cierto modo lo comprendía, o eso creía. Aunque el dolor que le había causado la noticia tardaría aún en desvanecerse.

Durante las horas de trabajo dejaban el teléfono en las taquillas, por lo que si Jace le enviaba algún mensaje, no podría verlo hasta más tarde. Miraba el reloj y echaba una ojeada hacia las puertas que llevaban a la recepción por si lo viera asomar la cabeza en algún momento, aunque dudaba que al final lo hiciera.

Se llevó una sorpresa cuando fueron la abuela, la tía y su madre las que aparecieron sonrientes, caminando hacia ella. Se encontraron a medio camino.

—Solo queríamos despedirnos —anunció la abuela de Jace tomando la palabra en primer lugar cuando estuvieron juntas.

—Ha sido un placer conocerlas —dijo sonriendo a cada una de ellas—. Esperamos que hayan disfrutado de su estancia aquí, en el Pacific —agregó.

—Oh, ha sido fantástico —terció la que conoció después que a las otras, la tía de Jace, gesticulando con énfasis con cada músculo de su rostro y con las manos.

—Lo hemos pasado muy bien —aseguró la hija de la anciana y madre del chico que le gustaba apoyando una mano en su brazo—. Y ahora que sabemos que vivimos en el mismo lugar, esperamos verte de vez en cuando —invitó.

—Seguro —contestó de forma automática, aunque en realidad sabía que no ocurriría.

—Ya puede invitarte mi nieto a comer a casa alguna vez —intervino la abuela de nuevo.

—¡Mamá! —regañó su hija—. Eso son cosas de los chicos. No la pongas en un brete.

—Señoras —habló la tía de nuevo—, tenemos que irnos a coger un vuelo.

Entre abrazos y besos cariñosos se despidieron por última vez, las

acompañó hasta la recepción donde encontró al resto de la familia. El tío y el padre de Jace dijeron adiós con un apretón de manos, después dijo adiós a Dee y Jamie, sus primos. Mientras los demás se alejaban con las maletas para introducirlas en el transporte que los llevaría al aeropuerto, Jace y ella se alejaron un poco, desviándose hacia el pasillo que llevaba a la piscina.

—Mis primos estarán mosqueados por cargar la maleta de mi abuela en el taxi —rompió el silencio él.

—Seguro que alguien les ayuda —respondió quitando importancia a un posible enfado por algo tan insignificante.

—Escríbeme de vez en cuando —pidió el chico desarmándola con aquella mirada de un intenso azul que le traspasaba el alma al tiempo que le cogía la mano para besar el dorso.

—Vale —accedió.

Compartieron un último beso, abrazándose con fuerza. Cuando terminó, Debra permaneció quieta en el sitio, obligando a sus músculos a no moverse, mientras él se alejaba poco a poco. Sus dedos continuaron entrelazados hasta que los pasos de Jace hacia la salida los hizo perder el contacto. Se quedó mirando su espalda cruzar la puerta, tratando de contener los pedazos en los que se le estaba partiendo algo por dentro.

Él no había dicho nada de lo que había esperado, que aquello terminaba ahí; supuso que en ese caso esperaría para decirlo a que ella estuviera en casa. Tenía unos días para preparar las tiritas que le harían falta para evitar que la pena de la pérdida le hiciera añicos el corazón.

Capítulo 18

Había metido la pata. Debra estaba enfadada con él y con razón. Las últimas semanas de la temporada fueron un auténtico suplicio. Ella le pidió que no forzara la situación, le diera espacio y eso era lo que estaba haciendo. A los demás no les había pasado desapercibido el cambio, la repentina distancia originada entre ellos y no dejaban de hacer preguntas a las que respondían de forma evasiva.

La adolescente estaba a pocos días de volver a casa y, aun a pesar de que se lo había prometido, no quería dejar las cosas de aquella forma antes de que ambos regresaran a la rutina. Volvió del descanso y la encontró mirando la pantalla de su teléfono delante de los vestuarios.

—¿Algún mensaje interesante? —se aventuró a preguntar después de tomar aire.

Necesitaba esforzarse por que volvieran a la normalidad. Debra levantó la cabeza y lo miró un segundo antes de regresar la vista al móvil.

—Estaba leyendo los mensajes de Jace —replicó en tono plano.

La respuesta le sorprendió, no solo porque decidiera hablarle, también por la contestación en sí. No sabía que el chaval continuara en contacto después de su marcha. ¿Quería eso decir que en verdad habían...?

—¿Estáis saliendo? —interrogó perplejo.

—Eso no es de tu incumbencia —contestó ella levantando la barbilla con terquedad.

—Seguimos siendo amigos, Debra —repuso Cédric—. Aunque ahora estés enfadada conmigo.

—Por un buen motivo —replicó fulminándolo con la mirada—. Y precisamente es porque somos amigos que todavía te hablo, pero no puedes pretender que haga como si nada.

—Lo entiendo. De verdad. Pero te echo de menos, echo de menos a mi amiga —afirmó bajando la voz para mantener su conversación en privado—. Esperaré hasta que me perdones, ya te lo he dicho. Pero no dudes que puedes contar conmigo si lo necesitas.

—Ese ha sido precisamente el problema, ¿no crees? Yo acudía a ti como amigo, pero tú no lo hiciste. De habérmelo explicado lo habría entendido, Cédric —sentenció Debra con firmeza—. O lo habría intentado al menos.

—Lo sé, Deb, es solo que no quería que algo como esto pasara. Que te distanciaras de mí. Por eso me lo callé, te lo quise decir, lo juro, muchas veces. Pero cuando iba a hacerlo, terminaba echándome atrás. Quería evitar esto.

—¿Y cómo te ha funcionado?

Debra entró al vestuario tras esa última pregunta y lo dejó con un palmo de narices. Por otra parte, ella no era la única que se había enfadado, desde que las dos se conocieron Laura no dejaba de preguntarle acerca de su compañera, podía sentir los celos emanando de ella cada vez que lo hacía. De forma sibilina le reprochó que no le hubiera hablado de Deb; no obstante, fue mucho más fácil arreglar su metedura de pata con ella.

Su novia aceptó sus disculpas; desde entonces cada vez que Laura trataba de volver a hablar de su amiga cambiaba de tema. Y es que no quería hablar de Debra con ella, se sentía extraño. Pudo entender lo dolida que podría estar Deb, ella confiaba en él y haberle escondido esa parte de su vida le hizo daño.

La noche antes de que se fuera llamó a la puerta de su habitación, quería poder hablar con ella sin interrupciones, con tranquilidad. Sabía que los demás estarían fuera, en la playa o tomando algo en una terraza del paseo

marítimo y que su compañera estaría haciendo la maleta.

Abrió la puerta después de que golpeará por segunda vez con los nudillos.

—Ah, eres tú —dijo al verlo.

—Eh... Sí. ¿Podemos hablar?

Debra cambió el peso de su cuerpo de un pie al otro.

—Tengo cosas que hacer, estoy recogiendo —respondió en tono plano.

—Será solo un momento —insistió él.

—Está bien, pasa. Te escucharé mientras guardo mis cosas.

Abrió la puerta y se dio la vuelta hacia el interior. Sobre el escritorio que ella y su compañera de habitación usaban de tocador, estaba la fotografía que el equipo humano del hotel había hecho al principio de la temporada y que le regalaron por su cumpleaños al llegar.

—¿Cómo vas a llevarte eso? —preguntó estudiando el objeto de dimensiones considerables.

—Mi tío me lo enviará por mensajero.

—Ah.

—¿Querías hablar? Te escucho —pronunció resuelta.

—Sí, de acuerdo. No quiero que te vayas con las cosas como están —confesó Cédric—. Sabes cómo soy —añadió al comprobar que ella prefería mantenerse en silencio—, me gusta divertirme en verano, saltar de flor en flor —expuso—. Siempre he pensado que las relaciones no son lo mío. Aunque contigo es distinto, contigo yo soy distinto; jamás pensé que una chica podría ser mi amiga.

Debra continuó en silencio, doblaba los pantalones evitando mirar en su dirección.

—Tú... Eras una niña, «eres» una niña —corrigió—; pero no podía dejar de pensar en ti después de que volvieras a casa al finalizar la temporada. Y, no sé, supongo que me confundí. No podía apartarte de mi cabeza, hasta pensé que algo andaba mal conmigo. Entonces decidí que debería salir con alguien. Ahí conocí a Laura.

—¿Empezaste a salir con ella para olvidarme? —preguntó atónita.

—No exactamente —repuso—. Ahora lo entiendo, pero en aquel momento... Sí, esa era la idea. Pensé que si mantenía mi mente en otro lugar... Yo nunca he pensado tanto acerca de una chica —confesó—. No quiero asustarte, tienes que entender eso. Por eso me confundí. A ver, tampoco es que pensara cosas raras, no vayas a pensar lo que no es.

—Ya...

—No te dije nada de Laura al principio porque de verdad esperaba que al estar con ella, mi cabeza se desocupara de ti. El caso es que nos llevamos bien. Más que bien. Todo el mundo lo puede ver. Y llegué a pensar que, ya sabes, podría haber algo entre nosotros, algo más que esto.

—Y nos besamos —añadió ella.

—Sí. Tú misma lo dijiste, estuvo bien, pero fue como... Muy normal.

—No hubo chispas —musitó Debra.

—Exacto. Ahí entendí que sí, lo que siento por ti es amor, de ese con mayúsculas, pero no romántico. Quiero protegerte, ayudarte y estar ahí para ti, me da igual si estás enfadada conmigo, siempre estaré ahí para ti, Deb —declaró con convicción.

—Eso es... De acuerdo —carraspeó—, hasta ahí lo puedo entender. ¿Pero por qué no me lo dijiste después? Desde aquella noche estábamos más unidos aún.

—¿Cómo? No sabía cómo hacerlo sin que te enfadaras. Yo mismo no estaba muy contento por haber hecho aquello estando con otra persona. Estúpidamente, pensé que lo solucionaría de alguna forma, en algún momento.

—Es realmente estúpido —terció ella.

—De verdad —confirmó y sonrió al ver cómo le temblaba el labio.

—Hay una cosa en la que te equivocas. — La adolescente retomó la palabra —. Sí podríamos ser pareja —manifestó sorprendiéndolo—; de hecho, pienso que seríamos una pareja de lo más estable. Porque somos amigos —señaló—. Pero no habría emoción. Y eso no es justo para ninguno de los dos. Mereces

encontrar a una chica por la que pierdas la cabeza y que haga que te tiemblen las piernas con solo mirarla.

—Eso es lo que sientes por él, ¿no? Por Jace —articuló entendiendo a qué se refería.

—Sí —resolvió bajando la vista a la ropa que le quedaba por guardar.

—Espero encontrar eso un día también —confesó Cédric.

—Lo harás —aseguró la chica—. Y si no lo haces, cuando seamos viejos, si los dos estamos solteros... Nos casamos y listo.

—Sí, seríamos un gran matrimonio ¿verdad? —dijo suspirando al tiempo que encogía los hombros—. Te tomo la palabra —añadió—, no vayas a echarte atrás.

Debra rio de aquella forma que tanto le gustaba escuchar.

—No, no —respondió—. Es un trato.

Cogió una camisa del armario y la guardó en la maleta abierta sobre la cama, Cédric la ayudó a guardar el resto de pertenencias.

—Bien —emitió un suspiro—. Y ahora, dime. ¿Qué pasa con Jace?

El peso sobre sus hombros y el malestar en el estómago se evaporaron una vez que pudo exteriorizar todo aquello que lo había estado preocupando. Debra tenía razón. Y los dos lo sabían. Podrían ser la relación más duradera del otro, aunque eso sería lo cómodo, lo fácil. No tendrían altibajos ni nada por el estilo, todo encajaría desde el primer minuto. Sin embargo, ninguno de los dos tenía la certeza de que aquello fuera algo que consiguiera hacerles felices. Lo que sí lo hacía era tenerse en sus vidas.

El tiempo tenía un componente extraño, la capacidad de pasar despacio y deprisa a la vez; desde que había regresado de las vacaciones familiares, deseaba que llegara el momento en que ella también volviera. Mientras esperaba, se puso al día con algunos de sus amigos que también habían ido

regresando. A Jace las cosas le parecían algo distintas ahora, no tan deprimentes.

Había escrito a Debra casi a diario, aunque trató de no ser pesado ya que sabía lo poco que miraba el teléfono; aun así ella le respondió con más o menos retraso cada vez. Ya se había acostumbrado a esperar que le llegaran sus mensajes hacia la hora del almuerzo y por la noche.

No podía evitar tener la sensación de que estos parecieran algo distantes, secos y fríos; sin embargo, ese era uno de los problemas de la mensajería, que uno no podía saber el tono que la otra persona quería imprimir en sus palabras.

Cuando Eric le preguntó por su verano se limitó a decir que había estado bien, por un instante pensó que hablarle de Debra y del tiempo que habían pasado juntos sería como si todo ello quedara atrás, como pasar página y no quería que se convirtiera en una anécdota.

Creyó que lo mejor sería explicar a sus amigos que tenía novia, pero deseaba guardar eso para él un tiempo, sentía que decirlo en voz alta era exponer su relación, compartirla y, por lo menos un poco más, quería que continuara siendo algo privado, solo para ellos.

Hacía horas que esperaba recibir noticias suyas, se suponía que aquel era el día de su regreso. Pasó las horas mirando la pantalla del *smartphone*, esperando el momento para ir a su encuentro, tenía tantas ganas de verla... Por la tarde se encerró en su dormitorio, incapaz de concentrarse en nada más. Debió quedarse dormido en algún momento porque despertó con el sonido del teléfono. Un mensaje.

Lo abrió y se sentó de golpe en la cama intentando comprender qué era lo que estaba leyendo.

Debra: Ya estoy en casa, deshaciendo las maletas, el vuelo llegó con retraso y no quería molestarte tan tarde.

Ese era el comienzo.

Debra: Ahora que estamos de vuelta, es mejor que cada uno se centre en lo suyo. Lo he pasado bien este verano, Jace. Nos vemos.

Y aquel el final.

—¿¡Pero qué!?

Releyó varias veces las palabras que tenía en la pantalla delante de él. ¡Lo estaba dejando! ¿Por qué? Se frotó el sueño de los ojos y escribió de vuelta.

Jace:¿Qué pasa? ¿A qué viene esto?

Tras esperar unos minutos y no obtener respuesta, volvió a teclear:

Jace: Quedemos y hablemos de ello.

Después de aquellos le escribió algunos más, pidiendo que le diera una respuesta, que se vieran; ninguno obtuvo contestación por su parte. No podía dejar las cosas así. Las clases empezaban al día siguiente, la encontraría y hablaría con ella. ¿Qué narices había pasado? No entendía nada. Repasó los que se habían enviado hasta llegar a esos últimos, las conversaciones que tuvieron antes de volver y no encontró nada que le diera una pista.

¿Era por el socorrista? ¿Cédric? ¿Habría empezado a salir con él después de que se fuera? Casi podía escuchar sus risas al leer los mensajes que le enviaba. ¿Se habían estado riendo a su costa? El socorrista solía observarlo de una forma que no le gustaba, seguro que había aprovechado su vuelta para hacer su jugada.

No, ella no haría algo así.

Estaban saliendo ¿no? No era que lo hubieran dicho de aquella forma. Jace no se había atrevido a ponerlo en palabras, pero era evidente que estaban juntos, ¿o no?

Tras una noche para dejar en el cajón de los calcetines desaparejados, desayunó en apenas dos minutos, recogió la mochila y salió a la calle dispuesto a conseguir unas cuantas respuestas.

Como todos los años, el primer día era un hervidero, los reencuentros, las risas y los nervios marcaban el inicio del curso. Stan llegó por su espalda, se saludaron con un apretón de manos y un semiabrazo, permanecieron juntos hasta que vieron a los demás y se les unieron. Jace no dejaba de estudiar al resto de alumnos que también hacían sus grupos con más o menos emoción.

Alan se acercó a él y repitieron el mismo saludo que con los demás.

—Ey, tío. ¿Qué tal?

—Bien, ¿y tú?

Aquel era el sùmmum de la conversación formal entre ellos en ese punto. Aunque las rencillas que pudieran quedar del año anterior para él estuvieran totalmente olvidadas, no podía obviar el hecho de que ya no estaba dispuesto a aguantar los comentarios despectivos de Alan hacia otros, ni su actitud que había ido de mal en peor conforme crecían.

La gente los saludaba, otros los miraban de reojo, con disimulo; algunos lo hacían con total descaro y otros, con curiosidad. Nada que no viniera ocurriendo otros años.

Finalmente la encontró. En realidad al que vio fue a Parker, con su altura era difícil que pudiera pasar desapercibido. Bajó la vista y allí estaba, abrazada a su amiga Natalie con los ojos cerrados y el rostro contraído por la emoción; y de repente, otro tío, el mismo chico al que vio acariciarle la mejilla una vez en la hamburguesería, le daba dos besos, intercambiaban algunas palabras y se reían. El chaval no tenía demasiado que envidiarle a Parker en cuanto a altura, pero él, aunque no llegara al metro ochenta, tampoco.

Sus amigos lo arrastraron hacia el interior del edificio y los siguió sin oposición, ya tendría su oportunidad para hablar con Debra. Había estado más guapa que la última vez que la vio dos semanas atrás, peinada de nuevo con su coleta, tejanos oscuros, camiseta de color granate y una cazadora negra. Mierda. ¿Por qué le había escrito ese mensaje?

Mientras los demás entraban en el aula a la que les tocaría asistir aquel año,

se quedó en el pasillo; sabía que antes o después tendría que pasar por allí. Los vio llegar. Esta vez iban en grupo, con varios chicos además de sus amigos de siempre, un grupo mixto de alumnos de cursos inferiores pararon a Debra y a Natalie para hablar con ellas; estaba igual que siempre, la actitud desenfadada del verano había desaparecido y había sido substituida por la misma rigidez que ostentó el año anterior.

Las vio dar media vuelta con el grupo de chavales hacia el aula de Tecnología, Natalie le hizo una seña a Parker para que se fuera y este se giró con los demás andando hacia las clases que se encontraban en el trozo de pasillo en el que Jace estaba. El grupo se dividió y unos entraron en su aula, otros en la de enfrente; vigilaba de forma disimulada la puerta entreabierta del final del pasillo de la que todavía no habían salido las chicas; al momento, el grupo de alumnos salía emocionado, hablando entre sí y enfiló hacia allí. No iba a dejar que se le escapara aquella oportunidad.

—Jace, ¿a dónde vas? —preguntó Phil a su espalda.

—Ahora vuelvo —anunció sin mirar atrás.

Cruzó la puerta y casi choca con las dos adolescentes que estaban a punto de salir. Natalie lo miraba sorprendida por lo repentino de su aparición, Debra de forma directa. Cómo echaba de menos la cara relajada y con la sonrisa a punto que había conocido esas vacaciones.

—¿Podemos hablar? —formuló él sujetando su brazo para evitar que se fuera.

—Yo voy a... —comenzó a decir su amiga mirando de uno a otra—. Desaparecer.

Natalie salió y escuchó el sonido de la puerta al encajar detrás de ellos.

—¿Vas a explicarme a qué viene ese mensaje de ayer? —inquirió.

—Quería evitar esto —contestó ella.

—¿Esto? —repitió Jace.

—Una escena en el instituto. Hoy ibas a decirme que se acabó, que lo pasamos bien pero que...

—¿De qué hablas? —la cortó.

—Es lo que siempre haces, Jace —contestó Debra posando sus ojos, serenos y serios, en los suyos—. No sales con nadie más de un mes. Solo te he facilitado las cosas.

—Pero ¿qué dices?

—Oh, vamos, todo el mundo lo sabe. No soy estúpida.

—Pero... Tú... —balbuceó aturullado—. ¿Estuviste conmigo este verano pensando eso?

—Sabiéndolo —corrigió—. Claro.

—No lo entiendo. No te entiendo. ¿Me estás diciendo que la chica alegre y divertida de este verano, los buenos ratos que pasamos, todo eso era mentira?

—No. Estoy diciendo que sabía lo que había desde el principio, que todo eso tendría un punto final pronto y no te lo reprocho.

—¡No me lo reprochas! Esto es increíble —comenzó a caminar de un lado a otro del estrecho pasillo por delante de la vitrina, porque necesitaba hacer algo.

Debra tenía metido en la cabeza que lo suyo no iba a durar desde un principio, estuvo con él pensando todo ese tiempo que se acabaría más pronto que tarde y no tenía ni idea de cómo hacerle entender que eso no era así, que quería estar con ella.

—Escúchame —dijo tomándola de los brazos—. No quería dejarlo, no quiero, ¿entiendes? Quiero que estemos juntos, como en verano.

—Jace, no...

—Mierda, Debra, estoy hablando en serio. Ya me rechazaste dos veces el curso anterior —recordó—, pero creí que habíamos conectado en vacaciones. Me gustas —confesó sosteniéndole la mirada—. Me gustas de verdad. Y quiero que seas mi novia —declaró.

—Todo esto es...

—Solo dime una cosa —la cortó de nuevo—. Responde con sinceridad —pidió y Debra asintió en respuesta—. ¿Yo te gusto? ¿Te he gustado en algún

momento?

¿Cómo se habían vuelto así las cosas?

La joven permaneció en silencio, los dos se miraban, notó como el sudor se le acumulaba en la parte alta de la espalda, entre los omóplatos. Estaba nervioso, quería escuchar la respuesta; sin embargo, al mismo tiempo, sentía temor.

—Sí.

El alivio barrió todo rastro de tensión en él, en seguida llegó la alegría de saber que los dos estaban en aquello en igualdad de condiciones. Acarició el cabello de Debra que colgaba a su espalda en una coleta y su mejilla sin perder el contacto visual.

—Entonces no hagas esto, no me dejes. Creí que estábamos a gusto juntos. Yo lo estaba—aseguró—, ¿tú no?

—Sí, pero...

—Nada de peros —interrumpió su respuesta una vez más y, cogiendo su cara, le tomó la cintura y se acercó despacio para unir sus labios.

Le respuesta a ese beso, igual que las veces anteriores, le dio tranquilidad, la seguridad de que estaban juntos. De que habían podido solucionar aquel entuerto y continuar hacia adelante desde ahí.

—Dios —dijo al romper el beso y posar su frente en la de ella—. Te echaba de menos —manifestó en un suspiro aliviado—. Me alegra que hayamos podido hablar y arreglarlo —susurró sintiendo cómo sus respiraciones se entremezclaban—. No vuelvas a ignorar mis mensajes, por favor.

—Está bien, lo siento —contestó Debra.

—Bien —zanjó—. Y ahora, vamos —articuló tomando su mano, dándose la vuelta para acompañarla.

Se volvió al notar resistencia por su parte, ella no se había movido. Lo observaba de forma interrogante y dedicaba miradas de reojo hacia la puerta.

—Vamos ¿a dónde? —consultó.

—A clase. A tu clase —especificó Jace—. Voy a acompañarte.

—¿Juntos? No creo que sea buena idea —repuso ella echándose para atrás.

—¿Por qué no? Eres mi novia...

—Ya, respecto a eso... —Debra lo miró desde abajo, con la cabeza ligeramente inclinada—. ¿Podemos mantenerlo entre nosotros?

Tenía la sensación de que cuando pensaba que las cosas estaban atadas, descubriría un agujero que no había visto antes.

—¿Qué? ¿Que salgamos en secreto? —preguntó sin poder creer lo que le estaba proponiendo.

—Eh... Algo así, sí —confirmó ella.

—¿Por qué?

Se miraron durante varios segundos, ambos en silencio, buscando respuestas en el rostro del otro. Ella tenía dudas, pudo verlo en sus ojos, ¿de él? ¿De ellos? No lo sabía, pero quería que se diera cuenta de que no tenía nada que temer.

—Si quieres que estemos juntos tendrá que ser así. O nada —determinó mostrando una vez más esa entereza que tanto le gustaba.

—Tú ganas —cedió—, no entiendo por qué tenemos que escondernos de todo el mundo, pero lo haré —asintió.

—Bien, entonces, me voy primero —anunció la joven.

Esa chica le volvía la cabeza del revés. Después de un beso que pretendió que fuera arrebatador y tierno al mismo tiempo, se fue y cerró la puerta dejándolo solo. ¿Qué había hecho? ¿Por qué había aceptado salir en secreto con ella?

Tampoco entendía qué motivos podría tener Debra para pedirle que mantuvieran su relación oculta de los demás. Mierda, eso quería decir que nada iba a cambiar en el instituto. Cada uno seguiría yendo por su cuenta. Con las ganas que había tenido de caminar con ella por los pasillos o de pasar el tiempo del recreo y del almuerzo juntos...

—Soy imbécil —suspiró dejando caer la espalda contra la pared más

cercana.

Capítulo 19

Estaba saliendo con Jace. Jace Reeve era su novio. Jace Reeve y ella estaban saliendo juntos. SA-LIEN-DO. Por más que lo repetía en su mente, era un concepto que no calaba, era como el agua y el aceite, imposible de mezclar. Al verlo esa mañana, tan serio, alto y guapo, se había quedado sin aliento. Aunque tenía serias dudas de haber sobrevivido a ese verano y no haberse convertido en un fantasma porque si pensaba en las veces que lo había visto en bañador, con el cabello mojado...

Y si lo hacía en sus besos, en el peso, el sabor y el calor de sus labios contra los de ella, se le licuaba hasta el último pensamiento.

—Debra, ¿estás bien? —Nat zarandeaba una mano delante de su cara.

—¿Eh? Oh, sí.

—¿Seguro? Desde ayer por la tarde te noto rara. ¿Y qué quería decirte Jace Reeve esta mañana? —Su amiga pronunció la última frase con un tono que decía claramente que conocía los sentimientos que tenía por él.

Se encontraban delante de su taquilla, fueron después de pasar por la de Nat para dejar los libros que no iba a necesitar y a recoger la libreta de bocetos que había dejado esa mañana. No podía decirle la verdad. No podía revelar que estaba saliendo con Jace, que habían pasado juntos parte de las vacaciones; entre otras cosas, porque se calló ese detalle de lo que había sucedido durante el verano.

En una de sus muchas conversaciones por mensaje explicó a Natalie la

enorme casualidad de que el chico estuviera veraneando con su familia en el hotel de su tío, pero nada más. Fue incapaz de decirle nada acerca de los besos que se dieron, de los largos paseos juntos por la playa o la ciudad.

—Oh, solo quería darme saludos de parte de su abuela. —Buscó una respuesta rápida.

—¿Qué? ¿Solo eso? —Su amiga se desinfló.

—¿De qué habláis, preciosas? —preguntó Parker apareciendo a su espalda.

—De ti, cariño —contestó su amiga.

—¿En serio? —preguntó el chico esperanzado.

—No —respondió Debra cerrando la taquilla.

—Siempre me hacéis lo mismo —recriminó él.

Nat y ella intercambiaron una mirada cómplice, el novio de su amiga era muy buen chico y a menudo le tomaban el pelo, siempre caía. Mientras terminaba de guardar la libreta en la mochila, el asa se le resbaló, levantó el brazo por inercia para evitar que cayera al suelo y eso resultó, salvo porque su libreta y estuche salieron despedidos porque la cremallera todavía continuaba abierta.

Vio a un chico recoger el estuche que había resbalado varios metros por el pasillo y se agachó a recoger su libreta; antes de que pudiera tomarla, Remo lo hizo por ella y se pusieron en pie al mismo tiempo.

—Toma, se te ha caído —dijo él con amabilidad.

—Sí, gracias. Mi torpeza es desesperante —repuso.

—Yo creo que es... Mona —dijo Remo tras buscar un adjetivo por un instante en el que la ayudó a recolocar la tira de su mochila en el hombro.

Bajó la vista, contrariada. ¿Estaba ligando con ella?

—¿Esto es tuyo? —Su estuche apareció delante de su campo de visión y se irguió de pronto al reconocer la voz de quien se lo ofrecía.

Había apartado a Remo con el codo con poco disimulo y acaparaba el lugar delante de ella ante la atenta mirada de sus amigos.

Jace.

Tenía una sonrisa ladeada y esa mirada pícara a la que tanto le costaba resistirse. Ese era el chico del que estaba enamorada y con el que salía a espaldas de sus amigos y del resto del mundo por miedo a hundirse delante de todos cuando ese sueño acabara, algo que ocurriría inevitablemente antes o después y no quería ser, de nuevo, la comidilla de todos los rumores.

Que sería exactamente lo que sucedería si su relación salía a la luz.

—Eh, sí. Gracias —contestó.

—De nada. Comprueba que no haya nada roto —aconsejó él quedándose donde estaba haciendo que su nerviosismo creciera.

Abrió la cremallera y miró por encima el contenido.

—Parece que todo está bien —declaró a media voz.

—Bien. Ten más cuidado con tus cosas, a mí no me gusta que nadie ponga las zarpas sobre las mías —pronunció sonriente sin apartar la mirada.

Debra tragó saliva, le costaba pensar con claridad siempre que él andaba cerca; un momento, ¿ese había sido un mensaje para ella? Remo la había estado ayudando con la mochila antes de que apareciera. ¿Y cómo tenía él su estuche? Había visto cómo un chico de los primeros cursos lo recogía.

—Lo tendré —contestó.

—¿¡Qué ha sido eso!?! —Natalie se aferró con fuerza a su brazo en cuanto Jace se alejó tras despedirse con un movimiento de la cabeza a modo de saludo a cada uno de ellos.

—No lo sé.

—Vaya, debe querer que continuéis siendo amigos —suspiró embelesada.

—Nat, baja de la luna. Él tiene sus amigos y yo los míos —replicó Debra.

—¿A dónde vamos a comer? —intervino Remo cambiando el tema de la conversación.

Llegaron a la cafetería y unos amigos de Parker los invitaron a unirse a ellos durante el almuerzo, cogieron una bandeja y guardaron cola.

—¿Qué? ¿No hay *pudding*? —Respiró hondo al reconocer la voz de Alan Fleet detrás de ella.

¿Por qué tenía que tener la mala suerte de cruzarse con él el primer día?

—Lástima —continuó—, quería celebrar el inicio del último curso, ¿tú no, pequeña acosadora? —susurró en su oído provocando que un escalofrío de asco la recorriera.

—Ya lo celebraré el día que te vayas —replicó fijando los ojos en el rostro que siempre le devolvía esa mirada calculadora y que tenía de forma permanente una sonrisa desdeñosa.

—Cuando no puedas verme, me echarás de menos.

—Oh, sí —contestó irónica—, ¿quién mejor para dar color a los días que Alan Fleet, el alma de la fiesta?

—Cuidado, enana —dijo acercando su rostro.

—¿O qué? —contestó fulminándolo sin amedrentarse, acercando a su vez la cara a la de él.

De forma inesperada, Alan se echó atrás y se quedó callado, la fila avanzó y continuó su camino sin más, dándose la vuelta e ignorando al rubio desgreñado. Como cada año, las cosas volvían a su insoportable realidad, una vez más, en cuanto pisaba el instituto. Con la bandeja llena, caminaba hacia el lugar que le habían guardado sus amigos y al ver a los nuevos y a los de segundo año, pensó en Alec. Él debería comenzar segundo también.

Se dio cuenta entonces de lo poco que había pensado en él ese verano, entre el trabajo, los compañeros y amigos del Pacific y Jace, su cabeza había estado ocupada en otros menesteres esos meses. Como una lanza, la atravesó la culpabilidad. ¿Cómo podía haberse olvidado de su hermanito?

Tropezó con alguien y tuvo que hacer equilibrios con la bandeja y su contenido para que no cayera en el suelo ni encima de ninguno de ellos. Unas manos casi infantiles la ayudaron a estabilizarla.

—Uff... —bufó.

—Menos mal, no se ha caído nada —articuló una voz de chico aniñada.

—Sí, gracias —dijo y miró al niño cuya cabeza quedaba a la altura de su codo—. Ha sido culpa mía, no te he visto —añadió—. ¿Te he hecho daño?

¿Estás bien?

Le sorprendió descubrir lo guapo que era; rubio, con el cabello corto, algo rizado, ojos de un bonito azul oscuro y una mirada tan honesta como abierta era su sonrisa.

—Oh, no, ha sido culpa mía, no miraba por dónde iba; mi hermano siempre se enfada y me grita por eso —declaró poniéndose colorado.

Le recordaba a alguien, estaba segura, pero no lograba poner en claro a quién.

—¿Eres de primero? —preguntó devolviéndole una sonrisa tranquilizadora.

—Sí.

—¿Tus amigos también vienen a este instituto? ¿Tienes con quién sentarte a comer? —especificó, pensó que, de haberse tratado de su hermano, le gustaría que alguien fuera amable con él el primer día ya que aun recordaba los nervios que ella misma había tenido años atrás, menos mal que había tenido a Nat con ella.

—¿Ahora vas a dedicarte a acosar a los de primero? —Alan apareció a su lado de nuevo con la voz crispada.

—Vete a la mierda, Fleet. Eres insufrible —contestó harta de él.

—Hemos tropezado porque iba mirando hacia otro lado, ella solo estaba siendo amable, hermano.

—¿Hermano? —repitió abriendo los ojos asombrada y comparó sus facciones. Eran iguales, solo que sin la actitud arrogante y altanera de Alan.

—Sí, ¿pasa algo?

—Solo me sorprende que exista un Fleet que no sea un gilipollas. Perdona, chaval, tú solo... No te vuelvas como él —terminó.

Y pasando por en medio de los dos hermanos, porque no le daba la gana de tener que rodear a Alan, lo obligó a apartarse y se dirigió a su mesa.

La vuelta a la universidad hacía que añorara en cierto modo los días de verano, no obstante, como el clima por allí no tenía grandes variaciones, pasaba gran parte de su tiempo libre fuera. Habían transcurrido dos meses ya desde el inicio del curso y si podía decir que algo había mejorado con respecto al año anterior era que ahora se mensajeaba con Debra de forma regular. No había día en el que no hablaran de algo o se enviaran alguna imagen.

Como era habitual, tomaba café en la cafetería en la que trabajaba Laura, ocupando una de aquellas mesas altas. Sacó una instantánea de lo que había pedido, lo mismo de siempre, y la envió como respuesta a su fotografía de un montón de libros en la biblioteca; se acercaban los primeros exámenes del trimestre y la pobre tenía un agobio máximo con eso.

—¿A quién se la envías? —preguntó su novia apareciendo tras él, apoyando la barbilla en su hombro.

—A Deb —contestó terminando de escribir el mensaje—. Está agobiada por los exámenes.

—Ah...

Reconoció el tono de voz, cada vez que hablaba de Debra o hacía algún comentario o mención, ella arrugaba la nariz; y la mayoría de las veces era Laura quien sacaba a colación a su amiga, no él.

—¿Qué pasa?

—No, nada. Es tu amiga.

—Exacto. Mi amiga —repitió remarcando la última palabra.

—Es que no me gusta que pases tanto tiempo hablando con ella y le haces más caso a algo que pueda decirte que a lo que diga yo. A veces pienso que estás enamorado de ella.

Desde que la conoció, meses atrás, no dejaba de repetir lo mismo; estaba cansado de tener que calmar esa inquietud por parte de su novia, pero también era consciente de que no había obrado de la manera correcta en ese terreno, por lo que estaba dispuesto a pasar por eso cada vez que Laura hablara de

ello.

—Laura, ¿cuántas veces lo hemos hablado? Debra y yo somos amigos — señaló.

—Ya lo sé, me lo has dicho; pero no puedo evitar pensar que...

—No lo pienses.

—Sí, claro. Qué fácil es decirlo. Además no hace ni dos días que no sabía de su existencia y ahora está hasta en la sopa.

—Te lo he explicado, Deb está en mi vida hace mucho tiempo...

—Sí, sé la historia, blah, blah, blah. También sé lo que veo y lo que me dice el corazón. La quieres.

—Por supuesto que la quiero —espetó provocando que ella diera un paso atrás.

—Vuelvo al trabajo —musitó.

Hacer sentir mal a su novia no había sido, ni por asomo, su intención. Pero se había vuelto tan insistente con eso que no iba a decir una mentira solo para que se quedara tranquila; podía explicarle una y mil veces que solo eran amigos, que él estaba con ella y no con Debra, que era con ella con quien tenía una relación sentimental y no con su amiga, pero nada de aquello valía para ella, nada era suficiente.

Dos días más tarde la fue a recoger al salir del trabajo, Laura y él hicieron las paces después de ir a cenar. Despertó en su casa, con ella al lado, fue al baño y al salir escuchó el teléfono que había dejado cargando en la mesa del comedor. Miró la pantalla antes de responder, era Chris, una compañera del grupo de estudio.

—¿Sí?

—Menos mal que te encuentro. Nadie me contestaba el teléfono. Voy a morirme del ataque de nervios —hablaba deprisa, más de lo normal, y por cómo lo hacía juraría que estaba caminando o algo por el estilo.

—De acuerdo, cálmate. ¿Qué ha pasado?

—Tengo un problema.

—Eso ya lo he deducido. Deja de andar, respira hondo y explícame qué pasa.

—He perdido mis apuntes. Y el trabajo. Todo lo que tenía hecho hasta ahora. Todo —lamentó comenzando a sollozar.

—¿¡Qué!?! Pero... ¿Cómo? ¿Dónde estás?

—En la residencia. He pasado toda la noche estudiando, sabes que me cuesta, y antes de que me diera un ataque al corazón por toda la cafeína que he tomado, he ido a darme una ducha y cuando he vuelto, no sé como ha ocurrido, pero estaba poniéndome la espuma, he golpeado el estante, una lata y una botella de refresco que tenía sin empezar han caído al suelo rodando y al momento estaba soltando espuma por todo el dormitorio, mi ordenador, mis libros, mis apuntes, la carpeta, todo. Todo está echado a perder —explicó cada paso de la escena de forma que se lo pudo imaginar a la perfección, nadie podía tener tan mala suerte, pero así era Chris, si algo era insólito o poco probable, seguro que le ocurría a ella—. Voy a morir —vaticinó de forma bastante tétrica.

—De acuerdo, Miss Drama —la llamó por el apodo que le habían dado en el grupo de estudio de forma cariñosa y al que ella misma se refería cuando hablaban de las cosas extrañas e improbables que le habían ocurrido—, cálmate. Tienes un ataque de ansiedad. Escúchame, tengo mis apuntes al día, hablaré con los demás, seguro que podemos conseguir reemplazar todo lo que te haga falta.

—¿Y mi trabajo?

—Recuperaremos la información, tranquila, encontraremos la manera.

—¿Estás en la biblioteca? ¿Puedo ir? Necesito salir de aquí o siento que voy a comenzar a chillar como una histérica de un momento a otro.

—No, estoy... —escuchó el sonido de pasos detrás de él, se giró y vio a Laura con cara de pocos amigos apoyada en el umbral—. En casa.

—De acuerdo, voy para allá. Gracias, Cédric, no sé qué haría sin ti.

—Descuida, hasta ahora.

—¿Debra? —inquirió su novia cruzando los brazos en el pecho.

¿Otra vez con eso?

—¿Qué? —Miró el teléfono que todavía estaba en su mano—. ¡No!

—¿Y quién era? Sé que era una chica, no me mientas.

—Laura, estás siendo algo irracional con este tema. Era una amiga.

—Ah, ¿otra amiga de la que no he oído hablar? ¿Cuántas amigas de esas tienes, Cédric?

—Wow, frena. Te estás pasando.

—No soy yo la que ha venido a hablar a escondidas con una amiga —dijo con tono agrio.

—Vale, no puedo más. ¿Sabes qué? Paso. Es cierto que en el pasado tenía bastantes rollos. Rollos, no novias, tú has sido la primera en mucho tiempo y si es así como te vas a comportar cada vez que tenga una amiga o que hable con una chica, se acabó.

—¿Ah, sí?

—Sí. No puedo más con esto, Laura. ¿Quieres saber la verdad? Quiero a Debra, lo hago, pero no de la forma que tú te piensas; entiendo que sea difícil de comprender, yo mismo estuve confuso un tiempo, pero lo hablé con ella y lo aclaramos. Aunque parece que por más que te lo explique, por más paciencia que tenga, tú no lo quieres entender, prefieres seguir con tu idea preconcebida. Pues muy bien.

—También estuviste confuso un tiempo —repitió ella.

—Sí —confirmó.

—Pero lo hablaste con ella. Y lo aclarasteis.

—Exacto. Solo somos amigos. Grandes amigos.

—¿Pues si sois tan grandes amigos por qué yo no sabía nada de ella hasta este verano?

—Porque no quería tener que lidiar con esto. Esta situación, es lo que siempre he odiado de las relaciones.

—Bien, no tienes que seguir preocupándote por esto. Me voy.

—No me lo puedo creer, ¿lo dices en serio? —interpeló cuando la vio dirigirse hacia la puerta.

—Sí. Tú lo has dicho. Se acabó.

—Bien, de acuerdo, como quieras. Ah y por si quieres saberlo, hablaba con Chris, mi compañera de la universidad, esa que sí conoces —añadió antes de que Laura cerrara la puerta después de salir al corredor dando por concluida así su relación de casi un año.

Desde que quedaba con Debra para estudiar algunas tardes, sus sesiones de estudio habían mejorado mucho, y sus notas. Aprobó el primer trimestre con unas calificaciones como hacía años que no tenía, porque, aunque también había sesiones de besos, largas y húmedas que lo dejaban ardiendo por dentro, primero estudiaban. Sí, ella lo obligaba y si no, no había de lo otro, no le dejaba ni tocarla.

Aunque no podían verse durante los fines de semana ya que ella iba con Natalie o con su prima de forma alterna, pasaban gran parte del resto de días de la semana juntos, hasta sus amigos comenzaron a preguntarle qué le ocurría, por qué no salía ya con ellos tanto como antes. Les dijo que ese año quería centrarse en los estudios un poco más, de cara a su entrada en la universidad del próximo curso.

Así, casi sin darse cuenta habían pasado los meses, casi medio año desde que empezó a salir con Debra en verano, porque él lo contaba desde entonces, y todavía nadie sabía acerca de su relación. Se veían por los pasillos, durante el recreo, en el almuerzo, pero cada uno estaba con su grupo de amigos.

Tenía que admitir que cada vez llevaba peor esa situación; al principio le había parecido incluso divertido, pero verla y no poder tocarla o pensar en dónde se encontraban en primer lugar comenzaba a pasarle factura, quería vivir su relación como cualquier otra pareja. Además, ya no tenía más excusas

que dar a sus amigos para no acudir a las fiestas que organizaban; desde que salía con ella, no le gustaba estar solo en esos eventos.

Miraba a Phil con Yolanda, a Stan, con esa nueva novia o incluso a Eric y le molestaba no tenerla a su lado. Por otra parte, Alan parecía más relajado ese curso, quizás porque su hermano pequeño, Peter, había comenzado el instituto. Se pasaba más tiempo vigilando al pequeño Fleet, como lo llamaban, de que no armara líos y de que no se metieran con él ni tuviera problemas; esa faceta le recordó al amigo que había conocido de pequeño.

Aunque Jace quería hacerlo público y anunciar sin tapujos que tenía novia, ella todavía era renuente. Habían hablado acerca de ello algunas veces, le hizo ver que había demostrado de sobras que su relación no tenía ni punto de comparación a las que tuvo antes que ella, aun así, Debra era reacia. Él creía que lo que le daba un poco de reparo era decírselo a su amiga, ya que los motivos originales que esgrimió para ocultarlo habían desaparecido, o eso creía.

De todas formas, no dejaría de insistir y hacerle entender que ya no había razones para continuar escondiendo un noviazgo que era lo mejor que le había pasado. La observó por encima del libro de ciencias que, desde hacía un rato, pretendía leer; sentada a su lado en la mesa de comedor, Debra subrayaba y tomaba apuntes, elaboraba esquemas para recordar conceptos y resumía las explicaciones.

—Deberíamos tomarnos un descanso —propuso dejando el libro en la mesa.

—Tengo que entregar un trabajo de esto dentro de poco y mis compañeros de equipo no es que se esfuercen demasiado en buscar la información —repuso ella.

—Pero no puedes ser tú la que haga todo el trabajo.

—Y no lo hago; hago mi parte —resolvió—. Y estudio la suya, porque mi nota depende de ello —explicó.

—Me parece que es lo mismo —pronunció escéptico.

—Piensa lo que quieras —dijo levantando la cabeza y sonriéndole de una forma que quiso abrazar y volver a recordar en momentos en los que le faltara un poco de luz en su vida.

—Este fin de semana te quedas con Nat, ¿verdad?

Cambió de tema.

—Correcto.

—Hay una fiesta. En casa de Stan —anunció; Debra permaneció en silencio, escribiendo en su libreta—. Ya sabes dónde es. Podrías venir —murmuró.

—Recuerdas lo que pasó la última vez, ¿verdad? —señaló su novia advirtiéndole con la mirada.

—Pero será distinto. Hay más gente invitada, gente de nuestro curso y algunos del tuyo —explicó—. Además, podrías decirle a Natalie que estamos juntos...

—Jace, ya lo hemos hablado, ya veré cómo y cuándo se lo digo.

—Ya, pero es que es tu mejor amiga y yo tu novio, me gustaría pasar más tiempo contigo, no solo estos momentos robados por las tardes.

—¿Ya te has cansado de que pasemos las tardes estudiando? —interrogó ella.

—No he dicho eso, digo que quiero poder ir al instituto con mi novia, estar juntos en el almuerzo, en el recreo...

—¿Por qué no puedes conformarte con esto? —preguntó Debra dejando ir un largo suspiro—. ¿No están bien las cosas así?

—Hagamos un trato, ven a la fiesta y no hablamos más del tema por hoy —propuso.

—Cómo sabes hacértelas venir para conseguir lo que quieres... —respondió ella con una sonrisa.

—¿Entonces? —inquirió expectante.

—De acuerdo —cedió ella—. Si Nat me comenta acerca de la fiesta le diré que vayamos —añadió.

—Eso es trampa.

—Se llama cláusula. —Rio con sorna.

De alguna forma, sin que él lo viera venir, Debra siempre ganaba en lo que a conseguir algo del otro se refería, pero esta vez no se lo pondría tan fácil, quería que fuera a esa fiesta y lo conseguiría.

Capítulo 20

—Aquí tienes.

Remo le trajo un vaso de refresco, había ido con Parker y algunos más a buscar las bebidas, mientras que Nat y ella se quedaban en el jardín. Yolanda se había acercado a saludarlas y ahora se encontraba junto a su novio. Priscila las había visto, pero se mantuvo a distancia y ni se les acercó. Tanto mejor. No tenía ganas de tener un enfrentamiento esa noche.

—Esto está muy bien —dijo Parker mirando alrededor y luego centrándose en Natalie y en ella.

Ellos también recordaban lo ocurrido la vez anterior y lo que pasó allí mismo, en ese jardín, la diferencia era que, en esta ocasión, Jace la había invitado en el pasillo cuando estaba con Nat, Parker y algunos más. Delante de todos. Lo habría matado por hacer eso, pero tenía una sonrisa socarrona que le licuó las rodillas.

Se salió con la suya, estaba en la fiesta en casa de Stan.

—Sí, no está mal —apoyó Natalie.

—Hay mucha gente —terció Remo.

Escuchaba la conversación de sus amigos ajena, más atenta a posibles problemas que a ellos.

—¡Me encanta esta canción! —Nat aulló agarrando su antebrazo con fuerza.

La arrastró hacia la parte del césped en la que un grupo de gente bailaba al ritmo de la música, los chicos se les unieron poco después. Ver a Parker bailar

era todo un espectáculo, el deportista era una de las personas más carismáticas que conocía, pocas cosas se le resistían o le salían realmente mal e incluso cuando lo hacían, tenía tanto estilo que resultaba adorable.

Su amiga y ella bailaban bajo el amparo del novio de esta y sus amigos, bailaron con todos y para cuando la canción cambió a otro tema menos comercial, Remo y Deny continuaron bailando con ella mientras que los demás lo hacían por su cuenta o iban a por más bebidas mientras Nat y su novio se marcaban un baile juntos. Esos dos continuaban siendo un par de tortolitos, aunque hiciera tanto tiempo que salían.

¿Serían Jace y ella así?

Al comenzar a salir juntos, Debra había tenido tanto miedo de que acabara en cualquier momento que intentó por todos los medios que no se le subiera a la cabeza, continuar con su rutina normal todo lo posible, de modo que cuando él se cansara, no tuviera que lamentar perder gran cosa, pero lo cierto era que ese chico ocupaba cada parte de su mente y cada vez le costaba más mantener los pies en el suelo. Y eso la asustaba.

Tenía que decirle a Natalie que hacía casi seis meses que tenía novio, no sabía cómo se tomaría la noticia, pero teniendo en cuenta que ellas se lo contaban todo, podía predecir con bastante acierto que no le iba a gustar nada que le escondiera ese dato durante tanto tiempo.

A pesar de saberlo, le era harto difícil mantener esa charla con ella.

—No mires —susurró Nat en su oído para que nadie más pudiera escucharla—, pero Jace está mirando hacia aquí.

Fijó la mirada en la cara de su amiga y esta levantó las cejas y le guiñó un ojo de tal forma que le recordó a un personaje de una serie de comedia.

—Seguro que no lo has visto bien.

—Deb, puedo tener los ojos rasgados de una forma muy sexy y completamente atractiva —dijo con humor—, pero desde luego ven la mar de bien. Créeme, miraba hacia aquí.

—¿Quién? —preguntó Parker metiendo la cabeza entre ellas.

—El fantasma que vive en el bosque —repuso Debra de forma automática con voz siniestra.

—¿En serio?

—No —contestó su novia.

Ambas se ganaron una mirada felina de su parte y se echaron a reír. Nat le echó las manos al cuello y ella tomó su cintura al tiempo que reían a carcajadas porque, una vez más, había caído.

—Ay, pobre...

—Si es que es demasiado fácil, Parker.

Reían al tiempo que buscaban su perdón, su intención nunca fue la de mofarse de él, ni que el deportista se enfadara.

—De acuerdo, os perdono. Pero solo porque os quiero mucho —advirtió.

—Chicos, voy a intentar encontrar el baño —informó Debra en voz baja.

—¿Te acompaño? —Se ofreció su amiga apartando el cabello oscuro y lacio que caía por su hombro.

Era tan guapa. La quería horrores. No decirle la verdad acerca de su relación con Jace le estaba haciendo sentir realmente mal. No sabía cuánto tiempo más podría aguantar. Además, él tenía razón, había demostrado de sobra que sus miedos del principio eran infundados. Entonces ¿qué la retenía? ¿Por qué no se veía con fuerzas para afrontar una noticia de esa magnitud?

No se trataba de ninguna mentira, era su novia. ¿Qué pasaba con ella? Cualquier otra chica estaría gritándolo a los cuatro vientos, aunque solo lo fuera durante cinco minutos.

Entró en la casa y buscó el servicio, Stan jugaba a los dardos con una diana enorme que había colgado en la pared del comedor en la que la vez que estuvo ahí había fotografías familiares; esperaba que se encontraran a buen recaudo y no se perdiera o rompiera ninguna.

—¿Puedo ayudarte? —Priscila le cortó el paso con gesto inquisitivo, cruzando los brazos sobre el pecho y dejando reposar el peso del cuerpo sobre un costado.

—Supongo que sí —articuló tratando de mantener una actitud neutra con ella—. Busco el baño.

—Yo me encargo —intervino Jace apareciendo al lado de la otra chica—, gracias Pri. —Con aquellas dos sencillas palabras la echó de allí sin más—. Por aquí —invitó con un gesto del brazo a que caminara delante de él.

Le indicó que subiera las escaleras al segundo piso y guió sus pasos por el pasillo en el que debieron sortear a alguna que otra pareja en actitud cariñosa.

—La fiesta es abajo, chicos —informó Jace en voz alta—. Stan nos envía a hacer que regreséis todos. Mi consejo, la esquina de atrás del jardín —continuó—. Es la más oscura.

Mientras él hablaba las parejas dejaron el pasillo libre; con una sonrisa diabólica le tomó la mano en cuanto los dos últimos chicos desaparecieron de su vista y tiró de ella para presionar sus labios en un beso rápido.

—¿Deberíamos estar aquí? Si Stan no quiere que nadie suba...

—Era una trola, a él le da lo mismo —descartó—. Pero quería besar a mi novia. Y tú no ibas a hacerlo con ellos delante —expuso guiñando un ojo descarado.

La llevó directamente hasta el cuarto de baño; entró con ella, la abrazó y echó el cerrojo a la puerta justo antes de que sus labios se encontraran. Debra enredó los dedos en su pelo, disfrutando del tacto, le acarició los hombros y la parte alta de la espalda, Jace le mordió el labio inferior. Sus encuentros habían ido subiendo de tono; las ganas de compartir más con él, de tocar, explorar, besar otras partes de su anatomía y de que él hiciera lo mismo con ella habían aumentado de forma considerable.

Cada vez que se besaban aumentaba la temperatura, su respiración se tornaba pesada y el corazón emprendía una carrera que solo la separación lograba detener. Sintió las manos de Jace bajar a sus caderas y de ahí a su trasero, la forma en la que lo apretó, tirando de ella hacia arriba le gustó, se notó deseada y el hormigueo que nacía en la boca del estómago y en las palmas de las manos cuando estaban a solas se pronunció aun más.

—Debra... Ojalá estuviéramos en mi casa —murmuró contra su mejilla.

—No hagas eso —rogó.

—¿El qué?

—Hacer que...

«Hacer que te quiera y desee aun más», pensó ella. Sin embargo, retuvo la lengua a tiempo.

—Da igual, déjalo —desechó negando con la cabeza.

—No, dilo. Quiero saber lo que ibas a decir —pidió Jace.

Debra apartó los brazos y se apartó de él, se apoyó en el lavamanos para no tambalearse de forma discreta, cada beso de él se llevaba la estabilidad que poseían sus piernas; y su mirada, esos ojos de un azul tan claro, le hacían rodar la cabeza.

—No era nada —descartó ella—. Además, tienes que volver abajo y yo de verdad tengo que usar el baño —terminó.

—Está bien —cedió su novio—, te veo abajo.

Jace se aproximó, acarició su rostro con ambas manos, la besó en la frente, luego en la punta de la nariz, en la mejilla y, finalmente, en los labios de una forma tan tierna que no comprendía cómo su corazón podía continuar en el interior del pecho si lo había escuchado estallar de felicidad.

Lo malo de salir con una chica que trabajaba en un lugar en el que solía pasar a tomar algo a menudo era encontrar otro sitio para hacerlo una vez que la relación dejaba de existir. Hasta la fecha no había tenido demasiada suerte ya que, además, tenía que estar en un radio razonable. También echaba un poco en falta el hecho de tener alguien con quien compartir algunas cosas; por ejemplo, ahora, cuando veía algunos postres de chocolate con pinta deliciosa, pensaba automáticamente en Laura.

O escuchaba su voz junto al oído cada vez que veía un cachorro o un gatito.

Efectos secundarios de mantener una relación a largo plazo, se decía; aun así, había momentos en los que llegaba a ser molesto. Pasaron algunas semanas desde que su novia y él rompieran, cuando una noche de sábado en la que se había quedado en casa estudiando para un examen que tendría el lunes mientras sus compañeros de piso salían a divertirse. Estaba concentrado en el momento que el timbre de la puerta sonó.

Pensando que era la cena a domicilio del vecino que se habría vuelto a confundir, abrió sin más llevándose una sorpresa mayúscula al encontrar a su ex en la puerta sujetando una caja.

—¿Laura? —atinó a pronunciar.

Lo miraba con la boca abierta, cualquiera diría que la mayor sorprendida había sido ella a pesar de ser quien se presentó sin avisar. Hasta pasados unos segundos no se percató de que su asombro era debido a su estado de semidesnudez; Cédric llevaba solo unos pantalones cortos de deporte grises que le llegaban por encima de las rodillas. Solo eso. Había estado estudiando solo todo el día.

—He pensado que querías algunas cosas de vuelta —Laura habló tras un ligero carraspeo—. ¿Es mal momento?

—Sí —replicó al instante—. Pero no, no es lo que tú piensas —añadió de prisa al ver el cambio en su cara—. Estoy estudiando para un examen, llevo todo el día encerrado.

—Ah.

Permanecieron quietos, en silencio. Su ex vestía botas altas, abrigo grueso, largo, y un bolso negro reluciente. Además llevaba maquillaje, como le gustaba hacer cuando salían a cenar fuera, iban al cine o a bailar. Se había arreglado y estaba realmente guapa.

—¿Quieres...? ¿Quieres pasar? —ofreció Cédric.

—Solo un momento a dejar esto —aceptó—. Ya recogeré mis cosas otro día, hoy no puedo llevármelas.

Entró con paso digno y dejó la caja encima de la mesa del comedor.

—¿Vas a salir? —consultó él.

—Sí. Mis amigas y yo vamos a ir a bailar —respondió Laura levantando un poco la barbilla.

—Eso está bien.

—Sí, es genial —repuso entre dientes recolocando la correa del bolso en su hombro—. ¿Vas a mirar si está todo o si falta algo? —inquirió al cabo de unos instantes en los que ambos continuaron sin decir nada.

De pronto se dio cuenta de que ahora ella era una invitada, Cédric se dirigió a la cocina y preparó dos vasos antes de abrir la nevera.

—No hace falta —respondió—. Eres minuciosa, estoy seguro de que no has olvidado nada —aseguró sacando un cartón de zumo de frutas que había comprado por inercia en la tienda para ella antes de acordarse de que ya no lo tomaría porque no iría más a su casa.

Otra de esas costumbres molestas que continuaba haciendo.

—Eso es... —articuló Laura al verlo guardar el cartón y dirigirse hacia ella.

—Tu favorito —admitió—, sí. No me di cuenta de que lo había comprado hasta que lo estaba guardando en la nevera, ¿lo puedes creer?

Al instante siguiente, los pechos de su exnovia se aplastaban contra su torso desnudo, Laura sujetaba su cabeza y tiraba de él hacia abajo, hacia sus labios. El contacto tan familiar y agradable al mismo tiempo le resultó reconfortante. El cuerpo de Cédric respondió con ímpetu al asalto y antes de que se diera cuenta estaban enredados en el sofá, deshaciéndose de las prendas que se interponían en el camino.

Lo sorprendió con aquella fogosidad, era algo nuevo que no había conocido mientras salían; había sido algo más tranquila a la hora de mantener relaciones sexuales, casi siempre era él quien comenzaba y Laura lo seguía; era agradable, sencillo, pero ardiente y apasionada como en ese momento, desde luego que no.

Había sido su primera novia, la primera mujer con la que había mantenido una relación estable y no fue para nada desagradable, como siempre había

pensado, ella le gustaba de veras. Fue una lástima que se pusiera hecha un basilisco aquella vez; si iba a estar con una chica de nuevo, se dijo, se aseguraría de que no le molestara que tuviera amigas. Esta vez diría las cosas sin contemplaciones.

Claro que eso solo sería en caso de conocer a otra chica con la que le apeteciera estar más de un breve lapso de tiempo cosa que, desde que lo dejaron, no había ocurrido. Ni siquiera había tenido sexo esporádico.

Ella lo tocaba de la forma que sabía que le gustaba, le arrancó un gemido de lo más hondo y se revolvió atacando su cuello, lamiendo y succionando esa zona que sabía le haría perder la cabeza. Poco después estaban sudando, desnudos, rodando por el suelo. Quizás aquella fuera otra novedad que debía explorar, se dijo Cédric, sexo con una ex.

—Míralos —comentó Alan en tono amargo.

—Los he visto antes —contestó Priscila, sentada sobre Eric y abrazada a él.

Sus amigos estaban reunidos alrededor de la hoguera del jardín, apagada para que no hubiera ningún incidente durante la fiesta de aquella noche. Jace había ocupado un asiento que le diera línea visual directa con su novia, aunque solo había podido estar con ella unos minutos, reconocía que besarse a escondidas en el baño también tenía su aquel.

—Parece que la pequeña Debra se ha echado novio —continuó su amigo *grunge*.

—Basta, Alan —censuró.

—Sí, ¿qué tiene de malo que esté saliendo con alguien? —intervino Yolanda.

Phil negó con la cabeza cuando esta miró de uno a otro buscando una respuesta o un apoyo que ninguno ofreció.

—Después de lo que pasó la última vez —continuó Priscila—, creí que no

se les ocurriría aparecer.

—¿Por qué no? —terció Eric.

—Exacto —apoyó Jace—. Entiendo que Debra no te caiga bien —dijo dirigiéndose a Alan—, no tiene por qué, pero déjala en paz. Lo tuyo con ella casi raya la obsesión —comentó molesto—. Cualquiera diría que en realidad te gusta.

El rubio se quedó tieso ante el comentario, en sus ojos, también azules, aunque de un tono distinto al suyo, vio el reflejo del miedo y la respuesta llegó sin necesidad de realizar la pregunta.

—Mierda. ¿Es eso? —interrogó Jace más sorprendido aún.

Los demás se quedaron tan impresionados como él al descubrir lo que ocurría en realidad. De hecho, Alan estaba tan sombrado que no abrió la boca ni para negar aquella suposición. ¿Era eso lo que ocurría? ¿A su amigo le gustaba Debra? Él había creído que se detestaban. Ella lo hacía, no podía soportarle.

¿Qué iba a hacer ahora? Era su novia. De haber sabido que... No habría... No se salía con las chicas que les gustaban a los colegas. Era un marrón y un acto de mal amigo. Podía no llevarse tan bien con él como con los demás, podía no gustarle su actitud de los últimos años, pero salir con la chica que...

—Mierda, Alan —bufó Jace llevándose las manos a la cabeza—. No. No, no, no —murmuró—. No puede ser —habló llevando su cuerpo hacia delante en el tronco sin dejar de rastrillar su cabello con las manos.

—¿Desde cuándo? —consultó Pri tan alucinada por la noticia como él o cualquiera de los demás.

El rubio continuaba en silencio, apretando, obstinado, los labios.

—Joder, Alan —continuó sin hacer caso de la interrupción de Priscila sintiendo un gran peso debido a la culpabilidad de haberle hecho algo terrible a su amigo de la infancia, aunque hubiera sido sin querer—, creía que la odiabas —sentenció.

—Eso no es asunto de nadie. Ni vuestro ni de ningún otro. —Alan habló con

rigidez, en un tono desconocido por él hasta entonces.

—Sí lo es —replicó Jace contrariado.

—¿Y eso por qué? —interrogó el rubio, preparándose para discutir con él.

—Porque estoy saliendo con ella —confesó mirando al otro a los ojos.

Odiaba ser la persona que hiriera a sus amigos. Saber que por su culpa...

—¿¡Qué!?! —La exclamación fue hecha a coro con todo el asombro que una noticia así podría provocar en un grupo como el suyo.

—Debra es mi novia —pronunció las palabras con sentimientos encontrados.

Por un lado, era toda una liberación decirlo en voz alta y, por otro, ahora que sabía que aquella revelación haría daño a alguien cercano, le generaba incertidumbre y pesar.

—Un momento, un momento. —Priscila se levantó con las manos en alto—. ¿Cómo es eso de que estás saliendo con ella? ¿Con esa chica tan poca cosa?

—Priscila... —reprendió Eric.

—Cuidado, Pri —advirtió Jace—. Estoy cansado ya de ese tipo de comentarios —señaló.

La conmoción entre el grupo era evidente, parecían estatuas colocadas en distintas posiciones.

—¿Por qué no nos habías dicho nada? —interpeló Jace devolviendo el foco de atención sobre lo que interesaba en ese momento.

—¿Y tú? —interrogó Alan en tono acerado.

—Bueno, creo que es más que evidente por qué Jace no ha dicho nada —intervino Eric—. Tú no haces más que molestar a esa chica y provocarla —dijo con pausa y una calma total y absoluta—, Pri, tú te metes con ella también.

—Eso...

—No hay excusa que valga —interrumpió el intento de responder de su chica—. Es lógico que, teniendo semejante animadversión por vuestra parte, no haya mencionado lo otro. Yo también creía que no la soportabas, tío. —

Dedicó una mirada serena a Alan—. Esa no es forma de tratar a alguien que te gusta —zanjó.

—No, no. ¡No!

Priscila gritó, había abandonado el regazo de Eric durante la pequeña conmoción que habían causado sus palabras; y las personas más cercanas, al entender que algo estaba ocurriendo, se volvieron a mirar e intentar escuchar. Las conversaciones de la fiesta se silenciaron en pocos segundos.

—¿¡La prefieres a ella antes que a mí!? —bramó la novia de su amigo con las venas del cuello marcadas de rabia, los ojos desencajados y el cuerpo envarado.

—Pri, cariño, ¿a qué viene esto? ¿Qué dices? —preguntó Eric, descolocado y en pie justo detrás de ella.

—Te lo dije el verano anterior —Jace respondió a la chica sintiendo una profunda pena porque su amigo se enterara de ese modo, sabía lo mucho que la quería— y te lo repito: jamás habrá nada entre tú y yo. Eres la novia de Eric.

—¿Qué significa esto, Jace? —El aludido entornó los ojos, el tono que empleaba no auspiciaba nada bueno—. Explícame ahora mismo qué has hecho con mi novia —Eric pasó por delante de Priscila y lo agarró por la pechera, podía ver la ira refulgiendo en él.

—Oye, oye —intervino Debra que se abrió paso para colocarse entre su enfadado amigo y él, poniendo una mano en el pecho de cada uno para crear distancia—, ya está bien. Suéltalo, ¿quieres? —habló con Eric como si este no pareciera estar a punto de estallar—. Y apártate —exigió plantándose delante de él como una barrera entre ambos.

—Deb, ¿qué haces? —interrogó Natalie que miraba la escena atónita, como el resto de los presentes que se congregaban alrededor.

—Eso, tú no pintas nada aquí —espetó Priscila—, todo esto es por tu culpa —añadió dando un paso hacia su novia con la mano alzada.

Apartó a Debra, con un brazo le rodeó el torso y la apretó contra sí mientras detenía con la mano libre la furia que la otra chica intentaba descargar sobre

ella.

—No la toques —gruñó Jace.

—O sea que es verdad —musitó la joven dando un paso atrás—. Vosotros dos estáis juntos.

Pudo sentir la espalda de Debra agarrotarse contra él.

—¿¡Qué!?! ¿Debra, eso es cierto? —interrogó Natalie, su amiga.

—Claro que no. ¿Verdad, Debra? Díselo —terció Remo, el compañero de equipo de Parker.

—Lo siento, Nat. Quería decírtelo... —articuló ella, contrita.

—¿Qué ha pasado entre mi novia y tú? —volvió a preguntar Eric con rabia haciendo que la conversación entre Debra y su amiga quedara pospuesta.

—Nada. No ha pasado nada. Nunca —aseguró vehemente—. Ella intentó que nos liáramos hace dos veranos. La rechacé.

—¿Y no me dijiste nada? —Su amigo lo miró, la ira había desaparecido, en su lugar se lo veía herido.

—Estás enamorado de ella, no me habrías creído —replicó Jace.

—Me cuesta creer que Priscila haya hecho algo así —musitó.

—¡Oh! Tú siempre tan... ¡Bueno! —escupió su chica con desprecio—. Entérate, no soy una santa —regañó al muchacho y, dando media vuelta de forma teatral, se marchó hacia el interior de la casa apartando a cuantos se interponían en su camino.

—¿De verdad no hiciste nada con ella? —volvió a preguntar su amigo, esta vez en un tono más amigable y mesurado.

—Ni aunque estuviera bajo tortura —formuló granjeándose una sonrisa de Eric.

Acto seguido su mejor amigo salió detrás de la chica que había abandonado la fiesta de forma precipitada y Jace fue consciente del interés con el que todos lo observaban, entonces se dio cuenta de que continuaba abrazando a Debra, continuaban unidos cómodamente uno contra el otro.

—¿Estás bien? —Inclinó la cabeza para preguntar a su novia, bajó el brazo

y la tomó de la mano esta vez, poniendo algo de distancia entre los dos.

—Bah, menuda tontería —bufó Alan y se giró en redondo para marcharse también.

—Espera, Alan —reclamó Jace; este se giró solo a medias.

Estaba tan acostumbrado a su mirada vacía que cuando encontró dolor reflejado en sus ojos al verlo junto a Debra, fue como recibir un rechazo directo a la lealtad que profesaba a sus amigos.

—Lo siento —pronunció sincero.

—Lo sé —murmuró él en respuesta antes de desaparecer.

Desde luego, aquella no estaba resultando ser la noche que había pensado.

Capítulo 21

Despertar con Laura jugueteando con su entrepierna para terminar montada encima de él hasta que los dos alcanzaron la locura entre jadeos y sudores no era la forma en la que había imaginado que lo haría esa mañana. Ni se le acercaba. En algún momento se había quedado dormido y la muchacha se había encargado de despertarlo de la manera más caliente que podría haber usado.

¿Qué podía decir? Ni siquiera tenía demasiado claro cómo o por qué habían terminado en el suelo delante del sofá, pero tenerla encima, controlando su propia liberación, era mucho más excitante de lo que recordaba. Y, desde luego, mucho mejor que pasar la velada con la cabeza enterrada entre libros y apuntes.

—Eso ha sido... —resopló cansado tras la larga sesión de sexo matutino sin terminar la frase.

—Sí, ha estado bien —convino ella—. Lo echaba de menos —manifestó haciendo que enmudeciera.

De pronto la realidad llegó a su mente, no estaban juntos, ya no; lo habían dejado y acababan de acostarse de la forma más salvaje en la que alguna vez lo hicieron. ¡Y cómo lo disfrutaron!

—Te echo de menos. —Su ex volvió a hablar—. Siento mucho lo que pasó. Lo que dije. Yo... No debería haberme ido así.

—No, yo también lo siento —musitó arrepentido—. Tuve mucha parte de

culpa —admitió—. No sé qué se debe hacer en estos casos, no sé cómo actuar —reconoció.

—No hay un modo, cada uno actúa como cree y siente —replicó Laura—. Yo... admito que me volví algo insegura tras escuchar la forma en la que hablabas de Debra, la inseguridad se convirtió en celos y...

—Quiero a Debra —declaró Cédric—. Sé que quizás no te guste escuchar esto, pero no pienso ocultar algo así, no sería justo para ninguno de nosotros. Pero lo que siento por ella y lo que siento por ti es distinto —añadió en un susurro.

—¿Me quieres?

¿La quería? Realmente no se había planteado aquella cuestión en ningún momento. Su confusión lo había mantenido ocupado y no había pensado de forma apropiada en lo que tenía o sentía.

—Eso creo —contestó y sonrió a la mujer que lo miraba expectante.

Estaban tumbados de lado con las piernas entrecruzadas y las cabezas giradas para poder mirarse mientras hablaban.

—Yo también.

No tenía experiencia en ese tipo de situaciones. ¿Qué sucedería a continuación?

—Eso quiere decir... ¿Quieres que...?

—¿Volver? —terminó por él. Cédric asintió—. Hagamos borrón y cuenta nueva —propuso Laura.

—¿Estás segura?

—¿Lo estás tú? —Le devolvió la pregunta.

—Nunca pensé que tendría una relación seria con nadie, mucho menos una segunda —bromeó.

—Y apuesto a que nadie te dijo que sería con la misma chica.

—Si me lo llegan a decir, los habría tomado por locos —continuó la broma.

Acarició su cabello y besó la comisura de sus labios. Era tan fácil, tan sencillo sentirse cómodo cerca de Laura; esa familiaridad, la complicidad que

tenían, era algo que había echado de menos esos días. Los nubarrones que habían opacado sus sentimientos desaparecieron en ese instante. Se incorporó y la tomó en sus brazos.

—¿Qué haces? —preguntó ella.

—Llevar a mi novia a la cama. Estamos cogiendo frío. Y más vale que avises a tus amigas de que no te llamen hasta el lunes por lo menos; porque no te voy a dejar salir de aquí —aseguró socarrón.

La cargó hasta el dormitorio y puso una manta más encima de la colcha, a Laura le gustaba sentir el peso de la ropa al dormir, se unió a ella en un abrazo y le tomó las manos entrelazando los dedos igual que las piernas. Qué agradable era aquella sensación. Pensó en que el dicho era tan cierto que asustaba, uno no se daba cuenta de lo que tenía hasta que lo había perdido.

En ese acaramelado momento oliendo el dulce aroma del cabello femenino, sintiendo el calor de su cercanía, se prometió ser un buen novio esa vez, hacer que la joven fuera feliz a su lado; porque era lo que Laura merecía y él, Cédric Hunter, quería ser el encargado de procurar que así fuera.

La casa de Stan estaba ahora en completo silencio, los invitados se habían ido azuzados por el propio anfitrión y ayudado por Phil, Parker y sus amigos que también se marcharon hacía unos minutos; solo un pequeño grupo permanecía todavía en el jardín trasero. Ni siquiera el calor de la mano de Jace conseguía infundirle el valor suficiente para mirar a su amiga a los ojos.

—¿Por qué no me habías dicho nada? —preguntó Natalie, ofendida, retomando la conversación suscitada por la bomba que Jace y ella habían revelado esa noche. Su novio, con sus palabras y, ella, con sus acciones al acudir a defenderlo cuando vio que tenía problemas.

Sabía a la perfección lo que Nat estaba sintiendo, lo había experimentado ella misma unos pocos meses antes; podía ver con claridad lo irónico de esa

situación. Permaneció en silencio ya que no tenía una sola excusa que mencionar porque el hecho era que ella había querido mantener esa relación con el objeto de sus desvelos en secreto de todo el mundo. Por miedo. Nada más, nada menos.

Y haber mantenido a su amiga al margen había sido decisión suya también.

—¿Es que ya no soy tu mejor amiga? —Natalie se quedó de pie un rato más, esperando una respuesta que Debra no llegó a pronunciar; entonces se dio media vuelta haciendo que su cabello ondeara con gracilidad y empezó a caminar a paso rápido.

Le había hecho daño, era consciente. Por desgracia no conocía el modo de subsanarlo. Jace apretó sus dedos alrededor de la mano, buscó el rostro de su novio, él señalaba la espalda de su amiga con la mirada. Solo ese gesto le insufló la determinación que necesitaba para seguirla.

—Espera, Nat. —La alcanzó en el salón, junto al sofá—. Lo siento —se disculpó. Era lo único que podía decir—. No debería haberte dejado al margen. Quería contártelo, pero me daba miedo —admitió.

—¿Miedo? ¿De qué? —inquirió la otra.

—De todo —confesó Debra con un mohín, elevando los brazos para dejarlos caer a ambos lados de su cuerpo—. De que fuera mentira, de que me dijeras que era una locura, de que al hablarlo con alguien más lo gafara, de que Jace me dejara y todos lo supieran —manifestó cada uno de sus miedos, cada uno de los motivos para haber mantenido el secreto todo ese tiempo.

—Pero yo no se lo hubiera dicho a nadie —musitó atónita su amiga.

—Lo sé. Ya lo sé —balbuceó tomando sus manos insegura—. Eres genial y yo soy una mierda de amiga —declaró.

No quería perderla. Natalie era una persona muy importante en su vida.

—No eres una mierda de amiga, solo un poco atolondrada —corrigió la otra; al momento suspiró—. ¿Cómo puedo seguir enfadada contigo cuando estoy tan feliz por ti? —cuestionó.

—No lo sé. Odio haber hecho que te sientas mal —murmuró arrepentida—.

Eres mi mejor amiga, Nat.

—Exacto, harías bien en recordarlo —señaló ella entornando los ojos; acto seguido la abrazó tan fuerte que pudo sentir la presión de su amor en cada vértebra—. No me lo puedo creer, Deb, ¡estás saliendo con Jace Reeve! —entonó emocionada.

—Sí —atinó a responder con esfuerzo.

—Y ¿desde cuándo? —consultó Nat apartándose de ella un momento, aunque manteniendo sujetos sus brazos.

—Respecto a eso...

—¿Qué? —quiso saber Natalie

—Es que no quiero que te enfades de nuevo —protestó Debra volviendo a abrazarla.

—De acuerdo, esto requiere una reunión de urgencia, tienes que contármelo todo. En cuanto llegemos a mi casa me vas a explicar con pelos y señales cada detalle, cada cosa que te hayas estado callando ¿entendido?

—Sí, señora —repuso con un deje burlón.

Le encantaba cuando Nat comenzaba a impartir órdenes, mostraba una parte de su personalidad que solo los más allegados conocían, pero lo hacía con esa voz suya tan dulce que pocos eran capaces de negarse a cumplir con sus exigencias. Volvieron a abrazarse, emocionadas, dejando que las lágrimas acudieran a sus caras.

—¿Todo arreglado? —preguntó Parker asomando la cabeza desde el jardín.

—Por el momento —afirmó Natalie dedicándole una mirada de advertencia.

Los chicos que, al parecer, habían estado aguardando a que terminaran de hablar, entraron entonces. Unos y otros les felicitaron, dándoles la mano o un abrazo; los amigos de Jace se presentaron oficialmente. Era extraño, pensó Debra, que alguien la felicitara por estar saliendo con la persona que le gustaba; aunque tampoco podía negar que aquella sensación persistente en la boca del estómago, ese alivio, el bienestar, era, sin duda, agradable.

Estar de pie junto a Jace, enfrente de sus amigos y conocidos era

desconcertante. Por un lado no podía dejar de pensar en lo raro del momento; por otro, estar de ese modo con él la hacía sentir que tenía fuerzas para todo, era como si Jace le transmitiera parte de su energía y le infundiera vigor, entereza y valor para encarar cualquier situación.

—Lo siento —susurró su novio en un momento en que la conversación a su alrededor había sido reavivada y enfocada en otra cosa que no fueran ellos.

Ocupaban ahora los distintos espacios del salón, Jace y ella estaban en uno de los sillones de Stan, muy juntos, inclinados hacia el otro, él pasaba un brazo por su hombro.

—¿Por qué? —interrogó buscando esa mirada suya que le secaba la boca cada vez que encontraba.

—Querías que continuara siendo un secreto —murmuró—. Y por mi culpa, tu amiga se ha enfadado contigo.

Debra negó con la cabeza ante esa declaración.

—No, eso ha sido solo culpa mía —reconoció—. Entiendo que ha sido egoísta de mi parte pedirte que no dijeras nada y ha sido esa decisión la que ha provocado todo esto. Antes o después tenía que salir a la luz de todos modos —dijo encogiéndose de hombros—. Y tú me pediste muchas veces que lo hiciéramos público.

—Sí, pero eso fue por puro egoísmo —susurró con deje chulesco—. Quería que todos supieran que eres mi novia.

Le aguantó la mirada por pura voluntad, regodeándose en la sensación de hormigueo que le causaba; la anticipación antes de un beso suyo era casi tan excitante como recibirlo. Sus bocas se encontraron y Jace le mordió el labio inferior, luego paseó su lengua por la superficie para, al instante, buscar su lengua. Enredados en el otro, perdidos en la emoción del momento, tardaron en darse cuenta de que la conversación en la habitación se había apagado.

Separaron sus cabezas de forma simultánea y al mirar alrededor cada uno de los presentes los observaba con una sonrisa traviesa.

—¿Qué? —preguntó Debra, azorada.

Era embarazoso sentir el escrutinio de los demás en un momento en el que su novio y ella se mostraban afecto, en un acto que requería de cierta intimidad. A Jace se le escapó una risa ahogada y el grupo comenzó a reír a carcajadas.

El lunes por la mañana podía sentir el peso de las miradas puesto sobre él, como era de esperar tras la escena que se organizó el sábado en la fiesta en casa de Stan. Se había corrido la voz y ahora tanto él como Debra eran la comidilla del centro. Eric había llegado antes al instituto y lo esperaba, para su sorpresa, de la mano de Priscila. La entereza de su amigo y la capacidad que demostraba para afrontar cada traspiés siempre le asombraba; entre otras cosas porque no tenía muy claro que, después de saber que su novia había estado por ahí tirando los trastos a otros chicos a sus espaldas, él fuera capaz de perdonarla y continuar con la relación.

Esa actitud de Eric era lo que le convertía en una persona tan especial y de fiar, él veía las circunstancias desde otro prisma, con la cabeza fría, se trataba de lo que se trataba; de hecho, la única vez que lo había visto al borde de perder los papeles fue el sábado anterior, ahora volvía a ser el mismo de siempre, aunque podía ver la rigidez en su chica. Por lo menos estaba incómoda. Bien.

Los demás llegaron poco después, se reunieron al pie de la escalera principal, en la entrada, rodeándolo en un semicírculo. Jace continuaba esperando a que Debra llegara. Lo hizo poco antes de que sonara la campana, la vio bajar junto a su amiga Natalie y Parker, su novio, las dos chicas andaban a los lados del deportista que rodeaba sus hombros como siempre.

La expectación de aquella mañana era tanta que la gente les abría paso, se creó un pasillo humano que llevaba directo hacia él. Sus amigos también se giraron a ver la llegada de su novia. De forma inevitable, pensó en la primera

vez que la vio allí, en aquellas escaleras, vestía de la misma forma que entonces, pantalón tejano, camiseta de algodón Benetton azul marino, en esta ocasión, cazadora y deportivas de punta redonda y había peinado su cabello como cada día, en una coleta alta; sin embargo, ya no pensaba que fuera anodina.

—Hola —saludó con la sonrisa que con solo ver la cara de la chica le nacía.

Debra se detuvo en el último escalón, Parker retiró el brazo de su hombro y él caminó hasta quedar delante de su novia.

—Hola —musitó ella.

Alargó el brazo y rozó su mejilla justo antes de besarla. A pesar de ser consciente del público que tenían, ya no pensaba contenerse de tocarla o besarla, y a quien no le gustara ya podía ir acostumbrándose. Sintió una punzada cuando la imagen de Alan acudió a su mente.

—¿¡Esto es una broma!? ¡Ni hablar!—Una melena rizada, pelirroja, se abrió paso entre aquellos que se agolpaban para verlos juntos como pareja—. ¡No puede ser verdad! ¿¡Por qué!?

—Eso no es de tu incumbencia —manifestó Nat con tono afilado interponiéndose a medias entre la pelirroja y su amiga.

—¿Qué haces aquí, Tina? —preguntó Jace con un hondo suspiro.

Se suponía que la chica se había graduado el año anterior.

—¿Creías que no iba a saberlo? Yo me entero de todo —aseguró contundente—. Cuando me lo dijeron no podía creérmelo. ¿Tú y esta?

—¿Qué problema tienes? —Dos chicas se adelantaron y encararon a Tina.

—Mia, Tamera... —murmuró Debra.

—Esto no va con vosotros —espetó la pelirroja.

—Si tiene que ver con nuestra amiga, tiene que ver con nosotros —hablaron dos muchachos que hasta entonces se habían mantenido en segunda fila.

—Billy, Peter... —pronunció su novia en un susurro estrangulado.

—¡Argh! Después de todo lo que... ¿¡Cómo puedes salir con ella después de

todo lo que se dice?! —reclamó Tina.

—Tú sabes muy bien qué se dice, ¿verdad Tina? —La voz de Alan que bajaba las escaleras en ese momento hizo que todos se giraran—. Tú creaste esos falsos rumores sobre ella, te encargaste de que estuviera en boca de todos —reveló cerrando los metros que los separaban—. Y aun así, has perdido. Así que, él no iba a volver nunca contigo —continuó su amigo en un tono neutro.

—¿Cómo puedes hablarme así? ¿Cómo te atreves!? Tú me ayudaste, tú...

—Lo hice —admitió—. Ahora se acabó.

—¡No! ¡Jace es mío! —Tina, fuera de sí, se abalanzó sobre Debra y él.

Cubrió a su novia rodeándola para protegerla, pero su ataque nunca llegó, los compañeros y amigos que los acompañaban se interpusieron y contuvieron a su ex.

—¿¡Es mío, me oyes!?! —gritaba la chica.

Debra lo apartó y caminó hasta los muchachos que sujetaban a Tina.

—Espero que encuentres la forma de superarlo —habló con una voz pasmosamente calmada—. Me alegro de saber por fin quién difundía todos esos rumores —dijo dejándolos a todos perplejos—. Ahora puedo decirte, mirándote a la cara, que te perdono.

—¿Qué? ¿Me perdonas? ¡Tú no eres nadie para perdonarme a mí!

—Ojalá llegue el día en el que te des cuenta de que la vida es muy corta para mantener todo ese rencor dentro —contestó su novia a los improperios de Tina y se dio la vuelta para regresar junto a él que pasó un brazo por su hombro y besó su cabeza con orgullo.

—Lo siento, Tina —se pronunció Jace—. De verdad. No pensé que podrías sentirte así después de todos estos años; no fui un buen novio —declaró—. Debra me ha hecho darme cuenta.

—¿Qué? ¿Tú también...?

La joven comenzó a llorar y algunas chicas aprovecharon para acompañarla hacia la salida. Se volvió hacia Alan que continuaba a su lado para darle las

gracias por su ayuda, pero este negó con la cabeza y le palmeó el hombro antes de que pudiera decir nada. Luego se marchó hacia el interior.

—Esta sí que es una buena forma de comenzar el día a tope —musitó Eric pasando a su lado.

Poco a poco, la multitud se disolvió y los dejaron solos.

—Esto no era lo que tenía en mente cuando pensaba en acompañarte a clase —dijo rompiendo el silencio recién instaurado.

—Esto es lo que pasa cuando sales con Jace Reeve —articuló ella con un mohín de aceptación.

—Ahora es demasiado tarde para que te echés atrás —añadió él.

—No lo haré.

—Bien. Y ahora, ¿vamos? —preguntó señalando con la cabeza hacia el edificio—. Ya va siendo hora de crear nuevos rumores.

Su risa llenó el silencio como un regalo del cielo. Se paró a medio camino de la entrada, giró el torso hacia su novia sin apartar el brazo que tenía en su hombro y la besó en los labios. Cuánto habían cambiado las cosas desde aquella vez que la vio en las escaleras con su almuerzo; en aquel entonces pensó que no había nada especial en esa chica. Ahora sabía cuán equivocado había estado, porque después de conocer a Debra tenía la certeza de que no había una sola cosa en ella que no fuera especial.

Epílogo

Hacía casi diez años que no pisaba aquel lugar, pensó cruzando de nuevo la entrada del que fue su instituto. Jace había odiado cada segundo que pasó allí, excepto en el último curso, recordó con una medio sonrisa. Como en la mayoría de casos, una chica tuvo la culpa; en el suyo fue Debra Scott. Aun con todo el tiempo transcurrido desde entonces, podía recordarla caminando con el cabello ondeando en una coleta alta.

Vestía cómoda y sencilla, tenía una forma de mirarlo que hacía que quisiera convertirse en un héroe para ella, y su risa... Hasta los pájaros con el canto más agraciado envidiaban ese sonido que raras veces salía de su boca en aquel recinto; no obstante, la cosa cambiaba en su casa o fuera del pueblo en vacaciones.

Recordaba cada lugar al que miraba según lo que Debra y él vivieron allí; por ejemplo, el viejo árbol en el que tantos almuerzos pasaron aquel último curso, el banco junto a la entrada en el que la esperaba al salir al recreo o el lugar del rincón de la cafetería donde podía poner las piernas de ella por encima de las suyas.

Siendo adolescente estaba tan harto de aquel lugar que nunca pensó que una vez que se fuera, regresaría. La reunión de los diez años de exalumnos era un buen modo de rememorar los buenos y los malos momentos vividos entre aquellas paredes. Los buenos eran más fáciles de recordar, todos tenían que ver con una persona concreta. Caminó por la recepción y torció por el pasillo

en busca de las escaleras hacia el piso inferior, allí rememoró en su cabeza lo atestado que se veía entre una clase y otra, se volvió hacia la puerta que había cerca del baño de aquella planta.

En ese rincón, mucho tiempo atrás, besó por primera vez a aquella chica especial a la que tanto amó, sí, ahora era un hombre adulto y podía reconocer los sentimientos que como niño no supo. Abrió la puerta y encontró a una mujer con el cabello por los hombros, suelto, con un abrigo largo de color blanco, pantalones de pinza negros y zapatos a juego observando la vitrina de proyectos de Tecnología del Centro.

La mujer giró la cabeza al escucharlo entrar.

—Jace Reeve... —articuló ella en reconocimiento.

—Debra Scott... —inclinó la cabeza.

—¿Recordando viejos tiempos? Tus... ¿Momentos estelares?

—Algo así —reconoció.

Se situó al lado de la mujer y miró en la misma dirección que ella.

—Fueron dos premios importantes para mí —habló Debra—. Y para el camino que tomé después.

—Las bases de quiénes somos hoy se encuentran aquí, en este edificio —terció él.

—Cuesta hacerse a la idea de que haya sido igual para todos cuantos estudian aquí cada año.

Miró el reloj que llevaba en la muñeca, la hora de la reunión había llegado, se suponía que todos los citados debían reunirse en el salón de actos.

—Me temo que el tiempo de los recuerdos se ha agotado, tengo una reunión a la que acudir junto a mi esposa.

—Esposa —repitió ella dejando que la palabra vibrara a través de sus cuerdas vocales—. ¿Quién diría que Jace Reeve sería de los que se casan?

—Oh, sí, hasta tenemos hijos. Una niña de cuatro años y un bebé de casi dos.

—Vaya, es sorprendente...

—No, lo sorprendente es que, después de tantos años, una mujer tan inteligente continúe estando a mi lado —declaró y levantó la mano con la palma hacia arriba—. ¿Me acompaña a la fiesta, señora Scott-Reeve?

—Será un placer —aceptó y dejó reposar los dedos sobre su palma.

Cerró la mano y con delicadeza tiró de ella hasta que sus torsos se tocaron, la rodeó con los brazos y bajó la cabeza al encuentro de sus labios.

—Hace mucho que no estamos a solas —murmuró disfrutando de la simpleza del gesto compartido.

—Benditas canguros —suspiró su mujer alargando un poco más el momento—. Se me hace raro abrazarte sin que haya alguien llamándome o tirando de mis pantalones —articuló arrancándole una risa ligera.

—Sí, a mí también.

Poco después entraban en el salón de actos y la ronda de reencuentros dio comienzo; claro que, con algunos, habían podido continuar en contacto. Stan fue al primero que vieron, en la mesa donde se servían las bebidas. Como ellos, estaba casado ahora, conoció a Pearl en una fiesta en la universidad, tenían una niña de tres años. Yolanda y Phil lo dejaron poco después de terminar el instituto y ahora ella era una afamada abogada; por su parte, Phil ayudaba a dirigir el negocio familiar junto a su padre y su tío.

Eric y Priscila también continuaban juntos; habían tenido sus altos y bajos a lo largo de los años; no obstante, en la actualidad parecía que estaban atravesando una época tranquila en su relación. Su amigo y él habían ido a la misma universidad y Eric se dedicaba a la banca mientras que Priscila acudió a una escuela de enseñanza superior, entró a trabajar en una fábrica y había llegado a ser jefa de sección.

—¿No será esta preciosidad la pequeña Debra Scott? —comentó una voz masculina a su espalda.

—¿Gran Oso? —musitó su mujer girándose sorprendida.

Parker no tenía previsto acudir a ese evento; en principio, él y su mujer, Natalie, la mejor amiga de Debra, llegarían al día siguiente a punto para

presenciar el segundo evento que tendría lugar aquel fin de semana. A pesar de no haber perdido el contacto, hacía casi seis años que no se veían en persona debido a la distancia de sus lugares de residencia y el poco tiempo disponible que el trabajo y ser padres les dejaba para lo demás. Ambos se abrazaron; el hombre, con su metro noventa de altura, levantó a su mujer con ligereza.

—Vaya, sigues igual que cuando estudiábamos aquí. Diría que hasta pesas lo mismo.

Debra le propinó un manotazo en el hombro entre lágrimas.

—¿Y Nat?

—No ha podido escaparse. Llegará mañana, pero me dijo que viniera antes; al fin y al cabo es mi reunión de los diez años.

Parker era jugador de waterpolo profesional y había alcanzado cierto reconocimiento, incluso era miembro de la selección nacional. También había modelado para algunas firmas saliendo en anuncios y vallas publicitarias. Natalie se había convertido en diseñadora de joyas, un trabajo que le permitía seguir a su marido allí donde lo contrataran.

En cuanto el recién llegado atravesó la puerta, lo reconoció; a pesar de los años, de los cambios evidentes. Era él. Alan Fleet llevaba un pantalón vaquero oscuro y un jersey fino de color gris claro, una americana y zapatos. Casi había esperado verlo con sus pantalones rotos de siempre, su camiseta con algún logotipo de un grupo desfasado, la cazadora de cuero y sus greñas; nada más lejos. Ahora llevaba el cabello bastante más corto, arreglado, peinado hacia un lado. Parecía un modelo.

Le sonrió al percatarse de su pasmo al observarlo y caminó hacia él con decisión, se abrazaron con efusividad, con cariño; hacía años que no se veían. Alan se largó con su motocicleta y una mochila a ver mundo tras la graduación. Dijo que pasaba de la universidad. Todo aquel tiempo le había seguido los pasos por redes sociales e intercambiado solo un puñado de mensajes de cortesía.

—Te veo bien —alabó Jace.

—Gracias. Tú también, estás como siempre —devolvió el cumplido el otro.

—Tú no. Menudo cambio.

Se miraban el uno al otro de arriba abajo y volvieron a abrazarse. En ese momento se dio cuenta de cuánto había echado de menos a su amigo.

—Lo sé, lo llevo corto ahora. Hace años, en realidad.

—Sí, te sigo en redes —reconoció Jace—. Menudos lugares, ¡qué paisajes!

—Ya, sí. ¿Y tú qué, señor publicista? —dijo dándole a entender que él también había seguido su pista.

Debra era la responsable del departamento en la empresa para la que trabajaba, estudió Mecatrónica y le encantaba pasar horas en su taller reparando cosas y objetos electrónicos. Fue seleccionada como una promesa en el mundo de la robótica debido a sus diseños y su carrera había sido meteórica. Él, en cambio, tardó un tiempo en saber a qué quería dedicarse y tras graduarse comenzó a trabajar en una pequeña empresa de publicidad; se dio cuenta de que ese era el trabajo que siempre había querido, ascendió a jefe de equipo en poco tiempo y actualmente era director de campañas. No podía decir que hubiera un solo día en el que se aburriera al ir a la oficina, y eso que hubo un tiempo en el que creyó que algo así sería totalmente imposible para él.

—No me puedo quejar.

Una vez superado aquel primero momento, el silencio evidenció la incomodidad de ambos. Desde el instante en que conoció los verdaderos sentimientos de su amigo por Debra las cosas habían cambiado entre ellos.

—¿Cómo...? —Alan no terminó la pregunta.

—Ella está bien. Mañana habrá una ceremonia, dará un discurso, deberías venir. Está allí, con Parker —señaló con un dedo utilizando la mano en la que sostenía el vaso.

—Así que... Casados.

La punzada de culpabilidad volvió a atravesar su pecho, no había nada que odiara más que hacer daño a un amigo y al destapar su relación con Debra fue justo lo que ocurrió con él. Involuntariamente, hirió a su amigo de la infancia.

—Alan...

—No, tío —atajó el rubio—. Tú no sabías nada. Nadie. No te sientas mal, porque si hay un culpable ese soy yo. Además, se os ve felices —añadió.

—Lo somos.

—Eso está bien. Me alegro.

Lo sorprendió ver esa actitud de Alan, positivo, tolerante. La chulería había desaparecido junto con la amargura y ahora había ante él un adulto en toda regla, un hombre tranquilo, humilde, algo tímido. Era completamente distinto.

—¿Todavía...? —No sabía cómo hacer aquello, no había una forma correcta de preguntar a un viejo amigo si todavía sentía algo por su esposa.

Aunque dudaba que, después de tanto tiempo fuera así.

—Tranquilo. No voy a quitarte a tu mujer —bromeó Alan—. Aunque tengo mis dudas con Parker.

Ambos miraron en la misma dirección, el deportista y Debra reían abrazados a medias mientras miraban el teléfono de Parker. Parecía que estuvieran viendo fotografías o vídeos.

—Esos dos están tan unidos ahora como entonces —confesó Jace.

—¿Sí?

—Y cuando pasa mucho tiempo sin que nos veamos, empeora. Él, Natalie y Debra son como hermanos, igual que ocurre con Cédric.

—Vaya, así que Jace Reeve ha tenido que aprender a compartir —comentó Alan jocoso.

—Qué remedio, todos van en el mismo paquete —replicó arrancando una sonrisa a su amigo.

Apenas podía creer el cambio en él, pero su mirada también lo había hecho, era sosegada, calmada, ni rastro de la tormenta que mostraba años atrás, tampoco de su arrogancia. Le alegraba haber acudido aquella noche al reencuentro y ver lo que había sido de muchos de sus compañeros con los que, por causa de la distancia, de la falta de tiempo o por las cosas de la vida misma, había perdido el contacto. Estaba feliz por todos ellos y poder

compartir ese momento también con Debra lo convertía, de forma automática, en algo mucho mejor.

Sintió dos toques ligeros en el hombro. Al girarse, Debra vio a un hombre rubio, de ojos azules, parecidos a los de su marido, tras ella con una sonrisa tímida en los labios. Recordó de forma automática a Peter Fleet al que hacía años que no veía, desde que se graduó; pero él era más joven que ella; sin embargo, tenía delante a todo un hombre hecho y derecho.

—¿Peter? —interrogó anonadada, preguntándose cómo era posible que aquel niño hubiera crecido tanto.

Él negó con la cabeza haciendo que se sintiera confusa y desconcertada.

—El otro Fleet —repuso el hombre y Debra entendió.

—¿A-Alan?

—Cuánto tiempo, ¿eh?

Por un momento no supo qué hacer, ser cortés y dar la mano, saludarlo con un beso en la mejilla o correr en dirección contraria. Se quedó dónde estaba. Levantó el brazo y extendió la palma.

—Sin duda —contestó con cautela—. ¿Cómo estás?

—Tan educada... —murmuró Alan aceptando su mano—. Eso es lo que siempre me gustó de ti.

Por un momento creyó haber sufrido un cortocircuito. ¿Lo que siempre le gustó de ella? ¿Gustar? Ese chico le hizo la vida imposible desde el día en el que tuvo la mala suerte de cruzarse en su camino.

—Veo por tu expresión que te sorprende.

El hombre delante de ella se llevó las manos a los bolsillos de atrás del pantalón con un gesto que sí le recordó al adolescente que fue; sin embargo, su personalidad era completamente distinta.

—Eso se queda corto —confirmó Debra—. Creo que he debido de tener un

derrame cerebral y he entendido mal lo que has dicho.

—Es comprensible. —Él aceptó su comentario con calma—. La persona más inteligente que conozco me dijo una vez que en aquel entonces era lo que puede llamarse un gilipollas.

Reconoció sus propias palabras, estudió al hombre que tenía ante sí, era un completo desconocido. No podía creer que fuera la misma persona a la que terminó detestando con todas sus fuerzas.

—Y un imbécil —añadió en un susurro que no pudo impedir que saliera de su boca.

—Sí, eso también.

—De acuerdo... —dijo sin saber dónde meterse—. ¿Seguro que no eres Peter haciéndose pasar por su hermano?

—Seguro, Debra. Soy yo, Alan. Me prometí a mí mismo que si venía esta noche, te pediría disculpas por cómo me porté contigo en el pasado, pero lo primero que he hecho ha sido soltarte una bomba. Básicamente fui un capullo contigo porque me gustabas mucho —explicó dejándola todavía más confundida.

—Pero yo te odiaba en el instituto y tú... —Alan negó con la cabeza—. Tú me hacías la vida imposible.

—Me disculpo por eso.

¿Cómo podía después de tantos años aparecer de repente, pedir perdón y decir de una forma tan tranquila que todo lo que hizo fue porque en realidad le gustaba? ¿Se había dado un golpe en la cabeza?

—¿Cómo...? ¿Tú...? —balbuceó. Cambió el peso de su cuerpo de una pierna a otra y lo miró de forma sesgada—. ¿Es una nueva forma de causarme un aneurisma?

Alan dejó escapar una carcajada.

—Me marché de aquí enfadado con el mundo, he pasado mucho tiempo viajando y he comprendido muchas cosas acerca de la vida, pero también de mí. Fui un pésimo ser humano y un mal amigo, hice daño a muchas personas

sin motivo, tú entre ellas. Ahora he vuelto y me gustaría poder retomar las amistades de siempre y no me gustaría que quién fui y cómo me comporté en el pasado determine si podemos o no tener una buena relación de ahora en adelante.

—Yo... No sé cómo tomarme esto, pero te aseguro que no suelo enemistarme con alguien sin un motivo. Ya que me lo pides, intentaré hacer borrón y cuenta nueva, pero entiende que desconfíe.

—Por supuesto. Ya es más de lo que esperaba. Gracias.

—Veo que ya te has encontrado con Alan —comentó su marido posicionándose a su lado.

—Si te digo la verdad no tengo ni idea de quién tengo delante en estos momentos. Dice que es Alan Fleet, pero no se comporta como él —comentó.

—No has cambiado nada —dijo con una sonrisa ladeada el rubio haciendo que, de nuevo, viera parte de la persona que sí reconocía.

¿Era posible que alguien cambiara tanto? Suponía que sí, ya que lo estaba viendo con sus propios ojos. No obstante, aquel chico fue una verdadera molestia para ella. Por otra parte, aunque sería cautelosa, siempre decía a sus hijos que debían dar a los demás otra oportunidad para hacer las cosas bien, moralmente no podía negarle a Alan Fleet ese derecho. Quizás era cierto, tal vez decía la verdad y era una persona distinta. Si no era así, eran adultos ahora, con evitarlo sería suficiente.

El resto de la noche transcurrió sin sobresaltos; por su parte, mantuvo una actitud cautelosa acerca de Alan y de algunas otras personas de las que no guardaba demasiados buenos recuerdos, aunque era consciente de que aquella era una reunión de su marido y de su papel como acompañante, por lo que procuró mantenerse en un segundo plano.

A la mañana siguiente, volver a estar en la pista del que fue su instituto resultaba extraño, más aun lo era saber que en unos minutos tendría que levantarse, acercarse al atril y dar un discurso delante de todas aquellas personas; algunas de las cuales habían compartido clase con ella. Su familia

también estaba allí, y debido a la reunión de exalumnos de su marido, la noche anterior, en la que Jace se dedicó a contar a todo el que quisiera escuchar que daría un discurso en la ceremonia del día siguiente, provocó que algunos de los que acudieron estuvieran presentes también.

Estar allí le generaba una serie de sentimientos encontrados que intentaba mantener bajo control para que no se le dispararan los niveles de ansiedad; al fin y al cabo estaban ahí por una buena causa. La señora Perkins, actual directora del instituto, la presentó de una forma más que bonita: como antigua alumna graduada en Mecatrónica en la universidad había ganado varios premios con algunos de sus proyectos, incluso durante su paso por el instituto, y hoy la elogiaban como exalumna destacada en su campo.

La directora pronunció su nombre y el público comenzó a aplaudir, su marido la miró con orgullo y al mismo tiempo presionó su muslo justo por encima de la rodilla con la mano que había dejado en reposo ahí para darle ánimos. Para esa ocasión tan especial se había puesto un traje pantalón gris ceniza y una blusa granate; ajustó la *blazer* al levantarse y se dirigió con paso firme hacia el lugar en el que la esperaba la otra mujer. Se saludaron con dos besos y agradeció la mención que le otorgaban, muy importante para ella; la señora Perkins se retiró y fue a sentarse junto al resto del equipo docente que los acompañaba en el escenario y Debra se volvió hacia el micrófono y el público.

Carraspeó, observó a los espectadores que se habían reunido allí y vio cómo Cédric, sentado junto a su tío Pacey, saludaba con una enorme sonrisa en los labios, moviendo la mano con ímpetu y levantando los pulgares. Sus padres también estaban, igual que su tío Alexander, la tía Francie y su prima Cathy. No podían faltar. En la fila de atrás, se encontraban Nat, Parker y algunos de sus compañeros de clase así como amigos de su marido que, con el pasar de los años, también se habían convertido en amigos suyos. Tomó aliento.

Después de saludar de forma breve, respiró hondo de nuevo y teniendo en

mente el motivo por el que estaba allí ese día, prosiguió.

—He tenido la suerte de tener a personas muy importantes y queridas a mi lado; sin embargo, hay una persona a la que, a pesar de estar conmigo en cada paso que he dado, de estar presente en cada momento de mi vida y en todo lo que hago, no podré volver a abrazar. Él es mi hermano pequeño —pronunció las palabras intentando no desmoronarse—, un niño que, por desgracia, hace mucho tiempo que no está entre nosotros. Su muerte me afectó de una forma tan profunda, fue tan traumático para mi familia y para mí, que nuestras vidas cambiaron para siempre desde ese momento. Él murió ahogado sin que yo pudiera hacer nada por ayudarle; por ese motivo, desde aquel instante, me dije que no volvería a sentirme así, que encontraría la forma de ayudar a las demás personas para que nadie más tuviera que sufrir el dolor de la pérdida si podía remediarlo. Gracias a la ayuda y el apoyo de mi familia pasé años aprendiendo técnicas de salvamento, acudiendo a cursos de Primeros auxilios y me convertí en socorrista. Me encanta la robótica —declaró—, es algo que me apasiona; conocer el funcionamiento de las máquinas, diseñar y crear nuevos elementos y he conseguido dedicarme a ello. Pero me faltaba algo. Pienso, y siento, que mi hermano está conmigo hoy día, cada día, y con la intención de honrar su vida y su memoria creé la fundación «Un soplo por la vida». Estamos impulsando el programa que lleva el nombre en honor de mi hermano pequeño para que en escuelas e institutos se impartan clases de Primeros auxilios en una acción conjunta con los departamentos de Enseñanza y de Bienestar social. Yo no pude hacer nada por Alec, pero sí puedo enseñar a otros a que hagan lo necesario por sus seres queridos, por desconocidos que lo necesiten en un momento dado. Desde «Un soplo por la vida» estamos comprometidos en la creación e implantación de programas que den apoyo a las escuelas de primaria y secundaria y trabajamos en el diseño y mejora de los equipos de RCP para que sean más manejables y sencillos de usar. Así mismo, queremos que cada persona conozca la forma de utilizarlos porque nunca se sabe en qué momento ni en qué lugar alguien puede necesitar que le

ofrezcamos nuestro soplo por su vida. Desde la asociación agradecemos a las instituciones su apoyo para impulsar este proyecto y que gracias a Alec se pueda mejorar la respuesta inmediata en una crisis y salvar vidas.

En cuanto terminó de hablar, Jace se puso en pie aplaudiendo con fuerza, la grada de maestros y el público lo siguieron. En ese instante, Debra notó una oleada de calidez en el pecho, sintió la presencia de su hermano; casi podía verlo sonreír de aquella forma suya tan sincera y completa. Y tuvo la certeza de que su hermano pequeño había guiado sus pasos. La emocionaba pensar que Alec formaría desde entonces una parte fundamental en la vida de muchas más personas y que su memoria se mantendría viva y sería honrada de aquella manera.

Fin

Agradecimientos

A todas las personas que me han acompañado durante la creación de esta novela.

A esas amigas que han estado ahí en los altos y los bajos, los buenos y los malos momentos; a mi editora, Lola, por su paciencia y buen hacer, porque siempre que te necesito estás ahí (y me consta que no es solo conmigo) y a veces con solo saber eso es suficiente. A esa familia que siempre está ahí, da igual cuán fuerte sople el vendaval.

A mis hijos que quieren ser mayores ya para poder leer lo que escribo y a Mr. Husband por tu compañerismo, por tu cariño e inmensa paciencia mientras atravieso cada una de las fases que suponen la concepción de una novela; por las charlas motivadoras, tranquilizadoras, superfluas, las risas; por ese hombro en el que me apoyo y por esos brazos que me arrancan el teclado de las manos cuando hace falta.

A todos, sin excepción: Os quiero.

Espero que esta novela, fruto del esfuerzo de tantos, no solo mío, llegue a vosotros, lectores, con la misma fuerza y cariño con la que ha sido creada.

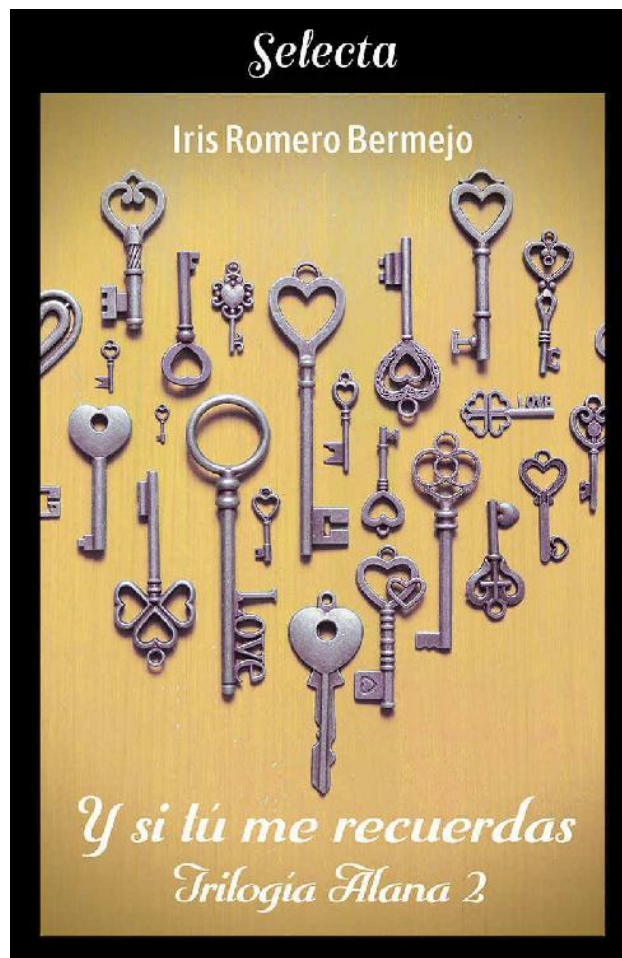
Si te ha gustado

La Cínica, el Guapo y el Socorrista

te recomendamos comenzar a leer

Y si tú me recuerdas

de *Iris Romero Bermejo*



Prólogo

En una aldea de Rumanía, hace trepecientos años

—¡Alina! —me llama madre al otro lado del arroyo—. ¡Regresa!

Dejo el cántaro en la orilla y me remango la falda con las uñas manchadas de barro. Cruzo el pequeño río saltando de piedra en piedra, con cuidado de no resbalar y caer al agua. Solo tengo unos zapatos, y si se mojan, tendré que andar descalza hasta que llegue la primavera.

Madre me espera impaciente, con el rostro desencajado. En cuanto llego a su lado me sujeta del brazo con fuerza y me arrastra a través del bosque, alejándonos de la aldea. Miro al horizonte. El sol se está poniendo.

—Vamos, hija. Tenemos que llegar al círculo de piedras antes de que anochezca.

Fuertemente asida por su mano, sorteo troncos y pedruscos diseminados por el suelo. Los hierbajos me arañan las piernas desnudas, las faldas levantadas y sujetas por mi mano libre me golpean las rodillas sin piedad.

Nos detenemos frente a un círculo de piedras. Estamos en lo alto de una colina. Ya no hay árboles que entorpezcan nuestro paso decidido. El sol descende y va desapareciendo en el horizonte. Nos acercamos y madre me obliga a colocarme justo en el centro del círculo.

Dejo que mi faldón caiga, ya tapándome los zapatos. Respiro entrecortadamente, y a diferencia de mí, madre ni siquiera tiene la frente perlada de sudor. Saca un pequeño cuchillo de su mandil y se hace un corte alargado en la palma de su mano. Empieza a decir unas palabras extrañas, nunca antes escuchadas por mis oídos.

—Madre, me estás asustando —susurro, en un quejido lastimero.

Se acerca con paso decidido, permitiendo que un reguero de pequeñas gotas

de sangre indique su camino.

—Alina —dice con los ojos en blanco, tocándome el rostro con su mano herida—, te cedo y traspaso mis poderes, como antes hizo conmigo mi madre y, antes a ella, tu abuela.

Siento la sangre deslizándose por mi mejilla, mis labios, mis ojos.

—Madre...

—Que nadie te imponga su voluntad, que nadie entorpezca tus pasos. Somos estirpe de mujeres poderosas, y tú, mi única hija —dice sonriéndome con dulzura—, un día se los regalarás a la tuya. Perpetúa nuestra herencia, Alina, hija mía, y todas seremos eternas —dice, tendiéndome una pluma negra.

No la cojo.

—No puedo, madre.

Apresa mi mano y me obliga a cogerla.

—Ahora es tuya. Guárdala con celo, ya que es lo único que puedo dejarte en herencia.

Regresamos a la aldea. Antes de eso nos hemos detenido un momento en el arroyo para recoger el cántaro y limpiarnos los restos de sangre seca. En el camino de vuelta hemos mantenido silencio. Pero conozco a madre, está demasiado seria, y una arruga en su frente, casi siempre fruncida, se muestra esta noche aún más marcada.

Una voluta de humo se alza en el horizonte, y cuando atravesamos las primeras casas, veo que es fuego lo que sale de nuestro tejado.

—¡Madre! —grito, señalando la dirección que marca el humo—. ¡Nuestra casa está ardiendo!

Me sujeta con fuerza del brazo y junta su nariz con la mía.

—Tienes que marcharte, Alina. El pueblo reclama justicia —me susurra decidida.

—No entiendo nada.

—Siempre será así —susurra, intentando sonreír—. La gente nos teme, y la muerte nos persigue allá donde vamos.

—Tengo miedo —lloriqueo, intentando abrazarla. Pero ella se revuelve, no hay tiempo para eso.

—Debes huir, hija mía —dice muy seria—. Yo me quedaré para enfrentarme a ellos.

—Pero madre, ¿por qué?

—La esposa del carnicero ha muerto, y me culpan por ello —me explica deprisa—. Siempre será así. Deberás tener cuidado y ocultar tu don. Encontrarás una bolsa con todo lo necesario para tres días bajo el sauce llorón. Vete lejos, y no regreses.

—Huyamos juntas.

Me tiro a su cuello y me pongo a llorar. No me iré. No la dejaré sola. Me separa de sus brazos y me propina una bofetada.

—No seas necia. Mi reputación me precede de aquí hasta la frontera. No podré escapar, pero tú tienes una oportunidad.

—No duraré ni dos lunas sola.

—Ya tienes quince años, Alina. Ya eres una mujer —dice, intentando parecer fuerte, pero con los ojos bañados en lágrimas—. El destino nos llama, y nuestros caminos se han de separar, querida mía. Ahora, vete.

Me empuja y caigo de bruces al suelo de tierra. Se da la vuelta y encamina sus pasos hasta nuestra casa. Me levanto llorando, sin saber qué hacer. Madre morirá esta noche, porque nuestros poderes no sobrepasan la línea de la curación. Poco más sabemos hacer. Corro en dirección al bosque cayendo y tropezado a cada paso. Y la ira empieza a consumirme por dentro. Les odio. Nos culpan por algo tan irremediable como la misma muerte.

Llego hasta el sauce y acaricio la corteza con pesar. Una hendidura en su tronco me revela la bolsa de la que hablaba madre. La abrazo con fuerza, sumida en un llanto tan fuerte que temo despertar a las bestias que invaden el bosque. Subo a una de las colinas para ver el pueblo desde la distancia. El fuego ha destruido nuestra casa, y los gritos de los aldeanos retumban en mis oídos.

Doy la vuelta con el rostro bañado en lágrimas. Un paso tras otro me interna en el bosque. Pocos de nuestros vecinos se atreven a adentrarse en él. Por suerte, lo conozco como la palma de mi mano, gracias a que madre y yo lo hemos recorrido cientos de veces buscando hierbas curativas.

Un grito aclamado a los cuatro vientos me paraliza y me atraviesa el pecho como si una daga se hundiera con fuerza en mi corazón.

—Adiós, madre.

Con el viento azotando mi melena sin piedad, doy la espalda a mi pasado y presente y miro al horizonte, preguntándome qué será de mi futuro.

No hay mejor lugar para ir de vacaciones que el Hotel Pacific, situado en un bonito lugar en la costa. Allí hay tiempo todo: para el entretenimiento, la diversión, el descanso... y también para el amor.



Jace Reeve se encuentra en el antepenúltimo año de instituto, cuando finalice el próximo verano estará a solo dos años de la libertad, podrá abandonar la pequeña ciudad en la que reside para irse a la universidad. Está hastiado, quiere pasarlo bien pero lo que antes le divertía ya no lo hace, lo mismo le ocurre con las personas de su entorno. Se siente encerrado haciendo lo mismo una y otra vez con la gente de siempre en los mismos lugares y solo espera graduarse cuanto antes para poder comenzar con su verdadera vida tan lejos de allí como pueda.

Cédric Hunter es un joven universitario que trabaja cada verano desde hace cuatro años en el hotel Pacific como socorrista. Conoce a Debra desde su primer día allí, de hecho entre todos los miembros del equipo ayudaban a su jefe a mantenerla vigilada durante las vacaciones de verano. Ser socorrista en un hotel con tanta afluencia de público era fantástico para un joven con un afilado olfato para ligar, pero algo ocurrió dos años atrás, casi al final de la temporada, algo que le hizo fijarse por primera vez en ella y que hacía que ahora no la pudiera ver con los mismos ojos de antes.

El verano de sus dieciséis años, Debra consigue cumplir su objetivo de trabajar como socorrista para su tío, aunque eso suponga pasar sus vacaciones trabajando está emocionada porque por fin este año algunas cosas van a cambiar, lo que no se puede imaginar es cuánto, porque le gusta a alguien que ni se puede imaginar y además Jace, el chico que le gusta a ella y que se ha

convertido en un secreto a voces en su instituto, aparecerá también en el hotel de su tío y, de alguna forma, parece estar interesado en ella... ¿o solo son imaginaciones tuyas?

Lisa Aidan. De naturaleza curiosa e inquieta, nací en 1985 en un pueblo de Cataluña, aunque he tenido la gran suerte de poder conocer la mayoría de territorios de nuestro país y de enamorarme de todos ellos. Desde muy pequeña me aficioné a leer y a escribir y descubrí mi pasión. Estoy casada y soy madre de familia numerosa, con tres hijos no es fácil plasmar todas y cada una de las ideas, relatos y personajes que cruzan mi mente o viven, directamente en ella. Si no fuera por Mr Husband, mi compañero de vida, mi mejor amigo y mi marido que con su apoyo y respaldo hace que sea posible cumplir un sueño nunca pronunciado. Hasta 2014 no dije a nadie que escribía y debo decir que al mostrar mi trabajo me he sentido comprendida y muy bien recibida.

Edición en formato digital: mayo de 2019

© 2019, Lisa Aidan

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-20-3

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

La cínica, el guapo y el socorrista

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Epílogo

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Lisa Aidan

Créditos